
¡QUIERO UN
Highlander!
CARLOTA MANZANO

¡QUIERO UN *Highlander!*

CARLOTA MANZANO

Primera edición.

¡Quiero un Highlander!

Carlota Manzano

©abril, 2025

©imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Epílogo

Capítulo 1



«Los sentimientos no entienden de distancias, ni de diferencias, estas poco importan, cuando lo único que prioriza es la conexión, la atracción y el deseo que nacen cuando menos se espera. Y cuando esto sucede, cuando se unifica yendo en una misma dirección, es un privilegio que no puedes dejar escapar. Date la oportunidad de experimentar, de disfrutar del momento, aunque sientas que se tambalean los cimientos de la vida que has creado. Todo cambio al que nos enfrentamos tiene una finalidad y siempre que sientas que es para mejor, no dudes de que vas por el camino correcto».

Gladys

—¡¡Cuidado!! ¡¡Bache!! —grita la guía turística.

El interior del minibús se ha llenado al instante de fuertes carcajadas. Desde hace unos minutos parece que vamos subidos en una atracción de feria, entre los saltos, los gritos y la emoción que envuelve el ambiente.

Lo único que echo en falta para que la comparación sea completa a una atracción es sentir el viento fuerte en la cara, el que te hace poner muecas de todo tipo. Expresiones que, por cierto, son dignas de retratar porque no tienen desperdicio y las risas están aseguradas.

El conductor está atento a la conducción y hace lo que puede porque el terreno no se lo pone fácil al hombre. Se llama Keir. Se ha desviado de las carreteras y los caminos asfaltados, ahora mismo recorremos otro camino, pero de tierra. Estamos dando un rodeo para llegar hasta nuestro destino. Espero que solo sea de un solo sentido porque no hay espacio para otro vehículo y las zanjas a los bordes son bastantes pronunciadas.

Esta ruta bien merece la pena para ver el paisaje que nos rodea. Me está encantando la experiencia. No, más que eso. La zona es digna de admirar. Bueno, en realidad, con todo el conjunto de las *Highlands* sucede lo mismo.

Qué voy a decir, si soy una apasionada de las tierras escocesas. Son mi debilidad, quizás porque estoy enamorada desde bien pequeña de sus historias pasadas, de su entorno, de todo lo que ha creado mi imaginación y en lo que me niego a pensar que puedo estar equivocada. De ilusiones se vive y nadie va a quitarme las mías, y menos en este momento que me siento protagonista de mi propia historia.

Así que, podemos rebotar todo lo que quiera el terreno, incluso saltar por los aires siempre que no nos vaya la vida en ello. Nada va a perturbar mi felicidad de estar en este lugar.

Aroa y yo nos miramos con los labios fruncidos, mientras las risas a nuestro alrededor se alargan.

—¡Atención! ¡Atención! —vuelve a hablar la guía.

Es joven. Se llama Maisie y al presentarse a todo el grupo nos ha dicho que acaba de cumplir los cuarenta años. No admito discusión en lo de joven que yo me estoy aproximando a la cuarentena y me siento como una niña en muchas ocasiones. Así que…

—Gracias —continúa. Hace una breve pausa para hacerles un guiño a unos hombres que están en primera fila—. Ahora sí, bienvenidos a la Isla de Skye. Nos encontramos en la más apreciada y fascinante isla de las Tierras Altas. Es la más famosa y visitada, y conforme vayamos avanzando en el recorrido durante los próximos días, entenderéis el porqué. Estoy segura de que todos terminaréis satisfechos y dando la razón a los que se adentran en estas tierras.

Se queda callada y con una gran sonrisa pasa la mirada de unos a otros.

—Este entorno es especial, también conocido como la isla de las Hadas y la joya de las *Highlands*. Skye, es renombrada por sus impresionantes paisajes y parajes escondidos, su cultura, su patrimonio y su abundante vida silvestre. La historia envuelve a esta localización en un velo misterioso y encantador, en el que la magia de los tiempos pasados aún perdura hoy día. La fascinación de los viajeros la han convertido en un punto clave y esencial para visitar. A lo largo de los años ha servido de inspiración para artistas, de ayuda para los marineros y como refugio de reyes.

El interior del minibús se queda en silencio los segundos necesarios, hasta que empieza a escucharse por los altavoces el retumbar de unos tambores. Se me ponen los pelillos de punta porque… porque sí.

—Hadas y gigantes, castillos impresionantes que transportan al pasado, valles de un color verde intenso, colinas y los acantilados imponentes que se enfrentan al mar del Norte, son algunas de las maravillas que ofrece este magnífico lugar que acumula unas historias increíbles de batallas y alianzas. Aquí probaréis uno de los mejores güisquis de Escocia. ¿Qué os parece hasta ahora?

Como respuesta, las personas empiezan a hacer comentarios animados y se escuchan algunos gritos de aprobación. Mi amiga Aroa, que está sentada a mi izquierda se levanta moviendo los brazos en el aire, para darle más énfasis al momento. Muchos se suman a ella, incluso el resto de nuestros amigos, Leire y Nael, que ocupan los asientos de atrás, también lo dan todo para animar el ambiente.

Para esta aventura nos ha tocado un buen grupo en el que nos igualamos en las edades. Las únicas que marcan la diferencia, las más bebés teniendo en cuenta que yo soy joven a mis casi cuarenta, son dos chicas que hace pocos meses han llegado a la mayoría de edad. Así nos lo han contado, orgullosas, radiantes y felices.

Madre mía, me he tenido que morder la lengua para no decirles que no quieran correr tanto, que una vez que pasas a ser adulta, los años vuelan y, adiós muy buenas. Pero quién soy yo para quitarles la ilusión. Ya se darán

cuenta por sí misma y querrán volver a llevar pañales. Qué maravillosa época, en la que una solo tiene que preocuparse en comer, dormir y hacer sus necesidades. Ah, ni eso, porque se encargan los demás de que no te falte de nada.

Salgo de mis pensamientos cuando me doy cuenta de que muchos se han callado de golpe y que otros sueltan varios jadeos, como de sorpresa. Entonces parpadeó rápido y fijo la mirada donde tenía que estar la guía. Ha desaparecido de nuestras vistas como por arte de magia.

—¡La leche! ¡Qué golpe se ha dado! —exclama mi amiga Leire, desde el asiento de atrás.

—Menudo bache se ha comido —se le suma Aroa.

Aroa se ha tapado la cara con las manos, pero es un intento muy malo para que no se note su diversión porque se está riendo. No lo puede evitar, todas las veces que delante de ella ocurre una situación igual se carcajea. Es como algo nervioso, bien lo sabemos Nael, Leire y yo, porque con nosotros nunca se corta.

Los que se habían levantado de los asientos se sientan con cuidado, incluidos mis amigos. Todos tenemos la atención puesta en el lugar dónde antes estaba la guía, el mismo en el que sigue sin haber rastro de ella. Ah, pero su cabeza aparece de golpe, como propulsada por un muelle. Con el pelo tapándole la cara al llevarlo suelto, suelta una carcajada. El conductor que ha aminorado la velocidad por su caída, lo interpreta como buena señal y acelera.

No conduce rápido, vamos a muy buen ritmo, pero claro, desde el primer bache del que nos ha avisado la guía, hemos botado con bastantes más, hasta llegar al más grande que la ha tirado al suelo del minibús.

—Tranquilos, estoy bien —levanta una mano, sin perder la sonrisa—. Son gajes del oficio —vuelve a reír y varios se unen a ella. La preocupación se ha esfumado—. Ha estado varios días lloviendo y el mal tiempo ha provocado que los caminos sean más inestables, pero todo está controlado. Vosotros quedaos sentados, con que yo bese el suelo es suficiente —todos reímos con ella—. Bueno, continúo… Ahora os voy a detallar la ruta que vamos a hacer hoy, más tarde os explicaré cómo tenemos organizados los siguientes días. El primer lugar donde nos dirigimos es al Castillo de Armadale, el que fue el hogar de los MacDonald hasta el 1925, fecha en la que lo abandonaron. Por su historia es imprescindible verlo, es uno de los lugares más bonitos de Skye, con sus vistas al mar, la naturaleza que lo rodea y el romanticismo que todavía desprende. Está en ruinas, pero con lo que queda en pie vais a poder haceros una idea de lo que llegó a ser en su época de máximo esplendor. La fachada se conserva, pero el interior está hueco, donde aún se conservan grandes y largas escalinatas y unos ventanales amplios. Desde la zona en la que estaremos no serán visibles. Hace un tiempo hubo un desprendimiento y lo mantienen cerrado por seguridad y para salvaguardarlo. Está rodeado por uno de los jardines más bonitos de Escocia. En sus comienzos fue una mansión que recibió el nombre del pueblo a la que pertenece. Como he dicho, fue la residencia de los MacDonald. Se trasladaron cuando tuvieron que abandonar el castillo de Duntulm al norte de la isla, y los castillos de Dunscaith y Knock que estaban más próximos. Se conoce que lo primero que el clan construyó fue

una gran casa y al cabo de los años se alzó el castillo junto a ella. A pesar de lo imponente que fue con sus torres y sus muros, su finalidad solo era la de aparentar. No fue un lugar defensivo. Su declive comenzó en 1855, debido a un gran incendio que destruyó la parte central del castillo. Aunque encargaron su restauración, como he comentado, en 1925 los MacDonald se mudaron a una vivienda de dimensiones más pequeñas. Por aquel entonces el ala oeste del castillo ya estaba en ruinas. Años más tarde fue vendido a una ONG que vela por su conservación, su protección y que promociona la cultura, las tradiciones y la historia. La zona está rodeada por árboles, estanques y senderos por la naturaleza. En el terreno del castillo se encuentra el Museum of the Isles. En él descubriréis la historia de las *Highlands* y de las islas de Escocia a través de la leyenda del clan Donald. Quedan pocos minutos para llegar, así que por el momento os doy un descanso para que interioricéis todo lo que os he contado. Le vais a dar sentido enseguida.

—Como me pone todo el tema de los clanes —dice con picardía Aroa.

—Me encanta —digo, mientras miro el paisaje por la ventana.

—¿El qué exactamente? ¿Los castillos, las historias, por donde pasamos o mejor te quedas con la imagen de los hombres imponentes de épocas pasadas? —Quiere saber Leire, con los brazos apoyados en los asientos.

—Menuda curiosidad la tuya —habla por primera vez Nael—. Yo lo tengo claro y vosotras más, así que ahorradme vuestros suspiros y gritos soñadores.

Mis labios se curvan de medio lado y él suelta una carcajada cuando le lanzo hacia atrás el resto del bocadillo que me ha sobrado. Por lo visto le he dado de pleno.

—Lo quiero de vuelta —le aviso.

Joder, que es un poco más de la mitad y la comida es un tesoro, y más cuando no sabes cuándo volverás a poder comer. Es lo que tenía más cerca y se me ha ido la mano hacia atrás.

—Tarde —responde Nael, con la boca llena.

Me asomo entre los asientos y mi sonrisa se hace más amplia cuando me hace un guiño. No se corta y sigue comiendo, al menos tiene el detalle de preguntarme si quiero un poco, a lo que niego. Por el momento estoy servida.

Me acomodo en el asiento y apoyo la cabeza, con ella girada hacia la ventana. Disfruto de todo lo que veo y saco algunas fotografías para inmortalizarlo, para cuando me entre la añoranza.

Llevamos varios días en Escocia, pero aun nos quedan bastantes por delante. No quiero pensar en el final del viaje, por lo que aparto todos los pensamientos que me llevan hasta ese instante y simplemente me lleno de la esencia del lugar y de las palabras que ha dicho la guía.

Le doy un beso en la palma de la mano a Nael, cuando la acerca. Me ha rozado la cara buscando una reacción mía, por lo que la retira al saber que

no me he quedado dormida. Si fuera el caso le estaría recriminando durante horas que no me hubiese despertado. No quiero perder ninguna oportunidad de ver todos y cada uno de los detalles.

Capítulo 2



—¿Te encuentras bien? —le pregunto a Maisie, la guía.

Aunque le quitó importancia, su caída ha sido aparatosa. Con el movimiento constante, con más baches y con el poco espacio que hay en el interior del minibús, lo más normal es que se haya hecho daño. Quizás bastante, aunque lo disimula estupendamente.

—Sí, gracias —me responde sonriente—. Tendré ciertas partes del cuerpo con diferentes colores, pero eso es todo. Perdona que no lo recuerde, ¿tu nombre es…?

—Gladys. No pasa nada, somos muchos y has pasado lista hace unas horas. Es el primer día.

Se ríe de forma escandalosa y me contagia. Empezamos a caminar por el jardín, sin prisa. Es tal y como lo he imaginado por sus palabras, un auténtico privilegio. Desprende un aire romántico increíble y te absorbe. Las plantas están en plena época de floración y los distintos colores que adornan el lugar son cautivadores.

Hace un poco más de una hora que llegamos al Castillo de Armadale y a sus alrededores. El grupo se ha desperdigado y ahora cada uno va a lo suyo, por libre. Ya hemos visto el museo y nos hemos hecho muchas fotografías en los exteriores. La imagen de lo que queda del castillo aún conserva el encanto que tuvo en el pasado y me ha dejado maravillada.

—Con lo de pasar lista me has recordado a una profesora que tuve —dice Maisie.

—¿Es un buen recuerdo?

—No —arruga la nariz al responder—. Era muy estricta y no tenía buen carácter.

—Ah —niego con los labios fruncidos.

—Eres española, ¿verdad? Os he escuchado a tus amigos y a ti.

En el grupo hay una mezcla de nacionalidades y el mayor tiempo todos hablamos en inglés. De ahí el detalle que nos ha delatado porque cuando mis amigos y yo interactuamos entre nosotros, nos sale hablar en nuestro idioma que es al que estamos acostumbrados, aunque todos sabemos sobradamente el inglés.

—Sí. Mi madre no llegó a tiempo para venir hasta aquí. Mi cabeza no pudo asomar en estas tierras. Es una espinita que voy a tener toda mi vida y no se lo voy a perdonar —le hago un guiño.

Vuelve a reírse. Maisie es muy agradable, simpática y a estas alturas ha quedado claro que risueña. Es de las personas con las que te sientes a gusto al instante, transmite confianza y cercanía. Tiene un carácter muy de agradecer, y más cuando estás fuera de tu zona de confort. Aunque la verdad es que aquí podría quedarme a vivir sin problema.

—Me ha quedado claro que te gusta mucho Escocia.

—¿Cómo lo has sabido? —Me hago la sorprendida.

—Eres muy graciosa —sus palabras se entrecortan por la risa.

—No digo que no. Tengo mis momentos, pero te sorprenderías si me conocieras mejor.

—Pues te aseguro que sé detectar cómo son las personas y tú, aunque hayas hecho ese pequeño matiz, se ve que eres simpática, extrovertida y alegre.

—No lo repetirías en mis días malos —esta vez la que ríe soy yo.

—Gladys, a veces, es como tener en las manos una bomba a punto de estallar. Imagina que quedan diez segundos para que detone, los sudores fríos y el miedo que te recorren al saber que el final se aproxima… Pues así —dice Nael, reflejando la diversión en cada una de sus palabras.

—Cállate que me has dejado sin comida —lo miro de reojo cuando se pone a caminar a mi lado.

—Me la has lanzado tú —se encoge de hombros y gruño.

—Estaré pendiente por si tiembla y la veo ponerse roja —suelta Maisie, y se gana de mi amigo una sonrisa pícara de medio lado.

—Pues que sepas que tú no te libras de la explosión. Así tenga que subirme sobre tu cuerpo, te llevo conmigo donde sea —le advierto a Nael.

Suelta una carcajada y me rodea los hombros con un brazo. Me pega a su costado y me da un beso en la cabeza. ¡Ale!, solo con hacer eso ya me ha ganado y se ha librado de que continúe.

Nael es otra de mis debilidades, qué voy a hacerle. ¿El problema? Que él lo sabe muy bien, al igual que yo sé que es mutuo. Nosotros pasamos de abrazarnos y adorarnos a tirarnos las cosas a la cabeza, pero no podemos estar mucho tiempo enfadados el uno con el otro.

—¿Sois pareja? —pregunta con curiosidad Maisie.

—No —la respuesta es rápida y al unísono, por parte de los dos.

—Oh, pues lo parecéis.

—La confianza de tantos años a veces da un pelín de yuyu —frunzo los labios.

Me hace gracia ver algunos pequeños gestos en la cara de Maisie. No se da cuenta de que su interés va un pelín más allá de la simple curiosidad. <<Mmm, Interesante…>>, pienso, pero me quedo callada.

Es algo normal, me refiero a que Nael llama mucho la atención. Es un hombre alto, con una constitución perfecta y de hombros anchos. Un figurín que capta el interés de todas las miradas, aparte de que es muy guapo. Su mandíbula marcada y sus rasgos masculinos le dan un aire interesante y acompañado todo con su carácter, es la mezcla perfecta para cautivar a quien tenga delante.

Maisie no se queda atrás. Es un poquito más alta que la media, a mí me supera por varios centímetros. Es de constitución delgada, con el pelo castaño largo y ondas marcadas. Su cara es como la de una muñeca, pero de las bonitas, de las que puedes adorar y mimar toda la vida. Sus facciones son finas y elegantes y sé, porque no hace falta que Nael me haga algún comentario, sé perfectamente que ha llamado su atención.

Nael y yo llevamos juntos desde pequeños, todavía me acuerdo de cuando me pidió ser mi amigo. Por aquel entonces él tenía ocho años y yo siete, estaba a punto de igualarlo en edad. Fue a los pocos días de que Nael se incorporara a mitad del curso. Formó parte de mi clase y tardé poco tiempo en saber que a su padre lo habían trasladado y que no hacía mucho más que eran nuevos en la ciudad.

El final de la conversación infantil fue esta…

—Gladys —me dijo serio—. ¿Quieres ser mi amiga?

—¿Yo? —asintió varias veces— Vale, pero si me prometes que cuando te hagas mayor serás como un highlander.

—¿Eso qué es? —Se quedó pensativo.

—Son unos hombres que aparecen en las películas, de ellos se ha escrito mucho en los libros —le conté emocionada—. Son altos, mi madre dice que muy guapos, tanto que te enamoras de ellos. Y a veces llevan faldas.

—Ah, pues no sé… —Dudó.

—Por ahora estás perfecto —intenté animarlo.

—¿Eso quiere decir que ya somos amigos?

—Sí —acepté contenta—. ¿Quieres la mitad de mi bocadillo?

De esa forma se creó nuestra amistad, después de un abrazo rápido y de compartir la merienda. Una amistad con la que hemos crecido y que jamás se ha tambaleado, todo lo contrario, nos convertimos en inseparables y así continuamos. A Aroa y a Leire las conocimos años más tarde.

—Sé de lo que hablas sobre la confianza, me pasa lo mismo con mi hermano y sus amigos —comenta Maisie, pero lo hace sonriendo.

—Mmm… Si son más es peor —digo.

—Te confirmo que sí —suelta una carcajada.

—¿Eres escocesa? —se interesa Nael y yo sonrío de medio lado.

—Sí. Nací en la ciudad de Aberdeen. Es la tercera más grande de Escocia y está situada en la costa nordeste. Si tenéis tiempo os gustará pasear por sus calles y descubrirla. Es conocida también como la flor de Escocia.

—Suena muy bien —Nael le hace un guiño y las mejillas de Maisie se cubren de un pequeño rubor.

—Yo me apunto a todo —dejo claro.

—No hace falta que lo digas —le doy un codazo y ríe—. ¿Cuál es el siguiente lugar al que vamos? —le pregunta Nael.

—Pues he tenido que variar los planes hace un rato.

—¿Y eso?

—Resulta que a los siguientes lugares que había planificado llevaros es a Fairy Glen, también conocido como, “valle de las hadas” y a Fairy Pools,

las “piscinas de las hadas”.

—Ohhh… —No puedo con la emoción, acabo de imaginarme danzando por esas zonas como uno de esos míticos seres mágicos.

—Así te quedarás, sí —dice Maisie—. Pero hoy no va a poder ser. He hablado con mi hermano, me ha dicho que los caminos para acceder a los dos lugares no están bien, pero están trabajando rápido para restablecer los accesos. Las tormentas de los últimos días han sido muy fuertes, tenéis suerte porque no se prevén más por ahora.

—Vaya. ¿Tu hermano es uno de los que está trabajando en los caminos? —le pregunta Nael.

—No —ríe Maisie—. Pero siempre lo informan de todo.

—Entonces, ¿dónde iremos?

—Él me ha aconsejado que os lleve a Portree. Es buena idea porque podemos comer allí cuando llegue la hora. Es la localidad más grande de la isla de Skye y la capital. Os va a gustar mucho. Después del tiempo libre, cuando nos reunamos de nuevo, nos dirigiremos a la casa donde nos quedaremos durante los días que dure el circuito. Mañana ya estará todo mejor y no habrá problema para ir de un lado al otro.

—Guay —digo animada.

Me da igual el orden y después de comprobar cómo estaba el camino que nos ha traído hasta el Castillo de Armadale, entiendo que es necesario el cambio de última hora.

—Nos vemos dentro de un rato, me reclaman —dice Maisie, mientras levanta una mano hacia el pequeño grupo de cuatro que está parado a unos metros de distancia.

—Tranquila —le sonrío.

—Es muy agradable —comenta Nael cuando nos quedamos solos.

—Y muy guapa.

—Sí —confirma.

—Atractiva —continúo.

—Ajá.

—Y te has dado cuenta de que se pone nerviosa cuando le hablas —lo miro de reojo.

Continuamos caminando, recorriendo el jardín. No dice nada al respeto, por lo que sigo indagando un poquito, o quizás voy directa a lo importante.

—Te gusta.

—¿Cómo no? Este lugar es espectacular.

Será…

—Me da igual que no hables claro. Te conozco más que tú mismo, así que…

—Deja de centrarte en mí —sacude la cabeza.

—Vamos a estar con Maisie más de una semana.

—Lo sé.

—Pues yo lo veo muy interesante para ti, para vosotros.

—Estás sacando demasiadas conclusiones —me revuelve el pelo.

Es una manía que tiene desde que éramos pequeños. Al principio me daba rabia y me enfadaba, a estas alturas, después de tantos años paso y hasta me hace gracia.

—¿Desde que estamos aquí has pensado en Julia?

—Te dije que es agua pasada —dice seguro.

—Más bien agua bebida —le rectifico y ríe.

—Las dos valen.

—¿De verdad?

—No te preocupes, después de lo que me hizo, se me quitaron de golpe las ganas de todo.

—Vale —suelto un suspiro—. ¿Dónde están Aroa y Leire?

—Por alguno de los senderos, cuando me he separado estaban agachadas observando unos bichitos muy monos, según ellas.

Reímos y cuando nos tranquilizamos nos quedamos en silencio. Apoyo la cabeza en su cuerpo. Todavía me rodea los hombros con el brazo y, aparte de que siempre me ha gustado y me gustará estar así con él, en este instante también lo agradezco por la brisa fresca que hay.

Julia para mí es una persona tachada, pisada y pasada. Nunca voy a perdonarle el daño que le hizo a Nael un mes atrás. Mi amigo la pilló tonteando con otro a la salida del trabajo, cuando fue a buscarla para darle una sorpresa. Es evidente que quien se la llevó fue él, porque eso de tontear… más bien fue que faltó poco para que cierta parte de ese hombre entrara en el cuerpo de ella, en plena calle.

En fin, que Julia ha tenido mucha suerte de no cruzarse conmigo. Al menos Nael solo estuvo con ella un mes y medio. No entiendo cómo pudo hacerle eso, mi amigo es un hombre impresionante en todos los sentidos.

Capítulo 3

Este lugar es perfecto. No puedo apartar la vista de la preciosa imagen del puerto de Portree. Es impresionante la combinación del mar, de las pequeñas embarcaciones que flotan sin mecerse y la variedad colorida de las fachadas de las casas.

Es una imagen magnética, atrapante. Llevo sin poder desviar la mirada durante bastante tiempo. Me llevo el café a los labios, pensativa. Estoy en una de las mejores zonas para visualizar el puerto. Mis amigos están aprovechando los últimos minutos entre las calles de Portree, dentro de poco tenemos que reunirnos con el resto del grupo y con Maisie.

Volveremos a subirnos en el minibús, para ir directamente hasta el campamento en el que estaremos hasta el último día. Lo de “campamento” es cómo nos referimos mis amigos y yo a la casa a la que vamos. Por lo que nos ha comentado Maisie, no solo es una. Hay una principal enorme y después junto a ella, muy cerca, separadas por caminos, hay varias casitas que complementan los alojamientos.

Maisie nos ha asegurado que todo el grupo nos quedaremos en la principal, incluida ella. No se separará de nosotros hasta que llegue el día en el que el circuito termine y tengamos que despedirnos.

Estoy deseando llegar, por lo que ha dicho Maisie sé que me va a encantar. El lugar que nos espera está situado junto a la costa, a la que se puede acceder por un camino un poco empinado que lleva directamente al mar. Por lo visto no hace muchos años que ese alojamiento está en funcionamiento, hasta hace seis eran construcciones en ruinas. Su hermano compró las casas abandonadas y con una restauración en la que se conservó la esencia de épocas pasadas, quedaron como si el tiempo no hubiese pasado por ellas.

Después de la explicación de Maisie, sabemos que su hermano tiene una empresa de turismo, en la que ella trabaja como guía, y que esas casas siempre son el alojamiento para todos los grupos con los que trabajan. Conforman un buen equipo porque no dependen de nadie, todo queda en familia.

Me tomo otro sorbo de café, con la vista perdida donde el mar parece fundirse con el cielo. Hay tanta calma, que la tranquilidad y la armonía reinan en cada rincón.

En cuanto llegamos a esta localización Maisie nos explicó, mientras empezábamos a caminar por sus calles, que el nombre de Portree procede del gaélico “Port-an-Righ” que en español se traduce como: “puerto del rey”. Este dato lo dijo más para mis amigos y para mí.

No siempre tuvo el nombre de Portree, con anterioridad fue conocida como: Kiltraglen. Se cree que cambió su nombre después de que el rey Jaime V de Escocia, hiciese un viaje junto a su flota de buques de guerra. Su finalidad fue la de unir los clanes MacLeods y MacDonalds, para conseguir que lo apoyaran en sus intereses.

Portree, es conocida por ser el escenario de acontecimientos históricos. No me extraña porque está situada en un enclave privilegiado. Callejeando por sus calles encuentras hoteles, restaurantes, cafeterías y una gran variedad de tiendas.

Un dato que captó toda mi atención al escuchar hablar a Maisie, es que Portree es una de las localizaciones elegidas para realizar los *Highlands Games*, lo que es lo mismo que los juegos de las *Highlands*. Su historia se remonta a la época en la que los clanes animaban a sus hombres a demostrar sus habilidades y dotes para la batalla, a través de las pruebas físicas.

Me encantó escuchar que hoy día todavía se realizan estas pruebas, y que nosotros las veríamos porque coinciden con las fechas en las que estaremos visitando la isla. Se ha convertido en una tradición y, aunque imagino que dista mucho de la sensación que ofrecería en el pasado, solo con el detalle que ha remarcado Maisie al final de su explicación, yo, estaría en primera fila.

La muy pillina se guardó lo mejor para el último momento. ¿Qué es? Que todos los que participan en los juegos van vestidos con sus *kilts* para competir. ¿Entendéis porque no voy a perdérmelo? No tengo ni idea de si será la única vez que pueda ver a escoceses como mi mente ha imaginado

más veces de las que puedo recordar, pero la experiencia tiene que ser una pasada. Seguro que nos transporta a otros tiempos y estoy deseando que llegue ese día, porque también veremos bailes típicos. Todo un acontecimiento que merece la pena vivir, disfrutar y atesorar.

El primer día ha sido muy satisfactorio y voy a terminarlo enamorada de todo lo que he visto y escuchado. Miro la hora en el reloj de pulsera, son las cinco y media de la tarde. Aún quedan horas de sol, pero imagino que hasta llegar al alojamiento queda un buen tramo con más baches.

—Hola —escucho a mi espalda.

Me giro para sonreírle a Maisie.

—¿Ya han llegado todos los del grupo? —le pregunto, separándome de la barandilla en la que llevo apoyada desde que he llegado a esta parte.

—No tranquila, solo hay unos pocos. Aún quedan unos minutos —responde, colocándose a mi lado—. ¿Qué te ha parecido? —Se interesa, con la vista fija en el mar.

—Mi opinión no cuenta porque vea lo que vea, ya sabes la respuesta —digo y se ríe con ganas.

—Vale —gira la cabeza hacia mí—. Me alegro de que no te esté decepcionando nada.

—Imposible —niego observando las casas coloridas del puerto—. Tiene que ser bonito sentirse en casa aquí.

—Sí —confirma—. Es lo que siempre he conocido.

—¿Nunca has salido de Escocia? —Me pica la curiosidad.

—No.

—¿En serio? —agrando los ojos— ¿Ni un poquito?

—¿Cómo es eso de, ni un poquito? —Me mira con expresión divertida.

—Yo qué sé, como por ejemplo traspasar el límite de Escocia y poner los pies en otro destino, aunque sean unos segundos.

—No —vuelve a reírse—. La verdad es que nunca he tenido la necesidad —dice pensativa—. Durante muchos años también influyó la enfermedad de mi madre.

—Lo siento, no quería…

—No pasa nada, Gladys. Nos dejó hace años.

—¿Tu padre?

—Se fue antes que ella —me sonríe con tristeza—. Solo tengo a mis hermanos.

—Pensaba que solo era uno.

—No, hay una pequeñita que nos robó el corazón hace seis años. La muerte de mi padre fue hace muchos más atrás y mi madre consiguió rehacer su vida con otro hombre. Era bueno, la cuidaba y la amaba, nunca le importó la enfermedad de mi madre. Creo que ella, esos sentimientos tan profundos los siguió reservándolos solo para mi padre, aunque ya no estuviera en nuestras vidas. Pero Athol la hizo feliz y ella a él también —me aclara al ver mi expresión de pena. Me sonríe al instante—. El caso es que la pequeña no entraba en los planes de nadie. Llegó inesperadamente, un año antes de que mi madre falleciera. No era tan mayor como para no poder tener hijos, a mi hermano y a mí nos tuvo cuando era muy joven, pero igualmente la sorpresa fue grandísima. Hope, que así se llama mi hermana, al ser tan pequeñita cuando sucedió, no guarda recuerdos. Solo nos tiene a mi hermano y a mí, que por edades podríamos ser sus padres biológicos —ríe y se nota en el cambio de su voz lo que adora a su hermana.

—¿Y Athol?

—Falleció hace cuatro años.

—Lamento vuestras pérdidas, Maisie.

—Gracias —asiente—. Suena mal lo que voy a decir, pero en cierta forma me alegro de que todo sucediera en esos tiempos. Me refiero a que mi

hermana, no ha sufrido esas pérdidas porque no fue consciente.

—Te entiendo, en todo —asiento.

—Por eso, entre unas cosas y otras, y sumándole mi vida dedicada a los estudios, pues no he visto la oportunidad de salir de Escocia. Tampoco es algo que necesite, quizás algún día…

—Pues claro, eres jovencísima.

—Buenooo…

—Shhh… —la interrumpo— Que yo voy para los treinta y nueve y no admito discusión —arqueo una ceja y reímos con ganas.

Hace el gesto de cerrarse la boca y asiento conforme. Volvemos a reír y así nos encuentran mis amigos.

—Ya estamos —dice Aroa, cantarina.

Va cargada con dos bolsas. Yo tengo una a mis pies, apoyada en la baranda. Todos hemos comprado recuerdos y lo que se nos ha antojado, a pesar de que regresaremos para cuando se celebren los juegos.

—¿Os ha gustado? —les pregunta Maisie.

Me divierte ver cómo pasa la mirada demasiado rápido por Nael y como mi amigo también se ha dado cuenta, es él el que le responde.

—Es un lugar precioso en el que perderse.

—Sí.

Parece más cortada que las anteriores veces que ha interactuado con Nael, lo que es muy buena señal. Buenísima.

—Creo que ya han llegado todos —dice Maisie—. Voy a pasar lista y nos vamos —me hace un guiño al referirse a lo de la lista y le sonrío.

—¿Y tus bolsas? —Le pregunto a Leire.

Empezamos a caminar detrás de Maisie que se ha adelantado.

—En las de Nael, se me han roto las asas —se encoge de hombros.

Nuestro amigo, suelta una fuerte carcajada y antes de que hable sé lo que va a decir. Los miro divertida.

—Di más bien que te has cansado de llevarlas y tú —remarca—, has roto las asas —carraspea.

—¿Qué dices? Has visto cómo se me han caído —Leire, se hace la ofendida.

—Claro, después de ver cómo tapabas lo que hacías antes. Tirabas de las asas con fuerza, con las dos manos —arquea una ceja.

Nos reunimos con el grupo riendo, con Nael y Leire enzarzados en una batalla que ella no va a ganar. Pero oye, le pone muchas ganas.

—Ahora vamos al alojamiento —habla Maisie. Capta la atención de todos y nos quedamos en silencio—. Una vez estemos allí y tengáis las habitaciones asignadas y el equipaje en ellas, podréis pasear libremente por la zona. Es muy bonita para descubrir, siempre con precaución. Podéis dar paseos por los alrededores de un verde intenso, como también disfrutar de las vistas de la costa o incluso acceder a ella —hace una pequeña pausa—. La cena será a las ocho, nos reuniremos en el salón principal. En Escocia se acostumbra a cenar un poco antes, pero dado que estaremos todos los días haciendo rutas, tenemos la norma de alargarla siempre. Mañana podremos continuar con las rutas.

Se aparta para que empiecen a subir al minibús y nosotros nos ponemos a la cola que se ha formado.

Nunca había hecho un viaje de estas características. Me refiero a que todos los lugares que he visitado han sido por libre, pero mis amigos y yo estuvimos de acuerdo de que en este en concreto merecía la pena ser guiados, para llegar al máximo de información y de lugares posibles.

Escocia guarda demasiada historia, secretos y mitos, y por mucho que te hayas documentado, ir escuchando las explicaciones sobre el terreno, no es

comparable a hacerlo por tu cuenta.

Y si le sumamos a que Maisie es nuestra guía y todo un descubrimiento, pues mi felicidad sale propulsada de mi cuerpo y allá a quién le dé.

Una vez acomodados en los asientos emprendemos el trayecto hasta el que será nuestro alojamiento por muchos días. No escatimamos en la duración cuando nos decidimos a venir a este país, era mi sueño y a todos mis amigos les gusta lo suficiente como para haberlo planificado con mucho tiempo, como también habíamos ahorrado a conciencia, para vivir la experiencia al máximo.

Capítulo 4



—¡Qué pasada! —exclama Aroa, subida sobre mi cuerpo para mirar bien por la ventana.

Acabamos de llegar a nuestro destino. Estamos en la entrada de un gran jardín que lleva hasta la entrada de una… No puedo considerarla casa, lo que estoy viendo es como un mini castillo que se alza majestuoso a metros de distancia. A los lados de él están las viviendas más pequeñas, esas sí que son casas y bastante grandes, por cierto.

—No se aproxima a la idea que me había hecho —comenta Leire, emocionada.

—Estoy de acuerdo —confirma Nael—. Vamos a tener una experiencia redonda —me revuelve el pelo.

Soy la única que no hace ningún comentario, pero es que me he quedado sin palabras. Cuando reservamos el circuito, en toda información que estaba disponible siempre se referían al alojamiento como casa, pero lo que tengo delante no es ni por asomo lo mismo.

—¿Queréis quedaros en el minibús? —Giramos las cabezas hacia Maisie.

Éramos los únicos que estábamos dentro, el resto estaba cogiendo sus equipajes del maletero.

—Lo que nos hemos quedado es locos, esto es un castillo en pequeño —lo señalo por la ventana.

—Sí —confirma Maisie, riendo—. Es una sorpresa que reservamos para el final del primer día —me hace un guiño—. Mi hermano lo tuvo claro cuando adquirió la propiedad, se necesitó mucho tiempo para construir lo que veis. Bienvenidos a la casa propia de algunos de los MacLeod.

—¡No jodas! —Expresa sorprendida Aroa, pero no es la única, todos nos quedamos igual.

—¿Eres una MacLeod? ¿Tus orígenes son del clan…?

—Claro —nos confirma Maisie, sonriente.

—Me va a dar algo —susurro llevándome la mano al pecho y se ríe por mi reacción—. Y sois los dueños… —dirijo la vista al alojamiento.

—En realidad es mi hermano y todo el mundo lo trata como si fuese…

—¿El jefe del clan? —la interrumpe Leire.

—Sí, pero es como una costumbre a la que a él le costó acostumbrarse. El negocio que montó da de comer a muchas familias y es la forma que tienen de agradecérselo. Lo hacen únicamente aquí, no os sorprenda cuando se dirijan a él como *laird* —pasa la mirada de unos a otros—. Es el respeto que le brindan a mi hermano, se lo ha ganado con creces —sonríe derrochando cariño—. Aquí viven algunos de los trabajadores, y no solo de la agencia turística. Mi hermano tiene más negocios y es muy conocido en estas tierras.

—¿Él vive aquí? Necesito conocer a un *laird* y arrodillarme ante él —suelta Aroa.

Mi mano vuela a su cabeza y le doy una colleja. Se gira rápido hacia mí.

—¿Qué? —pregunta arrugando la nariz.

—Ya has oído a Maisie. Con lo que le costó a su hermano acostumbrarse a ciertas cosas, no creo que le guste mucho que te postres a sus pies —arqueo una ceja.

—Te aconsejo que sigas el consejo de Gladys —confirma Maisie, entre risas.

—Ah… Jo —hace un puchero.

—Anda vamos —digo empujándola un poco para salir del minibús.

Cargados con las bolsas bajamos para ir por nuestras maletas, despidiéndonos de Keir, el conductor. Nuestros equipajes son los únicos que quedan en el maletero, por lo que lo hacemos rápido. Seguimos a Maisie y al grupo por un camino central que separa la hierba que lo bordea.

Los ojos se me van hacia todas las direcciones, es impresionante. El jardín tiene muchos metros cuadrados, con flores coloridas repartidas por varias zonas. Hay dos fuentes en los extremos, bancos para sentarse y el camino por el que vamos, es recto y va directamente a la entrada del castillo.

Cuando accedemos al interior admiramos la zona en la que nos paramos. Todo es de piedra, combinado con madera y acabo de transportarme aún más a otra época.

—A partir de ahora sois libres, hasta mañana —dice Maisie a todo el grupo, con un guiño—. Voy a daros las llaves de las habitaciones y podéis moveros por donde queráis. La segunda planta es la única a la que os pido que no accedáis. Podéis subir las escaleras hasta la almena, no pasa nada, pero en esa segunda planta están las habitaciones de todos los trabajadores, incluidas la de mis hermanos y la mía. Estas últimas están en el ala de la izquierda. Por el resto tenéis plena libertad de moveros a vuestro antojo. El comedor donde se sirven los desayunos, las comidas y las cenas está en esta planta principal, a la derecha —lo señala—. Recordad que nos vemos a las ocho para cenar. Dicho esto, nos iremos viendo por aquí y si os surge algún problema no dudéis en llamarme. Disfrutad y que tengáis buena estancia.

—¿Te has quedado con lo del ala de la izquierda? —le susurro a Nael.

Baja la mirada, con una sonrisa de medio lado.

—Izquierda, centro y derecha. Creo que lo he pillado —dice.

—Me alegra que viésemos muchos dibujos animados educativos —pongo los ojos en blanco y ríe—. Pues tú qué sabes tanto, que no se te olvide —levanto las dos cejas, varias veces.

—¿Y eso por…?

—Porque ahí está la habitación de Maisie —sonrío con picardía.

—En la planta que ha remarcado que no se puede acceder —me revuelve el pelo.

—Ja, no creo que a ti te niegue nada.

Salgo casi corriendo, apartándome de él. Llego junto a Aroa, a Leire y a Maisie. La última ya les ha dado las llaves de sus habitaciones a mis amigas.

—Para ti —me ofrece la mía.

—Gracias —le sonrío.

—Te he guardado la más impresionante —me susurra inclinada.

—¿De verdad? —Me sorprendo.

—Sé lo importante que es para ti esta experiencia —me hace un guiño.

—Muchas gracias, pero estoy segura de que cualquiera de este castillo sería…

—No pasa nada —me interrumpe—. Disfruta de la habitación, te vas a enamorar.

—Ay… —digo con ganas de subir corriendo las escaleras para llegar.

—Nael, la tuya.

—Gracias —asiente mi amigo.

—Tenéis mi número de teléfono. Este lugar es grande, pero ya veréis como nos vamos viendo —nos sonríe—. Recordad la hora de la cena —asentimos—. Voy a descansar un rato.

Nos dice adiós con la mano levantada, antes de girarse y empezar a subir las escaleras.

—Estamos en la primera planta —habla Leire.

—Guay —susurro, observando la gran escalera.

—¿Qué número os ha tocado? —Pregunta Nael.

Los decimos en voz alta y nos damos cuenta de que las de ellos tres están seguidas, pero en la mía hay un salto de número. Hay otra entremedias, pero igualmente estamos cerca.

Subimos los escalones tirando de las maletas y cuando llegamos a la primera planta nos recibe un pasillo ancho, con moqueta. Lo recorremos fijándonos en que nosotros estaremos al final.

—Ah, pues no hay separación —dice Leire cuando llegamos frente a la puerta de ella.

Es la primera, la siguiente corresponde a la de Aroa y Nael es el que estará más próximo a mí, porque por lo visto, el salto de número se debe a que mi habitación es más grande y ocupa el tamaño de dos. Quizás anteriormente estaba partida y no modificaron la numeración. Ni idea, pero me da igual, así que…

—Si el guía fuera un tío te diría que tienes este privilegio porque te lo has tirado —comenta Aroa, con tono de humor.

—Lo mismo me he tirado a Maisie y no os habéis enterado, mientras observabais y buscabais bichitos monos por los senderos del Castillo de Armadale —suelto una carcajada, por las caras que ponen las dos.

—Tendría que haberme adelantado —suelta Nael, para rematarlo.

—Tranquilo, no soy celosa —le saco la lengua y los dejo atrás, riendo.

Empiezo a caminar hacia mi habitación, estoy deseando ver lo que hay en el interior.

—¿Dejamos los equipajes y nos encontramos aquí para descubrir los alrededores? —propone Nael.

—Vale, pero no tengáis prisa. Tomaros con calma este momento —les pido.

—Tranquila que sabemos que tendremos que picar a tu puerta para sacarte —ríe Aroa.

Es lo último que se escucha. Todos entramos en las habitaciones y no sé cómo serán las de mis amigos, no tardaré mucho en descubrirlo, pero la mía me deja de nuevo sin palabras.

—Madre mía… —susurro después de cerrar la puerta.

Coloco la maleta al lado de la puerta y me olvido de ella. Los pies se me mueven solos, hasta que me paro en el centro.

La estancia es enorme, al igual que la cama. No sé ya cuántas veces he dicho que me he enamorado aquí, pero tengo un flechazo con la cama. Aparte de que cabemos todos mis amigos en ella y que nos sobraría espacio,

un dosel se alza para decorarla con unas telas casi transparentes. Parecen de gasa y cuelgan haciendo unas formas muy bonitas. A los pies de la cama hay un banco con el asiento acolchado, monísimo.

Los muebles son las mesitas de noche, varias cómodas y un armario grande, todo de madera en tono oscuro, como la cama. A los dos lados de esta hay alfombras de pelo largo y alguna otra repartida por la estancia. Cerca de una de las ventanas hay dos sillones con una mesa redonda pequeña.

Aparte de la puerta de la entrada hay dos más. Una compruebo que es un baño que me deja con la boca abierta, literalmente. Es como una habitación pequeña, en la que una bañera con patas decora la zona del fondo. Es muy grande, soy más consciente cuando me acerco. Dentro mi cuerpo se perderá.

Un espejo va de pared a pared. También hay una ducha hacia la izquierda de la bañera, protegida por una mampara transparente. El espacio de la ducha sigue la línea de todo lo demás.

Cuando salgo me dirijo a la otra puerta. Da a un balcón y lo más impresionante son las vistas. Cojo una bocanada de aire, con la mirada perdida en el mar. Apoyo la espalda en la pared de piedra. Me recorren muchas emociones y no quiero dejar olvidada alguna por el camino. Necesito atesorarlas todas porque estoy viviendo una experiencia única.

Me emociono por el detalle tan bonito que ha tenido Maisie, al darme esta habitación. En el balcón hay una mesa pequeña y dos sillas. Me siento en

una, para disfrutar de todo lo que me rodea, pero no tardo mucho en entrar a la habitación.

La brisa es fría. Estoy en la primera planta, pero la altura es considerable, mucho más que lo que una pueda pensar y el sol ya no calienta lo suficiente.

Voy hasta la cama y me tumbo entre cojines, con la cabeza apoyada en la almohada. Pienso en que cuando regrese a España, a mi piso, me va a costar adaptarme a la realidad. No quiero que termine esto, pero por desgracia tiene fecha final. Cierro los ojos unos instantes. La verdad es que estoy cansada, ha sido un día muy intenso.

Y ya no solo por las emociones, sino por la espera en el aeropuerto para venir a este lugar, desde la ciudad de Escocia en la que estábamos, el vuelo, el traslado hasta la isla de Skye, el reunirnos con todo el grupo y el recorrido que hemos hecho. Sumadle mis nervios por el país en el que me encuentro y el resultado es que me quedo dormida sin darme cuenta.

Quiero seguir investigando, descubriendo, pero no puedo evitar sumirme en un sueño profundo que me rodea de oscuridad.

No me preocupa, sé que no pasará mucho tiempo hasta que mis amigos piquen a mi puerta. Ya lo doy por hecho.

Capítulo 5



Me paso la toalla por el cuerpo. Acabo de darme una ducha, después de estar con mis amigos caminando por los alrededores.

Me ha sentado genial, lo necesitaba para cambiarme de ropa. No me he atrevido a llenar la bañera por si me sentía demasiado cómoda y me quedaba dormida otra vez. Cuando lo haga quiero disfrutarlo sin prisa, aunque aún falta para la hora de la cena.

Me pongo la ropa interior y sigo con el pantalón y el jersey. Cuando estoy vestida me siento en el banco acolchado que está pegado a una pared del baño y me calzo. No me he lavado el pelo, prefiero hacerlo por la mañana como estoy acostumbrada, nada más despertarme.

Delante del espejo me cepillo la melena y me dedico unos minutos a hacerme una trenza. Tengo la intención de salir del castillo, sé que mis amigos todavía no estarán preparados. Al terminar voy a la habitación para ponerme la chaqueta acolchada y con el móvil en una mano, salgo de la habitación. Es todo lo que necesito.

Me paro frente a la siguiente puerta a la mía, en la de Nael. Golpeo la madera con los nudillos y al cabo de unos segundos abre mi amigo.

—¿Ya estás? Te has dado prisa —me sonríe.

—Me apetece que me dé un poco más el aire —le devuelvo el gesto.

—Yo voy a ducharme ahora, ¿quieres pasar?

—Termina tranquilo.

—Ok, te buscaremos. Me he entretenido respondiendo unos correos electrónicos del trabajo.

—Tienes tiempo de sobra para tomártelo con calma. ¿Todo bien en el trabajo? —Me apoyó en el marco de la puerta.

—Sí, papeleo —le quita importancia moviendo una mano y asiento.

—Nos vemos en un rato —le doy un beso en la mejilla.

Me separo de él y continúo mi camino por el pasillo, hasta que me llama y me giro.

—Me encanta verte así —dice.

—¿Cómo? —Ladeo un poco la cabeza.

—Feliz, contenta, emocionada…

—¿Tú no lo estás?

—Claro, pero tú lo necesitabas más —le sonrío con cariño.

—Te quiero.

—Mmm… ¿eso es porque me vas a pedir algo? —Echa mano al humor.

—No descartes nada, todo es posible —rio y vuelvo a caminar.

—Yo también te quiero —me corresponde y giro la cabeza para hacerle un guiño, antes de que cierre la puerta de su habitación.

Me lo devuelve y me siento más feliz por estar compartiendo esta aventura con él. Con Aroa y con Leire también, pero, sobre todo, con Nael.

Llego a las escaleras y las bajo despacio. Todo está en silencio. Cuando hemos salido, después de llegar, nos hemos encontrado con varios trabajadores. Nos han recibido con una sonrisa y palabras agradables de bienvenida. Imagino que ahora estarán liados preparando la cena, por lo cerca que está la hora.

Al salir del castillo me ajusto la chaqueta al cuello y observo el jardín. Todavía hay luz del día, estoy deseando que se haga de noche para ver la iluminación. A la vuelta de nuestro paseo coincidimos con Maisie aquí mismo, y nos dijo que hay puntos de luz que recorren toda la extensión, ofreciendo una vista muy bonita.

Me muevo sin rumbo, por el camino central. Veo hacia la izquierda, al fondo del jardín, a las dos chicas más jóvenes que componen el grupo y me dirijo hasta ellas. Se llaman Greta y Chiara, son italianas. Sonrío al observarlas cuchichear, hablan demasiado bajo, como si estuviesen contándose un secreto que no quieren que nadie sepa.

—Hola —las saludo a pocos pasos de ellas.

—Hola —me corresponden al saludo.

—¿Qué tal va? —les pregunto para entablar una pequeña conversación.

—Genial —contesta Greta, animada.

—Y desde unos minutos mucho más —suelta una risilla Chiara.

—¿Y eso? —Las miro con curiosidad.

Ninguna de las dos responde, pero Chiara levanta un brazo y señala hacia delante. En la zona en la que estamos hay varias hileras de árboles que hacen de separación con las casas que están a este lado.

Me asomo intrigada e intento ver lo que me quiere mostrar, pero no veo una leche. Y no, no es que necesite gafas y no las lleve puestas, es que hacia la dirección que continúa señalándome solo hay un coche y la casa más próxima.

—¿Eso es lo interesante? —pregunto mirándola de reojo.

—No —ríe sin alzar mucho el tono—. Espera.

Me encojo de hombros y vuelvo la atención hacia donde supuestamente tengo que esperar a ver algo. Ah, y no tardo mucho en entenderlo. Benditos dieciocho años y también los treinta y ocho. Da igual la edad que se tenga, un hombre como el que acaba de salir de la casa es digno de admirar tengas la edad que tengas.

—Dios, cómo está —se sofoca Greta.

—Buenas vistas, sí señor —digo y frunzo los labios, conteniendo la diversión.

—¿Crees que vendrá hacia aquí? ¿Qué trabaja en este castillo? —me pregunta Chiara.

—Mmm… ni idea, pero creo que estamos a punto de saber si se va o viene —las aviso.

—¿Cómo? —hablan a la vez.

No puedo evitar reírme. La escena es graciosa porque las tres estamos como escondidas entre los árboles, inclinadas hacia delante, para poder ver lo máximo posible del monumento de hombre que está alejado de nosotras. La risa se me corta de golpe cuando el hombre se gira, alertado por el sonido de mi risa.

Joder, qué buen oído, me digo. O quizás es que he sido más escandalosa de lo que me ha parecido. Él no puede vernos, a lo mejor sí distingue nuestras siluetas, pero hay mucha vegetación aparte de los árboles y dudo que tenga una buena visión. Eso si consigue dar con… Ah, pues sí, hay que sumarle su orientación a su audición porque en este instante acaba de localizar donde se ha escuchado mi risa y mantiene la mirada fija en… Bueno, parece que, en mí, pero quiero pensar que solo da por hecho que hay alguien.

De frente es aún más impresionante. Es alto, corpulento, pero no de forma exagerada, en su justa medida para dejarte sin respiración. Tiene el pelo de color castaño oscuro, corto por la nuca y más largo en la parte de arriba. Para hacer un análisis más completo necesito estar más cerca porque la distancia que nos separa no ayuda, pero no sé si me gustaría tenerlo delante.

Me doy cuenta de que me han empezado a sudar las manos, fíjate tú, con el fresco que hace. Tengo la nariz roja y fría, al igual que las mejillas, así que está claro qué o más bien quién, es el culpable de mis sudores fríos.

Él es el primero en apartar la mirada, yo simplemente no puedo. Me he quedado embelesada, como si ese hombre fuese otra de las tantas maravillas que esconde este lugar y país.

—Te ha impresionado, ¿eh? —dice Chiara.

No le respondo, mi atención sigue puesta en él. Me crea curiosidad y cuando se monta en el coche y hace un cambio de sentido, me da a mí que…

—Mmm… Pues creo que sí viene para el castillo —digo poniéndome recta.

—Oh, ¡qué maravilla! —Aplaude Greta y la miro, divertida.

Me reservo el decirle que yo no lo veo tan bien como ella. La apariencia de ese hombre es capaz de dejarte sin saber cómo actuar ni qué decir. Transmite seriedad y tengo la sensación de que su carácter muy suave no debe ser. Ojalá me equivoque y ojalá no me cruce mucho con él, pero…

Agarro a las dos de los brazos y las llevo conmigo, unos pasos más atrás. El coche entra en el jardín y enseguida toma la dirección de la derecha. Se baja del coche para abrir una puerta ancha, la de un garaje, y vuelve frente al volante.

—Como sea uno de los camareros que sirven las comidas, creo que voy a terminar cada noche mala —comenta Chiara.

—¿Por qué? —Quiere saber su amiga Greta.

—Porque va a estar llamando su atención constantemente, para que la atienda. Y solo podrá pedirle bebida y comida —respondo por ella—. ¿Me equivoco?

—No —lo confirma Chiara, riendo.

Greta se le une y yo sacudo la cabeza.

—Ya que estoy aquí —miro hacia el otro lado de los árboles—. Voy a dar un pequeño paseo, aún es pronto para la cena —les digo.

—Vale —hablan las dos coordinadas y me alejo de ellas riendo.

No sé porque, pero mientras sorteo los árboles y llego a unos metros de la casa, me apiado de ese hombre. Un hombre al que, por cierto, en tiempo récord, me he imaginado con un atuendo típico y tradicional de este país. Si lo viese con un *kilt*, estoy segura de que sería la imagen perfecta de todas las que mi mente ha creado.

Recuerdo la conversación que tuve con Nael, a los ocho años, y me rio sola. Joder, tengo que hacer que mi amigo se vista de *highlander* de una época pasada porque haría perder el sentido a Maisie. Nota mental, conseguirlo. Y tanto que sí. Continúo riendo porque cuando le cuente a él mis planes sé la cara que pondrá.

—Estás sola.

Me paro de golpe, al escuchar una voz infantil. Me giró para buscar a la niña que ha hablado. La encuentro sentada en la hierba, con dos muñecas. Una la tiene encima de las piernas, la otra la ha sentado delante de ella. La pequeña tiene un cepillo en una mano y me mira con si fuera algo raro.

No me ha hecho una pregunta, pero aun así…

—Eh, sí —respondo, mirando hacia los lados.

—¿Y por qué te ríes sola?

Buena pregunta, pienso. Si le digo que lo hago a menudo y que también hablo, pues quizás no es lo mejor para que no salga corriendo, por cómo me mira.

—Estaba pensando en algo gracioso que sé que cuando ocurra, me reiré también —le sonrío.

—Ah…

Doy un paso para alejarme, pero vuelve a hablarme.

—¿Te quedas un rato conmigo? Podemos reírnos juntas. Nadie tiene tiempo.

Me vuelvo despacio hacia ella y ver su cara triste me encoje el estómago.

—Bueno, los mayores tienen muchas obligaciones —digo mientras camino hasta ella—. Siempre estamos liados y, ¿sabes? —niega— A veces las obligaciones nos llevan a no darnos cuenta de lo que es importante de verdad.

—¿Cómo qué? —pregunta y sonrío.

—Como sentarse en la hierba —lo hago poniéndome a su lado—. Y hacer compañía y jugar con una niña preciosa —le hago un guiño y me gano una sonrisa preciosa, mellada—. Pero no es que a los mayores se nos olvide lo importante, es que a veces se tienen tantas cosas que hacer que es complicado. Estoy segura de que tus papás encontrarán el momento, aunque no sea este.

—No tengo papás, murieron —lo dice tan natural que…

—Vale —le sonrío—. Pero… —Levanto un dedo— Sí que los tienes, los vas a tener continuamente —me toco el pecho— aquí, en el corazón. Siempre serán tus padres.

—No los recuerdo, yo era muy pequeñita —acompaña a sus palabras juntado dos dedos.

—Pero estoy segura de que te han hablado de ellos, y de que habrás visto fotografías —asiente—. Pues con eso puedes hacerte una idea.

—Me caes bien —dice de repente.

—Gracias —me río y ella se une a mí.

Es tan fácil que no sé cómo, las dos terminamos tumbadas sobre la hierba. A la mierda la ropa seca y el pelo limpio, la hierba está mojada por la humedad y cuando me levante… Bah, como si eso fuera importante.

—¿Cómo te llamas?

—Gladys.

—Nunca lo había oído.

—¿Y tú?

—Hope —sonríe.

—Jope, ¡qué bonito!

Soltamos una carcajada y por lo visto le ha hecho muchísima gracia porque se retuerce sobre la hierba, sin poder parar de reír.

—Hope.

Al escuchar su nombre en una voz distinta se queda callada de repente y agranda los ojos, mirándome. Yo más bien apostaría a que ha sido por la

entonación y me da a mí que no me va a gustar mucho girar la cabeza y descubrir al dueño de la voz autoritaria y seria.

Capítulo 6



—No le gusta que hable con extraños —me susurra Hope.

Tiene gracia porque noto la presencia del hombre muy cerca, demasiado. Se ha movido y veo de refilón sus piernas junto a mis pies. Vamos que por mucho que susurremos nos va a escuchar.

—Pero yo no soy una extraña, nos hemos presentado —imito su tono de voz porque me importa más la niña que el que nos oye.

Y para ser sincera, todavía no me atrevo a mirar en su dirección.

—Es verdad —dice pensativa y sonríe, gesto que imito porque es encantadora y preciosa.

—Pues puedes contárselo tranquila.

—No le tengo miedo, solo es que se preocupa mucho por mí —asegura.

—Eso es bueno y muy bonito —le hago un guiño—. Estoy segura de que otro día jugará contigo y las muñecas.

—No quiero que las deje calvas —agranda los ojos y escuchamos un carraspeo.

A mí me da por soltar una carcajada y Hope me sigue, cómo no.

—Hope —vuelve a pronunciar su nombre, pero esta vez sin tanta fuerza.

—Ya voy —dice incorporándose—. ¿Volveremos a jugar?

Tendría que decirle que no lo creo porque quien la espera no querrá, pero no tengo el valor por la cara de ilusión con la que me mira.

—Cuando quieras, siempre que esté aquí. Durante el día salgo y…

—Estás con mi hermana.

—Ah —es todo lo que puedo decir al atar los cabos sueltos que me ha ido dando en poco tiempo, y hasta ahora no he unido.

Ahora entiendo que Hope es la hermana de Maisie, entonces recuerdo todo lo que me ha contado de ella. Y claro, si giro la cabeza me encontraré a…

Lo hago y lo veo, desde el suelo porque todavía no me he movido. Es el mismo hombre que me han señalado Greta y Chiara. Pues sí, es muchísimo más impresionante en las distancias cortas. Tiene la mirada fija en mí y parece que no está contento. Al unir la mía a la suya trago saliva.

Me incorporo despacio, mientras me sacudo un poco de hierba. En el proceso restriego las finas gotas de agua, poniendo peor la ropa.

—Hope adelántate, ahora voy —le pide en tono suave.

Tiene que ser el hermano de Maisie y de la pequeña, el dueño de todo esto. O sea, que el primer día he hecho un pleno con esta familia.

—Vale —dice cantarina, abrazada a sus muñecas—. Adiós, Gladys.

—Adiós, preciosa —le sonrío.

Se aleja de nosotros y en un intento de salir disimuladamente de la situación, cuando Hope ya está lo suficientemente lejos, intento hacer lo mismo, pero no lo consigo.

—Que no se repita durante el tiempo que permanezca en este lugar.

—¿Perdón? —Me giro de golpe hacia él.

—Me he ido hace poco de aquí y sé que no ha pasado mucho desde que está con usted. No quiero que Hope se encuentre con desconocidos y su

presentación breve de unos minutos no lo cambia.

—Quizás si tuviese la compañía de alguien conocido, cercano, nadie la encontraría sola —me envalentono porque me ha tocado las narices.

Joder, ha visto que solo estábamos disfrutando, de un modo de lo más inocente. Vale, soy una desconocida, pero de las buenas, leche. Y me importa una mierda que no lo sepa, porque que no me ha dado ni una mínima oportunidad para demostrárselo y descubrirlo por él mismo. Me ha cabreado y punto.

Qué diferente es este hermano, en comparación con Hope y Maisie, pienso.

—¿Qué está insinuando? —Da un paso hacia mí, amenazante.

Tiene las facciones tensas y si fuese un pelín más lista lo tomaría como una gran advertencia, pero como se me ha agriado el carácter no voy a permitir que pase por encima de mí.

—¿Dónde ves la insinuación? Es una directa como este mar de grande —levanto el brazo hacia la derecha.

Ignoro referirme a él como lo hace conmigo, no le debo ningún respeto, aunque dudo que él utilice el referirse a mí como "usted" por ese motivo. Será más como una costumbre.

—¿Quién se cree que es para echarme en cara algo de esa magnitud? —Aprieta la mandíbula.

—Lo mismo te digo con tu prepotencia. Hubiese sido muy fácil hablarme de buenas, no con ese tonito que por lo visto te gusta utilizar —digo con retintín—. Doy lo que recibo y me igualo a mi adversario —arquea una ceja —. ¿Qué?

—¿Y siendo de esta forma de ser pretende seguir viendo a Hope? No es buena influencia.

—Uy lo que ha dicho… —jadeo— Vamos a dejar las cositas claras —doy un paso hacia él—. Ni puñetero *highlander*, ni puñetero país, ni leches en vinagre —frunce el ceño.

Lo señalo con el dedo y tengo tan mala suerte que no he calculado la distancia y aterriza sobre su jersey, a la altura de su pecho.

Baja la mirada despacio, como si no se creyera que lo estoy tocando, lo que me lleva a no apartarlo y a continuar con las preciosas palabras que se me están acumulando.

—No tienes ni idea de cómo soy, ni se te ocurra catalogarme según tus pensamientos. Una niña que estaba sola y un poco decaída me ha hablado, yo le he correspondido como sé, porque no tengo ni idea de tratar con pequeños. Hemos hablado, la he hecho reír… Tengo mi carácter y mi genio, pero sé muy bien comportarme a la altura de quien tengo delante —su otra ceja se le eleva también, despacio—. No he hecho nada malo y por supuesto

no tenía la intención de hacerlo. En pocas horas me cae súper bien Maisie, en menos tiempo me ha sucedido lo mismo con Hope, pero tú… tú… Te puedes ir por donde has venido porque todo lo que tienes de apariencia y de guapo lo tienes de idiota —suelto con rabia.

—¿Guapo? —Frunce el ceño.

—Eh, yo no he dicho eso —aparto el dedo como si su cuerpo quemara.

—Ya lo creo que sí —entrecierra los ojos.

—Encima sordo —bufo intentando disimular para salir lo mejor parada de donde me he metido yo solita.

—¿Can?

La vocecilla de Hope hace que giremos las cabezas hacia ella. Está parada a unos metros, sujetando con fuerza sus muñecas. Los ojos le brillan más de la cuenta y suelto una maldición, pero teniendo precaución de que ella no la oiga.

Ignoro al puñetero Can y me acerco despacio, mientras él sigue mis movimientos con la vista, e incluso mis pasos porque noto su presencia pegada a mi espalda.

—Lo siento, Hope —le digo inclinándome hacia ella.

Apoyo las manos en las rodillas y le sonrío, pero es un gesto demasiado forzado por la tristeza y frunce los labios. Aun así, asiente como aceptando mis palabras.

—Tú no tienes la culpa, ¿vale? —bajo el tono de voz—. Me disculpo de nuevo por haberme alterado, no tenías que escuchar la conversación.

—No quiero que Can se enfade contigo —dice con la voz temblorosa.

—Eh —miramos hacia la izquierda.

Es Maisie. Viene sonriendo, pero su cara se cubre de seriedad al detectar que algo va mal.

—Gladys, ¿qué pasa?

—Mai —dice Hope y sale corriendo hasta ella.

Esconde la cara en la barriga de su hermana y ella la rodea con los brazos, mientras pasa la mirada de su hermano a mí.

—Lo lamento, no quería… —le digo acercándome a las dos— No tendría que haber hablado tan alto —miro la parte de atrás de la cabeza de Hope y después vuelvo a los ojos de Maisie, que me mira desconcertada.

—Gladys… Estoy segura de que no has hecho nada malo.

Le sonrío con cariño porque se lo ha ganado de mí desde que la conozco.

—Si quieres escuchar mi versión te la contaré, porque quizás no coincida con otras —me encojo de hombros—. No quería poner triste a tu hermana, yo… Perdonadme —termino susurrando.

Trago saliva y paso por el lado de ellas. No avanzo mucho cuando veo venir de frente, hacia mí, a Nael. Su expresión corporal es tranquila, relajada. Levanta una mano para saludar a Maisie, pero la deja en el aire en cuanto se encuentra con mis ojos.

Los tengo aguados, me ha dado mucha rabia y pena, y no puedo controlar las emociones. Nael frunce el ceño y mientras acelera el paso para llegar cuanto antes hasta mí, mira a mi espalda de nuevo. No tengo ni idea de lo que ve, pero aprieta la mandíbula.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta agarrándome de la nuca.

—Quiero irme a la habitación —murmuro.

—Gladys…

—Sin querer le he hecho daño a una niña pequeña y no… —niego varias veces y ya no puedo continuar hablando.

—No me lo creo —dice convencido y su seguridad en mí provoca que las lágrimas resbalen por mis mejillas.

Como tantas veces ha hecho a lo largo de nuestras vidas Nael me coge en brazos. Subida sobre su cuerpo le rodeo la cintura con las piernas y el cuello con los brazos, para esconder la cara en la curva de su cuello. No dice nada, sabe que en este momento por más que me pregunte no va a sacarme información, por lo que, en silencio, me lleva de vuelta al castillo, a mi habitación.

Cuando llegamos al jardín escucho las voces preocupadas de Aroa y de Leire.

—¿Qué te pasa? —me pregunta Aroa— Gladys.

—Estoy bien —le digo levantando el pulgar, para no mover la cabeza. No quiero que me vean llorar.

—No te lo crees ni tú —dice Leire.

—Chicas, no la agobiéis —les pide Nael, sin parar de caminar. Nos siguen—. Solo se ha caído y yo me estoy haciendo el héroe. Esperadnos aquí o en el salón para la cena, bajaremos enseguida.

—Joder, ¿le pedimos algo a Maisie? ¿Te has hecho alguna herida? —pregunta precipitadamente Aroa.

—Yo me encargo, no os preocupéis. Ahora nos vemos —habla Nael.

Entramos en el castillo y sube las escaleras, alejándose de ellas. Toma la dirección de las habitaciones y hasta que no llega a la puerta de la mía no me baja al suelo. Él mismo se encarga de abrir. Mete las manos en los bolsillos de mi chaqueta acolchada y encuentra la llave.

En cuanto entro voy al baño porque encima de sentirme mal por Hope, me siento mal por mí y mi comportamiento. Sé que Nael no se va a ir, que cuando vuelva a la habitación estará esperándome para hablar. No es lo que me apetece, por lo que me tomo mi tiempo por si ocurre un milagro y me deja sola un rato.

Al abrir la puerta del baño, largos minutos después, suelto un suspiro al verlo en el balcón.

—Le estoy dando mucha credibilidad a tus palabras —dice al escucharme llegar a la puerta abierta.

No se gira, continúa mirando hacia el mar.

—¿A cuáles de todas? Porque tengo una larga lista de muchos años —hablo en tono bajo.

—Que te has tirado a Maisie para conseguir esta habitación.

Me hace reír. Sin muchas ganas, pero me ha hecho gracia. Se vuelve hacia mí y apoya la parte baja de la espalda en la pared de piedra del balcón. Cruza los brazos y hago una mueca.

—Quizás mi reacción ha sido un poco exagerada, es que me ha dado mucha rabia. Entiendo la postura de ese hombre, pero no sus formas.

—No sé si has sido exagerada o no. Cuéntame qué ha pasado y te diré si es cierto o te equivocas.

Le explico todo desde que salí del castillo para dar un pequeño paseo, después de dejarlo en su habitación para que se duchara.

—No has querido entristecerla, Gladys —me dice en tono suave, refiriéndose a Hope.

—Pero lo he hecho, solo tiene seis años. Me he encarado con su hermano, al que debe adorar, y él ha continuado negándose a que la vea y… Joder, no sé ni siquiera si me volveré a cruzar a Hope —me presiono el puente de la nariz.

—Has defendido la situación y tu postura, desde tu punto de vista, con uñas y dientes. No has hecho nada malo. Él es el que tendría que haberse contenido en la forma de hablar, y, sobre todo, con sus palabras. La niña estaba cerca, sabía que no se iba a ir sin él.

—Ya… Se nos ha ido de las manos a los dos —suelto un suspiro—, pero es ella la que ha terminado llorando.

—Y tú.

—No tengo ganas de ir a cenar —desvió la mirada hacia el mar.

—Escúchame bien, no voy a permitir que nada te joda este viaje —trago saliva y bajo la cabeza—. No —camina hasta mí y me agarra de la cara—. Mírame —lo hago—. Vamos a ir al salón, vas a aparecer con la cabeza muy alta, empoderada —frunzo los labios, intentando no reír—. Saldremos con los estómagos llenos que para eso nos ha costado una pasta —rio y sonríe— y después volveremos a las habitaciones a descansar, para afrontar el día de mañana con fuerza.

—Vale.

—¿En serio? Me lo has puesto muy fácil —vuelvo a reír por su desconfianza fingida.

—Es que ahora mismo no me quedan ganas de enfrentarme a nadie más —encojo un hombro.

—Pues menos mal que no he sido el primero —reímos y lo abrazo con fuerza.

—Hoy no tenía muchas fuerzas, podría haber sido mucho peor —le aclaro y nos quedamos en silencio—. Gracias —susurro con la mejilla sobre su pecho.

—Siempre —murmura por encima de mi cabeza.

Me aprieta más a su cuerpo y me dejo mimar porque nadie sabe hacerlo mejor que Nael. Ya ha conseguido que me centre y me venga un poco arriba.

Capítulo 7



Duncan

La mujer que estaba con Hope acaba de irse, en los brazos del hombre que ha aparecido supuestamente para buscarla. Todavía estoy mirando el lugar por donde se han ido.

El suspiro de Maisie me hace mirarla de reojo. Ignoro las preguntas silenciosas que me lanza y me centro en Hope.

—Ven aquí, pequeña —le digo, y no tarda ni un segundo en separarse de Maisie para que la coja en brazos.

No solo a ella, sus muñecas se quedan entre nuestros cuerpos.

—No te enfades con Gladys —me pide con la voz temblorosa y cierro los ojos unos segundos.

—No estoy enfadado.

—Estabas muy serio, diciéndole que no podemos vernos —continúa con la cara apoyada en mi hombro, mientras el brazo que tiene libre me sujeta con fuerza del cuello.

—¿Me gustaría saber qué ha pasado y por qué Gladys no puede ver a Hope? Es una mujer estupenda.

—Ahora no.

—Me ha caído muy bien —Hope me ignora, pero al escucharla más animada cedo.

Levanta la cabeza para mirar a nuestra hermana que camina a nuestro lado.

—Lo imagino, es muy simpática —asegura Maisie.

—A Can no le ha caído bien, se ha enfadado porque estaba conmigo, a solas.

—Mmm… ¿te ha hecho algo malo? —Niega con la cabeza varias veces, con energía, tanta que su coleta se estampa en mi cara con fuerza, en cada uno de sus movimientos—. ¿Entonces cuál es el motivo de lo que ha sucedido? Porque ya me he hecho una idea.

—Estará aquí pocos días y no quiero que Hope se encariñe para pasarlo mal después —digo como si fuese lo más obvio del mundo.

—Duncan…

—No —me reafirmo en mis pensamientos porque no soporto ver a Hope triste y decaída.

Bastante le ha quitado la vida ya, para lo pequeña que es. No me importa que me vea como un ogro, que se enfade conmigo, la tal Gladys, como tantas otras que pueden llegar a este lugar, más pronto que tarde se irá sin mirar atrás y será Hope la que se quede mal, esperando algo que nunca llegará.

—Bueno señorita, vamos a ir a la ducha rápido. Es tarde —Maisie, cambia de tema.

—Pero no hay cole y no tengo sueño —hace el primer intento.

—Mmm… ¿Media hora más? —La tienta Maisie.

—No será suficiente, Pit y Pat se han despeinado mucho y necesitaré tiempo para ponerlas bonitas.

Pit y Pat son los nombres que les puso a sus muñecas. Se las regalamos en su quinto cumpleaños, hace ya un año.

—No creo que se quejen porque las peines mañana —intervengo.

—Tú no lo entiendes, las chicas tenemos que estar bonitas para irnos a la cama.

—Ah, vale —frunzo los labios.

—Tienes toda la razón tesoro, a mí a veces se me olvida —ríe Maisie.

—¿Entonces podré quedarme más tiempo despierta? —pregunta emocionada.

—Una hora desde que estés de vuelta en tu habitación, después de cenar — le digo y no rechista.

Primero: porque se ha salido con la suya, y segundo y último, porque sabe muy bien, al igual que Maisie, que puedo rectificar rápido.

—¡Sí! —Me da un beso en la mejilla y mi coraza se resquebraja.

Llegamos al castillo y subimos hasta la segunda planta. Los tres nos dirigimos hasta la habitación de Hope, pero son Maisie y ella las que entran para que se duche.

—Os veo en un rato —les digo como despedida.

Hope ya está corriendo por la habitación, para ir al baño y terminar cuanto antes. Así tendrá más tiempo para jugar, según su pensamiento, claro, porque el tiempo correrá cuando haya cenado.

—¿Estás bien? — pregunta en tono bajo Maisie y busco su mirada.

—Sí. ¿Por qué no iba a estarlo? —Arqueo una ceja.

—No sé, cuando he llegado junto a vosotros estabas alterado.

—Es culpa de tu amiga.

—¿Tú crees? ¿No será culpa de los dos, provocado por ti? —bufo y sonríe.

—Tengo que hacer unas llamadas.

Con esas palabras me despido de ella y recorro de nuevo el pasillo. Bajo las escaleras hasta la planta principal y giró a la derecha, para ir a mi despacho. He tenido un día muy liado y he ido dejando para lo último unas llamadas importantes. Necesito hacerlas antes de que se haga más tarde y es a lo que me dedico en cuanto ocupo la silla de mi despacho.

Media hora después he terminado y apoyo la cabeza en el respaldo. Me tomo unos segundos para cerrar los ojos, en breve tendré que ir al salón para cenar y no me apetece nada encontrarme de nuevo con cierta mujer.

No es que haya querido ser desagradable a propósito, simplemente no quiero que nadie tenga un contacto tan cercano con Hope. Me refiero a los visitantes. Con todo lo que tenga que ver con mis hermanas me cuesta

controlar mis reacciones. Aunque el carácter y el genio de esa mujer no han facilitado que enfoque mi opinión sobre ella como para…

El sonido del móvil me saca de los pensamientos y lo cojo de la mesa. Sonrío de medio lado, es Calem, un amigo.

—Eh, tío. ¿Cómo ha ido el día? —me pregunta nada más descolgar— No te has pasado por el bar.

—He llegado tarde, mi teléfono ha sonado más veces hoy que en toda una semana.

—Ya decía yo —habla con humor—. Mañana te esperamos.

Se ha referido a Ramsey y a él. Ramsey es otro amigo, los tres estamos juntos desde la infancia, así que ya son muchos años los unos con los otros y nos conocemos de sobra.

Lo habitual es que quedamos en el bar que ha mencionado al finalizar el día. Por poco tiempo que tengamos durante la semana, al menos nos tomamos una copa rápida.

—¿Cómo está la princesita? —pregunta por Hope.

—Bien, aunque creo que la he decepcionado un poco —giro la silla hacia la ventana y me levanto, para ir hasta ella.

—¿Y eso? No me lo creo, si la pequeña te adora.

—Eso no quita que a veces yo haga las cosas mal —digo con la vista fija en el exterior.

Todavía hay luz del día. Hasta después de la cena o quizás un poco más no empezará a anochecer. Depende de lo que se alargue en el salón, aunque yo no tengo la intención de estar más tiempo del necesario.

—Duncan, te exiges demasiado.

—Ella lo merece, las dos —incluyo a Maisie.

—¿Y en ti quién piensa? Tío, a veces es necesario aflojar. No eres perfecto, nadie lo es. Y tú llevas demasiadas cosas para adelante.

—Solo me tienen a mí, no voy a aflojar una mierda —suelta un suspiro.

—A Ramsey y a mí también nos tienen, lo sabes —comenta y sacudo la cabeza.

—Sí —se lo confirmo porque es muy cierto.

Tanto para Ramsey como para Calem mis hermanas son las suyas. La relación que tienen con ellas es esa y sé que ellas van en la misma dirección, aunque no termine de ser lo mismo que conmigo. Hope siempre

se pone muy contenta y eufórica cuando mis amigos vienen a pasar unos días al castillo.

Apoyo una mano en el alféizar de la ventana y dejo vagar la vista por la parte del jardín que es visible.

Se me han quedado unas sensaciones a las que no estoy acostumbrado y no entiendo porque lo que ha sucedido me ha afectado hasta este punto.

—A ver, ¿en qué crees que la has decepcionado?

—Cuando he llegado de hacer las últimas gestiones del día Hope estaba jugando en la hierba, al lado de una de las casas que está vacía.

—Ajá.

—La he dejado sola varios minutos, los que he tardado en llevar el coche al garaje y pasar por el despacho, para soltar el maletín con la documentación del día. Cuando he regresado por ella, no estaba sola.

—¿Con quién estaba? —su voz suena más seria.

La pequeña es intocable para todos, así que…

—Con una mujer del grupo de Maisie. Han llegado hoy.

—Ah, ¿y cómo las has visto?

—Riendo —frunzo el ceño— y haciendo bromas.

—¿Y dónde está el problema? Eso es bueno, ¿no? Joder, me has asustado —ríe.

—No me lo he tomado muy bien —carraspeo—. No me ha gustado y ya sabes por qué.

—Duncan, conforme se haga más mayor no vas a poder prohibirle a Hope que se acerque a las personas. Tienes la opción de sacarla del castillo, pero sé que no quieres porque a la pequeña le encanta vivir ahí y a ti te ha costado mucho trabajo levantarlo como está hoy día. Vas a tener que ir adaptándote, llegará algún momento en el que lo pasará mal, de una forma u otra.

—No, si yo puedo evitarlo —aprieto la mandíbula.

—Lo sé, pero no podrás porque es ley de vida que se tropiece, se caiga y se levante por sí misma, y con nuestra ayuda.

—Joder. Soy consciente de todo lo que dices, pero…

—Bueno, todavía puedes estar tranquilo unos años más.

—Con eso no me consuelas —bufo y suelta una carcajada.

—¿Qué le has dicho a esa mujer? Porque te estoy viendo en situación y no sé si le habrán temblado tantos las piernas que se ha ido al suelo.

—Estaré perdiendo el toque porque me ha ignorado completamente, y no solo eso, se ha encarado conmigo.

Calem se toma unos segundos en silencio, solo falta que el sonido de varios grillos se escuche como acompañamiento, porque noto desde la distancia cómo se ha quedado pensativo.

—¿Te has quedado dormido? —le pregunto al final.

—Joder, no, pero es que estoy procesando lo que has dicho —suelta una carcajada de repente—. Tío, te conozco perfectamente cuando estás cabreado, aunque habrás querido suavizarlo por la pequeña. Pero aun así…

—Pues te sorprenderías como ha terminado la situación.

—Eso nos lo tienes que contar mañana por la tarde, en vivo y en directo —habla animado.

—Espero que sea más tranquilo que hoy.

—Te noto cansado.

—Lo estoy —suelto un suspiro

—¿Ya te has duchado? Es la hora de la cena.

Levanto la mano y compruebo en el reloj de pulsera que pasan pocos minutos de las ocho.

—No, lo haré cuando suba de cenar. Así me acuesto después, directamente. Te dejo, voy a salir del despacho para ir…

—¿Qué mierda haces en el despacho a esta hora? Joderrr…

—Solo he estado media hora y deja de tocarme las narices.

—Anda, ve a cenar y cierra el día. ¿Cansado? Lo que estás es agotado y espero que no pase, pero como caigas enfermo nos vas a escuchar a Ramsey y a mí.

—Buenas noches, Calem.

—Serás… —ríe— Buenas noches, Duncan. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Cuelgo sonriendo de medio lado y no me molesto ni en recoger la mesa. Me guardo el móvil en un bolsillo del pantalón trasero y salgo del despacho, dejando la puerta cerrada con llave.

Recorro el pasillo, llego hasta la zona principal y voy directo al salón.

Mi estómago decide que es el momento de despertar porque ruge, después de muchas horas sin comer. No he parado al mediodía, así que desde bien temprano no me he llevado nada a la boca.

En cuanto entro todos los ojos se posan en mí. Soy el último en llegar. Localizo rápido la mesa en la que está sentada Gladys, pero mis ojos se mueven veloces, para no mantenerle la mirada. Hago un asentimiento hacia todos y ese es el único saludo que les doy.

No falta mucho para que mi hermana Maisie haga las presentaciones. Me dirijo a nuestra mesa, ella ya está sentada, esperándome y me recibe con una sonrisa.

—¿Y Hope?

Nunca cena con los visitantes, ella lo hace en la cocina. Le encanta estar acompañada por Effie y por Maela, son las dos cocineras. Mi pregunta va dirigida a si todo está bien con Hope.

—En su habitación ya, jugando. Me ha dicho que te espera para el beso de buenas noches, para ella y sus muñecas —sonrío de medio lado y asiento—. Parece que vas a estar entretenido durante unos días.

—¿Cómo? ¿Más entretenido aún de lo que ya lo estoy? —Arqueo una ceja.

—Mesa cuatro, las dos chicas jóvenes.

Dirijo la mirada hacia donde me ha indicado, disimuladamente, mientras cojo la copa de agua y me la llevo a los labios. Pues sí, las dos chicas no apartan los ojos de mí, sin cortarse cuando los míos se enfrentan a los suyos.

—Se llaman Chiara y Greta.

—No sé para qué me los dices, dentro de un rato se me han olvidado.

Suelta una carcajada y yo niego. No he dicho ninguna mentira, solo me quedo con lo que me interesa y precisamente esas chicas no entran dentro del lote.

Capítulo 8



Gladys

—¿Ya estás bien?

En cuanto Aroa y Leire nos ven bajar por las escaleras a Nael y a mí, se lanzan a nosotros. La primera es la que ha preguntado.

—Sí, siento haberos preocupado —les sonrío.

—Menos mal —Leire, se lleva una mano al pecho—. Pensábamos que te habías hecho bastante daño y que te costaría seguir el ritmo del circuito —hace una mueca.

—Así me tengáis que llevar en brazos no voy a perderme nada —aseguro porque es la verdad y reímos todos.

—Maisie llegará enseguida, ha subido las escaleras diciéndonos que la esperáramos —nos informa Aroa.

—Ok.

Nael y yo saludamos al resto de las personas que nos acompañan en esta aventura y nos quedamos un poco apartados.

—Os hemos dicho una mentirijilla antes —suelto de repente.

Ya lo he hablado con Nael, por lo que no se sorprende.

—¿Qué dices? —Se asombra Leire.

—La he dicho yo, Gladys no se ha caído —interviene Nael.

—¿Y por qué has soltado eso? —le pregunta Aroa— ¿Entonces qué narices te pasaba? —Frunce el ceño.

—Después de la cena os lo cuento con calma, si empiezo ahora me quedaré a medias y no voy a hablar de ello en el salón —les digo en tono más bajo.

Ambas asienten y después de unos minutos más, Maisie aparece bajando las escaleras.

—Ya estoy chicos, adelante —nos invita a pasar al salón—. A partir de mañana podréis entrar conforme vayáis llegando.

A continuación, nos explica cómo va el servicio de comidas. No tiene misterio, ocupar una mesa, la que será la que siempre utilicemos, sentarnos y esperar a que los camareros vengan a atendernos. Hay cuatro platos a elegir de entrantes, primeros y segundos, lo que modifican cada tres días, para que no sea repetitivo.

Como he dicho no le encuentro la complicación, pero igualmente varias personas del grupo le hacen preguntas a Maisie. Supongo que por eso ha querido entrar con nosotros la primera vez. En fin…

Mis amigos y yo elegimos una mesa y ocupamos las sillas. Recorro el salón con la vista. El techo es alto, no sé si lo he comentado, pero todos los del castillo lo son, incluidos los de la planta de las habitaciones. Sobran mesas, pero están más apartadas y no tienen mantel.

—Que hambre tengo —dice Aroa.

—¿Después os apetece hacer algo? —nos pregunta Leire.

—Yo por ser el primer día y después de todo el trajín, me iré a la cama cuando salga de aquí —les aviso.

—Sí, yo creo que es lo mejor —comenta Aroa—. Estamos en pie desde las cinco de la mañana y no hemos parado. Casi me quedo dormida en la ducha —reímos.

—Mañana será otro día —concluye Nael y asentimos las tres.

Cuando ya estamos todos sentados, aparecen varios camareros que se reparten por las mesas. El chico que viene hasta nosotros nos dice que tenemos incluidos el agua, los refrescos de los que disponen y vino. Nos decantamos por una botella de vino y otra de agua y elegimos los platos, cuando nos explica cuáles son algunos.

Creo que hemos acertado, igualmente todos terminaremos probando la comida de los demás y si algo nos gusta más cambiaremos al día siguiente. El salón se queda en silencio de repente y dirijo la mirada hacia la puerta.

Can, el hermano de Hope y Maisie acaba de llegar. Se ha parado en la entrada, la que por cierto tapa bastante con su cuerpo. Recorre con la vista el salón, pero es muy rápido. Asiente como saludo y se dirige hacia la mesa de Maisie.

Le toco el pie a Nael, con el mío, para que deje de mirarlo. Gira la cabeza hacia mí y la sonrisa que me regala va cargada de mucha intención. Me dice en silencio, sin palabras, que el asunto no va a quedarse como está. Me anoto mentalmente decirle que no quiero que intervenga, lo mejor es dejarlo estar.

Por suerte Can no me presta atención, lo que es un alivio. En cuanto nos traen la bebida empiezo a relajarme y justo cuando le he dado el primer sorbo al vino, Maisie se levanta y capta nuestra atención.

—A estas horas hablaré poco, os lo prometo —dice y todos reímos, incluida ella—. Quiero presentaros a Duncan —coloca una mano sobre su hombro—. Es mi hermano y el dueño de todo esto, gracias a él es posible

que hagáis las rutas de las que habéis empezado a disfrutar —varias personas aplauden—. Nos acompañará siempre que pueda en las cenas. Os recuerdo que mañana nos vemos a las ocho, podéis esperar en el jardín o en la zona principal de la entrada. Hasta aquí, ahora que os aproveche y que disfrutéis.

Vuelve ocupar su silla mientras todos les deseamos lo mismo.

Se llama Duncan, que no Can como se ha dirigido a él la pequeña Hope. Ella se quedó con la terminación de su nombre, supongo porque le fue más fácil desde el principio pronunciarlo.

—Es más maja —comenta Aroa.

—Un encanto —añade Leire.

—Sí —confirmo ambas cosas.

A Nael lo salva de hacer el siguiente comentario el camarero que llega con los primeros platos de comida. Todo tiene una pinta estupenda. Nael y yo nos hemos pedido de primero una sopa, nos ha apetecido y más a mí, para poder entrar en calor. El fuego de la chimenea que está en un lateral está encendido, pero a pesar de que no es época de invierno y del calor que desprende el fuego, yo tengo un poco de fresco.

Las paredes de piedra y el techo alto no favorecen, pero no cambiaría el lugar en el que me encuentro por nada del mundo. Para la próxima noche una chaqueta y estaré perfecta.

La sopa que voy a comer recibe el nombre de *cullen skink*. El camarero nos ha comentado que es un plato tradicional y que, sobre todo, en la época de invierno, nunca falla en las mesas de los escoceses. Es la sopa típica por excelencia en este país, espesa y consistente. El ingrediente principal es el *smoked haddock*, es un pescado de aguas frías común en las aguas de Escocia. Tiene similitud al bacalao y se prepara con patata, cebolla y leche. Se suele acompañar con pan o galletas saladas y según nos adelantó el camarero, está espectacular.

Con la primera cuchara que me llevo a la boca lo confirmo, está deliciosa. Me sienta de lujo y disfruto de su sabor. De segundo he elegido un pastel de carne que va cubierto de hojaldre, recibe el nombre de *scotch pie*. No dudo de que seguirá la línea de la sopa.

Como ya sabía todos terminamos probando la comida del resto y nos quedamos satisfechos porque bien podría ser la comida elaborada de una casa, con el mismo cariño y dedicación.

Me quedo tan saciada después de comerme el pastel de carne que no tengo ganas de probar ningún postre, lo que llama la atención de todos mis amigos. Lo entiendo, me la llama hasta a mí, pero es que aparte del motivo que he dicho, hace un rato que los párpados me pesan más de la cuenta y estoy haciendo esfuerzos para mantenerlos abiertos.

Los ojos se me van en una dirección y sigo los pasos de la persona que se ha levantado. Duncan se ha despedido de Maisie y se dirige hacia la puerta,

desde ella se despide del resto con un gesto y es lo último que veo de él, antes de que desaparezca.

Durante todo el tiempo que hemos estado en el salón he intentado no mirarlo, o más bien me he esforzado en conseguirlo porque no sé por qué, me he visto tentada a observarlo en más de una ocasión. Las pocas veces que la curiosidad ha podido más, lo he visto sonreírle a su hermana, hablar con ella con familiaridad, cómo no. Parecía relajado en algunos momentos, en otros tenso, pero en ninguno de ellos perdía el magnetismo que desprende. Me da la sensación de que pocas veces se da un respiro y para lo joven que es, es una pena que cargue con tantas cosas.

Es mi percepción porque no tengo ni idea de su vida, y vale, después de lo que acabo de decir, quizás he observado en su dirección más veces de las que he querido admitir.

No soy la única porque Greta y Chiara han estado durante toda la cena cuchicheando y pendientes de él.

En cuanto Duncan abandona el salón me desinflo, es como si hubiese estado nerviosa por si hacía algún comentario o se acercaba.

—Te estás durmiendo —me lanza la servilleta de tela, Aroa, riendo.

Pues sí, poco me ha faltado para cerrar los ojos y que tuviesen que cargar conmigo, porque no he podido mover ni las manos para frenar el impacto.

—He llegado al límite hoy —digo con un suspiro.

—Subimos ya —habla Nael, levantándose.

Me ofrece una mano que acepto encantada y me apoyo en su cuerpo, cuando me rodea los hombros con un brazo.

—Que tengáis buen descanso —nos desea Maisie y nos volvemos hacia ella.

—Gracias, igualmente —Nael se adelanta a las tres y sonrío.

Ella imita mi gesto para dirigirlo a mi amigo y cuando se da cuenta de que se ha quedado mirándolo más tiempo del normal, desvía su atención con las mejillas ruborizadas.

—Gladys, ¿podemos hablar un momento? Será rápido, se nota que ya no puedes más hoy.

—Estoy en las últimas —rio más de cansancio que por ganas—. Claro.

—Nosotros subimos —dice Leire—. Nos vemos mañana a las siete para desayunar.

Se acerca para darme un beso y se despide de Maisie de la misma forma. Aroa y Nael la imitan y no me pierdo detalle del momento del acercamiento entre mi amigo y ella. Otra cosa interesante para sumar a la lista que he empezado a hacer mentalmente, sí señor.

Salimos con ellos del salón, pero yo sigo a Maisie hacia la izquierda. Se separa un poco para tener intimidad.

—Siento mucho lo de esta tarde —me adelanto—. No quería… ¿Cómo está Hope?

—Está muy bien. Por favor, no se lo tengas en cuenta a mi hermano —me pide agarrándome una mano—. Es muy protector y con la pequeña más. Después de los duros golpes que nos arrebataron a nuestros padres, siempre está muy pendiente de ella.

—Lo entiendo —asiento.

—¿Seguro?

—Creo que sí —hago una mueca y ríe—. Quizás son las pocas fuerzas que tengo, porque esta tarde habría saltado encima de tu hermano de buena gana —niego varias veces—. Ahora en serio, da igual lo demás. Me alegro de que Hope esté bien y entiendo que no queráis que se encariñe con las personas que solo estarán aquí unos días. Es comprensible.

—A veces me preocupa mucho —dice pensativa.

—¿Hope?

—No, Duncan —sonríe como con melancolía—. Si lo hubieses conocido antes —suelta un suspiro—. Su carácter cambió cuando se hizo cargo de nosotras, da igual que yo pueda mantenerme por mí misma. Para él es necesario ser el cabeza de familia y sé que muchas veces le cuesta llevarlo todo adelante. No se queja, pero no hace falta, lo conozco.

—Jo, al final vas a conseguir que no me caiga tan mal —hago una mueca y terminamos las dos riendo—. Tiene que ser complicado, sí.

—Bastante, pero bueno —coge aire—. Ya está, solo quería aclarar las cosas y, sobre todo, asegurarme de que no estás mal.

—Muchas gracias, Maisie —le doy un apretoncito en la mano.

—No hay de qué. Te dejo para que vayas a descansar, mañana nos espera un gran día —me hace un guiño.

—En otra ocasión te diría que de la emoción no podré dormir, pero esta noche no. Como no me quite rápido la ropa me duermo tal cual estoy —me sonríe con cariño y le devuelvo el gesto.

Se acerca a mí para darme un beso en la mejilla. Es algo que solo ha hecho con nosotros desde que cogimos confianza. Con el resto del grupo es igual de agradable y simpática, porque Maisie es de esa forma de ser, pero con ellos siempre mantiene las distancias en los saludos y en las despedidas. Supongo que es otra de las costumbres de aquí y solo a los que sientes que son más allegados les muestras el cariño con el contacto.

Más tranquila después de hablar con ella, me giro hacia la escalera. No llego a dar ningún paso, al encontrarme con unos ojos desde la distancia. Duncan está apoyado en la pared de un pasillo, con los brazos cruzados. Su expresión continúa siendo seria y para enterrar el hacha de guerra entre nosotros, levanto la mano en su dirección, pero no obtengo nada de él.

Ya he puesto de mi parte para intentarlo, así que me encojo de hombros y con la cabeza muy alta, camino hacia las escaleras. Él no se mueve. No es que mire en su dirección, pero noto su presencia y su observación por cada peldaño que asciendo.

Capítulo 9



—No sé quién de las dos se ha puesto encima, pero tengo los pelos en la cara —soplo para apartarlos, hablándoles a alguna de mis amigas.

Me muevo en la cama y cuando lo hago, noto que el peso que estaba sobre mí ha caído demasiado rápido en el colchón. Con los ojos cerrados intento comprender la situación.

Los cuerpos de mis amigas no pesan tan poco y sus pelos… abro los ojos de golpe y suelto un jadeo por la sorpresa y por la impresión.

—¡Hay un gato en mi cama! —alzo la voz.

Me siento rápido y me echo hacia atrás, hasta apoyar la espalda en el cabecero.

—¿Qué…?

Levanto la cabeza de golpe, más sorprendida aun al escuchar una risilla infantil.

—Hope —susurro su nombre.

No hace falta que encienda la luz para saber que es ella. Ya ha amanecido y la claridad se filtra por la ventana y por la puerta del balcón. Anoche llegué tan cansada a la habitación que no me acordé de echar las cortinas tupidas, como acostumbro a hacer.

Miro hacia la puerta de la habitación, juraría que la dejé cerrada con llave. No entiendo cómo ha entrado Hope con su gato porque doy por hecho que es la dueña.

—Motitas quería conocerte. Le he hablado de ti —dice dando un paso hacia la cama.

—Motitas —repito bajando la cabeza.

Aunque me he despertado de golpe, mi mente todavía no funciona como es debido.

—Oh… Hola, Motitas —lo saludo y Hope se ríe.

No tarda en llegar hasta la cama. Se sube al final, para sentarse con las piernas cruzadas.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? ¿Y cómo sabías en qué habitación duermo? Podrías haber entrado en cualquiera —frunzo el ceño y agrando

los ojos, empezando a preocuparme.

—Es un secreto y Mai me dijo en qué habitación estabas. La mía está ahí —señala al techo y mis ojos siguen la dirección de su dedo.

—¿Un secreto? —observo a Motitas— No tiene motas —arrugo la nariz, porque el nombre no lo identifica con su pelaje.

Hope suelta una carcajada y le pido con las manos que baje el tono. Se tapa la boca con las manos, pero continúa. Las paredes son de piedra y anchas, pero el castillo debe estar en completo silencio a estas horas.

Solo puedo pensar en que, como su hermano Duncan nos pille… Aunque para eso tendría que entrar en mi habitación y yo no voy a darle paso, así que…

—No las tiene —confirma lo evidente—. Me gustaba el nombre —se encoge de hombros, haciendo un gesto muy gracioso.

—Es muy bonito —le sonrío—. ¿Cómo habéis entrado? —insisto— ¿Qué secreto es?

Como escuche que ha podido correr peligro me va a dar algo.

—No se lo puedes decir a nadie, ni siquiera a mi hermano Can.

—Uy, sí, precisamente a tu hermano no creo que vaya a decírselo —aprieto los labios.

—¿Estás enfadada con él?

—No —le sonrío para que no tenga duda.

Lo que yo piense o sienta no va a afectarle a ella.

—Vale —da una palmada, contenta.

Motitas se levanta de la cama y se estira. Cuando se queda a gusto va hacia Hope y se tumba a su lado.

—Hay algunos pasadizos y escaleras secretas.

—Guau —miro por la habitación—. ¡Qué pasada!

—Sí —se ríe—. Desde mi habitación puedo llegar a esta y al despacho de Can por la escalera —asiente.

—Estamos en línea, qué guay —me alegro de que no pille la ironía con la que lo digo—. ¿Y los pasadizos?

—Cuando vuelvas por la tarde podemos recorrerlos y te los enseño —agranda los ojos, emocionada.

—Me gustaría —asiento—, pero también tiene que ser un secreto entre tú y yo —asiente varias veces—. Aunque si lo sabe tu hermana Mai es mejor, me quedaría más tranquila. No vaya a ser que se nos caiga una piedra encima o el castillo entero y la liamos —digo pensativa.

—Los pasadizos están muy bien —se tapa la boca, con expresión divertida.

—Bueno, me pensaré si contárselo a Mai, pero solo a ella —vuelve a asentir—. ¿Y por dónde exactamente has entrado aquí?

No encuentro nada fuera de sitio, todo está como lo recuerdo y lo vi el día anterior.

—Por el armario.

—¿Habéis aparecido dentro del armario? —Me sorprendo.

—Sí, pero en otras habitaciones es diferente.

—Ah, vale. ¿Qué hora es? —Alargo el brazo para comprobarlo en el móvil.

Son las seis y media, faltan pocos minutos para que la alarma que puse suene. A las siete me encontraré con mis amigos en el salón para desayunar, o quizás antes si nos vemos en el pasillo o en las escaleras.

—¿Qué haces tan temprano despierta?

—Can no ha estado esta noche y Mai estaba muy cansada. Si no duermo con alguno de ellos tengo pesadillas. Cuando me acuesto en la cama, al poco aparece alguno de los dos.

—Ok. ¿Sabes? Si te pasa otra vez, puedes venir conmigo.

—¿De verdad? ¿Motitas también?

—Claro. ¿Te pasa siempre? Lo de las pesadillas —niega.

—Hay noches que duermo bien —lo dice con un poco de vergüenza.

—¿Sabes? A mí también me pasaba de pequeña.

—¿Sí?

—Es muy normal, Hope.

—¿Y se te fueron?

—Por supuesto, igual que te sucederá a ti.

—No sé… —baja la mirada y se entretiene acariciando la cabeza de Motitas.

—Claro que sí, estoy convencida. Cariño, me gustaría pasar más tiempo contigo, pero tengo que vestirme.

—Solo he venido para darte una sorpresa y para que Motitas te conozca.

—Me alegro de que lo hayas hecho —le hago un guiño.

—Voy a ir a mi habitación.

—Sí.

Me arrastro por la cama y la sigo hasta el armario. Manda narices con la facilidad con la que abre lo que parece la pared del fondo del armario. Está en la zona donde se cuelga la ropa. Hope desliza la lámina de madera haciendo varios movimientos, con una facilidad impresionante. A saber, cuántas veces lo ha hecho. Antes de que salga ella con Motitas en brazos, me asomo para mirar hacia arriba y hacia abajo.

Todo está bien. La escalera no es estrecha y se encuentra en perfectas condiciones. La zona es segura.

—¿Tu hermano sabe que te mueves por aquí?

—Sí, fue un regalo que me hizo.

—¿Un regalo?

—Dibujó el castillo y estos escondites para mí.

—¿En serio? Es arquitecto —doy por hecho y asiente—. Vaya.

—Pero tengo unas normas, por eso no quiero que se entere de que he venido a verte.

—¿Cuáles?

—No puede verme nadie y si hay mucha gente en el castillo, tengo que evitar esas zonas —se encoge de hombros.

—Es normal.

—Dale un besito a Mai y que vaya bien —sonrío.

—Lo haré y gracias.

—Hasta la tarde —se despide subiendo la escalera.

Me asomo para seguirla con la mirada, se mueve como si conociera a la perfección el lugar y resulta ser una gran verdad. Hay muy pocos puntos de luz que se van encendiendo conforme va pasando por las zonas.

Suelto un suspiro y me quedo en el armario metida. Deslizo la lámina de madera, pero no consigo dejarla bien encajada. Debe tener algún truquillo que Hope tendrá que explicarme. Así se queda por el momento.

Cojo la ropa que voy a ponerme y entro rápido en el baño. Me miro en el espejo y me acerco. No comprendo cómo tengo ojeras, será que, aunque he dormido no he descansado bien. Le pongo remedio con un poco de corrector, después de echarme la crema.

Cuando me visto me recojo el pelo en un moño desenfadado y terminó rápido del baño. En la habitación me coloco la chaqueta acolchada. Seguramente no la necesite mucho, pero aquí el tiempo es muy cambiante y todo puede ser. Prefiero llevármela y dejarla en el minibús, que pasar frío.

Hoy decido que no voy a llevarme el bolso ni la mochila, guardo el móvil en un bolsillo de la chaqueta y el monedero con el dinero y la documentación en otro.

Salgo de la habitación dejándola cerrada y camino por el pasillo solitario, no me encuentro con nadie. Hasta que no llego al salón no veo a mis amigos. Están sentados en la misma mesa que la noche anterior. Les sonrío mientras me acerco y nos saludamos con dos besos. Todos tenemos caras de sueño.

—¿Cómo habéis dormido? —les pregunto.

—Yo no me he enterado de nada, caí enseguida —comenta Nael.

—A mí me costó un poco, ya sabéis que soy muy delicada con las almohadas —dice Leire, con una mueca.

—Pues las de aquí son muy cómodas —continúa a Aroa y Leire se encoge de hombros—. Yo he dormido estupendamente, aunque me han faltado horas.

—¿Y tú? —quiere saber Nael.

—Muy bien, una mezcla entre tú y Aroa —sonrío.

Nos levantamos primero a por los cafés. El desayuno es por bufé. Hay una mesa rectangular larga donde están colocadas las bandejas con todo tipo de dulces y también pan con una tostadora al lado, embutidos, salchichas, huevos… Mucha variedad, pero yo para empezar solo quiero el café y al cabo de unos minutos una tostada mediana que acompaño con unas lonchas de embutido.

No comeré más, demasiado es porque nada más despertarme no suelo tomar más que el café. Necesito mi tiempo, pero aquí me esfuerzo en llenar el estómago porque no podré hacerlo más tarde.

Poco a poco el salón se va llenando y vamos saludando conforme entran. Hemos sido los primeros porque nos gusta tomárnoslo con calma. Para las ocho todavía queda tiempo, ya lo aprovecharemos en otras cosas, como por ejemplo en explicarles a Leire y a Aroa el motivo por el que Nael me entró en brazos al castillo al final de la tarde anterior. Al final no hablamos de ello durante la cena.

Después de media hora, cuando terminamos de desayunar, salimos del salón y nos dirigimos al jardín. La temperatura es muy fresca, por lo que

todos nos abrigamos bien. Caminamos hasta un banco y nos sentamos para dejar el tiempo pasar.

Aroa y Nael empiezan a hablar de un tema, pero yo me despisto al ver llegar un coche. Es el de Duncan, lo conduce él. A pesar de la distancia no tengo problema en reconocerlo. Me pregunto dónde habrá estado durante la noche, si tendrá que volver a salir porque es día laborable, o si optará por descansar. Aunque parece que está lejos, no nos separan tantos metros como para no distinguir sus facciones cansadas.

Lo mismo ha estado de fiesta y yo estoy aquí imaginando lo que no es. Quien sabe, tampoco tiene que importarme, así que me centro en mis amigos, pero solo cuando el coche de Duncan desaparece dentro del garaje.

Capítulo 10



—Hoy nos vamos a centrar únicamente en una zona que para mí es muy especial —empieza a hablar Maisie, desde su posición delantera y central en el interior del minibús—. Vamos directos al Castillo de Dunvegan. Lo visitaremos, recorreremos su interior y sus jardines, y después de un tiempo libre para que cada uno disfrutéis de él por vuestra cuenta, nos reuniremos de nuevo en el muelle y daremos un paseo en barca por la bahía, donde veremos de cerca a las focas, tanto, que las tendremos al alcance. Os pido por favor que no alteréis su paz ni su hábitat, que no las toquéis. Solo con tener la oportunidad de pasar junto a ellas ya es un gran privilegio.

Algunos del grupo asienten y el resto dan la confirmación con palabras, como es el caso de mis amigos y yo.

—Una de las atracciones más populares para los turistas en la isla de Skye es el Castillo de Dunvegan, ya que tiene muchos encantos que lo hacen irresistible y la experiencia es única. Quizás en Escocia veréis castillos más bonitos y grandes, aunque ya os digo que nuestro próximo destino os impresionará por su tamaño y por lo que abarca de terreno. Como he dicho, para gustos los colores, pero no es cuestionable que el Castillo de Dunvegan

destaca por su gran historia, su ubicación en una bahía preciosa y por sus jardines en los que hay cascadas, estanques, arroyos y puentes ornamentales, con una gran mezcla de flores, plantas exóticas, árboles y arbustos. El castillo pertenece a la familia, MacLeod de MacLeod, parte del clan MacLeod.

Maisie hace una pausa cuando Keir, el conductor, le comenta algo. Ella asiente con una sonrisa amable y se prepara para continuar con la explicación. Sobre el conductor, es un hombre corpulento y es curioso porque tiene un aspecto tosco, pero a la vez desprende una nobleza que contrasta con su apariencia. Yo apostaría a que es un bonachón, las veces que hemos hablado con él así nos lo ha transmitido.

—El Castillo de Dunvegan es la fortaleza habitada más antigua de Escocia y el hogar de los jefes del clan MacLeod. La fortaleza a orillas de un lago de agua salada en la costa de la isla de Skye empezó a construirse en el siglo XIII. Lo que empezó siendo una torre fortificada para alojar al MacLeod de los MacLeod, fue modificándose con el paso del tiempo, para acomodar al jefe y a su familia. Su apariencia exterior austera no coincide con su interior, con habitaciones con vistas preciosas y todo lo que contiene en su conjunto. Alberga tres objetos históricos que han pasado de generación en generación: la copa de Dunvegan, el cuerno de sir Rory Mor y la Fairy Flag. Esta última es la bandera de las hadas y los mitos la envuelven. ¿Queréis conocer un poco más?

—¡Sí!

Greta y Chiara son las primeras en afirmar con un grito, a los suyos nos unimos el resto porque a todos nos envuelve la emoción.

—Empezaré por el orden que los he mencionado. La copa de Dunvegan es un vaso ceremonial de madera con decoración de plata que data del año 1493. Fue encargado por un rey irlandés. La parte superior tiene forma cuadrada y la inferior redondeada, y se apoya sobre cuatro patas. Mide veintisiete centímetros de alto, veinticuatro, coma ocho de profundidad interior y once de ancho en la boca.

—Maisie —una mujer llama su atención—. ¿Podremos verlo todo?

—Por supuesto —se lo confirma sonriéndole y después de varios comentarios más continúa—. El cuerno de sir Rory Mor es un cuerno de buey. Sir Rory Mor fue el decimoquinto jefe del clan MacLeod, o Mor en gaélico que sustituye a jefe. Este cuerno guarda una tradición que hoy día todavía se respeta y continúa. Todos los jefes del clan tienen que beber de un solo trago todo el contenido del cuerno, para mostrar su hombría. Lógicamente no hablamos de agua —el interior del minibús se llena de risas —. El cuerno está decorado con lazadas célticas hechas de plata, la fecha de su aparición es incierta. Es uno de los atributos principales del clan y todos los herederos, sin excepción, tienen que continuar con la tradición.

—¿Podremos hacer lo mismo? —grita un hombre con humor.

—Si bebemos tal cantidad de vino respetando la costumbre, os aseguro que después no seremos capaces de dar un paso para llegar al minibús —comenta Maisie y su risa es tan contagiosa que todos terminamos riendo—.

Bueno continúo. He dejado para el final lo que es más importante que todo lo anterior. Hablo de la Fairy Flag, la bandera de las hadas. Es mítica y famosa, y esconde muchos secretos, misterios y leyendas. Está hecha de seda amarilla, mide unos cuarenta y seis centímetros, pero con el paso de los años y su deterioro, a pesar de que siempre ha sido una pieza muy cuidada por el valor que tiene, su desgaste es evidente. Tiene varios rotos reparados, por lo que la imagen que veréis de ella no se corresponde a la que tenía antaño, como ya daréis por hecho. El tiempo no perdona y pasa para todos —nos hace un guiño y le sonreímos—. Es una pieza que protegen mucho, por su fragilidad e importancia. Es la posesión más preciada para el clan MacLeod. La leyenda cuenta que este estandarte sagrado posee poderes milagrosos. Se dice que cuando el clan la desplegaba en el campo de batalla arrebataba la victoria a las puertas de la derrota. Los cuentos tradicionales sobre su origen se dividen en dos temas diferentes: las hadas y las Cruzadas. Aunque estando en unas tierras envueltas por la magia, ya os imaginaréis con las opciones que me quedo —nos sonríe—. Empiezo contándoos la versión de la Cruzada…

En una de ellas en Tierra Santa, un MacLeod, en un paso de montaña, recibió alimento y refugio de un ermitaño. El ermitaño le advirtió de que un espíritu maligno custodiaba el paso y por ello era necesario que llevara un trozo de la Vera Cruz para seguir avanzando. El MacLeod terminó matando al espíritu, la Hija del Trueno, pero antes de que ella muriera le reveló el futuro de su clan y lo guio para que se apropiara de su cinturón, para que hiciese un estandarte con él, y para hacer un bastón con su lanza. Otros cuentan otra versión que implica a las hadas, en la que en realidad se enfrentó a una y al conseguir vencerla, al final creó una especie de amistad con ella y el hada le otorgó la posesión de lo que se convertiría en un

símbolo de protección sagrado. Ahora ya paso a las versiones que corresponden íntegras a las hadas. La primera es sobre la Torre de las Hadas, dice la leyenda que en una noche en la que se celebraba un banquete en el Castillo de Dunvegan, la niñera que cuidaba al hijo del jefe del clan lo colocó en su cuna, en la Torre de las Hadas y se alejó de él para unirse a la fiesta. El bebé se inquietó y empezó a llorar, arrastrando con los movimientos la manta que lo cubría, tras lo cual tiritó de frío y un hada acudió a consolarlo y a envolverlo en una tela de seda. Cuando la niñera regresó por petición del clan, para que llevara al niño a la celebración, lo cogió envuelto en una túnica de hada. Cuando entraron en el salón se llenó de sonidos de presencias invisibles que cantaron la nana de las hadas, en la que repetían la historia de lo que representaba la capa que cubría al bebé y que su magia solo sería efectiva tres veces. El salón se quedó en silencio y el jefe del clan no dudó en poner a buen recaudo el obsequio sagrado. La siguiente versión es la más romántica, la del Puente de las Hadas… En un mundo y una época marcados por la magia, un hada se casó con un jefe MacLeod. Estuvieron juntos durante un año y un día, al finalizar este periodo de tiempo, aunque se amaban, el hada tuvo que marcharse al país de las hadas. La despedida fue en el Puente de las Hadas, situado cerca de Dunvegan. Como regalo ella le ofreció el estandarte, mientras le decía que siempre que un gran peligro lo acechara o estuviera en apuros en la batalla, tenía que utilizarla ondeándola, pues hacerlo le daría la victoria, fueran cuales fueran las circunstancias y probabilidades. Solo le dio una advertencia, que su magia solo se reflejaría en tres ocasiones, por lo que tenía que saber muy bien en qué momentos utilizarla.

—Las historias que acabo de contar podéis escucharlas con algunas pequeñas variaciones porque son mitos, pero la base no se aleja de lo que

habéis oído. Lo que voy a decir a continuación es verídico, por lo tanto, podemos aferrarnos a ello por los sucesos que acontecieron y pasaron de generación en generación. Existen documentadas dos importantes batallas, durante estas el jefe del clan ondeó la bandera de las hadas en un momento de desesperación, atribuyéndose así la victoria. La creencia en el poder místico se conserva hoy día.

En el año 1939, en el ala sur del castillo de Dunvegan hubo un incendio que amenazó con destruirlo. Por seguridad trasladaron la bandera de las hadas y al hacerlo, al ponerla a cubierto, el viento amainó y pudieron observar cómo poco a poco las llamas empezaron a extinguirse, hasta que desaparecieron y con ellas el peligro. Durante la Segunda Guerra Mundial los pilotos del clan llevaban su imagen como talismán.

—Hay más versiones, algunas de las que quedaron constancia y de otras que no, pero sea cual sea el origen de la bandera de las hadas y de su poder mágico, lo que siempre se ha repetido en cada uno de los jefes del clan, y en el propio clan, es que sienten un profundo respeto por la bandera y su poder místico. Es algo que está muy arraigado y así continuará. ¿Todo bien? ¿Qué os parece?

Las palabras: emocionante, interesante, mágico, misterioso, "amo las *Highlands"*, o "me habría gustado vivir en épocas pasadas" y alguna cosa más, se oyeron de un extremo al otro del minibús.

—No sabéis cómo me alegra veros tan entusiasmos —dice Maisie—. Voy a hablar un poco más y después os dejo tranquilos el resto del trayecto. No puedo pasar por alto comentaros algunos datos sobre el clan MacLeod.

Gobernaron en las islas salvajes, montañosas y de una belleza sin igual de Skye, de Lewis, de Harris y de Raasay. El clan desciende de reyes nórdicos marineros y su historia se remonta a más de ochocientos años. El clan MacLeod es uno de los más célebres de las Tierras Altas de Escocia, con estrechos vínculos históricos con la isla de Skye. Existen dos ramas principales, ambas descienden de Leod, el progenitor del clan. Han perdurado a lo largo de los siglos, sobreviviendo a épocas de abundancia y de escaseces extremas, a periodos de guerras con clanes vecinos y a los colosales cambios sociales, políticos y económicos. Durante el siglo pasado todos los miembros del clan que se dispersaron se reagruparon en torno a su jefe, la Dama Flora. Ella fue quién los animó a reconectarse de nuevo con sus tierras ancestrales. La unión culminó con el primer parlamento del clan MacLeod, que se celebró en presencia de la reina en 1956. Desde entonces, estas reuniones tienen lugar en el Castillo de Dunvegan y los miembros del clan regresan a su tierra desde todas partes del mundo cada cuatro años, para celebrar su ascendencia común. Es un evento muy importante que hoy día continúa vivo. Dicho esto, os dejo que disfrutéis de las vistas del recorrido. Volveréis a escucharme cuando lleguemos.

—Ahorraros el decir que queréis encontrar a un MacLeod en el castillo y que, si sucede, os engancharéis a él como su sombra —dice Nael, con diversión.

Aroa, Leire y varias de las personas que están cerca de nosotros sueltan una carcajada, yo me mantengo callada y giro la cabeza hacia la ventana. Me concentro en hacer un ejercicio de contención, para retener las palabras en la punta de la lengua. Si los que nos acompañan en el viaje supieran que

tenemos a varios MacLeod más cerca de lo que creen… No me corresponde a mí decirlo, por lo que me dedico a ver el paisaje pasar.

Capítulo 11



—Parece mentira que esto esté relacionado con tantas leyendas y mitos —comenta Leire.

Estamos dentro del castillo, hace más de una hora y media que llegamos. Maisie ya nos ha hecho el recorrido por el interior y los exteriores, y ahora disfrutamos del tiempo libre. Mis amigos y yo estamos de pie frente a una pared de piedra, con las miradas fijas en el cuadro que cuelga de ella.

No penséis que corresponde a alguna pintura, los bordes son de madera y la parte frontal de cristal que deja ver la bandera de las hadas. De ahí el comentario de Leire.

—La verdad es que saber todo lo que se le atribuye te hace verla de diferente manera —digo.

—Ya te digo, si me la encontrara en cualquier otro lugar no sabría lo que es y la tiraría —susurra Aroa.

—No digas eso aquí —agrando los ojos—. Joder, que es algo sagrado y estamos en su territorio —bufo.

—Leche. No va a pasar nada, ¿no? —habla nerviosa y entrecortada.

—Es mejor que dejéis el tema y solo la observéis —nos pide Nael, a punto de reír.

—Buen consejo —dice Leire, soltando una risilla.

—Voy un momento al baño antes de ir a pasear por los jardines —comento.

No espero que ninguna de mis amigas me acompañe porque han ido hace unos minutos, por lo que me alejo de ellos saliendo de la sala y giro hacia la izquierda. Mientras recorro el lugar admiro de nuevo las obras que cuelgan de las paredes y las que decoran varias vitrinas que hay salteadas en el camino.

Todo el interior y lo que acoge es impresionante. Me he enamorado de nuevo, qué le voy a hacer, pero es que no es para menos, ya os lo digo. Al llegar al baño que está destinado para los visitantes lo encuentro vacío y no pierdo el tiempo. Cuando termino de secarme las manos me dispongo a reencontrarme con mis amigos, pero al salir al pasillo reconozco una voz y miro en su dirección, asombrada.

No se trata de Maisie y de ningunas de las personas que nos acompañan en esta aventura, la voz que me ha llamado la atención tiene mucho más

peso para mí, por lo que representa y por lo que me hizo sentir. Duncan, el hermano de Maisie y de Hope, camina por el pasillo, a bastante distancia de donde me encuentro.

Me da la espalda, por lo que no me ve. Me sorprende encontrarlo aquí, lo que no debería porque es un MacLeod, pero, aun así, me doy cuenta de que me estoy movimiento en su dirección cuando ya he recorrido bastante tramo del pasillo. Me paro de golpe, preguntándome qué mierda estoy haciendo. ¿Me hago caso a mí misma? Pues no porque vuelvo a caminar cuando Duncan y el hombre que lo acompaña giran al final, hacia la derecha.

La curiosidad me puede y continúo, hasta que llego a un espacio abierto. El castillo es enorme, no quiero ni imaginar cómo serán los que son más grandes que este. En la zona en la que estoy no hay nadie, solo me acompaña el silencio. Agudizo el oído, esperando escuchar de nuevo la voz de Duncan.

No os preguntéis qué pretendo porque si llego hasta él no tengo ni idea de lo que voy a hacer, y si me ve e interpreta que lo estoy siguiendo, lo que no le sería muy difícil de deducir, lo más seguro es que saliera corriendo en dirección contraria.

Miro hacia atrás, el pasillo está vacío. Deben estar todos en algunas salas o en los exteriores. Después de unos minutos en los que me siento tonta por lo que estoy haciendo, suelto un suspiro y tengo la intención de girarme para irme, pero antes de que lo haga oigo de nuevo la voz de Duncan y más curiosidad me crea escucharlo reír porque son dos personas las que lo hacen al mismo tiempo.

No lo imago con una expresión divertida en el rostro, por lo que impulsada por, yo qué sé qué, mis pies se mueven y caminan por su cuenta, hacia la dirección en la que creo que está. Llego hasta una puerta entreabierta, pero no lo suficiente para ver el interior. Me apoyo en la pared y escucho cómo el otro hombre le pregunta a Duncan cómo van los proyectos de las renovaciones que quieren hacer.

Pasan varios minutos conversando de lo mismo y de lo único de lo que me doy cuenta es de que Duncan sabe de lo que habla al utilizar palabras muy técnicas, a mí algunas me suenan en un idioma desconocido. Decido que ha llegado el momento de dejar de hacer tonterías porque espiar no es lo mío y encima no me encuentro bien al hacerlo.

Camino lo más sigilosa posible por la zona, girando continuamente la cabeza hacia atrás para que no me sorprendan, con tan mala suerte que en una de esas veces que no miro hacia delante, choco con algo que, por obra de arte, se ha puesto en mi camino.

Suelto un jadeo al tambalearme junto a una vitrina, pero fracaso en mis esfuerzos por mantener el equilibro y las dos nos vamos al suelo, hacia delante.

El impacto fuerte resuena en las paredes de piedra y el techo alto, y maldigo, mientras me lamento por el golpe que me he dado.

—Con la facilidad con la que la he sorteado antes —susurro con los ojos cerrados.

Normal, porque iba mirando por donde caminaba, me reprendo.

El cristal se ha roto debajo de mí y me tomo unos segundos rápidos para analizar si se me ha clavado alguno en las manos o en la cara. Son las únicas partes del cuerpo que no llevo cubiertas de ropa, pero lo que sucede a continuación desvía mi atención.

—Joder —me quejo al escuchar una puerta abrirse de golpe y unos pasos rápidos que vienen hacia mí.

—¿Se ha hecho…?

Ese es Duncan, con voz preocupada, el mismo que se ha quedado callado de golpe al reconocerme.

—¿Se encuentra bien? —me pregunta el que lo acompaña.

—Eh, sí, sí —me incorporo.

Me pongo de rodillas con cuidado y levanto la cabeza para mirarlos directamente. La expresión de Duncan es indescriptible, así que no puedo daros más detalles, solo que su seriedad me hace tragar saliva y me provoca un pequeño temblor que me recorre de los pies a la cabeza. El otro hombre comprueba con la vista si me he hecho algún corte.

—Todo está bien —digo para quitarle importancia—. Todo menos la vitrina y…

Me fijo en el problema en el que me he metido. El jarrón que contenía parece tener muchos años, o más bien parecía porque soy la culpable de haberlo roto.

—Lo siento —susurro.

Me inclino apurada, para recoger los cuatro trozos en los que se ha partido, pero una mano me agarra del brazo con fuerza y tira de mí hacia arriba.

—¿Qué…? —Me giro hacia Duncan.

Baja la mirada hacia mis manos y aprieta la mandíbula, lo que me hace seguir la misma dirección y veo que tengo algunos cristales clavados en las palmas. Ni me he dado cuenta, por ahora, aunque parezca mentira, no noto nada.

—No quería… No sé cómo ha pasado, me he tropezado y… —empiezo a hablar precipitadamente, agobiada y acalorada, sin saber cómo disculparme por mi metedura de pata.

—No se preocupe, tenemos restauradores magníficos —dice el otro hombre.

Pero por cómo mira lo que antes era un jarrón, veo la tristeza reflejada en sus ojos.

—Lo pagaré, da igual cuánto cueste. O haré cualquier cosa.

—Encárgate tú —habla Duncan, dirigiéndose al hombre con el que estaba.

No da el tiempo necesario para que el otro responda a lo que he dicho, todavía me sujeta del brazo y tira de mí con fuerza. Intento zafarme porque no sé hacia dónde va, porque su contacto me quema, a pesar de todas las capas de ropa que llevo encima, y porque necesito alejarme cuanto antes de él, por el remordimiento que siento.

—Lamento mucho lo que he hecho, pero quiero irme —le digo.

Por lo visto mis palabras se pierden en el aire y no llegan a sus oídos porque me ignora. Continúa caminando y gira hacia la derecha al final de la sala. Bufo y vuelvo a bufar, pierdo la cuenta de cuántas veces lo hago, mientras me lleva casi a rastras caminando muy rápido, y con lo alto que es, sus piernas son mucho más largas que las mías como para seguirle el ritmo.

Parece no darse cuenta, o quizás no le importa. Recorremos la mitad de un pasillo y después toma la dirección de la izquierda y lo único en lo que puedo pensar en este instante, es en que ya me he perdido y no sé cómo salir del castillo. Maisie nos ha llevado por otra zona diferente, esta no la reconozco y hay muchos pasillos que se comunican entre sí. Parece un laberinto.

—Oye, ¿puedes hablarme? Podrías decir algo, no sé. Joder, que me voy a caer —me quejo y parece que esta vez sí que se da cuenta de que le he hablado.

Empieza a moverse más despacio y suelto un suspiro largo. Ya bastante tengo con la pena y el malestar de lo que he hecho, con la impresión de que Duncan continúa cerca de mí y encima me lleva con él en completo silencio, y para rematarlo, con los puñeteros cristales en mis manos. No es nada grave que vaya a impedirme utilizarlas, pero una vez pasado el desconcierto y el sofoco del momento, ahora noto las molestias y la quemazón de las heridas.

El pensamiento se me va a que mis amigos no tardarán en empezar a buscarme, pero es casi imposible que consigan llegar a donde leches estemos ahora mismo.

—¿Tenía mucho valor? —pregunto entre susurros.

Imagino la respuesta y no sé qué repercusiones tendrá, pero justo en este momento agradecería muchísimo escuchar un “no te preocupes, Gladys”.

—Voy a pasar a la historia por ser la primera visitante en romper algo de valor del clan —continúo hablando metida en mi espiral de tristeza—. Al menos no ha sido la bandera de las hadas, seguro que mi vida se hubiese visto afectada. Mierda…

—No eres la primera —habla por fin.

—Ah, pensaba que te habías quedado mudo.

Así se mantiene de nuevo, cuando volvemos a girar, no sé ya en qué dirección. Se para frente a una puerta para sacar un juego de llaves de un bolsillo de su abrigo, busca la correcta y la mete en la cerradura.

—Pasa —vuelve a hablar.

No ha encendido la luz y el interior está oscuro, y sinceramente no me siento muy segura ahora mismo.

—¿A dónde? ¿Esto qué es?

—Es una pequeña enfermería —dice después de soltar el aire de golpe.

—Si te molesta tanto mi presencia solo tenías que ignorarme, como has hecho hasta ahora —frunzo el ceño.

—Pasa —repite.

Y lo hago, camino hacia dentro con varios bufidos más. Es un detalle que me haya traído hasta aquí, pero de eso me daré cuenta más tarde porque por el momento no puedo controlar los nervios.

Cuando enciende la luz recorro la pequeña estancia con la vista y descubro que dispone de todo lo necesario para pequeñas emergencias, o al

menos eso me parece por lo que contiene el interior de un armario con las puertas de cristal.

—Siéntate en la camilla —me pide con su seriedad habitual, mientras camina hacia un lateral.

—Aquí estoy bien.

—¿Vas a seguir cuestionando todo lo que digo? —Se gira hacia mí, con las facciones más marcadas de lo normal.

—No voy a marearme, solo son unos pocos cristalitos.

Se queda mirándome fijamente y recibe lo mismo de mí durante unos segundos que se convierten en minutos, ninguno de los dos apartamos la atención del otro.

—¿Puedes sentarte en la camilla, Gladys?

—Claro —acepto rápido.

Lo hago encantada por el cambio en su tono de su voz y por la forma en la que me lo ha pedido por mi nombre. Antes de girarme hacia la camilla veo una de sus cejas arqueadas.

Doy los pocos pasos que me separan de ella y me subo con cuidado de no colocar las palmas de las manos. Las dejo bocarriba sobre las piernas,

mientras sigo a Duncan con la vista. Lo primero que hace es lavarse las manos, lo siguiente, moverse por la enfermería muy bien, para ir directo a coger lo que coloca en una bandeja.

Capítulo 12



Duncan

Pierdo el tiempo a propósito, moviéndome por la enfermería, sin saber qué narices me pasa cuando tengo a esta mujer cerca. Mis reacciones son totalmente inesperadas, tanto que hasta yo mismo me sorprendo y no consigo controlarlas.

Necesito unos pocos minutos más para ponerme delante de ella y llevar a cabo lo que he venido a hacer, pero sé que en cuanto vea de nuevo sus manos mi cabreo va a aumentar y me descontrolaré.

No tiene sentido, las heridas no son graves, aunque deben de molestarle y seguramente sea así hasta el día siguiente. Cuando he colocado en la bandeja de metal todo lo que creo que voy a necesitar, me giro despacio hacia ella. Agradezco que en este instante esté observándose las palmas de las manos, para no ver sus labios y ceño fruncido.

Camino despacio hacia la camilla y al escucharme levanta la mirada, encontrándose con la mía.

—¿Quieres tumbarte? —le pregunto cuando me coloco enfrente.

—No —susurra—. ¿Eres médico o tienes conocimientos de enfermería?

—Extraer unos cristalitos, como has dicho, no creo que requiera de mucha experiencia —respondo sin mirarla a los ojos.

En completo silencio coloco la bandeja a su lado y cojo una pinza que me ayudará en la tarea que tengo por delante.

—Ya —suelta un suspiro—. Siento mucho lo que he provocado, iba distraída y…

—Dame una mano —le pido.

—¿Por qué no me dejas terminar e ignoras todas mis disculpas? Estoy intentando…

—Lo sé de sobra y ahora mismo intento curarte el desastre que te has hecho, antes de que empeore —la interrumpo.

—No es para tanto. Una vez me corté con un cuchillo de cocina muy afilado y tuvieron que darme muchos puntos, casi pierdo...

Busco su mirada y solo necesita ver la mía a corta distancia, la intensidad que desprende, para quedarse callada al instante. Opta por la mejor decisión

porque precisamente en este momento no necesito escuchar que estuvo a punto de perder qué sé yo, de alguna parte de la mano.

Para estar más cómodo y mantener la postura de su mano, voy hacia un lateral de la sala y arrastro una silla. Una vez que me siento encajado entre sus piernas medio entreabiertas, empiezo quitándole el primer trozo de cristal, uno de los más grandes de su mano derecha.

—¿Qué hacías en esa zona del castillo? —le pregunto, al mismo tiempo que el cristal suena al caer en la base de metal de la bandeja.

Me aseguro de que no ha quedado nada entre la piel y continúo con el siguiente.

—Estaba admirando el interior y me he despistado, no sé hasta donde he llegado —responde en tono bajo.

—Inténtalo de nuevo.

—¿Eso qué quiere decir?

Paro el movimiento de la pinza y levanto la cabeza, con una ceja arqueada.

—Quiere decir que no es creíble porque por mucha curiosidad que tuvieses, Maisie os habrá remarcado que no se puede acceder a ciertas partes del castillo. ¿Me equivoco?

—Pues no —hace una mueca—, pero porque tienes ventaja al ser el dueño de la agencia de turismo y sabes muy bien cómo va.

—Y aun así me mientes abiertamente —frunzo el ceño.

Se mueve encima de la camilla, visiblemente inquieta y nerviosa, y la puñetera distancia no favorece para que pueda apartar la vista de ella todo lo rápido que me gustaría, o más bien la que necesitaría.

Me tomo mi tiempo en observar sus facciones y todos los detalles, hasta los más mínimos, aprovechando que ella ha desviado la mirada por la vergüenza.

Varias pecas salteadas decoran sus mejillas y su nariz, no son muchas, podría contarlas perfectamente en este momento. Su nariz es recta y pequeña, sus labios son carnosos y destacan brillantes por el labial que lleva puesto, sus ojos son de color verde y sus pestañas largas. Tiene el pelo de color castaño claro y liso, el que lleva recogido en un moño flojo, del que varios mechones se le han soltado y le caen hacia delante al tener inclinada la cabeza hacia abajo.

Aprieto la mandíbula cuando me doy cuenta de lo que estoy haciendo, no entiendo el motivo, ni mucho menos por qué me llama la suficiente atención como para descontrolarme y desviarme de lo que estoy haciendo. Bajo la vista a su mano y retomo la tarea de quitarle los cristales. La mía cubre el dorso de la suya y el calor de la unión vuelve a despistarme.

—Me da vergüenza —susurra.

—¿El qué exactamente? ¿El haberte tomado la libertad de desobedecer las reglas? ¿El romper una reliquia de hace cientos de años, sino miles? ¿El admitir el motivo verdadero por el que ha sucedido? ¿O el accidente aparatoso que has tenido?

—¿Te estás divirtiendo, avergonzándome?

—¿Me estoy riendo acaso?

—Creo que sería muy raro que lo hicieras —ejerzo un poco de presión en su mano—. Yo… ¿Tenía mucho valor el jarrón?

Las últimas palabras las pronuncia en un tono tan bajo que levanto la mirada y veo el rubor que le cubre las mejillas, pero su expresión ha vuelto a cambiar y no me gusta nada lo que interpreto en ella: tristeza y desanimo.

—Así es, pero como ha dicho Boyd, tenemos muy buenos restauradores y la pieza quedará como si nunca le hubiera pasado nada.

—¿Seguro? —susurra, antes de tragar saliva.

—Sí —afirmo con rotundidad.

—¿Maisie tendrá problemas por mi culpa?

—¿Te preocupa mi hermana y las repercusiones que pueda tener porque deba responder por ti?

—Pues claro —frunce el ceño.

—No le va a pasar nada, ni a ti tampoco.

—¿De verdad? Quiero pagar…

—No vas a hacer nada —la corto, con voz tajante.

—Pero…

—¿Puedes quedarte un rato en silencio mientras termino? —suelto el aire de golpe.

—¿Eres así de agradable siempre? —Continúa, ignorando mi petición.

—Puedo serlo mucho más —sonrío de medio lado.

La curva de mis labios no es muy pronunciada, incluso podría pasar desapercibida, pero ella la distingue perfectamente y se queda callada. No sé realmente el motivo por el que se mantiene en silencio los siguientes minutos, pero lo agradezco.

Cuando ya no quedan más cristales en la palma, suelto la pinza y saco unas gasas para mojarlas en desinfectante. Las deslizo con cuidado por toda

la zona, cubriéndola, parándome en los cortes más grandes.

—¿Te duele?

—No —murmura.

—¿Ni un poco? —Levanto la mirada para buscar la suya, pero está concentrada en lo que continúo haciendo.

—En algunas partes noto solo una pequeña molestia —frunce los labios.

Le hago un vendaje rápido y ligero, nada aparatoso, para que en las primeras horas los cortes no tengan contacto directo con ninguna superficie y paso a la siguiente mano. La levanta sin decirle nada y la sujeto del dorso de nuevo, viéndola pequeña en comparación con la mía.

—Te estaba siguiendo —admite por fin.

Ante su confesión apoyo nuestras manos en su pierna y me siento recto en la silla, lo que provoca que al enderezar la espalda nuestros ojos se encuentren otra vez y queden a la misma altura.

—Suena muy mal, yo… —El rubor de su piel se intensifica— Es que he ido al baño y cuando he salido he reconocido tu voz y me ha llamado la atención —traga saliva—. No quería hacer nada, ni siquiera sé porque he tomado la misma dirección que tú. Soy una pésima espía —suelta un bufido, agobiada—. Lo siento, no pretendía incomodarte ni hacer el

destrozo del jarrón, es solo que cuando me alejaba de la zona miraba más para atrás que para delante y claro, cuando me he dado cuenta ya estaba abrazada a la vitrina, tambaleándonos las dos.

—¿Me estabas espiando? —Me echo hacia atrás, para apoyar la espalda en el respaldo, pero no suelto su mano ni aparto la mía de su pierna. El contacto me gusta.

—¡No! —Agranda los ojos.

—Acabas de decirlo —arqueo una ceja.

—Tus oídos vuelven a fallar —niega varias veces y elevo la otra ceja, uniéndola a su compañera en la expresión.

—Gladys…

—¿Sí? —susurra inocentemente.

Me mantengo en silencio durante unos segundos porque pronunciar su nombre tiene como consecuencia que algo inesperado recorra mi cuerpo. La sensación es como electrizante y tengo que carraspear antes de continuar, para aclararme la voz.

—Mi audición es perfecta —le aclaro lo que sabe de sobra porque es muy consciente de lo que ha dicho, o al menos eso creo porque puede que los nervios la hagan hablar de más y que no se dé cuenta de algunas de las

cosas que dice—. O sea, que me has visto, me has seguido, has querido espiarme y al cansarte e irte, estabas tan entretenida en que nadie te viese que has chocado con la vitrina y te has lastimado.

—Eso mismo —baja la mirada—. Y el jarrón se ha roto.

—Me importa una mierda el jarrón —levanta la cabeza de golpe, con expresión sorprendida.

—Pero pertenece a tu clan y por los años que tiene has dicho que es muy valioso, sino no estaría en una vitrina, ¿no?

—¿Cómo sabes…? Maisie —me respondo a mí mismo y sacudo la cabeza.

—Nos lo dijo en confianza a mis amigos y a mí, no se lo hemos contado a nadie del grupo —habla rápido.

—Me siento muy orgulloso de descender de los MacLeod —le aclaro.

—¿Entonces por qué has tenido esa reacción? Ha parecido como que te molestaba que lo supiera.

—Porque en algunas ocasiones resulta un poco molesto. Lo entiendo, pero los visitantes si lo saben se piensan que tienen que adorarnos por lo que nos une a la historia del clan MacLeod y ser perseguido y agobiado no es una de las experiencias que me hagan realmente ilusión.

—No creo que te persigan por eso, seguro que han sido mujeres y tu presencia… Me callo.

—Puedes continuar.

—No —niega rápido.

Intenta apartar la mano del agarre de la mía, pero hago presión y evito que lo consiga. Nuestras miradas vuelven a conectar y, aunque suene mal, me deleito con su vergüenza porque dice muchísimo más que sus palabras.

—Espero que entiendas mis razones.

—Claro, en este caso sí —suelta un suspiro.

—Pero referente a mi hermana Hope, ¿no?

—También —responde al cabo de un tiempo en silencio—, pero no tenías la necesidad de ser tan borde para decirme tus motivos, los que por cierto no lo sabía porque me los hayas dicho tú. Maisie habló conmigo para tranquilizarme, aunque eso también lo sabes porque nos vistes conversando por la noche después de la cena.

—Hay ciertas cosas que no tolero y entre ellas está que mis hermanas puedan sufrir sobre algo que yo puedo evitar —mi voz suena más ronca de lo habitual.

—No te das cuenta de que una de ellas es mayorcita para elegir y decidir, y que tiene que librar sus propias batallas, enfrentarlas y superarlas, aunque algunas la hagan sufrir —mira hacia la bandeja y por lo visto encuentra muy interesante lo que hay en ella porque no aparta la vista—. Es ley de vida y se llama crecimiento personal —termina susurrando.

—Podría ser, pero Hope es muy pequeña.

—Y la estás privando de hacerle vivir experiencias que la puedan hacer feliz, aunque sea por unos días que seguramente termine guardando en su corazón con cariño.

—Son mi familia.

—Eso está clarísimo, y yo una desconocida que se irá dentro de poco, pero ¿sabes? Tus hermanas me han caído genial y no encuentro que mi presencia o las de mis amigos, porque somos los que más nos hemos acercado a Maisie, les resulte algo negativo a ella o a Hope. En la vida ya hay bastantes decepciones, desilusiones y dolor, como para privarnos de las cosas bonitas que surgen de forma inesperada —encoge los hombros—. Yo de pequeña en cierta forma era como Hope, aunque con la diferencia de que siempre me sentía muy sola en casa —traga saliva.

—¿Por qué?

Dirige la mirada hacia nuestras manos, mis dedos le están acariciando la muñeca y no tengo ni puñetera idea de cuándo han decidido moverse solos.

—Porque la vida no es justa —continúa—, solo está hecha para vivirla y hasta que no tienes el control sobre ella, hasta que no eres adulta, no te forjas la que tú quieres vivir. O al menos se intenta porque de pequeña estás a merced de todo el mundo que te rodea y es triste para muchos niños que no tienen la oportunidad de…

—¿De qué?

—Nada —sacude la cabeza—. ¿Podemos terminar? Mis amigos estarán nerviosos.

—No te ha sonado el teléfono.

—Lo tengo en silencio y mis manos no están como para pararme a comprobar si me han llamado o escrito —levanta la que ya tiene curada—. Duncan, nunca le haría daño a Hope. Solo quiero que lo sepas.

Me mantengo callado, observándola con detenimiento, hasta que continúo con la labor de curarla.

Capítulo 13



Gladys

Suelto un suspiro y abro y cierro los dedos de las dos manos. Duncan ya ha terminado y he conseguido relajarme un poco, pero no lo bastante, porque, aunque se ha alejado, el silencio que se ha creado entre nosotros pesa demasiado, mientras lo observo recoger todo lo que ha utilizado.

Manda narices que está de espaldas y es igualmente de impresionante. Para cortar el rumbo de mis pensamientos cojo el móvil del bolsillo de la chaqueta y como ya esperaba, tengo llamadas perdidas y mensajes de mis amigos. Los que más destacan son los de Nael, por lo que le escribo a él directamente.

Gladys: *Lo siento, ahora os encontraré y os explico el motivo de mi retraso. ¿Dónde estáis?*

Me responde al instante.

Nael: *¿Dónde estás tú? Joder, hemos dado un montón de vueltas por el castillo con Maisie. ¿Te encuentras bien?*

Gladys: *Perfectamente, aunque no te asustes cuando me veas. Tengo las manos vendadas, pero por una tontería sin importancia. Por eso he desaparecido y por algo más que me ha llevado a hacerlo. En fin, que enseguida voy a buscaros.*

Se lo adelanto para que el impacto no sea muy grande, lo conozco de sobra para saber cómo reaccionará si me ve llegar con las manos como las tengo. A simple vista parece más grave de lo que es, por la forma en la que Duncan me las ha vendado. Estaba tan concentrado haciéndolo que no he querido decirle nada al respecto.

Nael: *¿Qué tienes las manos vendadas? ¿Qué no me asuste? ¿Qué mierda te ha pasado?*

Gladys: *Una pequeña caída, pero en realidad no es nada. Estoy bien, de verdad. Lo vas a comprobar por ti mismo.*

Nael: *Estamos en la entrada del castillo, con Maisie.*

Gladys: *Ok, voy.*

Me guardo el teléfono y suelto un suspiro porque ahora me tocará lidiar con el cabreo y la preocupación de Nael. Me espera un día protector como siempre que se pone nervioso por algo que me sucede, nunca he podido hacerle entrar en razón para quitarle importancia.

Me doy cuenta de que Duncan está observándome, apoyado junto a la puerta, por lo que me bajo despacio de la camilla y camino hasta él, o más bien hacia la salida porque de repente la sala de la enfermería es demasiado pequeña y su cuerpo ocupa casi todo el espacio.

—¿Bien? —Se interesa.

—Sí —le sonrío.

Su mirada se desliza de mis ojos a mis labios y al no apartarla, el nivel de mis nervios sube disparado. Me encantaría hacer lo mismo, tiene una boca muy tentadora, pero no me atrevo porque es muy probable que cometa algún error del que más tarde me lamentaré.

Se impulsa de la pared y abre dándome paso, para que salga primero. Lo hago encantada, notando un hormigueo inesperado en la piel. Ninguno habla mientras recorremos el interior del castillo, pero no es necesario para sentir lo que desprende su presencia junto a mí.

No puedo hacer otra cosa que seguirlo por los diferentes pasillos y cuando llegamos a la sala donde he tenido el accidente con la vitrina, veo que está como si no hubiese sucedido nada. Lo han recogido todo, no hay rastro del desperfecto que he ocasionado, pero eso no evita que vuelva a sentirme mal por lo que he hecho.

Duncan continúa caminando, con la mirada al frente. Sigo a su lado porque esta parte ya la conozco y va directa a la salida.

—Gladys.

Maisie es la primera en decir mi nombre cuando me ve salir por la gran puerta del castillo. Su mirada es de preocupación al fijarse en mis manos, pero enseguida la cambia a una de sorpresa, cuando su hermano sale detrás de mí y se queda a mi espalda.

—¿Qué no ha sido nada? —dice Nael, caminando rápido hacia mí.

—Pues no, solo es para protegerme al principio de los pequeños cortes —levanto las manos.

—Joderrr… —habla Leire.

—¿Qué te ha pasado? —jadea Aroa.

Les explico rápido el motivo por el que tengo las manos vendadas, aunque me reservo lo más bochornoso e importante, solo les detallo que he tropezado con la vitrina y el resultado de ello, antes de dirigirle a Maisie una mirada de disculpa.

—Lo siento —susurro con palabras.

—Lo importante es que estés bien —me sonríe con la amabilidad que la caracteriza.

—Si es que no te puedo dejar sola —dice Nael, sacudiendo la cabeza.

Tira de mí para abrazarme y acepto la muestra de cariño encantada, escondiendo la cara en su abrigo.

—En diez minutos nos subimos a las barcas para ver las focas en la bahía —comenta Maisie—. ¿Puedes…?

—Claro —la interrumpo porque no voy a perderme ninguna actividad—. Estoy bien y deseando disfrutar de la experiencia. No me duelen.

Para constatar lo último que he dicho le doy un golpe en el hombro a Nael y me trago las molestias que me ocasiona.

—¿No tenías otra forma de dejarlo claro? —se queja mi amigo, cruzando los brazos.

—Tú eres fuerte, puedes con eso y más —terminamos los dos riendo y yo con el moño más revuelto de lo que lo tengo, cuando me lo zarandea con la mano.

—Voy para el muelle, nos vemos allí —comenta Maisie, sonriente.

—¿Hay sitio libre?

La pregunta de Duncan nos sobresalta a todos, a mí mucho porque pensaba que ya se había alejado de nosotros por lo silencioso que ha estado.

—Sí, caben dos personas más —le responde su hermana, observándolo con curiosidad.

—Entonces voy.

—¿En serio? Vale —rectifica rápido Maisie, al ver la expresión de Duncan.

—No romperé la barca ni me ahogaré en el lago —suelto de repente, captando todas las miradas.

—Sería un detalle por tu parte, todos esperamos que no —dice Aroa, riendo.

—Estoy seguro de ello porque voy a ir en la misma barca.

Esas son sus últimas palabras de Duncan antes de pasar junto a su hermana, la que por cierto tiene una cara digna de ver. No hace falta que Maisie haga algún comentario de lo asombroso que es que su hermano quiera integrarse en el grupo, no tengo ni idea de cuáles son las costumbres de ambos, referente al trabajo, pero por lo poquito que conozco a Duncan, doy por hecho que siempre evita mezclarse con los visitantes y sus actividades.

Por ese motivo he remarcado que durante la excursión en barca voy a tener cuidado, porque me ha dado la sensación de que el querer acompañarnos es porque no se fía de mí y de mis súper habilidades.

—Enseguida nos vemos —comenta Maisie, para seguir a su hermano, o más bien lo correcto es decir que corre hasta él.

—Joder, ¡qué hombre! —suelta un suspiro Aroa.

—Ya te digo, impone un montón y está… —Leire deja muy claro el significado mordisqueándose el labio inferior.

—¿Cómo nos vamos a repartir en las barcas? Son de tres, más la persona que la dirige —habla pensativa Aroa.

—Un momento —les pide Nael.

Me agarra del brazo y tira de mí con suavidad, para alejarnos de nuestras amigas. Sé cuál es su propósito, Aroa y Leire todavía no saben cuál fue el motivo por el que la tarde anterior Nael me entró en brazos al castillo. Después de desayunar, mientras esperábamos en el jardín a que Maisie y los demás aparecieran para irnos, al final tampoco salió el tema y yo preferí continuar callada al respecto.

—¿Qué tal con ese? —me pregunta con el ceño fruncido y yo hago lo mismo con los labios, conteniendo las ganas de reír.

—Como ya sabes ese es el hermano de Maisie y de Hope, se llama Duncan y es el dueño de…

—Sabes hacia donde he dirigido la pregunta —se cruza de brazos.

—Ha ido bien, me ha curado él —arquea una ceja—. Y no me ha encerrado en una habitación como castigo —sonrío de forma exagerada.

—¿Qué dices? —Frunce el ceño.

Le explico la versión extendida y real de lo que me ha pasado, sin dejarme ningún detalle, mientras me escucha atento y un poco desconcertado.

—Nael, no me ha echado en cara en ningún momento que haya roto el jarrón y se ha preocupado de mí —hago una mueca.

Dirige la mirada detrás de mí, no sé si buscando a Duncan o para dejarla fija en algún punto, mientras medita en lo que acabo de contarle.

—Muy bien —dice al final, con una media sonrisa.

—Ah, ¿sí?

Me hace un guiño mientras me rodea los hombros con el brazo y vamos de vuelta con las chicas.

—Nosotros iremos juntos en una barca —les dice a Aroa y a Leire—. No me fio de vuestras pequeñas emociones y Gladys irá con Duncan y seguramente con Maisie, así que…

Me sorprende que haya tomado esa decisión, pensaba que no se separaría de mí, lo que me hace preguntarme muchas cosas.

—Ok —asiente Aroa—. Joder, cómo me gustaría haber besado yo la vitrina para que ese hombre no me quite los ojos de encima —ríe con ganas.

—Estás exagerando un poco, ¿no? —Pongo los ojos en blanco.

—De eso nada, que nos hemos dado cuenta de cómo no ha apartado la mirada de ti desde que habéis salido del castillo —levanta las dos cejas varias veces, de forma graciosa.

—Tenemos que darnos prisa, vamos a llegar los últimos.

Agradezco el final que le da Nael a la conversación y lo seguimos hasta el muelle. Maisie hace los grupos y me comunica que vendrá en mi barca, por lo que estaré con los dos hermanos. Estupendo, me digo, y no refiriéndome a ella precisamente.

Somos los últimos en montarnos, hasta que Maisie no termina de ayudar a todos a subir a sus barcas no lo hacemos nosotros. Ella va en cabeza, por lo que toma la delantera.

—Observa bien donde pisas —levanto la mirada hacia Duncan, notando el repentino calor que me recorre el cuerpo y que se concentra en mi brazo, de donde me ha agarrado de nuevo.

—Claro —susurro o siseó, me sale una mezcla de ambos porque me da rabia que piense que soy torpe.

A ver, tengo mis momentos, no voy a negarlo, pero jolines, tampoco es para tanto que la barca está pegada al muelle y es imposible que cuele el pie donde no es.

Maisie me hace un guiño, girada hacia mí, mientras me siento. El movimiento detrás de mí me indica que Duncan ya está en la barca y ocupa el asiento a mi espalda.

El hombre que se encarga de dirigir la barca nos da la bienvenida y se pone en marcha. Me aíslo de todo, concentrándome en la maravilla que voy a vivir. El olor característico del agua salada del mar me da vida y sonrío observando todo el paisaje. Ver el castillo de Dunvegan desde la bahía, de lejos, lo hace aún más impresionante y grandioso, alzado sobre rocas entre la vegetación.

Las demás barcas nos han cogido ventaja, pero no tardamos en acercarnos a la última de la fila. En ella van Greta, Chiara y Marcus.

—Hola —nos saludan con efusividad las dos.

Tanta energía va dirigida a Duncan y frunzo los labios, intentado no reír por sus formas de querer llamarle la atención. No me giro para observar la expresión de él, pero las de ellas me dan una idea muy clara de la respuesta

que han recibido. Apuesto por un asentimiento con expresión seria, casi sin mirar en la dirección de las dos.

Maisie me informa de que el recorrido dura menos de media hora y después se pone a conversar con el barquero. El agua está completamente en calma y el brillo de los reflejos de los rayos del sol ofrece una imagen hipnótica. Uno de los barqueros pide en general que bajemos el tono de voz, porque nos acercamos a la zona donde se concentran las focas.

—¿Estás preparada para ver cientos de ellas?

Me sobresalto al escuchar la voz de Duncan, más cerca de lo que esperaba.

—¿Cientos? —carraspeó.

—Sí. Es una de las experiencias que más les gusta a los turistas —confirma—. Pasaremos muy cerca de ellas, la mayoría parecerán dormidas, mientras el sol las calienta sobre las rocas, otras rodearán las barcas y nos seguirán durante un rato.

—¿No volcaremos? —Me muevo con cuidado en el asiento, girando el cuerpo hacia él.

—Nunca ha sucedido, pero como para todo, siempre puede haber una primera vez.

¿Espera? ¿Eso ha sido una broma? Su expresión corporal relajada me hace dudar, pero su voz ha sonado con un toque de diversión.

—Pues espero que no tengamos el gran privilegio de ser los primeros en vivir la experiencia.

—¿Te dan miedo las focas? —Busco su mirada.

—Solo las he visto en fotografías y en la tele, en persona nunca y mucho menos de cerca —arrugo la nariz.

—Créeme, huirían antes ellas de ti que al revés.

—Ah, vale. Igualmente espero que no le cojan cariño a nuestra barca, no entra en mis planes terminar pasada por agua —me estremezco porque me da un escalofrío solo de pensarlo.

Hace un día genial, pero no para calificarlo de un poco caluroso porque no me he arrepentido en ningún momento de no dejar la chaqueta en el minibús.

—¿Sabes nadar?

—¿Qué? —Doy un pequeño respingo.

Lo miro de reojo, se ha movido y está demasiado cerca, tanto, que sus rodillas rozan mi cuerpo.

—Sí, sé nadar. ¿Por?

—Curiosidad.

Capítulo 14

Duncan

Gladys suelta un pequeño grito y se tapa la boca para amortiguar el sonido, cuando ve el primer grupo de focas estiradas sobre las rocas. Como ya le he adelantado parecen dormidas, totalmente tranquilas porque reconocen los sonidos y saben que por mucho que nos acerquemos no corren peligro.

Están acostumbradas a estas excursiones y continúan con sus rutinas como si nada, lo que favorece a los visitantes para que las vean a muy poca distancia.

Desde que me he inclinado hacia delante para hablar con Gladys, todavía no me he movido para sentarme recto en el asiento. Para ella lo más llamativo es el espectáculo de las focas y ríe en tono bajo cuando dos se ponen en el lateral de la barca y desaparecen en el agua, para mí lo que capta toda mi atención son sus reacciones y gestos.

No he querido pensar de más sobre el motivo que me ha impulsado a unirme al grupo de mi hermana, en la vida he hecho algo parecido y el cambio es lo suficientemente significativo e importante como para que haga saltar todas mis alarmas.

Lo mismo le ha sucedido a mi hermana, aunque ya lo sabía, me lo ha dejado muy claro con la breve conversación que hemos tenido cuando me ha dado alcance, mientras me dirigía al muelle…

—¿Cómo es que vas a venir?

—¿Hay algún problema?

—Menuda pregunta, Can —dice con un bufido—. *Ya sabes que no, pero todas las veces en las que hemos coincidido en el castillo siempre te has mantenido apartado y al margen, y a no ser que ahora no puedas hacerlo…*

—¿Qué significa eso según tú? —La miro de reojo.

—Mmm… todavía no lo sé —sonríe con picardía—. *¿Has hecho las paces con Gladys? Habéis estado mucho tiempo juntos, solos.*

—Las paces se hacen cuando se está enfadado y no era el caso, y tampoco hemos llegado a ese nivel de confianza.

—¿Estás seguro?

—¿En qué de las dos cosas?

—Con ambas.

—Maisie —alargo su nombre al pronunciarlo—*, deja de imaginar cosas que no son.*

—Puedes decir lo que quieras para quitarle importancia, pero tu reacción y actitud están muy alejadas de las que acostumbras tener.

—Simplemente hoy me apetece desconectar.

—¿Hay algún problema? ¿Te encuentras bien?

Paro de andar y me vuelvo hacia ella, para tenerla de frente.

—Sé que esto te resulta raro, joder, a mí también porque no estoy acostumbrado, pero de verdad que me apetece.

—Y a mí me encanta que sea así —me sonríe acariciándome un brazo—*. Ojalá te tomaras más momentos como este. ¿Has venido hasta aquí para hablar con Boyd?*

—Sí, habíamos quedado para ponerlo al día del avance de los proyectos —le confirmo.

—¿Y cómo ha ido?

—Como siempre —asiente.

—¿Has descansado al llegar esta mañana?

—Tenía cosas que hacer —suelta un suspiro largo—. *Cuando regresemos de la excursión me voy directo a casa, a descansar. Para hoy no tengo más planes que ver a Calem y a Ramsey por la tarde en el bar.*

—Lo mismo nos vemos allí —me hace un guiño.

—¿Vas a ir?

—Puede —sonríe de medio lado.

—¿Sola? —Frunzo el ceño.

—Quien sabe.

—Maisie…

—Uy, ahora nos vemos, que ya está el grupo esperando.

Ese fue el final de la conversación, cuando pasó por mi lado y se alejó rápido, y no me quedó otra que seguirla con la mirada, pensando en que revelarle mis planes no ha sido la mejor idea del mundo porque conozco demasiado bien a mi hermana y sé lo que se le ha pasado por la cabeza.

—Hola —dice Gladys con emoción, en tono muy bajo.

Su saludo va dirigido a una foca bebé que nada junto a nuestra barca, saludo que acompaña moviendo una mano en el aire, como si el animal marino supiera interpretarlo. Aprieto los labios conteniendo la diversión, detalle que ve mi hermana cuando gira la cabeza hacia atrás. En sus labios aparece una gran sonrisa y me guiña un ojo, lo que provoca que yo arquee una ceja y que cuando me da la espalda, su cuerpo tiemble por una risa silenciosa.

—Es muy pequeñita —continúa hablando Gladys, más para ella misma.

—¿Te está gustando la experiencia? —le pregunto para entablar conversación, porque la respuesta la tengo clara.

—Sí —sonríe observando lo que tiene a la vista—. Hay muchísimas.

—¿Cómo tienes las palmas de las manos? ¿Te duelen?

—Bien y no, al apoyarlas según la posición en las que las coloque noto alguna pequeña molestia, pero no es nada —asegura.

El destrozo que según ella ha hecho con la vitrina y el jarrón, en sí no lo ha sido tanto. Es verdad que es antiguo, pero esa pieza en concreto es una de las que tenía previsto guardar cuando se terminaran las reformas. No teníamos planes de deshacernos de ella del todo, ni mucho menos romperla, pero la pérdida no supone tanto porque estará restaurada en poco tiempo.

Mi actitud y mi comportamiento serio y distante, más de lo habitual, se han debido a la preocupación de encontrarla tumbada sobre cristales y por los que se le han clavado en las palmas de las manos. Por suerte no era tan grave como parecía con la sangre cubriendo su piel, pero hasta que no se las he curado y le he vendado las manos no me he podido relajar.

El resto del recorrido me mantengo callado, entre observar el paisaje que me tranquiliza y estar pendiente de Gladys y mi hermana.

Casi media hora después regresamos al muelle y todas las palabras en alto desde las barcas, de las personas que forman el grupo de Maisie, son de emoción y de satisfacción por la experiencia.

—Me voy —me dirijo a mi hermana, en cuanto estamos de pie en el muelle.

—De acuerdo, ten cuidado y descansa, pero antes comerás ¿no?

—Ahora llamaré a Maela para que retrase la comida de Hope unos minutos, así comemos juntos.

Nos damos un abrazo y un beso, y cuando nos separamos me centro en Gladys, quien continúa junto a nosotros.

—Nos vemos en otro momento —me despido.

—Claro —sonríe.

Asiento y me giro, dándoles la espalda, mientras al resto le doy una despedida rápida con un gesto de la mano. Las dos chicas más jóvenes me la devuelven con efusión, mientras los amigos de Gladys me observan con atención, sobre todo, uno de ellos.

Camino hasta el coche con una sensación extraña, pero hago todo lo posible por quitármela de encima y después de menos de media hora conduciendo, cuando accedo al garaje del castillo, he conseguido deshacerme de ella por completo.

—¡Can! —me giro sonriendo, al escuchar el grito de Hope.

La he visto nada más traspasar la entrada del jardín, sentada en un banco esperando mi llegada. Viene corriendo hasta mí y la cojo al vuelo, cuando se lanza a mis brazos riendo.

—Hola pequeña —le doy un beso en la mejilla—. ¿Ha ido bien la mañana?

—Sí. He estado jugando con Pit y Pat y las he dejado preciosas —asiente satisfecha.

—Estoy deseando verlas —le hago un guiño, mientras camino con ella en brazos hasta la puerta del castillo—. ¿Tienes hambre?

—Muchaaa… —Da una palmada detrás de mi cuello.

—Pues se terminó esperar, vamos a dejarles al resto poca comida —ríe con ganas.

—¿Maisie vendrá pronto?

Sonrío de medio lado cuando evita pronunciar otro nombre que piensa que tiene prohibido.

—Dentro de un rato estará de vuelta y hoy no volverán a salir —la informo.

—Guay —me aprieta con los brazos alrededor del cuello.

Mientras me explica que más ha hecho, me dirijo hacia la cocina, donde ya nos esperan Maela y Effie.

—*Laird* —me recibe la segunda y asiento en su dirección.

Hace ya años que dejé de insistir para que no se refirieran a mí con ese calificativo, no me sirvió de nada por lo que perdí una gran batalla porque, tanto los que trabajan y viven en el castillo, como los que tienen sus propias viviendas, pero están igualmente a mi cargo, se dirigen a mí de la misma manera.

Sé que para ellos es una forma de respeto, pero a mí me costó muchos dolores de cabeza habituarme a la costumbre que adquirieron desde el primer momento.

—¿Qué tal todo? —les pregunto.

—Genial, ¿verdad Hope? —habla Maela.

Entre los cuatro colocamos la mesa y nos sentamos a ella con los platos de comida delante. Effie y Maela siempre comen con Hope, así que disfrutamos en familia del tiempo que estamos en la cocina, tranquilos y relajados.

—A media mañana ha venido un hombre preguntado por ti, casi se me olvida —comenta Effie—. Me lo ha dicho Blaine, se lo ha encontrado en la entrada.

—¿Quién era?

—Le ha dicho que se llama Bram y que volvería en otra ocasión.

—Creo que sé quién es —digo pensativo—. No lo conozco en persona, pero si no me equivoco he oído hablar de él —aclaro.

—¿Queréis postre? —nos pregunta Maela.

—Yo no —me levanto de la silla—. Voy a descansar un rato.

—Tarta —dice rápido Hope, para no perder la oportunidad.

—Claro que sí, princesa —le hace un guiño Effie.

—Descansa un rato después, ¿vale? —le pido a mi hermana.

—Sí, con Motitas.

—Dile que se porte bien y te deje dormir, porque si no, lo encerraré en otra habitación —agranda los ojos.

—Tú no le harías eso —niega varias veces.

—Si no descansas…

—Vamos a dormir los dos —me interrumpe rápido.

—Estupendo, entonces —le hago un guiño antes de darle otro beso, este sonoro en la mejilla, con el que la hago reír.

Escuchando las risas de Hope y después de despedirme de Effie y de Maela, salgo de la cocina para ir directo a las escaleras. La noche en vela y el trajín del día empiezan a pasarme factura al estar tan cerca de mi habitación.

Durante todas las horas nocturnas he estado liado supervisando sobre planos una obra en la que solo se puede adelantar por las noches, junto a varios hombres que trabajan para mí.

El sonido de voces provoca que me pare al inicio del primer escalón, mientras dirijo la mirada hacia la puerta abierta del castillo. El minibús conducido por Keir acaba de llegar y mi hermana y el grupo que la acompaña caminan por el jardín.

Gladys va al lado de mi hermana, junto al resto de sus amigos y ríen. Durante unos segundos me permito observar a la mujer que me desconcierta, con la tranquilidad de que ella no me ve, hasta que aparto la atención y subo con pasos rápidos la escalera, antes de que entren.

En la segunda planta recorro el pasillo directo a mi habitación y una vez dentro, me desprendo de la ropa y me pongo otra cómoda. Con un pantalón de deporte y un jersey me tumbo en la cama, dispuesto a dormir.

El cansancio me vence rápido, pero, aun así, mi último pensamiento se centra en Gladys y en lo que me hace sentir su presencia. Entiendo a mis hermanas porque tiene algo, como un magnetismo al que es difícil resistirse, a esa conclusión llego y es mi último que recuerdo, antes de que la oscuridad me envuelva y me arrastre hacia ella.

Capítulo 15



Gladys

—¿Os apetece? —nos pregunta Maisie.

Acaba de proponernos hacer una salida al pueblo más cercano, pero solo a nosotros. Después de la excursión intensa al Castillo de Dunvegan tenemos el resto del día libre, para que cada uno hagamos lo que nos apetezca, hasta el día siguiente que volveremos a visitar otros lugares.

Son casi las tres del mediodía, hace ya rato que hemos terminado de comer, pero todavía continuamos en el salón. Cuando nos hemos quedado los cinco solos nos ha contado su intención de llevarnos a un bar en el que hay mucho ambiente, para que vivamos de cerca el contacto cercano con los lugareños.

—Yo me apunto encantada —dice animada Aroa.

—Ya nos toca ver algo interesante en movimiento —sonríe de medio lado Leire.

—Yo estoy dispuesto a sacrificarme por vosotras, para probar el güisqui que has comentado —añade Nael.

Mi amigo le hace un guiño a Maisie y es automático, las mejillas de ella se cubren de un ligero rubor, uno precioso que le queda perfecto. Nael se deleita con su reacción, lo sabré yo, por lo que me apunto encantada a la salida de por la tarde, para ver si consigo encerrarlos en un baño y dejar la puerta bloqueada.

—¿A qué hora nos vemos? —pregunto.

—Estupendo —dice contenta Maisie—. A las siete es buena hora, llegaremos en menos de diez minutos.

—Ok —asiento sonriendo.

—¿Cómo tienes las manos? —repite Nael.

Ya he perdido la cuenta de cuántas veces me ha hecho la misma pregunta.

—Perfectas —digo y para que todos se queden tranquilos, pero sobre todo él, elijo este momento para quitarme los vendajes.

Al descubrir las manos coloco las palmas hacia arriba y todas las miradas se enfocan en ellas.

—Ah, pues sí, tampoco es para tanto —confirma Aroa.

—Os lo he dicho varias veces —pongo los ojos en blanco.

Nael me coge las manos para mirarlas con atención y espero, y espero, y me muerdo la lengua para no decirle nada, hasta que me suelta asintiendo, dando el visto bueno.

—Mi hermano es un gran cuidador —Maisie habla con orgullo y algo más que no me paro a descifrar.

—La verdad es que sí, se ha portado muy bien —digo en tono bajo, mientras recojo las gasas para tirarlas cuando esté en la habitación.

—Duncan tiene un carácter especial y la percepción que da es más fuerte si no lo conoces, pero os aseguro que pocas personas encontraréis como él de leal y de comprometido. Su máxima preocupación es proteger a las personas que quiere, atendiendo todo lo que necesitan, incluso olvidándose de él mismo.

Tiene la mirada fija en mí y me recorre una sensación que hace que me mueva inquieta en la silla.

—Lo último no debería de ser así —susurro.

—Lo sé —suspira Maisie—, pero es una batalla que todavía no he conseguido ganar.

—¿No tiene pareja? —Pregunta Nael y desvío la mirada de Maisie.

—No —niega en rotundo.

—¿Ningún ligue? ¿Alguna aventura sin compromiso? —Insiste.

—Que yo sepa hasta ayer tampoco.

—Pues no lo entiendo —suelta Aroa, sorprendida.

—¿Por qué? —Quiere saber Maisie, con curiosidad.

—Mmm… Joder, es evidente cómo está tu hermano. Ya sé que tú no puedes verlo con los mismos ojos que las demás mujeres, pero madre mía… —suelta un bufido.

—Sé muy bien cómo es mi hermano y las pasiones que levanta —responde Maisie, con un guiño.

—Si quieres puedes decirle que se apunte a lo del bar —le pide como si nada Leire.

Nael se ríe con ganas, tanto, que termina contagiándonos a todas.

—Hoy no será posible, ha quedado con sus amigos —aclara Maisie, con una sonrisa entre la picardía y la satisfacción.

O quizás no, puede que mi análisis falle por lo cansada que me siento y ahora mismo, seguramente, no sea muy buena descifrando las expresiones. Después de la mañana intensa, de los nervios, de la preocupación y, sobre todo, al tener el estómago lleno, de lo único que tengo ganas es de llegar a la habitación y de tumbarme en la cama.

—Al ser final de semana los viernes por la tarde se unen a la noche para disfrutar, por lo que es la mejor ocasión para estar rodeados de gente que busca pasárselo bien y desconectar de la rutina —comenta Maisie.

Alargamos un poco la conversación, hasta que nos levantamos de las sillas y salimos del salón.

—Nos vemos a las siete aquí —les digo a mis amigos, al pie de la escalera.

—Ok —responde Nael, y Aroa y Leire lo confirman también con un gesto.

Me dejan atrás para subir a la primera planta, al ver mi intención de hablar a solas con Maisie.

—Quería comentarte una cosa —me giro hacia ella.

—¿Qué es? —Ladea un poco la cabeza.

—Es sobre Hope.

—No tienes que preocuparte por ella, te aseguro que Duncan, aunque le cueste, no te va a decir nada si os ve juntas —dice convencida.

—No se trata de eso —comento mientras empezamos a subir los primeros escalones—. Aunque agradezco escucharlo.

—¿Entonces?

—Es una tontería, pero quiero que lo sepas para quedarme tranquila. Sé que no va a pasar nada porque Hope tiene el permiso de tu hermano y el tuyo seguro que también, y ella se conoce el castillo mejor que nadie, pero…

—Ah, creo que ya sé lo que es —ríe.

—Esta mañana me ha despertado Motitas, estaba con Hope en mi habitación.

—¿Ha ido tan temprano? —jadea— Lo siento.

—No pasa nada, me ha gustado verla y conocer a su gato —le hago un guiño.

—Le dije dónde dormías, pero no pensaba que iría a tu habitación a esas horas.

—De verdad que no tiene importancia, me han servido de despertador —reímos—. Me ha contado que no ha dormido porque tiene pesadillas.

—Mierda —se lamenta—. Anoche estaba tan cansada que me eché un rato en la cama, solo fue un momento, antes de ir con Hope, pero me quedé dormida sin darme cuenta —hace una mueca.

—Le he dicho que la próxima vez puede venir a dormir conmigo.

—Gladys, no hace…

—Se lo he propuesto yo —me encojo de hombros—. Me gustaría.

—Vale. Gracias.

—Por favor, no hay de qué. Como has intuido ya sé lo de los pasadizos y las escaleras ocultas —asiente—. Me ha dicho que me los enseñará y yo le he comentado que me encantaría descubrir el castillo de esa manera, así que, quería hablarlo contigo para que estuvieses enterada de que puede que nos colemos por donde me lleve, porque no tengo ni idea de dónde terminaremos —volvemos a reír.

—Tranquila, sino confiara en ti nunca le habría dado permiso a Hope para que te descubriera el secreto.

—Gracias, Maisie.

—Bah —le quita importancia moviendo una mano.

Nos paramos al llegar a la primera planta.

—Podéis ir de un lado al otro del castillo sin problema, es seguro y Hope se sabe de memoria todos los recorridos y los escondites —sonríe.

—Vale, me quedo mucho más tranquila ahora.

—Descansa, Gladys, esta tarde nos lo vamos a pasar muy bien.

—No lo dudo. Igualmente, que descanses.

Le doy un abrazo y me corresponde enseguida con cariño. Cuando nos separamos ella continúa subiendo hasta la segunda planta y yo recorro el pasillo silencioso.

✣ ✣ ✣

Frente al espejo, termino de secarme el pelo con el secador. Son las seis y veinte de la tarde, he dormido más de dos horas que me han sentado genial para coger fuerzas.

Me falta poco para estar arreglada, nada más despertarme de di una ducha para espabilarme y solo me queda maquillarme un poco. Me he vestido con pantalón pitillo y un jersey que forma un conjunto bonito, pero sobre todo cómodo. Con el fresco que tiene que hacer a estas horas en el exterior, como que los dos vestidos y las faldas que eché en la maleta los descarté al instante al decidir qué ropa iba a ponerme.

Los zapatos de tacón le dan el toque especial y si no lo tiene sinceramente poco me importa porque es lo que hay. Si estuviese en mi piso tendría bastante más para elegir, pero sí, estoy satisfecha con el resultado porque voy arreglada sin que parezca excesivo.

Me acercó al espejo para echarme la crema en la cara y continúo con una base ligera de maquillaje, un poco de colorete que me resalta los pómulos, el labial y me echo un poco de perfume para terminar, sonriéndole al espejo.

En la habitación saco del armario el abrigo, un fular y me los coloco. Como no quiero llevarme ningún bolso para despreocuparme de él, me guardo en uno de los bolsillos con cremallera el monedero y en el otro el móvil. No necesito nada más.

Aún quedan unos minutos para que sean las siete, pero igualmente salgo de la habitación, dejándola cerrada, y voy hacia la de Nael. A los pocos segundos de dar varios golpes con los nudillos en su puerta me abre un hombre espectacular que estoy más que segura que esta noche va a arrasar.

—¡Guau! —exclamo y silbo, provocando que suelte una carcajada.

—Payasa —es su recibimiento y río con ganas.

—Payasa, pero realista. Estás increíble —lo alabo de nuevo, mientras entro.

—Tú también.

—¡Si llevo el abrigo y no me has visto! —me quejo.

—Como si hiciera falta que me enseñaras lo que te has puesto para saber lo que voy a ver dentro de poco —me hace un guiño y le lanzo un beso al aire, el que hace como si lo agarrara y se lo mete en la boca, para masticarlo.

—Anda que si recibes todos los besos de esa forma… —Niego sentándome en su cama.

—No me hagas hablar… —dice desde el baño.

—¿Te falta mucho?

—No, ya estoy —sale y se dirige al armario.

Se coloca una chaqueta acolchada y camina en mi dirección, para coger de la mesita de noche la cartera y el móvil.

—¿Te puedo advertir de una cosa? —hablo cantarina, mientras lo sigo hasta la puerta.

—No.

—Joder, qué aguafiestas —bufo de forma exagerada, en broma, mientras él contiene las ganas de reír.

—Sé lo que ibas a decir.

—Voy a decir, presente, ahí va —digo desde el pasillo.

—¿Qué? —pregunta cuando me quedo callada.

—Ahora te quedas con las ganas —le saco la lengua y soltamos una carcajada.

Salgo corriendo para alejarme unos pasos de él, porque su intención ha sido la de revolverme el pelo y ahora me niego a que lo haga.

—Cuando menos te lo esperes te pillaré con la guardia baja —me advierte divertido.

—Ajá, acabas de conseguir que no la baje en toda la noche.

—No he dicho que vaya a ser hoy —dice con humor.

—Qué manía te tengo cuando te pones así.

Intercambiando comentarios divertidos y animados, recorremos el pasillo y bajamos la escalera. Nuestras amigas todavía no están al final de los escalones, pero Maisie sí y se ve maravillosa, aunque no necesita mucho porque es preciosa al natural. Miro de reojo a Nael, todo lo disimuladamente que puedo, y sonrío cuando se tensa, sin apartar la vista de ella.

—Hola —nos saluda—. ¡Qué guapos!

—Tú estás increíble —le corresponde Nael.

—Gracias —susurra ruborizándose.

—¡No os vayáis sin nosotras! —grita Aroa, desde arriba de las escaleras.

Cuando llegan junto a nosotros y después de varios halagos más, seguimos a Maisie hasta el garaje. Vamos a ir en su coche y cuando le hemos preguntado qué pasará si bebe, nos ha respondido que no le importa dejar el coche en el pueblo, que no sería la primera vez y que encontrar un transporte que nos traiga de vuelta al castillo será fácil, independientemente de la hora a la que decidamos regresar.

Como nos adelantó llegamos rápido a nuestro destino y caminamos por las calles que están muy animadas a estas horas. Damos un paseo mientras Maisie nos guía hasta el centro, donde hay bastantes grupos de personas en las puertas de los bares y otras caminan en los dos sentidos. Se nota que el

ambiente es festivo, al menos eso aparenta porque no tengo ni idea de cómo se vería la misma zona cualquier otro día de entresemana.

Entramos a un bar y nos paramos enseguida, cuando una pareja se acerca a Maisie.

—Perdón, ya está —se gira hacia nosotros.

—No tienes que disculparte —le pide Nael.

—Son unos amigos de la infancia —nos informa sonriente—. Vamos a buscar una mesa.

—Está bastante lleno —comenta Leire.

—Es uno de los mejores de esta zona por el ambiente, la música y el servicio.

—Pensaba que se escucharían canciones típicas escocesas —digo distraída, mientras observo el local.

—¿Cómo cuáles? ¿De gaitas? —pregunta Nael.

—Muy gracioso —entrecierro los ojos, provocando que ría.

—Ponen música muy variada, desde la más actual que suena en todo el mundo, hasta la más tradicional de Escocia, intercalando las más modernas

con algunas melodías antiguas —aclara Maisie, alzando la voz para que la escuchemos bien.

—Ves, un punto para mí —le doy un pequeño codazo a Nael.

El volumen está bien, ni muy alto ni muy bajo, se puede mantener una conversación sin tener que gritar, aunque Maisie lo ha hecho porque va por delante de nosotros.

—Ostras, Maisie —dice Aroa.

—¿Qué? —Se para para girarse hacia nosotros.

—¿Ese es tu hermano? No hay mucha luz y no lo distingo bien.

Mi cabeza empieza a moverse en todas las direcciones, la sutileza la utilizaré en otro momento porque en este solo me dejo guiar por el impulso de localizar a Duncan, aunque espero que Aroa se haya equivocado para ahorrarme los nervios que me provoca su presencia y… Pues no, lo ha visto perfectamente entre tantas personas, igual que él nos está observando fijamente desde la distancia.

—Joder, ya te digo y no veas los hombres que están con él —añade Leire, con un pequeño jadeo.

Capítulo 16



Duncan

—Por fin —dice en alto Ramsey cuando me ve caminar sorteando las mesas.

—Duncan —se levanta Calem.

Nos damos un abrazo y después paso a Ramsey, una vez terminados los saludos ocupamos las sillas.

—Tenía ganas de verte, tío —levanta su vaso de güisqui en mi dirección.

—Estoy hasta el cuello de líos —comento.

—Ya me lo ha dicho Calem —asiente serio.

—Anoche no dormí y me he pasado toda la mañana en el Castillo de Dunvegan.

Aprovecho para llamar la atención de la camarera cuando pasa cerca y le pido un güisqui, igualando a mis amigos. Es la bebida que siempre tomamos cuando venimos a este bar, bien lo merece porque el sabor que deja en el paladar es un lujo que en pocos otros lugares se puede disfrutar.

—Joder, ¿has descansado?

—Sí, casi tres horas después de comer.

—La semana que viene la tengo libre, puedo ayudarte con lo que sea —se ofrece Calem—. Al menos unos días podrás aligerar la carga de trabajo.

—Pues no te digo que no —lo miro agradecido.

—Cuenta con ello —me hace un guiño.

—¿Cómo se te presenta el fin de semana? —quiere saber Ramsey.

—Lo he estado pensando y hasta el lunes me lo voy a tomar con calma —respondo.

—¡No me lo creo! ¿En serio? —Agranda los ojos y no es el único, Calem imita su expresión.

—Y no, no estoy enfermo —digo antes de que me pregunten.

—Joder, ¿y este cambio?

—Lo necesito.

Nos quedamos en silencio cuando la camarera llega con mi bebida, lo que le agradezco antes de llevarme el vaso a los labios y dar el primer sorbo.

—Es la primera vez que dices eso a tus cuarenta y dos años —arquea una ceja Calem.

—Has dicho que no estás enfermo, pero tienes que encontrarte mal por narices —dice desconfiado, Ramsey.

—No me pasa nada —sacudo la cabeza, girando el vaso entre las manos —. Además, tengo que coger fuerzas para lo que se aproxima, no os penséis que vais con ventaja —sonrío de medio lado.

—Algún año podrías ceder la victoria, ¿no? —habla Calem, con tono divertido.

—Yo hace años que me he hecho a la idea de mis fracasos continuos —añade Ramsey y soltamos unas carcajadas.

—Nunca se sabe —levanto el vaso de güisqui.

Me imitan y brindamos, para beber un buen trago. Necesito notar un poco los efectos del alcohol, o al menos intentarlo, para dejar la mente en blanco, aunque sea por unos minutos. Para mi mala suerte tolero muy bien las

bebidas fuertes y necesitaría beber mucha cantidad para notar el puntillo contento, lo que puedo contar con los dedos de una mano las veces que me ha sucedido.

—Oye, ¿qué tal con lo que me contaste sobre Hope y la turista? —se interesa Calem y por la expresión de Ramsey sé que también lo ha puesto al corriente de ese tema.

—Todo está tranquilo —confirmo balanceando el vaso, con la vista fija en el líquido en movimiento.

—¿Ves cómo no tenías de que preocuparte? —habla animado y satisfecho.

—¿Qué tal te ha ido en el castillo? —me pregunta Ramsey— Te noto raro, más distante de lo normal.

—Estoy bien y con Boyd ha ido como esperaba. Empezaremos las reformas dentro de unos días, a principios de semana lo planificaré todo.

—Estupendo, más trabajo —dice con ironía Calem y sonrío de medio lado.

Aunque estamos al fondo, lejos de la entrada del bar, queda frente a mí y la veo perfectamente, por lo que en cuanto la puerta se abre y mi hermana entra en el local, me tenso al instante. Al final ha llevado a cabo la intención que he descifrado en sus palabras de por la mañana, en la breve conversación que hemos tenido yendo hasta el muelle.

Desconecto de los comentarios que hacen mis amigos entre ellos y me preparo, concentrado en observar quién será la siguiente persona en hacerse visible.

Gladys aparece rápido en mi campo de visión, seguida por el resto de sus amigos. Se paran detrás de Maisie cuando habla con unos conocidos a los que reconozco desde la distancia, y cuando mi hermana termina, los guía adentrándolos al interior.

No pasa mucho tiempo hasta que me ven, más concretamente me localiza una de las amigas de Gladys, porque es con la primera con la que conecto con la mirada, después todos dirigen su atención hacia el rincón en el que está la mesa que ocupo con Calem y Ramsey.

La sonrisa que aparece en los labios de Maisie es de satisfacción, pero no me paro mucho en ella, cuando me encuentro con los ojos de Gladys fijos en mí. Hago un pequeño asentimiento hacia todos como saludo y mi hermana considera que es una gran oportunidad para acercarse a nosotros.

Empieza a caminar entre las mesas, directa a nuestra posición.

—Pero, bueno —dice Ramsay, cuando se da cuenta—. Maisie, cariño, qué alegría.

—Igualmente —le corresponde ella y también al fuerte abrazo que le da.

—Acabas de alegrarme la noche —comenta Calem, saludándola del mismo modo.

—No me vais a tener cerca para controlarme —dice ella, riendo.

—Eso ha sido un golpe bajo —se queja Ramsey con una mueca, como si se lo hubiese dado de verdad.

—Hermano —arqueo una ceja.

Es la primera vez en su vida que se refiere a mí de esa forma, por lo que no soy el único en reaccionar, mis amigos también pasan la mirada de uno a otro, preguntándose los dos si estamos enfadados y si se les ha escapado alguna información.

—Hermana —la imito, provocando que frunza los labios.

—Necesito otro güisqui para dejar de ver y escuchar cosas raras —comenta Calem.

—Chicos, os presento a Nael, Gladys, Aroa y Leire —se aparta a un lado —. Forman parte del grupo que llegó hace poco —les informa.

Mis amigos les corresponden presentándose personalmente cada uno.

—No os vamos a molestar —miro de reojo a Maisie.

Se ha acercado a mí y se ha inclinado, para hablarme cerca del oído.

—No sois ninguna molestia, Mai. ¿Por qué narices has dicho hermano?

—Para ver si levantabas el culo de la silla, pero por lo visto se te ha pegado.

Giro la cabeza despacio hacia ella.

—¿No vas a saludarlos?

—Si lo hago no será por la presión de nadie —le dejo claro, por lo que suelta un suspiro.

—Está bien —hace una mueca, mientras se incorpora.

Cuando se aleja de mí para pararse junto a sus nuevos amigos, justo elijo ese momento para ponerme en pie. Camino rodeando la mesa y le ofrezco la mano al único hombre que las acompaña, a Nael, gesto que acepta rápido. Aroa y Leire se acercan para darme un beso en la mejilla, por lo que espero recibir lo mismo de la única que falta y que no se ha movido.

—Gladys —su nombre sale casi en un susurro de mis labios.

—Hola —sonríe con timidez.

Se mueve indecisa, pero lo hace, por lo que me inclino para recibir su beso y se lo devuelvo sin darme prisa en apartarme.

—¿Cómo las tienes? —Me refiero a las manos.

—Muy bien, gracias —se humedece los labios y ese gesto capta toda mi atención.

No puedo evitar centrar la vista en su boca carnosa que resalta por el labial que se ha puesto, lo que provoca que se me antoje inesperadamente o quizás ya sabía lo que me iba a encontrar y por eso no he podido evitar mirarla. Muevo los ojos hasta encontrar los suyos.

Durante unos segundos que apostaría a que se convierten en minutos, ninguno de los dos apartamos la atención del otro, manteniéndonos en silencio.

—Can —escucho a Maisie y noto su mano en mi espalda.

—¿Sí? —Reacciono tomándome mi tiempo para girar hacia ella.

—Vamos a ocupar una mesa que se ha quedado libre, antes de que nos la quiten.

—Ok —respondo serio.

—Nos vemos en otro momento —comenta Gladys y me centro en ella.

Asiento despacio, es lo único que hago antes de que se aleje siguiendo al resto, hasta la mesa que ha mencionado mi hermana.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Ramsey.

—¿El qué? —digo regresando a mi silla.

—¿En serio? Joder, tío, creo que me he perdido mucho en poco tiempo —arquea una ceja.

—No eres el único —carraspea Calem.

—Pues cuando sepáis encontraros me contáis a qué se debe porque no tengo ni idea a lo que os referís.

Cojo el vaso para darle un trago al güisqui, notando la mirada fija de los dos en mí.

—¿Quién es esa chica?

—Ya habéis oído a Maisie y os habéis presentado.

—Ya, sabemos que se llama Gladys y que tu hermana la ha conocido como guía del grupo en el que están.

—Un momento —interviene Calem y lo miro de reojo—. Ella no será…

—Sí —se lo confirmo.

—Joder, así que el tema de Hope ha dado sus frutos —dice pensativo.

—¿Qué dices? —Ramsey lo mira sin entenderlo.

—Que Gladys es la mujer que encontró Duncan con Hope, la misma por la que él cree que la pequeña se enfadó o se molestó. Mmm…

—Oh, ahora sí —comenta Ramsey.

—Queréis dejar de mirarme de esa forma —sacudo la cabeza.

—Te callaste lo más importante —dice Calem, con una sonrisa que anticipa todo lo que no quiero escuchar, por suerte para él lo minimiza—. Que es una preciosidad de mujer.

—¿Y por qué tenía que hacer referencia a eso cuando hablamos por teléfono y estaba cabreado y molesto, después de intercambiar algunas palabras con ella por encontrarla con Hope? —Me cruzo de brazos.

—Porque es lo más interesante y da sentido a muchas cosas —suelta una carcajada.

—Por lo que hemos visto hace un momento has tenido que interactuar más veces con ella que en ese primer encuentro —comenta Ramsey.

—Puede ser.

Se quedan en silencio, esperando a que continúe, por lo que suelto el aire de golpe y les explico con todos los detalles lo que ha sucedido esta mañana, incluida la excursión en barca. Más que nada lo hago para que me dejen en tranquilo y cambien de tema porque los conozco e insistirán hasta conseguir sacarme la información a cuentagotas.

Cuando termino sus expresiones son de sorpresa, pero no me da tiempo a añadir que no quiero escuchar ninguna tontería cuando Ramsey da un giro a la conversación y comenta lo único de lo que no quiero volver a escuchar hablar en mi vida.

—Joder, por lo visto esta noche es la tuya, tío —dice—. Estás entre lo bueno y lo malo.

—¿Para quién? —pregunta Calem, extrañado.

—Está claro que me refiero a Duncan, mirad quien acaba de entrar y esto no es nada favorable como lo de Gladys —apoya la espalda en la silla, serio.

—No me jodas —suelta Calem, con un bufido.

Se están refiriendo a la mujer que camina hacia la barra, la que por suerte todavía no me ha visto. Se llama Bonnie y tuvimos una relación de varios meses hace casi un año, relación que terminó fatal, al menos para mí,

porque no soporto estar en el mismo lugar que ella después de lo que me hizo.

—¿Estás bien, tío? —me pregunta Ramsey, preocupado.

—Sí.

—Eso es un no rotundo —comenta Calem.

—Lo he dicho de verdad —respondo, sorprendiéndome a mí mismo primero, y después a ellos, cuando siguen la dirección de mi mirada.

Me acabo de dar cuenta de que la rabia ha pasado totalmente a ser indiferencia, mientras observo hacia la mesa que ha ocupado Gladys con el resto.

—Esto cada vez se pone más interesante —dice en tono bajo Calem.

—Ya te digo y cómo me gusta, joder —Ramsey se bebe de un trago el contenido del vaso y nos insta a hacer lo mismo.

No lo dudados y dejamos los tres vacíos, antes de que Calem llame la atención de un camarero para pedirle otra ronda.

Capítulo 17



Gladys

—Por nosotros —dice Leire, levantando su copa.

Todos la imitamos, para hacerlas chocar y beber un buen trago, al menos yo, porque tengo la garganta seca.

—Cuando se abre la puerta tiemblo —comenta Aroa, mirando en esa dirección.

—¿Y eso? —le pregunta Maisie, con expresión entre divertida y curiosa.

—Porque cada vez que entra un hombre supera al anterior. Chica, que suerte tienes de vivir aquí y de poder disfrutar de estas vistas constantemente —bufa de forma exagerada y los demás reímos.

Sonrío mientras mis amigas suspiran indicándole a Maisie cuáles serían sus mejores elecciones para la noche, el resumen está claro: cualquiera de los que están en el local.

Miro disimuladamente hacia la mesa en la que continúa Duncan. Ahora habla con sus amigos, pero en otras ocasiones lo he pillado sonriendo y lo que me ha dejado sin aliento ha sido verlo reír una vez. Me ha sorprendido, al mismo tiempo que me ha encantado porque se nota que está en confianza, en su salsa como suele decirse, y eso hace que sus facciones sean más suaves y relajadas, al desinhibirse de todas las responsabilidades con las que vive.

Un Duncan serio, distante y con la expresión de pocos amigos es atrayente y desconcertante, a partes iguales, pero un Duncan más juvenil, relajado y risueño ya es el remate porque los dos contrastes lo hacen irresistible.

Va vestido con un pantalón vaquero oscuro y un jersey de cuello de pico, en este instante con las mangas remangadas en los antebrazos, los que tiene apoyados en la mesa. Todo en él desprende carisma, magnetismo y fuerza, y a pesar del cosquilleo que todavía siento en la piel, desde que lo he visto al poco entrar en el bar, he conseguido mantener un poco a raya mis nervios.

—Pero di la verdad —le dice Leire a Aroa—, para ti solo uno destaca más sobre el resto y te hace mirar en su dirección continuamente —suelta una risilla.

—Es un secreto a voces —comenta Nael, mirándonos por encima de su copa.

—¿Sí? ¿Y según vosotros cuál de todos los que hay aquí es el secreto? —pregunta Aroa, con los ojos entrecerrados.

—Uno de los amigos de Duncan, ¿quieres que continúe? —La pica Nael.

—Ah, ¡qué rabia me das! —bufa.

Nael suelta una fuerte carcajada a la que se une Leire, mientras chocan las manos por encima de la mesa.

—¿En serio? ¿Quién? ¿Ramsey o Calem? —se interesa Maisie.

—Calem —contesta Aroa, con un tono de voz más bajo.

—Vaya —sonríe con picardía Maisie.

—Joder, no es para menos —hace un puchero—. Creo que no lo habéis visto bien —dice con un suspiro.

—Los demás no lo sé, pero yo he crecido con él —ríe Maisie.

—Eso, tú ponme los dientes más largos —lloriquea en broma o en serio, no me queda claro en este momento.

—Podemos volver donde están, pero alguien tiene que quedarse en esta mesa para que no nos la quiten —le propone.

—No, ellos no se han movido de allí, así que… —niega para dejarlo más claro.

—¿De verdad vas a perder la oportunidad por esa tontería? —le pregunta Leire.

—Cállate, que buscas que le diga a Maisie que sí porque también estás deseando acercarte —arquea una ceja Aroa.

—Claro, no lo voy a negar —le hace un guiño—. Los dos están tremendos, pero como uno ya está descartado…

—¿Y si coincidierais en la elección y os gustara el mismo? —les pregunta con curiosidad Maisie.

—Desde que nos conocemos siempre se han sincronizado de maravilla —le explica Nael—. No sé cómo lo hacen, pero, aunque Leire ha hecho ese comentario sé que tiene claro desde el principio quién le interesa y no es Calem. ¿Me equivoco?

—¡Si es qué te como! Estás en todo —Leire le lanza varios besos con las manos, haciendo reír a Nael.

—Pues menos mal —frunce los labios Maisie.

—Lo más importante lo estamos pasando por alto —habla Aroa, dando un golpe en la mesa.

—¿Tienen pareja? —le pregunto a Maisie, adelantándome.

—Qué bien nos entendemos, amiga —dice Aroa satisfecha, y todos reímos.

—Hasta hace pocas horas ninguno de los dos tenía, pero yo de vosotras no perdería el tiempo —las pica Maisie—. Más de una de las que hay aquí ya les habrán echado el ojo y puede que no os guste cómo termina la noche, si ellos no saben de vuestro interés —levanta las dos cejas varias veces de forma graciosa.

—Joder —se lamenta Leire.

—No es por alabarlos por el cariño y la unión que tengo con ellos, pero es cierto que si no están con alguna mujer ahora mismo es porque ellos no quieren. No han pasado mucho tiempo sin ver a mi hermano, pero ahora que están juntos continuarán siendo tres hasta el final de la noche.

—Entonces con más razón, es mejor que no los agobiemos —suelta un suspiro Aroa.

—Pero vosotras estáis conmigo, es diferente. Os aseguro que están deseando que me acerque a ellos —le hace un guiño Maisie—. Les encanta controlarme y que todos sepan que ellos se encuentran cerca de mí, así espantan a más de uno —ríe con ganas y sonrío.

Miro de reojo a Nael y hago esfuerzos para no soltar una carcajada, por su expresión de satisfacción por lo último que ha dicho.

—Id tranquilas, yo me quedo guardando la mesa —comento.

—¿No quieres venir? —se sorprende Maisie— No es que esté diciendo que tú tengas que quedarte aquí —se dirige a Nael.

—Tranquila, lo he entendido —le hace un guiño.

—Vale —susurra con una pequeña sonrisa.

—Lo he dicho de verdad —insisto.

—Yo me quedo con ella —añade Nael.

—Está bien, como queráis —asiente Maisie, no muy convencida.

Le sonrío para que se vaya tranquila y en cuanto se levanta, Aroa y Leire la imitan encantadas y emocionadas.

—¿Por qué no has querido ir? —me pregunta mi amigo, cuando nos quedamos solos— No me importa esperar guardando la mesa.

—Ya lo sé, pero es que… aún no me he repuesto —digo en tono bajo.

Me llevo la copa a los labios y bebo varios sorbos pequeños, seguidos.

—¿Me lo puedes aclarar? —me pide apoyando los brazos en la mesa, con la cabeza girada hacia mí.

—Ya sabes lo que me pasa —lo miro de reojo.

—Correcto, pero me gustaría escucharlo —sonríe de medio lado y pongo los ojos en blanco.

—Eso me sucede, ya me sudan las manos —susurro haciendo un gesto leve con la cabeza, hacia el fondo del bar.

Nael dirige la atención hacia allí, disimuladamente, para ver igual que yo cómo Duncan mira en nuestra dirección, mientras nuestras amigas y Maisie ya se han sentado junto a ellos.

—Se estará preguntando porque te has quedado aquí —carraspea.

—¿Tú crees? —Balanceo la copa.

—Eres muy consciente de cómo te mira, Gladys, y de cómo a su forma, hace todo lo posible por mantenerse cerca de ti, al menos esta mañana lo ha dejado claro.

—Me pone muy nerviosa porque me gusta y me acelera. No voy a negarlo porque no tiene sentido, y menos ante ti que me interpretas perfectamente, y por eso mismo sabes que no llevo muy bien no tener el control sobre mí.

Cuando Duncan está cerca ese control desaparece y voy a la deriva, sin saber muy bien lo que hago ni cómo reacciono, hasta que ya está hecho —me encojo de hombros.

—¿No te parece que merece la pena que te relajes para comprobar hacia dónde os lleva la tensión que hay entre vosotros?

—Lo mismo podría decirte sobre Maisie —susurro—. Mi comienzo con Duncan no fue bueno y, aunque parece que entre nosotros todo se ha tranquilizado en ese aspecto, en cierta forma, pues no sé…

Fijo la mirada en una de las palmas de mi mano y acaricio con los dedos de la otra los cortes que Duncan me curó por la mañana. Los más grandes continúan frescos y abiertos, lo que me hace acordarme del cuidado con el que me trató en la enfermería del Castillo de Dunvegan. He pensado mucho en ese tiempo que compartimos solos, en sus palabras, en sus reacciones y en su actitud, y sé que Nael tiene razón, pero no me atrevo a acercarme a Duncan, a no ser que se dé de forma casual y surja de manera natural.

Independientemente de que Duncan pueda sentir alguna chispa de atracción hacia mí, lo que no digo que sea cierto, pero si lo fuera, también está el tema de que lo haga sentir incómodo y necesito evitarlo por cómo lo he visto con sus amigos. Se está divirtiendo y no quiero ser un estorbo o el motivo por el que su seriedad regrese.

La inseguridad es difícil de digerir y ahora mismo es lo que siento, aparte de otras cosas que me alteran.

—En este momento entiendo más la reacción que tuvo Duncan y su rechazo inicial, cuando me encontró con Hope.

—¿Qué quieres decir?

—Nael, que sería muy fácil que mis sentimientos y sensaciones aumenten hacia Duncan, y ¿qué pasará cuando me vaya de Escocia? Yo…

—¿Por qué no vives el presente y te olvidas de lo que esté por llegar? En estas tierras has encontrado más de lo que crees, Gladys, te lo digo yo que se me da muy bien anticiparme. ¿Por qué te crees que he dejado apartado el hablar con él, por cómo te trató? En poco tiempo he visto muchas cosas claras.

—¿Cuáles son esas cosas?

Pongo los ojos en blanco porque su sonrisa de medio lado, pícara, es lo único que voy a obtener como respuesta.

—¿Y tú por qué no sigues tu propio consejo con Maisie?

—Lo estoy meditando, quizás esta noche…

—¿De verdad? —la curva de mis labios no puede ser más amplia.

—Aún necesito un par de copas más para asegurártelo —soltamos una carcajada.

—¿Desde cuándo eres indeciso?

—Tienes razón —sacude la cabeza.

—¿En qué de todo? —frunzo los labios.

—Que es una mierda. A ver, claro que puedo provocar un acercamiento con Maisie para que surja algo entre nosotros y estoy hablando por mí, no es que ella vaya a aceptar, pero si lo hiciera y estuviéramos juntos durante los días que estemos aquí, como una aventura de vacaciones, puede que al final sea peor que atreverse a dar el paso. Eso es lo que me frena y me cuesta entender el porqué.

—Porque te pasa como a mí —me mira de reojo—, porque sería muy fácil que la atracción y el deseo que sientes se conviertan en un principio de enamoramiento hacia ella —arqueo una ceja.

Nos quedamos callados, los dos estamos fastidiados, así que nos dedicamos a beber y a brindar para ahogar nuestros sentimientos con el alcohol, o quizás para que la bebida nos haga tomar un camino totalmente diferente al que nos negamos.

Quién sabe, pero al vaciar las copas pedimos la segunda ronda.

En la mesa de Duncan todos mantienen una conversación animada y por lo que aprecio desde la distancia, Aroa y Leire están radiantes con la situación, al hablar y reír con Calem y Ramsey. En cambio, el único que

parece distante y que solo asiente de vez en cuando es Duncan, lo que provoca que algo se retuerza en mi interior porque su expresión ha cambiado totalmente.

¿Le ha molestado que yo no me acerque? ¿Estará enfadado y molesto porque se lo ha tomado como un rechazo o un desplante por mi parte? ¿Me ha vuelto a poner en su lista de mejor lejos que cerca?

Cada vez me siento peor, por cada pregunta que me hago y por cada respuesta que me doy a mí misma.

—Nael…

—¿Sí?

—Ahora.

—¿Qué? —Frunce el ceño.

—Maisie se ha levantado —le informo y mira de reojo cómo se aleja de la mesa—. Supongo que va al baño, es tu oportunidad para que provoques un encuentro casual en el que solo estéis los dos.

Gira la cabeza hacia mí con una ceja arqueada, pero con expresión divertida.

—¿Me estás lanzando de cabeza?

—¿Yooo…? —jadeo haciéndome la ofendida— Solo un poco —río—. Escúchame, quiero que dejes de darle vueltas al tema y que seas feliz porque da igual el tiempo que dure, lo importante es atesorar momentos y sé que con Maisie los vas a tener todos buenos, buenísimos —le hago un guiño—. Regálate esa oportunidad y experiencia, y disfruta porque ya te adelanto que, si traspasas la barrera con ella, Maisie no se va a resistir. Tiene las mismas ganas que tú.

—Y estás tan segura, ¿por…?

—¿Intuición femenina? —sonrío de forma exagerada, provocando que se ría.

—¿Te vas a hacer caso a ti misma? Utiliza bien tu consejo.

Con esas palabras se levanta, me hace un guiño y no se lo piensa más. Veo con satisfacción cómo se aleja caminando entre las mesas, para ir al encuentro de Maisie.

Capítulo 18



Duncan

No dejo de preguntarme porqué Gladys y Nael no han venido con el resto. Mi hermana nos ha dicho el motivo, pero bien sabe ella que pueden quedarse con nosotros, en nuestra mesa.

Me ha jodido que Gladys mantenga la distancia, lo que ha provocado que la relajación que había conseguido se haya esfumado de golpe, por lo que mi carácter ha dado un buen cambio. Los que me conocen lo han notado al instante y agradezco que ninguno de ellos me haya hecho algún comentario al respecto, ni siquiera mi hermana, que siempre que miro en su dirección la encuentro observándome de reojo.

Sé lo que piensa, pero no voy a ser yo quién saque el tema.

Y aquí estoy, sentado en una silla, asintiendo de vez en cuando a la conversación que mantienen mis acompañantes, mientras los pensamientos pasan veloces por mi cabeza. Dirijo la vista de nuevo hacia la mesa en la

que están Gladys y Nael, algo que se ha repetido desde que Maisie ha llegado con Aroa y Leire.

Hablan, se ríen, beben, sobre todo esto último desde hace un rato que se han quedado en silencio.

—Can —llama mi atención mi hermana y desvío la mirada—. ¿Estás bien?

Ha acercado su silla y habla en tono bajo, para que nadie más que nosotros dos nos enteremos.

—Perfectamente —le respondo después de darle un trago al güisqui.

—Pues no lo parece —hace una mueca—. Gladys no ha venido por no dejar solo a Nael —insiste en lo que ya ha dicho y arqueo una ceja—. Sé que estás así por ella —pone los ojos en blanco.

—Maisie, ¿por qué no te centras en pasártelo bien y dejas de estar pendiente de todo lo demás?

—Porque eres la persona que más me importa en este local y sé que te has cabreado.

—Eso no es verdad —sacudo la cabeza.

—Estás muy serio desde que hemos venido.

—Porque en este mismo local está Bonnie y me jode.

—¿Qué dices? No me he dado cuenta —agranda los ojos y jadea.

He sacado ese nombre a relucir no porque me afecte, lo que les he dicho a mis amigos hace un rato es verdad, me he dado cuenta de que la presencia de Bonnie me es totalmente indiferente y hay un gran motivo para ello, el que por el momento no voy a decirle a mi hermana, porque no sé si tiene sentido hacerlo. Solo he echado mano de Bonnie para que Maisie cambie la dirección de sus pensamientos, aunque no sea la correcta ni tenga el sentido que acabo de darle.

—Joder… —sisea.

—Ni caso, lo llevo mejor de lo que pensaba —le digo para que se tranquilice.

—Acabas de decir que te jode —frunce el ceño.

—Estoy adaptándome, eso es todo.

—¿Quieres que la saque de aquí a rastras, de los pelos?

Frunzo los labios y contengo una carcajada, porque sí, Maisie es muy capaz de hacerlo para proteger lo que quiere.

—La indiferencia duele muchísimo más.

—Tienes razón —suelta un suspiro.

—Relájate.

—¿Te ha visto?

—Sí —le confirmo porque, aunque no he mirado en su dirección después de verla entrar en el bar, Calem y Ramsey sí que lo han hecho disimuladamente y me han ido informando.

—Espero que no se le ocurra acercarse a ti —bufa.

—Lo dudo, sabe lo que se encontrará —le hago un guiño, mostrándome lo más tranquilo posible.

—Vale —me sonríe con cariño—. Voy un momento al baño.

Asiento y sigo con la vista los primeros pasos que da. No me pasa desapercibido que justo en el momento en el que mi hermana se aleja, Nael decide hacer lo mismo de Gladys. No aparto la mirada de él, hasta que desaparece por el mismo pasillo que Maisie, el que lleva a los baños.

Busco a Gladys y por la sonrisa que adorna su cara y sus ojos fijos donde se ha perdido su amigo, intuyo perfectamente lo que va a suceder.

—Ahora vengo —digo para todos los que quedan en la mesa.

—¿Te has decidido por fin a que te dé un poco de aire fresco y diferente? —pregunta Ramsey, con una sonrisa de medio lado.

—Más o menos —contesto mientras cojo mi vaso.

Rodeo la mesa escuchando las risas de mis amigos, pero no me molesto en prestarles atención. Ahora que he tomado la decisión no aparto la vista de mi objetivo, pero mis pies se frenan de repente cuando un hombre se para junto a su mesa y le habla, un hombre que conozco, pero no tanto como para considerarlo amigo.

Ella le sonríe, después de responderle a lo que le ha dicho. Vuelvo a moverme caminando entre las mesas y a pocos pasos de llegar, los ojos de Gladys conectan con los míos.

—Irving —digo su nombre como saludo, mientras arrastro la silla y me siento frente a Gladys.

—Eh, Duncan —se sorprende—. ¡Cuánto tiempo, tío! He llegado hace poco y no sabía que estabas aquí —apoya la mano en mi hombro y hace presión—. Ni tampoco que la conocías y que estabas con ella —dice a modo de disculpa.

Que no nos conozcamos lo suficiente no impide que sepa con seguridad que es un buen hombre.

—Hace bastante y ya ves que sí. ¿Cómo te va? —le pregunto con cortesía.

—Como siempre, mi vida es muy monótona —ríe y asiento—. ¿Y a ti?

—Muy liado con varios temas, pero bien —tamborileo los dedos en la mesa, con lo que pretendo que pille la indirecta de que estoy invitándolo a irse.

—Me alegro de verte.

—Igualmente —le correspondo.

—Ha sido un placer la breve conversación —se dirige a Gladys.

—Lo mismo digo —vuelve a sonreírle ella.

Después de unas palabras más con las que Irving se despide, cuando nos quedamos solos me llevo el vaso a los labios y bebo un sorbo de güisqui, sin apartar la mirada de Gladys.

—Hola —dice para cortar el silencio que se ha creado.

—Hola —dejo el vaso en la mesa—. Vengo a hacerte compañía porque me da a mí que Nael tardará en regresar.

—Vale —frunce los labios, conteniendo la diversión—. ¿Te molesta?

—¿El qué?

—El motivo por el que mi amigo se va a retrasar —ladea un poco la cabeza.

—¿Tiene que molestarme? —Arqueo una ceja.

—Con lo que proteges a tus hermanas…

—Estoy aprendiendo a dejar las cosas fluir —la interrumpo—. No prometo nada, soy un novato, pero estoy intentándolo.

Así es, porque he tenido que frenar el impulso de seguir a Nael.

—Vaya… —susurra— Eso es muy bueno —sonríe con timidez.

—No tengo ni idea, puede que explote en cualquier momento.

—Nael nunca le hará daño a Maisie y no sé si te has dado cuenta, pero desde que se conocieron sus miradas y sus gestos los delatan.

—No sabes el daño que puede hacerle cuando os vayáis —digo pensativo y empiezo a arrepentirme de la mierda esa de dejar fluir las situaciones.

—Mi amigo estará igual —encoge un hombro.

—¿Y te parece bien?

—De lo único de lo que se trata es de que él no cuartee su libertad de actuar conforme desee y sienta. En esta vida estamos de paso y nunca sabemos qué será determinante, así que, sí, me parece bien que Nael y Maisie disfruten de la atracción que sienten el uno por el otro, porque durante el tiempo que dure van a ser felices. Sinceramente y por desgracia, sucede pocas veces —se lleva la copa a los labios.

Fijo los ojos en su boca, viendo cómo la punta de su lengua recorre sus labios, recogiendo los restos de la bebida. No es algo que haga intencionado, le ha salido de forma natural, de la misma que yo me quedo embelesado observándola a corta distancia, de nuevo.

Va vestida con un pantalón estrecho que se amolda perfectamente a su cadera, trasero y piernas. Sí, he podido apreciarlo desde mi mesa, cuando han ocupado esta en la que estamos ahora, se ha quitado la ropa de abrigo antes de sentarse. En la parte de arriba lleva un jersey y no es que me haya fijado en sus pies, pero por la diferencia de altura que he notado cuando nos hemos saludado de pie, sé que acompaña el conjunto con unos zapatos de tacón.

Destaca por su sencillez y elegancia, y durante unos largos segundos me quedo como embrujado por su presencia.

—Estoy segura de que tienes muchas ganas de ir corriendo hasta los baños —sonríe de medio lado.

Parpadeo varias veces, más rápido de lo normal, para apartar la atención de sus labios y centrarla en sus ojos.

—Ni te lo imaginas —digo.

Mi confirmación provoca que se ría, suelta una carcajada y disfruto del sonido de su risa. Parece que empieza a relajarse porque sus nervios han sido evidentes cuando me acercaba y más cuando me he sentado, autoinvitándome a estar a su lado.

—¿Cómo tienes las manos? —le pregunto y tengo que carraspear porque mi voz ha sonado ronca.

—Bien —pone las palmas hacia arriba.

Me inclino hacia la mesa y sin dudar le agarro las muñecas y tiro un poco hacia mí. El contacto la hace estremecer, pero no hago ningún comentario al respecto, mientras recorro con la vista cada uno de los cortes. Se ven bien, no hay rastro de que alguno de ellos, los que son un poco más profundos, vayan a infectarse.

—¿Has notado alguna molestia, aparte de las normales? —le pregunto levantando la cabeza.

Tiene los labios entreabiertos y la mirada fija en mí. Mis dedos se mueven solos, acariciándole la piel de las muñecas, mientras le mantengo la mirada.

—No —susurra.

No la suelto, nos hemos quedado tan cerca que me niego a perder la conexión que se ha creado. Al tirar de su cuerpo hacia mí y al inclinar el mío, nuestras caras se han quedado en el centro, por encima de la mesa, y la tentación es demasiada como para poder resistirme a ella.

Pero todo se desvanece de golpe, justo cuando escucho una voz a nuestro lado, una que provoca que apriete la mandíbula y que todo mi cuerpo se ponga en tensión. Sin querer ejerzo más presión en las muñecas de Gladys.

Mi cambio es evidente para ella y más al estar en contacto, por lo que Gladys no tiene problema en saber que quién tenemos al lado no es de mi agrado y de que, sin que tener idea del porqué, quiero que se largue.

—Duncan —repite Bonnie.

Deslizo las manos, soltando las de Gladys para apartarme y enfrentar a la presencia indeseada, pero ella me sorprende cuando mueve las suyas rápido y atrapa las mías por encima de la mesa, para cubrírmelas entrelazando nuestros dedos. Nos mantenemos la mirada por unos segundos y asiente con una sonrisa de medio lado, lo que provoca que suelte el aire de golpe.

—¿Quieres que nos vayamos, amor? —me pregunta.

—Estoy estupendamente —carraspeo.

Sé que está fingiendo para ayudarme por lo que ha intuido, pero el impacto que tienen en mí el calor de su piel, su tono de voz cariñoso y la última palabra que ha pronunciado, me sacuden como si acabara de recibir un golpe seco y contundente en el estómago. Y no hablo en el mal sentido o sí, porque estoy metido en un jodido problema en lo que se refiere a Gladys.

Sorprendentemente consigue que me olvide de quien todavía espera a nuestro lado y me calma. La tensión de mi cuerpo por la presencia de Bonnie ha ido aflojándose y ya no queda nada de ella, en cambio, otra totalmente diferente y placentera se ha concentrado en cierta parte de mi cuerpo que se ha abultado y se aprieta contra mi pantalón.

No es la primera vez que me excito por Gladys, aunque no quise darle importancia e ignoré la reacción de mi cuerpo, me sucedió lo mismo esta misma mañana en la enfermería del Castillo de Dunvegan.

El problema es que en ese instante y durante el tiempo que duró pude controlarlo, hasta el punto de que pasó desapercibido, ahora tengo muy claro que me será imposible pensar con la suficiente lucidez como para que mi miembro deje de palpitar por debajo de la ropa.

Capítulo 19



Gladys

No tengo ni puñetera idea de quién es la mujer que se ha acercado a nosotros, la que ha llamado varias veces por su nombre a Duncan y se ha quedado junto a nuestra mesa. Todavía está esperando a que él le preste atención, mientras alterna su mirada entre nuestras manos unidas y en Duncan, de lo que parece que él no se da cuenta y apostaría a decir que hasta se ha olvidado de ella, por la forma en la que me observa.

Sus facciones se han suavizado, la rigidez de sus músculos ha desaparecido, y mis manos continúan agarrando las suyas o más bien los dos nos las agarramos, manteniendo los dedos entrelazados. He notado alguna pequeña molestia en las palmas, pero no muestro nada porque la situación ha dado un gran giro y no quiero perder su contacto, aún más directo que cuando me ha sujetado de las muñecas para comprobar cómo tengo los cortes.

La pregunta que le he hecho, refiriéndome a él de forma cariñosa como si fuéramos pareja, ha tenido un significado muy claro que Duncan ha

interpretado perfectamente. Igualmente, aunque sabe que quiero ayudarlo con lo que sea que está sucediendo y va a suceder, la intensidad que desprende su mirada ha cambiado al escucharme y noto los efectos que me provoca y me recorren.

Mis pulsaciones se han acelerado y la melodía de la música que nos envuelve a desparecido para mí, el único sonido que llega a mis oídos y en el que puedo concentrarme es el del bombeo rápido de mis latidos.

—Solo quería saludarte —vuelve a hablar la mujer y hace que mis ojos se muevan hasta ella.

—¿En qué momento se te ha ocurrido esa brillante idea?

La voz de Duncan es fría, cortante y distante, si sus palabras fueran dirigidas a mí, las piernas me habrían temblado y no sabría dónde meterme. Después de ver la mueca de desagrado de ella devuelvo mi atención a él y hago un poco de presión con los dedos en el agarre que mantenemos, en un intento de reconfortarlo.

Al principio no sé si lo necesita, pero cuando mueve los sus dedos en forma de caricia sobre mi piel lo interpreto como que está agradecido.

—Por si no te has dado cuenta no eres bienvenida —se dirige a ella de nuevo sin apartar la vista de mí.

A pesar de que el mensaje de Duncan es claro y conciso ella no se va, por lo que él gira despacio la cabeza y se la queda mirando. Agradezco

inmensamente no ser la receptora de su mirada porque acabo de darme cuenta de que la primera vez que nos vimos, cuando estaba con Hope tumbada en la hierba y me encontré por primera vez con los ojos de Duncan, más durante todo el tiempo que duró nuestro enfrentamiento, ni por asomo desprendió algo parecido a lo que estoy viendo ahora mismo.

Joder, pues en realidad no se tomó tan mal mi presencia junto a su hermana, me digo.

—Pensaba que ya no estabas resentido —dice la mujer, cambiando el peso del cuerpo de un pie al otro.

—Ese es tu problema, que nunca piensas. Solo vas a lo tuyo y no te importan los demás.

Centro la vista en nuestras manos unidas para tranquilizarme, con la necesidad de que la escena termine de una vez. Está claro que Duncan y ella han tenido algo, quizás incluso han sido algo más que un rollo y llegaron a ser pareja, y esos datos me revuelven un poco el estómago.

Para que él se comporte de esta forma, con la corrección y la seriedad que lo caracterizan en todo momento, incluso los que no son de su agrado, me hace pensar que algo muy malo tuvo que suceder entre ellos y tengo claro quién de los dos lo provocó y quién lo sufrió. Esa certeza provoca que mis sensaciones cambien y me entre rabia por el simple hecho de pensar en un Duncan sufriendo.

—Creo que te ha dejado muy clara su postura, ya puedes irte para que podamos continuar con la noche como si nunca te hubiésemos visto —digo.

—No he venido a hablar contigo y no me interesa ni lo más mínimo tu opinión.

Sus palabras están cargadas de rabia y lo único que provocan en mí es satisfacción, por lo que curvo los labios en una sonrisa de medio lado. Frunce el ceño al ver mi cambio de expresión.

—Ni yo te he pedido que te acerques a nuestra mesa e invadas nuestro espacio personal, el que por cierto estábamos disfrutando mucho hasta que has llegado —le hago un guiño, alterándola más—. Creo que se te ha pasado por alto que yo estaba aquí y tengo pleno derecho de decirte lo que me parece tu intromisión.

—¿Quién eres? No me suenas de verte por aquí —entrecierra los ojos.

—Como si me importara… No entra en mis planes decírtelo.

Continúo con mi papel improvisado y levanto el brazo para acercar una de las manos de Duncan a mis labios. Giro la mía en el aire para que sea la suya la que haga contacto con mi boca y le beso el dorso, contacto que alargo rozándole la piel.

¿Por qué lo he hecho? Porque acabo de ganarme toda la atención de él, porque me apetecía mucho y tenía la oportunidad a mi alcance, cosa que no creo que vuelva a darse, pero el motivo principal es porque Duncan estaba a

punto de soltarme y saltar hacia ella, por lo que he frenado que lo haga. No le merece la pena enzarzarse en una situación que le va a cambiar de nuevo el carácter, por mucho que salga vencedor, de lo que no tengo ninguna duda.

—Gladys… —susurra.

Dice mi nombre con un tono de voz tan flojo que solo lo escucho yo. Le hago un guiño antes de apartar mis labios de su piel y con las manos de vuelta encima de la mesa, sin soltarnos, se dirige a ella sentenciando con sus palabras el final de la situación.

—La última vez que nos vimos te dije que no volvieras a acercarte a mí, te dejé claro que la advertencia era para el resto de tu vida —dice con voz ronca, pero a pesar de la variación suena más cortante que las veces anteriores que ha hablado—. Si vuelves a tener otro impulso y provocas que suceda de nuevo, te aseguro que no me mantendré tan sereno como hoy. Avisada estás, si quieres ahorrarte problemas.

Después de un cruce de miradas en el que ella pierde, se gira levantando la barbilla y se aleja, caminando rápido entre las mesas.

Nos quedamos en silencio no sé por cuánto tiempo. No quiero interrumpirlo porque Duncan se ha quedado pensativo, por lo que miro por encima de su hombro hacia la mesa en la que continúan nuestros amigos. Maisie y Nael se han unido al resto, y cuando mis ojos se encuentran con los de ella desde la distancia veo el agradecimiento en ellos.

Me queda claro que ha presenciado la escena, no sé en qué momento ha vuelto, pero al menos la parte final la ha visto. Como también que no le ha gustado lo que ha sucedido, pero que se ha quedado tranquila. Sus labios moviéndose, diciendo un gracias silencioso en mi dirección, provocan que le sonría, y no solo lo hago por ese motivo, sino también al ver el brazo de Nael apoyado en el respaldo de la silla de Maisie. Ese detalle me indica que entre ellos todo ha salido mejor que bien, lo que ya anticipaba.

Pero no solo Maisie tiene la atención puesta en nosotros, el resto también y sus expresiones lo dicen todo: agradecimiento y satisfacción.

—Pues no ha ido tan mal —digo cuando considero que ha pasado un tiempo prudencial.

Carraspeo para aclararme la voz y Duncan que tenía la vista fija en nuestras manos, levanta la cabeza.

—Lamento mucho lo que ha pasado y que te hayas visto en medio de algo que solo me concierne a mí.

—No pasa nada. Lo digo en serio —insisto al ver su expresión—. Y perdona por las confianzas —susurro.

Intento soltarme porque nuestros dedos continúan entrelazados, pero los suyos ejercen más presión evitando que lo consiga. No le importa que para nuestros amigos seamos visibles, que puedan interpretar nuestro contacto cada uno desde su punto de vista, me refiero a la posición de nuestra mesa y a que cómo estamos sentados quedamos de lado hacia ellos.

—Gracias, Gladys.

—No tienes que dármelas —sonrío nerviosa—. Que sepas que me he contenido.

—Ah, ¿sí? Pues creo que has sido tan clara como yo.

—Uy, te sorprenderías la claridad que habría salido de mi boca si la hubiese dejado libre. Me he mordido la lengua —río.

—Me hubiese gustado escucharte.

—No sé qué historia tienes con esa mujer, pero en cuanto he visto y notado tu reacción…

—Es un pasado que quiero olvidar.

—Lo comprendo —asiento y no puedo evitar pensar en que puede que todavía no lo haya hecho si le afecta tanto.

—Por suerte no estuvimos mucho tiempo juntos —dirige la atención a sus dedos, mientras me acaricia con ellos las manos—. Hace casi un año que todo terminó.

—No tienes que contármelo, no te veas forzado.

—Es lo mínimo que puedo hacer después del bochorno que has pasado y tu apoyo hacia mí.

—No me he sentido en ningún momento intimidada por esa —me encojo de hombros—, pero si quieres explicármelo porque te apetece te escucho.

—Me alegro de que no te hayas sentido así porque entonces sí que me hubiese afectado.

No me hace falta su aclaración porque con lo poco que conozco a Duncan sé de sobra que, si yo me sintiese mal o estuviese afectada de algún modo, su estado de ánimo sería muy diferente al que tiene ahora.

Las palabras que dijo Maisie sobre su hermano destacan mucho más en este momento: "*mi hermano es un gran cuidador*"; "*su máxima preocupación es proteger a las personas que quiere, atendiendo todo lo que necesitan, incluso olvidándose de él mismo*".

No es que me incluya en el grupo de las personas a las que quiere, pero creo que se entiende lo que pienso.

—Puedes estar tranquilo sobre eso —asiento.

—Se llama Bonnie. Tuvimos una relación de varios meses y como he dicho, terminó hace casi un año.

—¿Aún te duele? Quiero decir…

—No —me corta sin rodeos—. Hace mucho tiempo que lo único que siento hacia ella es rechazo e indiferencia.

—Pero la quisiste y el dolor que te provocó aun lo llevas a cuestas.

—No llegué a enamorarme de ella, si es lo que quieres saber. Me quedé a las puertas, pero el daño fue el mismo por su traición. No es que lo lleve a cuestas, simplemente no quiero verla cerca de mí.

—Lo entiendo, de verdad —asiento, pensativa—, pero ese daño del que hablas, el negarte a soltarlo, solo hace que te perjudiques tú. Sé lo que es el rencor y la rabia, lo que provocan y consumen, y para sanar es indispensable que te desprendas de ellos.

—¿Cómo se hace eso?

—Soy consciente de que es fácil decirlo y que es muy complicado conseguirlo, pero no imposible. Solo tienes que centrarte en ti y pensar que lo que sucedió, fuese lo que fuese, te abrió una puerta hacia la libertad de algo que, si hubiese pasado más tiempo hubiese sido muchísimo peor para ti. Aunque cueste entenderlo y asumirlo, las cosas suceden por algo. Las personas que llegan a nuestras vidas siempre lo hacen con un propósito y enseñanza, a veces traen consigo decepciones que te hacen abrir los ojos a la realidad, para aprender y entender el trasfondo de esas desilusiones y que muy pocas personas merecen realmente tu confianza; otras te aportan alegría, paz y amor, te dan serenidad para hacerte la vida más fácil, haciéndote feliz; después están los conocidos con los que creas rutinas que

las hacen más amenas. Todos jugamos un rol en la vida de los demás e incluso, aunque sea sin querer, sin pretenderlo, nosotros también podemos ser los causantes del dolor de otros. Para que las experiencias malas no te afecten y los resentimientos no se queden enterrados en tu interior, tienes que aprender a soltar mirando las situaciones vividas desde otra perspectiva. Es necesario saber que no todo mundo sabe hacer las cosas bien, quizás porque no encuentran las formas para hacerlo, o tal vez porque no han evolucionado tanto como para llegar a un nivel de sabiduría que los guie en sus actos. Guardarse el rencor y la rabia es lo peor que podemos hacernos a nosotros mismos, consume nuestro interior y es muy perjudicial para la salud. Solo quien consigue dejarlos atrás, hacerlos desaparecer con un entendimiento claro, encuentra la paz que todos necesitamos. Sí, lo sé, hay personas y situaciones que lo ponen muy difícil para conseguirlo, porque el dolor que nos causan puede llegar a ser extremo y cuesta lidiar con él, pero tú, al igual que yo y el resto de las personas, somos los dueños de nuestros pensamientos, de nuestras acciones, elecciones y comportamientos, como también de cómo encaremos la vida para tener la mejor calidad. Cueste más o cueste menos, le demos más vueltas o no a lo que nos pasa, solo nos queda aceptar que solo podemos controlar lo que está a nuestro alcance, sobre las demás personas no podemos influir ni debemos. Cada cual elige su camino al ritmo que marca y debe afrontar las consecuencias de sus actos.

Capítulo 20



Duncan

No puedo apartar los ojos de ella, me he quedado embelesado escuchándola hablar y todas las palabras que ha dicho hacen ver y parecer que todo es más sencillo de lo que nos empeñamos en que sea.

—¿Tú has superado alguna situación parecida? —me da por preguntar.

—¿Quién no? —sonríe con timidez— Pocas personas se libran de que les hagan daño, ya sea de una forma u otra.

—¿Lo superaste?

—Sí —confirma con decisión—. Pero no voy a negar que el camino fue difícil y que, aún hoy día, cuando mis pensamientos me llevan a esas situaciones, al pasado, todavía se remueve algo dentro de mí.

—Entonces no lo conseguiste.

—Hay ciertas maldades que son más difíciles de digerir que otras, te lo aseguro, por la crueldad que suponen. ¿Referente a las parejas que he tenido? ¿A los desamores? Me da igual cómo todo terminó, no guardo rencor ni rabia. Es normal que en los principios de una ruptura se pase mal y que las emociones y las sensaciones nos superen, pero pasado un tiempo prudencial, cuando todo se calma en nuestro interior al pasar por varias fases, siempre he conseguido que no me afecte, aferrándome a lo que te dicho. Mi salud y mi paz mental están por encima de cualquier cosa y doy gracias porque todo lo que creí querer ya no forma parte de mi vida, porque me demostraron que no era recíproco. Se trata de avanzar y de evolucionar, y solo quien lo consigue encuentra la felicidad con uno mismo, sin juzgar a los demás.

—Entonces… ¿A qué te refieres con lo de las maldades si las experiencias de las exparejas las tienes superadas? ¿Qué has vivido y enfrentado que sea tan doloroso?

—Eh —la voz a nuestro lado provoca que los dos giremos la cabeza hacia Maisie.

Mi hermana está sonriéndonos y pasa la mirada de uno a otro, pero, sobre todo, presta especial atención a nuestras manos unidas. Acaba de joder la conversación sin pretenderlo y sin ser consciente, porque con su interrupción sé que Gladys no me responderá a las preguntas que necesito saber.

—¿Venís con el resto?

—Claro.

Ante la afirmación de Gladys, aunque no quiero, aparto las manos de las suyas y la pérdida del calor de su piel y su contacto no me gusta nada. Gladys me sonríe con timidez, escondiendo las manos por debajo de la mesa.

—Es que creo que os voy a necesitar —continúa hablando mi hermana.

—¿Por qué? —le pregunto con el ceño fruncido.

—Porque a Ramsay y a Calem no se les ha ocurrido otra cosa que retar a Nael, a Leire y a Aroa a que la siguiente ronda se la tienen que beber de golpe y sin respirar, siendo ellos dos los que elijan las bebidas —pone los ojos en blanco—. Así que no podré cargar yo sola con el desastre cuando terminen —ríe—. Les han asegurado que entonces serán unos verdaderos escoceses y todos se han venido arriba.

—A mis amigos se les ha olvidado que somos españoles —comenta Gladys y ella y mi hermana sueltan una carcajada.

Nos levantamos con las bebidas para dejar la mesa y caminamos dirigiéndonos a la que están todos. Antes de llegar cojo una silla libre y la llevo conmigo, para ofrecérsela a Gladys cuando nos reunimos con el resto.

—Gracias —dice sentándose a mi lado, al igual que hago yo en la que ocupé anteriormente.

La gran sensación de que algo importante ha cambiado entre los dos se asienta en mi interior y es tan reconfortante que vuelvo a relajarme al instante. Noto la mirada de reojo de Gladys, cuando apoyo el brazo en su respaldo.

No tengo la intención de ir más allá, al menos por el momento, pero mi posición habla por sí sola y me agrada ver sus gestos nerviosos y sus movimientos menos fluidos, al sentir mi presencia mucho más cerca.

—¿Cómo ha ido? —me pregunta Calem.

—Estupendamente —mi confirmación va dirigida a todos los que conocen mi historia con Bonnie.

—Ya lo hemos visto —dice Ramsey, con una sonrisa de medio lado.

Cuando la camarera se acerca a nuestra mesa cargando con una bandeja en la que lleva las bebidas que han pedido nuestros amigos, me inclino hacia Gladys.

—¿Quieres otra? —le pregunto en tono muy bajo, cerca de su oreja.

—Eh, sí —me responde del mismo modo.

La que tiene está casi vacía y hay más agua que otra cosa en su interior.

Después de inspirar el aroma de su perfume mezclado con el de ella, me aparto despacio y me coloco bien en mi silla. Cuando la camarera termina de colocar todos los vasos y las copas en el centro de la mesa, pido nuestras bebidas porque el güisqui que me quedaba me lo bebo de un trago.

—¿Estáis seguros? —les pregunta Gladys a sus amigos.

Los mira con expresión divertida y ante el asentimiento decidido de ellos, se ríe con ganas al intuir cómo van a terminar.

Somos testigos de cómo cada uno coge un vaso, dan un golpe seco con ellos sobre la mesa y se los llevan a los labios, para beber todo el contenido de un trago. Exactamente como los han retado Ramsey y Calem, quienes los imitan divertidos con la facilidad de estar acostumbrados.

Cuando terminan las expresiones de Aroa y Leire no tienen desperdicio, por lo que todos reímos, incluidas ellas cuando se recuperan. Han pedido güisqui y no sé si están acostumbrados, pero el de nuestro país tiene más esencia y fuerza, por lo que dentro de poco tiempo verán los resultados.

Nael es el que parece que no le afecta, por lo que interpreto que puede que le suceda como a mí, que necesite bastante más para que le suba el alcohol. Mi hermana y él están sentados juntos, muy pegados, y por cómo lo mira ella, tengo la respuesta de qué ha sucedido en el pasillo que lleva hasta los baños y lo que pasará en cuanto estemos de vuelta en el castillo.

La camarera regresa y nos coloca delante nuestras bebidas, lo que Gladys le agradece.

—Por las nuevas experiencias —dice levantando su copa hacia mí.

—Por vivirlas con intensidad —me oigo decir antes de pararme a pensarlo.

Se muerde el labio inferior y mis ojos se centran en su boca. Nuestras copas se han quedado juntas al chocarlas, sin que ninguno de los dos hagamos nada para separarlas para beber. Soy yo el primero que lo hago, sin apartar la atención de su boca y después de sus ojos, que brillan con más intensidad.

—Duncan… —susurra.

—¿Qué?

—Yo… —suelta un suspiro y bebe.

—¿Qué quieres Gladys? —le pregunto.

No voy a dejar pasar lo que ha querido decirme, por lo que espero que trague el segundo sorbo que da y que coloque la copa en la mesa. Las voces a nuestro alrededor son animadas y las risas son constantes, incluidas las de nuestros amigos que están comentando algo que no llego a entender porque he desconectado de todo, menos de ella.

—Vivir todo lo que me ofrece Escocia con intensidad, como has dicho —susurra.

—¿A pesar del después, cuando te vayas? —La tanteo.

—Sí —se humedece los labios despacio.

—¿Qué exactamente de Escocia?

—Ahora mismo estoy aquí, contigo y nuestros amigos. Yo…

Dejo el vaso en la mesa y me levanto de la silla para agarrarla del brazo, lo que provoca que el cuerpo de Gladys siga el movimiento cuando tiro hacia arriba. Se pone de pie frente a mí y sin soltarla y sin decir nada, la llevo conmigo hacia el puñetero pasillo que resulta que esta noche va a guardar varios secretos.

Lo de los secretos es un decir porque todas las miradas de nuestros amigos se centran en nosotros y sus sonrisas de satisfacción son el anticipo de lo que está a punto de suceder. Maisie me hace un guiño, su cara irradia felicidad.

En cuanto salimos de la vista de todos al acceder al pasillo, el que agradezco que en este momento esté vacío, atraigo con fuerza el cuerpo de Gladys al mío, hasta que su espalda toca la pared y nuestros pechos se rozan.

Sujeto la parte de atrás de su cabeza y no pierdo más el tiempo, para dar rienda suelta a mis deseos y necesidades cuando mi boca cae sobre la suya. El contacto de nuestros labios le provoca un jadeo a ella, y a mí que de mi garganta salga como una especie de gruñido, mientras aprieto su cuerpo contra la pared.

Entre nosotros no hay ni una mínima separación, nuestros labios se mueven desesperados contra los del otro, igualando la pasión; sus manos me aprietan las caderas hacia su estómago, donde mi erección se le clava, mientras nuestras lenguas tienen una batalla de roces cada vez que se encuentran, con las respiraciones desacompasadas y los sonidos que emitimos.

Un gemido suyo queda amortiguado en mi boca, cuando coloco una mano en su nalga y la pego más a mí, ejerciendo la fuerza que necesito, lo que me incita a profundizar más el beso. No puedo dejar las manos quietas, moviéndole la cabeza a mi antojo en varios ángulos y su cuerpo, por el gusto que me provoca su contacto y la fricción sobre el bulto tenso de mi pantalón.

Deslizo la mano de la nalga hasta al muslo, para levantarle la pierna, con la que me rodea la cadera al instante y se inclina hacia mí, curvando la espalda, necesitando más, al igual que yo.

Consigo encontrar un poco de cordura dentro de la locura que siento y me separo, con respiraciones cortas y rápidas, al igual que Gladys. Llevo una mano a su mejilla y se la acaricio, disfrutando de la imagen de su rubor, de

sus labios entreabiertos, rosados y un poco hinchados, y del brillo de sus ojos y sus pupilas dilatadas.

Contengo el impulso de continuar cuando a mi espalda se escuchan unas risas amortiguadas de alguien que pasa cerca, las que provocan que Gladys esconda la cara en mi pecho, sobre el jersey.

—¿Bien? ¿Te ha parecido un buen anticipo para vivir la intensidad de este país? —mi voz suena ronca y profunda, cuando nos quedamos solos.

—Estupendamente y sí, el anticipo ha sido perfecto —susurra sin variar la posición.

Apoyo una mano en la pared por encima de su cabeza, la que le separo de mí con la otra. Se la elevo hasta que nuestras miradas se encuentran.

—Me has hecho perder el control, nunca me había sucedido hasta hoy.

—Eso es… ¿Bueno? —se muerde el labio inferior y dirijo los ojos a lo que hace.

—Demasiado, al igual que peligroso —susurro.

—¿Qué significa? —Frunce ligeramente el ceño.

—Que me ha sabido a poco y necesito mucho más, no sabes lo que me ha costado parar.

Le separo el labio inferior con el pulgar y se lo acaricio, antes de inclinarme para lamérselo. Contiene el aliento por el roce de mi lengua y suelta un suspiro tembloroso.

—¿Es el tuyo? —pregunta, apoyando la cabeza en la pared.

—Sí —gruño por la interrupción.

El sonido de una llamada se escucha en tono bajo y saco el móvil del bolsillo del pantalón, para ver quién es a estas horas de un viernes por la noche.

—Mierda.

—¿Qué pasa?

—Es de trabajo —me separo de ella.

—Habla tranquilo, voy a… —Señala hacia el final del pasillo.

Asiento serio y después de sonreírme no tarda en alejarse caminando, para salir a la zona central del local y reunirse con los demás.

Para mí la noche acaba de terminar porque en cuanto descuelgue sé que tendré que irme por algún problema que ha surgido en alguna de las obras. Me paso la mano por el pelo, maldiciendo al no tener ni una puñetera noche

de descanso en la que pueda darme un respiro y en esta lo necesitaba junto a Gladys.

Capítulo 21



Gladys

Me ajusto la manta a los hombros y bajo la barbilla. Hace frío, pero considerando que es de madrugada, que tengo el mar enfrente y que estoy en las alturas del balcón de mi habitación, pues es lo más normal.

Al poco de llegar y de entrar me di una ducha rápida porque, aunque me gusta hacerlo por la mañana nada más despertarme, sé que con lo tarde que es apuraré el máximo tiempo posible en la cama antes de levantarme. Desde que me puse el pijama estoy aquí fuera.

Al final regresamos en el coche de Maisie, estaba perfectamente para conducir porque la última hora solo bebió un refresco. Sonrío al recordar la dirección que tomaron ella y Nael, la misma que la nuestra. Están en la habitación de al lado, la de mi amigo, eso sí, no voy a pararme a pensar en lo que están haciendo. Por suerte las paredes de piedra del castillo son tan gruesas que es como si las habitaciones estuvieran insonorizadas.

Debe hacer casi una hora que estoy tapada con la manta en el balcón, disfrutando del silencio, de la paz y del aire que se respira. El olor característico que llega hasta mí del mar es un privilegio.

Hemos llegado al castillo sobre las dos y cuarto de la madrugada. Después de que Duncan se fue por obligación, alargamos la noche porque todos nos sentíamos muy a gusto. A él no le gustó nada irse, lo pude ver en su expresión y a mí tampoco que sucediera, pero no podía obviar su responsabilidad.

Cuando entramos en silencio al castillo con un pensamiento rondando en mi cabeza le pedí a Maisie que fuese a ver a Hope. Quería que comprobara si estaba dormida porque le comenté que si la encontraba despierta le hiciera saber que podía venir a mi habitación cuando quisiera. Maisie necesitaba privacidad con Nael, así que me lo agradeció y fue a la habitación de su hermana, mientras nosotros la esperábamos en el rellano de la escalera de la primera planta.

Al regresar me aseguró que tenía un sueño profundo, así que cada uno tomamos una dirección al final del recorrido del pasillo. Mis amigas caminaron por el pasillo como si en vez de recto tuviera muchas curvas. Intentamos no elevar mucho el tono al reírnos, mientras las ayudábamos a llegar hasta sus camas.

Después de superar el reto de Ramsey y de Calem, al beberse el güisqui de golpe, cuando llegué junto a ellos de dejar a Duncan en el pasillo, el alcohol ya se les había subido. Durante el tiempo que continuamos en el bar

siguieron bebiendo y el ambiente cambió mucho cuando desinhibidas, se lanzaron abiertamente con comentarios hacia los amigos de Duncan.

Ellos estuvieron encantados con los roces de Leire y Aroa, cada una centrada en el hombre que les gustaba. Había habido caricias furtivas y algún beso rápido en los labios, entre risas, mientras Nael y Maisie intercambiaban miradas cómplices.

Ramsey y Calem me han caído muy bien, tienen un carácter increíble y es de agradecer, han estado muy pendientes de nosotros y de todos los detalles.

Cojo la botella pequeña de agua que coloqué en la mesa al salir y la abro, para beber un sorbo. Mis pensamientos me llevan a qué estará haciendo Duncan en este momento, sé que trabajar, pero ¿hasta cuándo? ¿Volverá a estar toda la noche sin dormir ni descansar, como cuando lo vi llegar por la mañana?

Dejo la botella donde estaba y bajo la mirada hacia la palma de la mano que tengo fuera de la manta. Cuando tuve el pijama puesto me desinfecté las heridas, más por precaución que porque lo necesitara. Los cortes se ven muy bien, a los más frescos y abiertos les costará un pelín más curarse, pero la mayoría del tiempo me olvido de ellos, hasta que tengo alguna pequeña molestia según cómo utilice las manos.

Podría haber sido muchísimo peor, incluso que algún cristal de la vitrina rota se me clavara en la cara. Hago una mueca por ese pensamiento y me estremezco.

No tengo nada de sueño, no me noto cansada, pero, aun así, me levanto de la silla y cojo la botella de agua para entrar en la habitación. Es hora de que me meta en la cama y con ese pensamiento voy al baño y al salir me tumbo, cubriéndome con el nórdico fino.

Me quedo mirando al techo por unos minutos, antes de poner la alarma para el día siguiente y decidirme a apagar la luz. A las siete volveremos a estar en pie y faltan pocas horas, por lo que nos comentó Maisie en el bar, mañana iremos a varios lugares en los que el mito de las hadas tiene mucho peso. Estoy deseando descubrir esos rincones de esta tierra.

No he tapado la ventana ni la puerta del balcón con las cortinas tupidas a propósito, para que la poca claridad que entre desde bien temprano me ayude a espabilarme. En este momento me rodea la oscuridad, pero mis ojos están muy abiertos. Me giro en la cama y sonrío al escuchar una vocecilla infantil a cierta distancia.

—¿Gladys?

Me incorporo en la cama y enciendo la luz de la lampara de la mesita de noche. Busco a Hope y cuando la veo intento evitar no mostrar la reacción que me provoca su imagen. Lleva en brazos a Motitas y lo aprieta a su pecho, al igual que a una de las muñecas con la que la vi la primera vez jugando. Su expresión está cubierta de miedo, el pelo se le pega a la cara por el sudor y tiene las mejillas húmedas y los ojos brillantes, por las lágrimas.

—Hope, ven aquí —le pido en tono muy suave y bajo.

No se lo piensa, corre hasta la cama y se sube rápido, dejando a Motitas libre para que vaya a su aire. El gato se coloca a los pies de la cama y se tumba, haciéndose una bola.

—Dime cómo estás, qué sientes —Me acerco a ella.

Ahora que la tengo cerca veo que tiembla un poco.

—He tenido una pesadilla muy mala —susurra con miedo todavía—. Maela se quedó conmigo en mi cama hasta que me dormí, pero me he despertado llorando —me explica con la voz entrecortada—. He ido a buscar a Can y a Mai, pero no están —le sonrío con cariño.

—Métete dentro —retiro el nórdico.

—¿Puedo? —Duda.

—Pues claro, tu hermana no está porque nos ha llevado a un bar. Hemos regresado juntas hace un rato y ha ido a verte para comprobar si estabas despierta. Dormías profundamente, por lo que se ha quedado tranquila y esta noche no la encontrarás en su habitación —le acaricio la mejilla—. Le había dicho que si podía hablar contigo te dijese que vinieras a mi habitación esta noche, cuando quisieras —le retiro varios mechones húmedos hacia atrás—. Tu hermano está trabajando —asiente.

Me tumbo para que haga lo mismo, después de que se meta debajo del nórdico.

—¿Te he despertado? —Susurra.

—No, cariño, y aunque lo hubieses hecho no pasa absolutamente nada —me giro hacia ella y nos quedamos las dos de lado, mirándonos—. ¿Estás más tranquila?

—Ahora sí —me regala una sonrisa preciosa, mientras con los dedos le retiro la humedad de las mejillas.

—Me alegro mucho. ¿Tiene nombre? —Me refiero a su muñeca, la que continúa abrazando.

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Porque yo le ponía nombre a todo, hasta las cosas más pequeñas —sonrío—. El lápiz que más me gustaba se llamaba Pipo, la única muñeca que tuve en mi infancia Coral, por el color de su melena; mi cepillo del pelo se llamaba tirones porque siempre me quejaba cuando me lo desenredaba, y así puedo continuar…

—¿Solo tuviste una muñeca?

—Sí, pero era la mejor —le hago un guiño—. Fue mi compañera inseparable, como creo que son las tuyas.

—Sí —sonríe—. Ella se llama Pit —pone su muñeca al final de la almohada, entre las dos—. Pat se ha quedado durmiendo porque estaba más cansada.

—Ah, qué bonito el nombre. Me gusta —hago una pausa en la que Hope aprovecha para alisar con sus deditos el pelo de la muñeca—. ¿Quieres hablar del mal sueño? —Mueve la cabeza varias veces, negando—. Está bien, no pasa nada —le froto el brazo que tiene hacia arriba.

—¿Tienes sueño?

—No mucho, pero iba a intentar dormir porque mañana salimos a las ocho de excursión. Intentaré no hacer ruido cuando me levante, para no despertarte.

—¿No quieres que me vaya?

—No, quiero que descanses el máximo tiempo que puedas y que te vayas de aquí sin prisa. Mañana en cuanto vea a tu hermana le digo donde estás, aunque si va a tu habitación y no te encuentra lo dará por hecho.

—Esta tarde he venido a buscarte para ir a los pasadizos, pero estabas dormida y me he ido.

—Oh, no me he enterado.

—Mañana.

—Claro —le sonrío—. Estoy deseando descubrir de otra forma el castillo.

—Te va a gustar mucho.

—Estoy segurísima de que sí, y más en tu compañía —le hago un guiño.

Bosteza con los párpados a medio cerrar, pero hace esfuerzos por mantenerse despierta. Está claro que todavía tiene miedo.

—¿Quieres que te cuente un cuento?

—¿Te sabes alguno?

—Más o menos —aprieto los labios.

—Vale.

—Pero tienes que escucharme con los ojos cerrados.

—¿Por qué? —Aprieta la muñeca a su pecho, con fuerza.

—Primero: porque estás conmigo, con Pit y con Motitas y nosotros no vamos a permitir que te pase nada malo. Aquí estás segura y quiero que estés tranquila, ¿vale? —asiente, pero no muy convencida—. Segundo: porque al tener los ojos cerrados la historia será más guay y podrás imaginarte otras cosas, dándole otra forma.

Se toma unos segundos para pensarlo, hasta que asiente y cierra los ojos, pero aprieta los párpados, como obligándose a mantenerlos hacia abajo.

—Erase una vez una niña que vivía en un castillo precioso, en un entorno inmejorable —empiezo a hablar entre susurros—. A pesar de su corta edad era la reina de él y todos los que vivían con ella la adoraban.

—¿No tenía enemigos?

Frunzo los labios, conteniendo la risa.

—En su castillo no, todos la querían.

—Ah, vale.

—La reina era preciosa, de buen carácter y amable, con una sonrisa que enamoraba. Tenía muchos fieles amigos que la acompañaban a todos los lados y…

Continúo hablando sin variar el tono y poco a poco los párpados se le aflojan y su respiración se suaviza. Cuando sé que se ha dormido, lo que no tarda mucho en suceder, me estiro con cuidado en la cama y apago la luz.

Me deslizo debajo del nórdico para pegarme más a ella, y que me encuentre si se despierta. De esa forma, notando su pequeño cuerpo a mi lado, cierro los ojos también, esperando dormirme.

No lo consigo rápido, me cuesta bastante que el cansancio y el sueño me venzan, y cuando empiezo a dejarme llevar, me parece notar una presencia junto a la cama, como si algo se alzara sobre nosotras en forma de protección. La sensación que tengo es de calma.

Intento abrir los ojos para comprobar si es real o producto de mi imaginación, pero no puedo porque el sueño me arrastra, mientras la sensación cálida de protección me acompaña en el proceso de quedarme dormida.

Sueño o no, noto cómo la cama se hunde un poco y después de unos segundos, siento una suave caricia en la mejilla, como un roce delicado que me calienta y sé que inconscientemente sonrío por esa sensación.

Y un sueño profundo me envuelve, en el que me descubro junto a Duncan, arropada por él. Sus brazos me rodean el cuerpo y se aprietan a mí, a veces meciéndome mientras me susurra palabras al oído que no llego a entender, en otras, simplemente mantiene el contacto en silencio.

Capítulo 22



Salgo con cuidado del baño, haciendo el mínimo ruido. Me he vestido y arreglado dentro, igual de silenciosa, mientras Hope duerme plácidamente en mi cama.

Que yo sepa no se ha despertado en ningún momento más de la noche. En cuanto ha sonado la alarma del móvil la he apagado rápido, por suerte no me ha costado darme cuenta y el sonido al ir ascendiendo progresivamente, no era lo suficientemente alto como para que Hope se haya enterado.

He tenido que hacer un gran esfuerzo para salir de la cama, solo conseguí dormir entre tres y cuatro horas y como es normal mi cuerpo se ha lamentado por la falta de sueño. Me he obligado a espabilarme y como dejé la ropa preparada encima de la cómoda he ido directa al baño.

Con la chaqueta acolchada puesta, el móvil y el monedero en los bolsillos, camino por la habitación hasta la cama. Sonrío al mirar a Hope, está estirada bocarriba con los brazos abiertos, relajada y tranquila. Me inclino para darle un beso en la frente, uno muy sutil para no despertarla y la arropo bien. De Pit, su muñeca, no hay rastro, estará por debajo del nórdico.

Motitas también está dormido, o al menos lo parece al tener los ojos cerrados. Por lo visto en algún momento de la noche se cansó de estar en la cama con nosotras, ahora descansa en una de las alfombras de pelo largo que es muy reconfortante.

Salgo de la habitación con el mismo cuidado que me he movido por ella, cerrando la puerta muy despacio. En cuanto me giro, la puerta de la habitación de Nael se abre y vuelvo a sonreír, al ver salir a Maisie.

—Buenos días —me saluda con una expresión radiante.

Está claro que ella y Nael llevan despiertos mucho más tiempo y me pregunto con humor y con satisfacción porqué será. Lo de ellos es empezar el día en condiciones, ¿lo mío? No voy a quejarme porque la llegada de Hope me alegró y reconfortó, a pesar de cómo apareció, pero es evidente que hubiese preferido dormir las mismas horas, muy pocas, o menos por motivos diferentes.

—Buenos días —le correspondo mientras me acerco—. Hope está durmiendo en mi habitación, vino de madrugada.

—Gracias, Gladys.

—No hay de qué —le sonrío—. Tuvo una pesadilla y me alegro de que viniera a buscarme.

—Me siento mal por no haber estado cuando me necesitaba —hace una mueca mientras mira hacia mi puerta, pensativa.

—No tienes porqué, adoras a tu hermana y harías lo que fuese por ella, pero es normal que en algunos momentos necesites tiempo de intimidad para ti. Anoche fue así y yo estaba libre, así que… —Me encojo de hombros.

—¿Estaba muy asustada?

—Solo un poco —le quito importancia para que no se sienta peor—, pero se quedó tranquila y continúa de la misma manera. Antes de que se durmiera le dije que cuando se despertara estaría sola porque me iba temprano de excursión.

—Vale, ahora hablaré con Effie y con Maela, para que estén pendientes de ella —asiento—. Nael está casi preparado, yo me he adelanto precisamente para ir a ver a Hope a su habitación.

—Pues una cosa menos que tienes que hacer —le hago un guiño.

—Sí. Voy a la cocina a comentar lo de Hope y me reúno con el grupo al final de las escaleras, hoy desayunaremos fuera de aquí.

—Ah, ok.

—Te va a gustar el día de hoy —sonríe.

—Lo tengo claro —reímos en tono bajo.

Mi amigo Nael sale de la habitación colocándose la chaqueta. Su expresión lo dice todo.

—Os dejo, ahora nos vemos —se despide Maisie, ganándose un guiño de mi amigo.

—Te veo muy espléndido —digo con un toque de humor.

—Como siempre, ¿no? —reímos.

Me rodea los hombros con un brazo y de esa forma nos acercamos a las habitaciones de Aroa y Leire, para golpear sus puertas con los nudillos, con energía. Las abren con cara de sueño y evidente resaca por las muecas que hacen, mientras se quejan de que no hace falta que seamos tan ruidosos de buena mañana.

Riendo, Nael y yo vamos hacia la escalera, después de que nos digan que enseguida bajan.

—Con Maisie bien, ¿verdad? —le pregunto en los primeros escalones.

—Estupendamente —sonríe de medio lado.

—Me alegro mucho —apoyo la cabeza en su cuerpo.

—Lo sé —me da un beso.

—Enamórate más y cásate con ella, así no me quedará más remedio que trasladarme a vivir a estas tierras porque sin mí vas a la deriva —le pido y suelta una carcajada.

—¿No es al revés? Me refiero a lo de la deriva —hago una mueca.

—Que va —sonreímos—. Por cierto, tengo que hacerte una propuesta porque cuando me hagas caso, será ella la que te pida matrimonio —hablo con picardía.

—Miedo me da preguntar.

—Espera a que vuelva a sacar el tema que tiene que ver con un *kilt* y tu maravilloso cuerpo fibroso y musculado.

—Estás de broma.

Levanto la cabeza para encontrarme con su mirada que va entre la sorpresa y como diciéndome: ni de coña. Me río con ganas, pero asiento varias veces para dejarle claro que tengo una idea muy clara y que es maravillosa.

—No voy a ponerme una falda, tengo muchas otras alternativas con Maisie como por ejemplo…

—Ah, no, cállate. Ahórrate los detalles de tus deseos más oscuros y escalofriantes sobre el cuerpo de mi nueva amiga —hago que me estremezco y volvemos a reír.

—Olvídate de ver un *kilt* en mi cuerpo —insiste.

—Mmm… —es lo único que digo para finalizar la conversación y los dos sabemos que su petición no sirve de nada.

Al llegar al final de las escaleras saludamos a las personas del grupo que ya esperan a que estemos todos y mantenemos una conversación animada con ellos.

—Gladys.

Me giro al escuchar mi nombre en un susurro. Frunzo los labios con fuerza al ver junto a la pared a Greta y a Chiara que me piden que me acerque moviendo las manos.

—Hola —las saludo al pararme frente a ellas.

—Hola —me corresponden sincronizadas y sonrientes—. Nos tienes que contar cómo fue el paseo en barca con Duncan —habla emocionada Chiara. Greta suelta un suspiro—. ¿Te dijo algo interesante? Siempre está serio, pero en la barca vi que movía los labios y se acercaba mucho a ti.

—Yo me hubiese caído al agua de la impresión —comenta Greta y las dos ríen como si el comentario fuera lo más gracioso y divertido que una ha dicho y la otra, ha oído.

—Duncan es un caballero y estuvo pendiente de que no me cayera de cabeza, por las focas.

—Joder, encima de atractivo e impresionante, caballero —dice Chiara y suspiran las dos.

—Esos hombres existen, sí —río con ganas.

—¡Qué suerte tienes!

—A nosotras casi ni nos saludó en la barca —hace un puchero Greta.

—No os sintáis mal por eso, Duncan es muy formal, pero un gran hombre.

—¡Ohhh…! —Da una palmada Chiara.

—Me parece que tenéis que cambiaros —comento al fijarme en sus pies.

—¿Tú crees? —Habla Greta y las dos miran en la misma dirección.

—¿No habéis visto el mensaje de Maisie que envío al grupo de WhatsApp al final de la tarde? No creo que ir en zapatos de tacón sea lo más ideal

cuando nos pidió que nos pusiéramos calzado cómodo y de montaña —frunzo los labios.

—Es que con estos conjuntos no pega —se lamenta Chiara.

—A no ser que queráis quedaros atrás pasando dificultades, o que os torzáis los tobillos cuando los tacones se os queden enterrados, ya podéis volver a las habitaciones y daros prisa.

—Tenemos que cambiarnos de ropa también —le dice Greta a Chiara, con los ojos muy abiertos.

—Dios, vamos —la agarra de la mano y tira de su amiga con fuerza, para ir hacia la escalera.

Me río al escuchar un "gracias" lejano de las dos, mientras suben corriendo con una facilidad asombrosa.

✣ ✣ ✣

—Ahora que ya hemos llenado los estómagos vamos a enfrentar con energía el día —habla Maisie desde su posición delantera y central en el minibús—. Nos dirigimos a una de las zonas más espectaculares que sé que os encantará. Me estoy refiriendo a Fairy Glen, el valle de las hadas, uno de los lugares más bonitos y mágicos de la isla de Skye y de Escocia, en el que

el silencio, unido al sonido del agua y del viento, lo hacen aún más especial. Os pido por favor que una vez que estemos allí respetéis la conservación de este espacio natural que roba el corazón a todo aquel que lo visita, evitar utilizar las piedras para hacer espirales o montañitas porque estropean el terreno y para los que habitan el lugar supone muchas dificultades que tienen que arreglar ellos mismos, aparte de que se acelera la erosión de la tierra y es un gran problema por la cantidad de visitantes que van. Fairy Glen, junto con las Fairy Pools, Kilt Rock, Old Man of Storr, Quiraing, o Neist Point, son unas de las maravillas de la naturaleza en la isla de Skye. Sobre Fairy Glen, el valle de las hadas, se trata de un escenario que os transportará y os hará creer que habéis atravesado un portal y viajado directamente a un reino mágico, donde las hadas y los duendes son los protagonistas. El lugar está rodeado de granjas y nos encontraremos con ovejas que campan en libertad. En un entorno en el que destaca el color verde intenso, veremos llamativas formaciones naturales de rocas, colinas cónicas en miniatura, estanques y cascadas, senderos y árboles que parecen sacados de cuentos. Todo lo que os pueda explicar no es comparable a lo que veréis y a lo que os transmitirá. Todas las extrañas formaciones geológicas son el resultado de un corrimiento de tierra. Esta es la realidad, pero, aunque no hay leyendas concretas que vinculen al lugar con mundos mágicos, estamos en Escocia y os encontraréis a muchas personas que dicen que no hace falta creer en las hadas para saber que el país está lleno de ellas, que habitan en las sombras de los bosques y que nadan en los riachuelos, por lo tanto, se comenta que las hadas crearon su propio valle, en el que comprobaréis que esconde una magia especial con un aspecto casi mitológico. El punto más alto del Fairy Glen es Castle Ewen, una formación rocosa que domina el paisaje en la que muchos coinciden que parece las ruinas de un castillo, cuando en realidad es de origen natural. Podréis

explorar y descubrir con tiempo cada uno de sus rincones, con precaución, eso sí, porque no deja de ser un espacio abierto de montaña que, aunque parezca que no tiene dificultades, os las podéis encontrar cuando menos os lo esperéis. Tranquilos que si vais pendientes de donde pisáis es seguro —nos hace un guiño—. Una vez que recorramos todo el terreno iremos a las Fairy Pools, las piscinas de las hadas. Le otorgaron este nombre por el idílico ambiente de fantasía que rodea el lugar. Son hermosas cascadas y piscinas naturales bastante profundas, de un color azul cristalino que ofrecen una espectacular y tranquila vista de las Tierras Altas. En 1601 la zona fue el escenario de la última batalla entre clanes escoceses, fue una de las más sangrientas jamás registradas en la historia. En las Fairy Pools fue donde los MacDonals de Sleat y los MacLeod de Dunvegan presenciaron el final de la larga y brutal campaña de las Guerra de las Tuertas. Ahora entenderéis porque recibió ese nombre. Vamos a trasladarnos a un tiempo pasado en el que ya sabéis el enfrentamiento que hubo y perduró entre clanes. Para llegar a esta batalla final voy a explicaros el motivo que hizo estallar el conflicto entre dos clanes titánicos. Rory Mor MacLeod intentó trabar una amistad con sus enemigos, pactó la unión de su hermana Margaret con Donald Gorm Mor MacDonald. El enlace se realizó en una modalidad que estoy segura de que todos conocéis, el matrimonio se celebró con un *handfast*, lo que es igual a que la unión sería válida y vivirían juntos durante un año y un día, y posterior a ese tiempo podían disolver el matrimonio si no se amaban o no habían concebido un heredero. Esto último no sucedió, Margaret no se quedó embarazada, pero el verdadero problema que desató la batalla tan sangrienta viene a continuación…

En algún momento de ese año Margaret se quedó tuerta y cuando el MacDonald la envió de vuelta con su familia, lo hizo atándola de espaldas a la grupa de su caballo tuerto, guiado por un sirviente tuerto y seguido por un perro mestizo con la misma característica.

En este punto ya entenderéis a que fue debido el nombre que recibió esa guerra entre dos de los clanes más fuertes de Escocia…

Cuando Rory Mor MacLeod vio llegar a su hermana en esas condiciones se volvió loco de rabia. A partir de ese momento, durante los siguientes años, hubo muchos enfrentamientos intensos y devastadores, pero el definitivo tuvo lugar cerca de las cascadas de las Fairy Pools, con la derrota del clan MacLeod. A pesar de ello, la situación final fue decretada por el rey de Escocia, tras tanta sangre derramada ordenó la rendición de ambos clanes por igual, poniendo fin a sus hostilidades. Los MacDonals y los MacLeods no tuvieron otra opción que rendirse y acceder y, aunque suene increíble y contradictorio, celebraron esa paz con tres semanas de fiestas en el castillo de Dunvegan.

No hay ningún dato que lo acredite, pero los que somos de esta tierra y tenemos arraigada su historia y sus costumbres, pensamos que esta última guerra también dio final al *handfast*, el matrimonio por un año y un día, ya que pocos años después despareció oficialmente. Así que estamos a punto de adentrarnos en el corazón de un terreno que vivió la desesperación, la guerra, la enemistad y el conflicto, hasta que se convirtió en la llegada de la calma, la paz y la armonía. Espero que os haya gustado la historia.

Todos se lo confirmamos y aplaudimos, antes de que continúe hablando.

—Quedan pocos minutos para llegar, ahora disfrutad de los paisajes y de las vistas conmigo callada —Maisie se ríe y nos unimos a sus risas—. Bienvenidos a la magia y a la fantasía que envuelven a estas tierras.

Capítulo 23



Sonrío al escuchar las risas fuertes y entrecortadas de Aroa, el sonido se pierde a mi espalda, por alguna de las colinas. No sé si la persigue Leire, Nael, los dos o quizás algunos de los seres mitológicos porque sus carcajadas son nerviosas y contagiosas, y teniendo en cuenta que desde que llegamos se empeñaron en encontrar hadas y duendes…

Llevamos en nuestro destino horas, en las que ya hemos recorrido el valle y las piscinas de las hadas. Todo magnífico y acorde con las palabras de Maisie y lo que nos transmitió por adelantado. Todo el conjunto, hasta el más pequeño rincón es digno de ver, de admirar y de disfrutar porque es incomparable.

Camino hacia la arboleda que está a unos metros, estamos disfrutando del último tiempo libre, antes de montarnos en el minibús para regresar al castillo. Hoy comeremos más tarde, pero la experiencia bien lo ha merecido. Sonrío al entrar al pasillo que forman los árboles encorvados que se entrelazan por encima de mi cabeza.

Este lugar tiene un encanto muy especial, es verdad que es como trasladarte a un mundo mágico, en el que esperas que en cualquier momento aparezca ante ti algún ser mágico. El único sonido que se escucha es el de las pequeñas ramas y las hojas que voy pisando, conforme avanzo.

Cojo varias veces aire, a la vez que no dejo de memorizar cada detalle. Me llevo conmigo muchísimas fotografías para el recuerdo, pero cuando las vea no será comparable a este momento en el que lo estoy viviendo en persona.

Escocia, país de grandes leyendas, de mitos y de historias en las que todos, alguna que otra vez en la vida, hemos imaginado cómo sería vivir la experiencia del pasado. Al menos hablo por mí, porque me encantaría transportarme a las épocas en las que todo era tan diferente… Un ratito o quizás un día completo, ¿eh? Tampoco hay que pasarse, que cuando una se acostumbra a las comodidades y a las facilidades, si desaparecen de golpe tiene que ser traumático.

Frunzo los labios por esos pensamientos, mientras continúo adentrándome en el pasadizo de los árboles ladeados que parecen que en cualquier momento terminarán tumbándose del todo y tocar el suelo. Nada que ver con la realidad, son fuertes, sólidos y están llenos de vida, aferrados a la tierra. La sensación es increíble porque da la sensación de que acogen a todos los que pasan por aquí.

Un sonido a mi espalda, un crujido, hace que me gire para ver quién está detrás de mí. Cuando me doy cuenta es demasiado tarde porque al ir sumida en mis pensamientos no he calculado la distancia y al moverme rápido,

choco con un pecho fuerte y sólido, el que corresponde al cuerpo de un hombre alto.

Por el aroma inconfundible que aspiro sé quién es al instante, por lo que mi sorpresa se hace mayor al tener a Duncan tan cerca, tanto que tengo levantar la cabeza para buscar su mirada. Una pequeñísima sonrisa de medio lado adorna sus labios. Suelto un suspiro tembloroso cuando me agarra por detrás de la cabeza.

—Hola —me saluda.

—Hola —susurro—. ¿Qué haces aquí?

—¿Te molesta?

—Eh, no —niego con la cabeza para dejárselo más claro—. Es solo que no esperaba verte aquí, me has sorprendido.

—Digamos que quería desconectar de todo y este lugar da muchas posibilidades para hacerlo, ¿no te parece?

—Sí —sonrío y cierro los ojos unos segundos, cuando mueve los dedos entre mi pelo.

—Ibas muy concentrada, ¿quizás buscando ver algo mágico e inesperado? —noto el toque de humor en su voz.

—No —río—, esa es Aroa. Desde que hemos llegado está buscando hadas y duendes —la curva de sus labios vuelve a aparecer, esta vez un poco más pronunciada.

—¿Te apetece que te acompañe en el paseo?

—Sí.

Mis ojos traicioneros, o más bien deseosos, descienden hasta su boca, la que me quedo mirando fijamente. Tiene unos labios perfectos, de pecado, por lo que contengo la respiración cuando se acercan más a mí. Duncan se inclina sin apartar los ojos de los míos, para asegurarse que quiero lo que va a suceder.

Para que no tenga ninguna duda agarro con las dos manos su chaqueta y tiro hacia mí, para no dejar ninguna separación entre nosotros. El primer roce es electrizante y tentador, me estremezco mientras movemos los labios despacio, acariciándonoslos. Jadeo cuando me ladea la cabeza para tener un mejor ángulo y la variación de la intensidad provoca que me tiemblen las piernas.

Convertimos el beso en una lucha de labios y lenguas, en la que ninguno de los dos saldremos vencedores porque nos igualamos en fuerza y necesidad. Cuando nos separamos, con las respiraciones entrecortadas y las pulsaciones disparadas, me da un beso rápido antes de mover mi cuerpo y empujarme delicadamente para que camine.

No sé cómo puede mostrar tanto control, he notado el inicio de su erección clavarse en mi estómago, bajo capas de ropa, y aquí estoy yo, alterada, mientras voy mirando al suelo porque en cualquier momento las rodillas me cederán.

—¿Cómo fue el trabajo? —carraspeo después de hacer la pregunta.

—Surgieron unos problemas, pero ya están solucionados.

Giro la cabeza hacia él, de lo que he comentado del cambio en su cuerpo no se ve nada porque la chaqueta lo cubre. Ha metido las manos en los bolsillos y camina despacio a mi lado. Tiene las facciones relajadas, pero no sé interpretar nada más de él.

—¿Has dormido? Quiero decir…

—Sí —me interrumpe—. Llegué al castillo de madrugada.

—Me alegro de que la noche no se te hiciera larga.

—¿Y tú? ¿Descansaste bien? —Me mira de reojo.

—Me costó dormirme, no tenía sueño, pero sí, porque cuando lo conseguí he descansado hasta que ha sonado esta mañana la alarma. ¿Si te cuento algo me prometes que no te enfadarás? —Lo tanteo.

Entre nosotros hemos avanzado, yo diría que muchísimo ¿no? Nos hemos besado dos veces en pocas horas, todavía me cosquillean los labios de la última vez, y ayer en el bar hablamos bastante y enfrentamos una situación complicada para él, pero con Duncan me cuesta saber a lo que atenerme.

—¿Si no sé lo que vas a contarme cómo puedo prometerlo? —frunce los labios, con la mirada enfocada hacia delante.

—Anoche Hope vino a mi habitación, hemos dormido juntas —me muerdo el labio inferior, esperando algún arranque por su parte.

—Lo sé.

—¿De verdad? ¿Has hablado con ella?

—No la he visto, he salido muy temprano del castillo.

—Ah —me quedo pensativa.

—Cuando llegué de madrugada fui a su habitación, para comprobar cómo estaba. Al no encontrarla fui directo a la tuya porque daba por hecho que Maisie estaría muy ocupada —me mira de reojo y aprieto los labios.

—Un momento. Dejé la puerta cerrada, ¿cómo sabes…? El pasadizo. ¿Entraste por el armario? —jadeo.

Joder, no me imagino un cuerpo tan grande como el de Duncan haciendo eso, pero por lo visto sí, por la sonrisa que aparece en sus labios.

—Lamento haberme metido en tu intimidad.

—No pasa nada, no lo he dicho por eso —susurro—. ¿No te ha sorprendido que sepa lo del pasadizo?

—No, daba por hecho que en cualquier momento Hope te lo contaría.

—¿Y no te molesta? ¿Quizás estás un poquito enfadado porque me ha desvelado ese secreto?

—Conozco a mis hermanas perfectamente y sé que Maisie está al tanto, ¿me equivoco?

—No. Fue ella la que le dijo a Hope cuál era mi habitación —se lo confirmo.

—Os escuché hablar antes de entrar, Hope dejó la puerta de tu armario abierta. Después solo hablaste tú y… Gracias por lo que hiciste, por calmar a mi hermana y por cuidarla —gira la cabeza hacia mí.

—No me las des, lo hice encantada.

—También lo sé —asiente—. Cuando la habitación se quedó en silencio di por hecho que estabais dormidas y entré para asegurarme de que todo

estaba bien.

—Entonces… No fue un sueño —susurro, pensativa.

—¿El qué exactamente?

Me paro de golpe porque el roce que noté en la mejilla fue el de los labios de Duncan y cuando tuve la sensación de que la cama se hundía un poco a mi lado, fue porque apoyó su cuerpo para acercarse a mí.

—Quizás no solo os escuché y os miré —carraspea—. Hope recibió mi beso de buenas noches y tú, también, después me quedé contemplándoos durante unos minutos y me marché tranquilo, cuando os vi dormir tranquilas.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por preocuparte también por mí —trago saliva.

Nos miramos en silencio durante un tiempo que no puedo determinar, hasta que él lo interrumpe.

—Ven —dice y me agarra de la mano.

Su contacto es reconfortante y me encanta, mientras me guía hacia un lateral del camino.

—¿Dónde vamos? —le pregunto con interés.

—A uno de mis lugares favoritos —contesta, mientras sorteamos los árboles y la vegetación.

—Maisie nos ha pedido que no nos alejáramos del camino.

—Solos, ahora estás conmigo. ¿Te haces una idea de quién le enseñó a mi hermana todos los detalles que sabe de cada lugar a los que lleva a los turistas?

—Tú —respondo y sonríe de medio lado—. ¿Alguna vez has hecho su trabajo?

—Sí.

—Oh, no te imagino sonriéndole a los turistas, mientras les cuentas las aventuras y los misterios que esconden estas tierras —me sorprendo.

—Cuando quiero puedo ser muy agradable.

—No quería decir… —noto calor en las mejillas y me sorprende soltando una carcajada.

Me quedo embobada observándolo, el sonido de su risa es cautivador, mucho más que el lugar por el que nos estamos moviendo.

—No estuve mucho tiempo haciéndolo.

—Y yo me lo perdí —bufo y vuelve a reír.

Nos quedamos en silencio y me centro en el paisaje. Después de bastantes minutos salimos de la arboleda y ahora caminamos por la hierba, no sé hacia dónde, pero al cabo de unos minutos, cuando Duncan hace visible una entrada, enseguida me doy cuenta de lo que tenemos delante.

—Es una cueva…

—Sí, pero lo interesante está en el interior —me hace un guiño—. Esta parte solo la conocen los lugareños, nadie más accede a ella. No forma parte del valle de las hadas, está fuera del límite de él y de los visitantes.

—Tendría que avisar a mis amigos y a Maisie, si no me encuentran se pensarán que al final las hadas sí que existen y me han llevado con ellas —sonríe de medio lado.

—Ya he hablado con mi hermana, ha sido ella la que me ha dicho dónde estabas.

—Ah, vale.

—También la he avisado de que continúen sin contar contigo, ¿te parece bien?

—¿De verdad? ¿Quieres…?

—Tengo planes, sí —me mira de reojo—. Por eso he venido.

—Me encanta —susurro—. Espero que entre esos planes esté comer —rio nerviosa.

—Por supuesto, de varias formas.

Me quedo sin respiración por el significado que le doy a sus palabras. ¿Será el mismo que ha querido que interprete o me estoy imaginando lo que no es? No vuelve a hablar y la agitación que siento me impide hacerle la pregunta que tengo en la punta de la lengua, por lo que me la muerdo y sigo caminando a su lado.

Vamos a pasar tiempo juntos, los demás se irán en el minibús y nosotros imagino que, en su coche, con el que habrá venido hasta aquí. Ha hecho planes para los dos, conmigo, y ha venido a buscarme expresamente. ¿Cómo no voy a estar nerviosa?

Empieza a caminar más despacio cuando nos adentramos en la cueva, en la que en cuanto dejamos la luz del día atrás no se ve nada. La oscuridad lo cubre todo a nuestro alrededor y noto el suelo resbaladizo. Suelto un jadeo por la impresión, cuando Duncan se coloca a mi espalda y pega mi cuerpo al suyo, rodeándome la cintura con un brazo.

—Avanza despacio, no tengas prisa —me susurra en el oído, provocándome varios escalofríos.

La temperatura ha bajado al estar rodeados de roca, pero mi reacción solo se debe a él, a su cercanía, al calor de su aliento y al de su cuerpo. Noto en la espalda cada parte delantera de Duncan y cuando mueve un pie hacia delante, arrastrando mi pierna con el movimiento, hago lo mismo. De esa forma caminamos sincronizados sin separarnos, mientras noto que descendemos.

En lo único en lo que puedo pensar es en que no quiero que lleguemos a ninguna parte, que quiero continuar de esta forma pegada a él.

Capítulo 24



Duncan

—Cuidado —la aprieto a mí, cuando un pie se le resbala sobre la roca húmeda.

—¿Hasta que no salgamos no veremos nada? ¿Qué gracia tiene? —Bufa.

Frunzo los labios para no reír. Llevamos como unos diez minutos andando a oscuras por la cueva, ya hemos descendido bastante, aunque Gladys no sea consciente. No queda mucho para que ella misma responda a sus preguntas, por lo que me mantengo callado para no desvelarle nada.

Me sé el camino de memoria, si digo que puedo hacerlo con los ojos cerrados es una gran verdad, pero no tendría sentido porque no se ve nada, así que, vamos a ciegas igualmente, pero sabiendo muy bien por dónde piso y lo que hago.

—No me sueltes —me pide nerviosa.

—No tengo la intención de hacerlo —tiro de su cuerpo hacia atrás, apretándola de nuevo.

—Al menos sabes dónde vamos, ¿no?

—Te he dicho que es mi lugar favorito.

—¿Desde cuándo hace que no vienes? Lo mismo el terreno ha cambiado y te has despistado.

—Solo hay un camino —sonrío de medio lado.

—Ah, perfecto —bufa.

—¿Te da miedo? Te mantengo junto a mí, parecemos uno.

—No —susurra—. Es solo que me pone nerviosa no saber por dónde voy ni qué piso. ¿Aquí hay bichos salvajes?

—¿Qué son para ti bichos salvajes? —pregunto con curiosidad.

—Serpientes, arañas gigantes, murciélagos… Yo qué sé, lo que me da repelús.

—¿En serio? ¿A los que has mencionado los calificas como bichos salvajes?

—A todo lo que no me gusta sí —suelta un quejido, supongo que imaginándose cerca a algunos de ellos.

—Concéntrate en nuestras respiraciones y relájate, no te va a pasar nada.

—¿Cómo se hace eso? Se me ha olvidado.

La carcajada que suelto resuena a nuestro alrededor, pero soy el único que se ríe, Gladys en cambio, me aprieta con las manos el brazo con el que continúo rodeándole la cintura.

—No me hace gracia —se estremece.

—¿Tienes mucho frío?

—No sé si es eso, el miedo o la incertidumbre de lo desconocido.

—Para gustarte tanto estas tierras no eres muy aventurera. Maisie me ha explicado que te encanta todo lo relacionado con Escocia.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? Hablando de ver, eso es lo único que quiero hacer ahora mismo.

—Cuidado —me paro de golpe.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Sube un pie despacio para apoyarlo en una roca mediana.

—¿Cómo lo sabes? —jadea.

—Me sé de memoria todo el recorrido.

—Ah —sonrío.

Cuando empieza a palpar con el pie, la ayudo a que encuentre la roca y a subir.

—Quédate quieta.

—Qué gracioso, como si pudiese moverme sin luz.

—Ya queda poco.

—¿Me has traído hasta aquí para deshacerte de mí?

Suelto otra carcajada mientras subo y me pongo a su nivel. La atraigo hacia mí por la cintura, con fuerza, encontrando su cuerpo sin problema.

—No es ese el pensamiento que tengo, créeme. Estoy seguro y espero no equivocarme, de que te va a encantar cuando lleguemos al final.

—Vale —suelta un suspiro.

—Un momento —le pido saltando hacia el otro lado—. Ven —le agarro de las muñecas y tiro de ellas, hasta que la sujeto de las caderas para ayudarla a bajar.

Me coloco en la misma posición, a su espalda, y continúo guiándola. Falta muy poco para llegar, el espacio se abrirá de repente y estará iluminado, dándole la visión que quiere.

—¿Preparada?

—¿Ya hemos llegado bajo tierra? ¿Por qué me tapas los ojos si no veo nada? —dice con voz aguda, rápido y entrecortada.

—¿Los nervios te dan por hablar? —hago la pregunta para despistarla porque me ha quedado claro.

—¿Cómo lo has notado? —lloriquea y sonrío—. ¿Ya? —Quiere saber cuándo volvemos a pararnos, después de girar hacia la derecha.

—Sí —le confirmo.

Le destapo los ojos, deslizando las manos despacio, pero no las aparto de ella. Las coloco en su cintura.

—Duncan… —jadea, pero esta vez su reacción es por un motivo muy diferente.

—¿Qué te parece?

—Que merece la pena no haberte pegado —río—. Me encanta —susurra.

La libero cuando da un paso hacia delante. Empieza a caminar, mientras dirige la mirada hacia toda la zona que tenemos delante. Hemos llegado a una laguna subterránea que está iluminada por los rayos del sol. Dan directamente en el agua, haciéndola brillar por el orificio circular que hay a nuestras cabezas.

Alrededor de la laguna hay rocas y vegetación, incluso algunos árboles de tamaño pequeño. El lugar parece de ensueño, desprende magia.

—Es una pasada —dice y noto la emoción en su voz.

—Acércate al agua y tócala —le pido mientras apoyo el final de la espalda en una roca alta y cruzo los brazos.

Da los pocos pasos que la separan del inicio de la laguna que tenemos más cerca y se agacha. Después de agarrarse a la rama fuerte de un arbusto, mete la mano con cuidado.

—¡Está muy caliente! —exclama por la impresión.

—Sí. Es como un yacusi enorme, pero natural y mucho más atrayente.

—Me encanta, no sabía que podía haber algo parecido aquí —susurra mientras desliza la mano en el agua, de un lado al otro—. ¡He visto un pez!

—Verás muchos —río.

Levanta la cabeza para mirar el orificio por el que se ve el cielo y se filtran los rayos del sol.

—¿Has venido muchas veces aquí?

—Desde pequeño, Maisie también.

—¿Y Hope?

—La hemos traído en algunas ocasiones.

—Tiene que encantarle, este lugar enamora —dice fascinada—. También hay pájaros —se fija en algunas ramas de los árboles.

—Es un mini hábitat. ¿Te atreves?

—¿Cómo? ¿A qué?

Cuando se levanta se gira hacia mí, con expresión extrañada. Me quedo en silencio, dándole el tiempo necesario para que comprenda lo que le he propuesto. Cuando lo hace agranda los ojos y mira la laguna.

—¿Te refieres a…?

—A entrar en el agua, sí.

—Pero… No tenemos toallas ni ropa de baño —susurra.

—Le he contado a Maisie donde quería traerte y le he dejado una mochila con toallas y varias mantas. Ya debe haberla traído a la entrada de la cueva —se muerde el labio inferior—. Y sobre la ropa de baño… ¿La necesitas?

La intensidad de mi mirada le dice lo que quiero y necesito.

—¿Y los peces? —susurra.

—Se esconderán enseguida —le aseguro, sin variar la expresión seria.

—Así que… —carraspea— Quieres que entremos sin ropa en el agua y…

—Sería un poco incómodo y desastroso si nos bañamos tal cual estamos, ¿no te parece? Entonces ni las toallas ni las mantas podrían quitarnos el frío.

—Ya —suelta un suspiro.

—¿Eso es un sí?

—Sí —murmura al confirmarlo y me impulso de la roca.

—Ahora vengo, tardaré muy poco en ir a por la mochila y en regresar —mi voz suena más profunda y ronca.

—¿No aparecerá alguien? ¿Algún lugareño?

—No, hay una forma para que sepan que el interior está ocupado —le hago un guiño.

—Ah, ok.

—Disfruta del lugar y ten cuidado si te pones a investigar.

—Vale —me sonríe con timidez y ruborizada.

Le doy la espalda y recorro el camino que nos ha traído hasta la laguna. Tenía muy claro la ruta que haría mi hermana hoy, por lo que en cuanto me metí en la cama de madrugada, unos minutos después de ver a Gladys y a Hope durmiendo plácidamente en la habitación de Gladys, empecé a pensar en lo que quería hacer hoy.

La necesidad de estar con Gladys fue más fuerte que hacer mi rutina de obligaciones, por lo que cuando salí del castillo bien temprano esta mañana, lo hice con una mochila en la que metí toallas y mantas, las que vamos a necesitar si no se echa para atrás sobre mi petición. Solo de pensar en lo que sucederá cuando vuelva junto a ella…

Ha conseguido que baje mis barreras de golpe y en un tiempo muy breve. Cuando estoy cerca de Gladys no puedo evitar sentir todas las sensaciones que me recorren. La situación que vivimos en el bar, la conversación que mantuvimos y lo que pasó en el pasillo, lejos de miradas, fue como si me dieran una bofetada con la que fui consciente de la realidad. Y cuando la vi junto a mi hermana pequeña en su cama, tuve la confirmación de que iba a hacer lo correcto y lo que necesitaba con ansias.

En pocos minutos hago el recorrido hasta la entrada y cuando llego sonrío, al ver la mochila tapada bajo un arbusto. Me paro unos segundos a bloquear el acceso a la cueva con una roca mediana y cambio la orientación de una rama que cuelga sin fuerza, esa es la señal para que los lugareños sepan que el interior está ocupado y que es mejor que no se aventuren.

Cuando termino cojo la mochila sin perder más el tiempo y regreso sobre mis pasos, caminando mucho más rápido. Me río solo, algo que pocas veces me ha ocurrido. El sonido retumba a mi alrededor, mientras me viene a la cabeza la cara que ha puesto mi hermana cuando la he encontrado, después de llamarla y decirle que estaba cerca.

Su ilusión y emoción han superado a las mías al saber lo que iba a hacer, por lo que más que darle la mochila ella ha tirado del asa con fuerza y me ha empujado metiéndome prisa para ir a buscar a Gladys, mientras me decía que se encargaba de todo para que saliera perfecto.

Cuando giro a la derecha y accedo al espacio abierto de la laguna, me encuentro a Gladys sentada sobre la hierba, con una sonrisa preciosa, observando los destellos brillantes del agua.

—¿Cómo has llegado tan rápido? —se sorprende y sonrío de medio lado.

—Porque conozco el interior perfectamente y porque me urgía volver —respondo caminando hasta ella.

Me agacho para dejar la mochila a su lado, en la que fija la mirada. La abro y saco dos toallas grandes y una manta. Las primeras las dejo sobre una roca, cerca del inicio de la laguna, la última la extiendo sobre la hierba, cuando me he apartado unos pasos de Gladys. Al quedarme satisfecho me giro hacia ella.

—¿Preparada?

—Sí —me regala una sonrisa preciosa.

Para ponérselo más fácil comienzo yo a desnudarme. Sus ojos no se apartan de mi cuerpo y de mis movimientos. Me quito la chaqueta acolchada, la que lanzo a un lado de la manta. En ningún momento aparto la mirada de la suya, mientras continúo con el jersey que termina sobre la chaqueta. Ver como recorre con la vista cada centímetro de mi piel expuesta ante ella, consigue que el inicio de mi erección cobre vida.

Se muerde el labio inferior, mientras llevo las manos al botón del pantalón. Deslizo la cremallera despacio, por encima del bulto duro, en el que centra la atención. Me deshago del calzado, de los calcetines y del pantalón que pasan al montón de ropa que he acumulado sobre la manta.

En este punto me paro, solo con el bóxer.

—¿Puedo dejármelo si…? —Le planteo una situación que no quiero en absoluto, pero que si ella lo ve correcto aceptaré de inmediato.

—Quítatelo —me pide.

La reacción de mi cuerpo es instantánea, me tenso con la mandíbula apretada. Meto varios dedos por los laterales del bóxer y tiro hacia abajo, muy despacio, hasta que lo hago desaparecer. Mi miembro salta con libertad, provocando que Gladys suelte un jadeo y se lama los labios, lo que provoca que me recorran varios escalofríos de los pies a la cabeza.

Y no tiene nada que ver con la temperatura y que esté completamente desnudo, tiene todo que ver con su lengua y sus labios, lo que puede llegar a provocarme al utilizarlos, al igual que con cualquier otra parte de su cuerpo oculta por la ropa.

Camino despacio hasta ella, disfrutando de ver cómo contiene la respiración, pero en el último momento le doy la espalda para ir hasta el agua. El primer contacto es tan agradable que no tardo en meterme, hasta que me cubre por encima de la cintura, donde me vuelvo para mirarla de frente.

Capítulo 25



Gladys

Joder. No sé si estoy soñando, o si un hada o un duende me han llevado con ellos y me encuentro en el paraíso. Así me siento y ahora mismo no me estoy refiriendo al lugar tan maravilloso en el que estamos. Duncan es… no tengo palabras, me he quedado sin ellas y no consigo encontrarlas.

Me cuesta centrarme en que esto es real por cómo se ha dado todo entre nosotros, pero lo es, y tanto que sí. Ha sido un privilegio ver cómo se desnudaba con movimientos lentos y calculados, mientras se deshacía de la ropa que obstaculizaba la visión impresionante de su cuerpo. Es de infarto, esculpido y fuerte. Si vestido deja sin respiración os podéis hacer una idea de cómo me he quedado al verlo completamente desnudo.

Escondía taaanto… Sí, dirigid el pensamiento a la parte central de su cuerpo. Aún no me he repuesto, lo único que he conseguido es mover los ojos y la cabeza para seguirlo con la vista. Al principio se me ha escapado algún pequeño jadeo y después han llegado los suspiros que me ha provocado verlo en movimiento, tanto de frente como de espaldas.

Sus piernas son fuertes, su trasero elevado y duro, y su espalda ancha, desde los hombros definidos, hasta que se va afinando de una forma deliciosa hasta llegar a las caderas. Irradia elegancia y poder, independientemente de la posición en la que se muestre, sea vestido o desnudo, y si le añado su atractivo y lo que transmite, entonces ya…

¿Quién me iba a decir que su intención era esta, la de terminar dentro del agua? Está claro que lo que sucedió en el bar nos ha abierto la puerta a este día, a este momento, y solo puedo dar las gracias de lo que está pasando a los dioses, a cualquier ser mitológico, o a toda Escocia.

Me humedezco los labios, se me han quedado la boca y la garganta secas de la impresión. Ver a este Duncan decidido, atrevido, desinhibido, alegre, animado y despreocupado, no tiene comparación al Duncan serio, reservado, ocupado con sus responsabilidades y con un carácter fuerte de facciones marcadas, que no sabes si está enfadado o te está perdonando la vida. Aunque estas últimas cualidades también tienen su punto, pero eso sí, una vez pasados los enfrentamientos que pueden darse debido a su personalidad porque en caliente, al menos a mí, se me nubla la mente en un sentido muy diferente a como la tengo ahora mismo.

No puedo apartar la atención de su imagen. El agua le llega por encima de la cintura, pero es tan clara que sé que en cuanto me levante no va a ocultar nada de su cuerpo. Las gotas resbalan por sus músculos fuertes y tonificados. Se ha mojado los brazos y el pecho, mientras me observa esperando a que haga lo mismo que él.

Me muerdo el labio inferior, me falta muy poco para sacar el móvil y hacerle muchas fotografías, para inmortalizar el espectáculo que es todo el conjunto de él, como si fuera cualquiera de los paisajes que he visto desde que estoy en la isla de Skye.

Me levanto de la hierba despacio con la ayuda de una roca, centrada en la poca fuerza de mis piernas temblorosas. Lo último que quiero es caerme de bruces al suelo y que él tenga que salir corriendo de la laguna, aunque el espectáculo sería igual de impresionante y por unos breves segundos me planteo si merece la pena mantener firme o provocar que suceda.

Aparto todos los pensamientos de la cabeza dispuesta a quitarme la ropa y a acercarme a él. Agradezco que la distancia que nos separa sea la suficiente como para que no vea el temblor de mis manos, cuando las muevo hacia la cremallera de la chaqueta.

Nunca he sentido una intimidad a esta escala con un hombre, ni he hecho algo parecido con ninguno. Todavía no me he quitado la ropa y ya me siento desnuda por la intensidad con la que me observa Duncan. Esto precisamente es lo que nunca he vivido y experimentado, me está traspasando su deseo y me consume el fuego ardiente que se refleja en su cuerpo inmóvil y en sus ojos.

Me siento deseada de una forma que ahora mismo me cuesta explicar, y soy muy consciente de las ganas irrefrenables que tengo de él, como también de que con Duncan estoy dispuesta a lanzarme a lo desconocido y descubrir hacia dónde nos lleva esta aventura.

Creo que estoy metida en un buen lío. ¿Cuántos días me quedan en Escocia? ¿Esto para él significará que quiere estar conmigo hasta que me marche o solo será una nueva experiencia pasajera de un día? ¿Cómo me quedaré después? No puedo frenar la mente porque sé, sin margen de error, de que Duncan es un hombre que va a ser muy difícil de olvidar y yo voy de cabeza y sin frenos a la tristeza que me acompañará cuando me vaya de estas tierras y regrese a España.

Todo eso pesa mucho, demasiado, pero me concedo el privilegio de vivir el momento, este presente junto a él, porque sí, quiero sentir con intensidad todo lo que quiera ofrecerme y que todo el revoltillo de emociones y sensaciones que me recorren aumenten para vivir la experiencia al máximo con Duncan. La atracción y el deseo que siento me dejan sin respiración, me hormiguea la piel ante la anticipación y todavía no me he quitado ni la chaqueta.

Cuando soy realmente consciente de que estoy paralizada e inmóvil, mientras él me observa fijamente desde la misma posición, no pierdo más el tiempo para poder sentirlo cerca y, a poder ser, unido a mí. Este último pensamiento me humedece más y me acelera las pulsaciones.

Camino hasta la manta mientras me quito la chaqueta y una vez que la dejo caer sobre el montón de su ropa, me giro hacia él, para devolverle de frente el espectáculo que he recibido. Nunca me he notado tan nerviosa como ahora, mis relaciones anteriores nunca consiguieron ni una mínima parte de las reacciones que estoy teniendo con los ojos de Duncan fijos y atentos en mi cuerpo, y en todo lo que hago.

No puedo quejarme de todos los encuentros sexuales del pasado, bueno aquí puedo hacer algunas puntualizaciones, pero no es el momento para pararme en los detalles. El caso es que, por muchas caricias, besos, roces, y contacto físico íntimo que haya vivido, todo eso se queda en nada porque Duncan todavía no me ha tocado y ya me siento desfallecer.

La intensidad que desprende, unida a la visión de su cuerpo dispuesto para mí, aniquila todo lo anterior.

Me agacho para desabrochar el calzado de montaña y libero mis pies. Cuando me incorporo agarro el final del jersey y tiro de él hacia arriba, hasta que me lo saco y cae hacia atrás, en la manta. La forma en la que continúa atento me tiene totalmente hipnotizada y mi respiración se altera, entrecortada, cuando fija los ojos en el sujetador.

Por el momento lo dejo en su sitio cubriéndome los pechos, y sigo con la tarea de desabrocharme el pantalón. Duncan coge varias bocanadas de aire, concentrado, y por ese motivo y muchos otros no me siento insegura. No es que lo sea, pero desnudarme por primera vez y de esta forma delante de un hombre que es tan perfecto, pues sería lo más normal por los nervios que tengo.

No permito que nada me distraiga cuando me deshago del pantalón y de los calcetines. Únicamente con la ropa interior, camino despacio al inicio de la laguna porque quiero que vea mucho mejor cuando me desprenda de la braga y el sujetador.

Y sí, desde esta posición y altura veo perfectamente lo que esconde el agua. Retengo un jadeo al comprobar lo duro que sigue, es una maravilla de la naturaleza que se complementa perfectamente con el entorno que nos rodea.

Llevo las manos a la espalda para desabrochar el cierre del sujetador y cuando se suelta lo aparto despacio para colocarlo sobre una roca. Varios estremecimientos sacuden mi cuerpo y no son provocados por el cambio de temperatura, sino por la vista ardiente de Duncan puesta en mis pezones duros y porque se mueve. Da varios pasos hacia mí y no es consciente de ello, hasta que se da cuenta y para de golpe.

Al avanzar el agua ha cambiado de nivel a su alrededor y ahora la mitad de su erección es visible. La imagen es perfecta, añadiéndole la tensión de su cuerpo y las sacudidas que da su miembro, libremente.

Noto un pequeño dolor en los pezones erectos, mientras la sensación de necesidad se concentra toda entre mis piernas. Me inclino hacia delante, viendo cómo aprieta la mandíbula, pero no me despisto para quitarme la braga y quedarme como él, completamente desnuda.

—Entra rápido para que no cojas frío —su voz suena ronca y profunda.

—¿Quieres que lo haga por ese motivo? —le pregunto cuando el agua me cubre los pies.

—Sí, es el principal, pero después tengo una larga lista que sabes perfectamente —carraspea para aclararse la voz.

—Estoy deseando que me la detalles —continúo avanzando muy despacio.

Suelto un suspiro por la calidez del agua y agradezco que el fondo de la laguna sea lisa y cómoda para caminar por ella sin molestias. Hay algunas piedras de diferentes tamaños, pero salteadas y apartadas de mi objetivo y de mí.

—Creo que te gustará mucho más que te la muestre.

—Sí —susurro.

Conforme me acerco él retrocede un poco, sin apartar los ojos de cada parte visible de mi cuerpo, hasta que el agua va ocultándolo.

—Hola —digo nerviosa al llegar frente a él.

No me sale nada más seductor y significativo por los nervios, pero los labios de Duncan se tensan hacia un lado, formando el inicio de una sonrisa.

—Hola —me corresponde y cierro los ojos.

Me retira el pelo de los hombros y ese simple gesto, junto con el tacto suave de su boca en la curva de un hombro, me provoca un jadeo de satisfacción.

—Eres preciosa —murmura sobre mi piel, mientras sus labios se mueven con besos pequeños subiendo por mi cuello.

—Gracias.

—Este es el momento para decirme lo que deseas —me habla al oído y cierro los ojos con fuerza.

—¿Eso significa que te echarías para atrás?

—Sí, si es lo que quieres —dice con rotundidad—. No importan mi deseo y mi necesidad, si tú quieres que disfrutemos de la laguna sin hacer nada yo…

Agradezco su consideración, aunque viniendo de Duncan no me sorprende por lo correcto que es. Si ahora mismo le dijera que no estoy preparada lo aceptaría sin más, ni una mala cara pondría, ya fuese de decepción o de desilusión.

Evito decirle que está loco si se piensa que llegados a este punto voy a ponerme a nadar por la laguna y a tumbarme en la manta con él al lado, como únicas distracciones.

Corto sus palabras de golpe cuando agarro una de sus manos y la meto en el agua. Separa la cabeza de mi cuello y de nuevo nos miramos de frente, él con la mandíbula apretada cuando dirijo sus dedos sobre mi sexo. Creo que la invitación es perfecta para acallar lo que estaba diciendo y así es, porque no tarda en deslizar los dedos él mismo.

—Estás… —suelta un sonido ronco.

—Muy excitada —termino lo que iba a decir—. Por ti.

Me agarro de sus hombros con fuerza, cuando uno de sus dedos se cuela en mi interior. La invasión me crea más placer y muevo la cadera, rotándola y pegándome a él.

—Duncan… —jadeo por el ritmo lento de tortura con el que tantea mi interior y con el que se desliza llenándome.

—Voy a saborear cada segundo, Gladys. No tengo ninguna prisa y te he prometido que íbamos a comer de varias formas.

Me muerdo el labio inferior con fuerza, estremeciéndome.

Capítulo 26



Duncan

Es una delicia y un pecado, el mío personal.

Me he sentido embrujado mientras se desnudaba, cada parte de piel que ha ido mostrándome ha sido como un regalo que he admirado y disfrutado a conciencia. Ha sido un anticipo del disfrute que nos vamos a proporcionar porque ya no hay marcha atrás.

Estaba dispuesto a retroceder si ella lo hubiese querido, a pesar de estar los dos desnudos y más que preparados. Por suerte para mi salud mental y física me ha dejado claro que desea que suceda tanto como yo.

Huele tan bien, su piel es tan suave, sensación que destaca en su sexo. Tiene el clítoris inflamado por la excitación, el que he rozado sin pararme mucho encima de él. Deslizar los dedos por su zona íntima, descubriéndola, es un gozo y más al notar lo húmeda que está. No, esto último no se debe al agua que le cubre desde la cintura hasta los pies.

Me dedico a impacientarla, sacando el dedo despacio de su calor, para introducirlo de nuevo, una y otra vez, con mucha calma, mientras acaricio su interior en cada pasada. El movimiento de su cadera ha aumentado y acallo el sonido de su respiración entrecortada y temblorosa con mi boca.

Con la mano libre le agarro la parte de atrás de la cabeza y se la levanto, posicionándola para besarla con toda la necesidad que siento y me recorre. Su gemido se pierde entre mis labios, los que buscan los suyos desesperados. Pego su cuerpo al mío, sin dejar ni una mínima separación entre nosotros, justo cuando añado un dedo más en su interior.

Está tan caliente, tan jodidamente perfecta… Necesito mucho más y se lo dejo claro con la pasión con la que la devoro con el beso, mientras nuestras lenguas se buscan descontroladas y nuestros dientes chocan de vez en cuando por la intensidad y la fuerza.

—Síii… —jadea cuando roto el pulgar sobre el clítoris.

Alejo la mano de su cabeza para rodearle la cintura con el brazo, al notar sus estremecimientos y sus temblores. Voy subiendo su cuerpo por el mío, hasta que sus pies dejan de tocar el fondo de la laguna. Aprovecha el movimiento para impulsarse en mis hombros y me rodea la cintura con las piernas.

La posición la hace estremecerse más. Su sexo ahora está completamente libre y abierto para mí, a mi antojo, por lo que lo recorro con varios dedos, provocando que de sus labios entreabiertos salgan suspiros, jadeos y

gemidos de placer. Los deslizo por toda su zona íntima, parándome en los puntos clave.

El agua roza mi mano ocupada, ahora su cuerpo está completamente fuera, mientras que con mi otra mano agarro con fuerza una de sus nalgas. La masajeo a la vez que la velocidad de mis dedos aumenta. Me encanta la sensación, podría estar todo el puñetero día haciendo lo mismo, añadiendo mi boca.

Camino de espaldas para que el agua nos cubra más y cuando nos llega por debajo del pecho, me agacho hasta que el agua caliente nos envuelve por los hombros. Suelta un suspiro de alivio por el cambio de temperatura, pero solo le estoy dando unos segundos, quizás minutos, porque dentro de poco no estaremos en el mismo lugar.

—¿Bien? —le susurro en el oído.

Como respuesta se impulsa hacia abajo, introduciendo mi dedo en su interior, por completo. Aprieto la mandíbula ante su desesperación. La postura hace que la punta de mi miembro roce mi propia mano y la sensación es tan electrizante que de mi garganta suena una especie de gruñido.

—Apártala y acércalo —me pide jadeante, para que no haya ninguna barrera entre nosotros.

Lo iba a hacer igualmente, pero su petición desesperada calienta mi interior de una forma demasiado buena.

Llegados a este momento sobra decir el deseo que tengo por encajar la punta en su cavidad y empujar con fuerza, hasta perderme por completo en su interior. Pero todavía no, solo voy a tentarla porque antes de que nuestros cuerpos encajen y todo se descontrole, necesito disfrutarla y descubrirla de otras formas.

Dirijo mi miembro a su entrada, lo que provoca que se mueva sobre él, con la urgencia de sentirse llena. Aguanto en tensión, hasta que deslizo la punta por cada parte de su sexo, hasta llegar al clítoris. Me balanceo y me clavo en ese punto palpitante, alternando los movimientos, mientras los sonidos del placer que sentimos ambos nos envuelven.

—¿A qué esperas? —su pregunta entrecortada me hace soltar una fuerte carcajada que retumba en la cueva.

—Me gusta demasiado cómo te siento y lo que te estoy haciendo, sigo sin tener prisa —le doy un pequeño mordisco en el hombro, con fuerza calculada para no dañarle la zona.

—¿Cómo puedes soportarlo? —bufa y sonrío.

No le respondo, como respuesta continúo con mi juego, hasta que con un movimiento que me sorprende, al no esperármelo, consigue que el glande quedo dentro de ella. Suelto un gruñido agarrándola de las dos nalgas, con fuerza, mientras las estiro, separándoselas.

—Dios… —jadea con la frente apoyada en mi hombro— Más.

No es una petición, suena más bien a ruego, pero lo ignoro igualmente, mientras mantengo su cuerpo inmovilizado para que no pueda hacer lo que tanto desea.

—¿Suenas desesperada?

—La madre que… —suelta un lamento y río con ganas.

Nuestros sexos pierden el contacto cuando me aparto para incorporarme. Si lo hubiese hecho como estábamos ya estaría bien clavado en su interior y sé, que me sería muy difícil, por no decir imposible, frenar las embestidas que estoy postergando.

—¿Dónde vas? —susurra apretando los brazos alrededor de mi cuello.

—Estás a punto de saberlo.

Camino por la laguna, con el agua bajando por nuestros cuerpos conforme avanzo. No es hasta que me llega por debajo del trasero que me paro frente al lugar donde la tumbo de espaldas. El sitio es una roca plana y lisa, perfecta para lo que tengo en mente.

—No te mojes mucho el pelo —le pido.

Coloco las manos en sus piernas y se las abro despacio, para meterme entre ellas, pero, sobre todo, para ver su sexo mojado y húmedo abierto para

mí. La tensión me recorre de los pies a la cabeza, al fijar la vista.

—No prometo nada —murmura.

La base de la roca en la que está tumbada se encuentra sobre el nivel del agua, pero con nuestros movimientos, los que se intensificarán dentro de poco, el agua chocará con sus costados.

Llevo una mano a mi miembro y me lo rodeo, ejerciendo la fuerza y presión que necesito, mientras Gladys sube las piernas y apoya los pies en la roca. Me da una visión perfecta, clara y exquisita con la nueva posición.

—¿Quieres comer?

Con la palma de la mano presiono el glande soportando la sacudida electrizante que da mi erección.

—No te imaginas cuánto, pero no voy a tener suficiente con una vez —gime moviendo la espalda en la roca.

Dejo de tocarme para inclinarme encima de ella. Apoyo las manos a los lados de su cabeza, a pocos centímetros de que nuestros cuerpos se rocen.

—Conocías muy bien que esta roca estaba aquí, ¿a cuántas mujeres has tumbado?

—¿En serio quieres saberlo? —frunzo los labios.

—Ya lo has dejado caer, la lista debe ser interminable —cierra los ojos.

—Tuve una juventud muy ajetreada —susurro sobre su clavícula.

—¿Y satisfactoria? —pregunta con la voz entrecortada, mientras beso su piel, descendiendo.

—La mayoría de las veces, una o dos de ellas no las tengo en cuenta —recorro con la lengua el inicio de un pecho.

—No me lo cuentes —arquea la espalda.

—Me has preguntado.

—Pues ya no quiero saber nada más —bufa y sonrío sobre su piel.

—Hace muchos años que con las únicas que vengo son con mis hermanas —le aseguro—. O solo, cuando quiero desconectar y aislarme.

—Es el lugar ideal —mete los dedos entre mi pelo—. ¿Necesitas hacerlo mucho? —Noto un poco de preocupación disfrazada por el interés.

—La última vez fue hace meses —levanto un poco la cabeza para buscar su mirada—. Todo el mundo necesita en ocasiones escapar de las rutinas.

—Sí —me sonríe.

—Ahora deja de distraerme —le pido con una pizca de humor.

—Ya no hablo más —río sobre la curva de su pecho.

Lamo la piel turgente, siguiendo el camino hasta su pezón duro y erecto. Suelta un jadeo tembloroso por la primera pasada de mi lengua y me aferro a él, haciéndolo desaparecer en la boca. Me agarra con fuerza del pelo, mientras alterno uno con otro, disfrutando de lo que le provoco y de devorarle los pechos a mi antojo.

Después de varios tirones con los dientes en las puntas duras, las que lo están más que al principio, continúo recorriendo su cuerpo con besos lentos y caricias. Coloco varios dedos entre sus piernas y el contacto hace que se tense y arquee de nuevo la espalda.

Después de humedecerme la punta de los dedos con sus fluidos, los sustituyo por mi boca, que cae sobre su sexo. En este momento la urgencia impera sobre el tomármelo con calma, llevando a Gladys hasta la desesperación, mientras me dejo arrastrar un poco por la locura de saborearla y de sentir el placer de ambos.

Con varios jadeos y gemidos grita mi nombre cuando se deja llevar, tensando todo su cuerpo. El sonido retumba en el interior de la cueva y me deleito con su orgasmo, sin apartarme ni lo más mínimo de lo que me ofrece.

Cuando me levanto tiene los ojos entrecerrados, las mejillas sonrojadas y los labios entreabiertos. Doy un paso atrás, acariciándole las piernas mientras me separo.

—Ahora vengo —digo con la voz ronca por el deseo.

—¿Dónde vas? —susurra apoyándolos brazos en la roca.

—¿Tú qué crees? —Me agarro con fuerza el miembro.

—Oh, vale —se muerde el labio inferior.

Camino por el agua, hasta que salgo de la laguna. Sigue mi recorrido con la mirada, o más bien a mi cuerpo. Llego hasta la mochila y busco en el interior lo que necesitamos, lo que no tardo en encontrar y volver junto a ella.

Se sienta en la roca y me quita de la mano el envoltorio del preservativo. Arqueo una ceja, pero mi expresión es de diversión, por lo que con una sonrisa pícara rasga el paquetito. Me tenso y aprieto la mandíbula cuando noto el calor de su mano alrededor de mi miembro, la que empieza a mover despacio, por todo el largo.

—En otro momento —se la bloqueo con la mía, ejerciendo la presión que necesito sentir.

—¿Seguro?

—No y sí —jadeo cuando vuelve a moverla aumentando la velocidad, o quizás es la mía la que va por libre y arrastra a la suya, pero son sus dedos los que me acarician el glande y atrapan las gotas de excitación.

Separo nuestras manos y le quito la protección, y completamente en tensión, mientras ella lame mi esencia con la lengua, me la coloco en segundos. En cuanto estoy preparado se coloca en la misma posición del principio y me rodea la cintura con las piernas, acercándome a ella.

La paciencia y la calma han llegado a su fin, lo sé, lo sabe, y prueba de ello es que la embisto con fuerza, hasta lo más profundo de su cuerpo que puedo llegar. Su jadeo se entremezcla con el mío y un gruñido, su interior me acoge tan jodidamente bien, su calor es tan agradable y la presión es la que hace que pierda la puñetera cordura.

Retrocedo hasta el límite, despacio, disfrutando de todas las sensaciones, para después empujar con fuerza y esta es la única vez porque a continuación mi cadera se mueve a un ritmo frenético, mientras Gladys se mueve desesperada sobre la roca. El agua en movimiento le salpica el cuerpo y la visión es la más perfecta que puedo llegar a ver.

Le levanto las piernas para colocárselas sobre mis hombros y de esa forma me hundo en su interior incansablemente, con movimientos frenéticos y fuertes, hasta que siente el inicio de su orgasmo que poco a poco la hace tensarse y volver a gritar, mientras mis embestidas se hacen más intensas y desperadas.

Cuando se queda saciada y flácida sobre la roca, a mi merced, continúo y continúo porque es imposible que pueda parar. Hace presión con los talones en mis hombros y se impulsa hacia mí, acompañando los movimientos acelerados y enloquecidos de mis caderas. Con un gruñido y gemidos me corro, liberándome de una forma que parece no tener final.

Capítulo 27

Gladys

Ahora sí que estoy completamente en el paraíso, definitivamente.

Después de los orgasmos que me ha provocado Duncan y de verlo a él en acción, hasta que se ha liberado y calmado, creía que no podía sentirme mejor. Eso ha sido hasta que me ha cogido en brazos de la roca, con una delicadeza y protección que me han dejado sin palabras.

Una vez fuera de la laguna nos hemos secado con las toallas y me ha llevado con él para tumbarnos sobre la manta. Nos hemos tapado con otra y aquí continuamos, él tumbado bocarriba, con un brazo por detrás de la cabeza, mientras que con el otro me abraza. Y yo, tengo apoyado la mitad del cuerpo sobre el suyo y una pierna entrelazada con las de él.

Todo parece tan normal y natural, nos rodeada tanta paz. El único sonido que se escucha es el canto ligero de algún pájaro porque el agua de la laguna está tan en calma como la encontramos.

Me encantan las caricias de sus dedos en la espalda, tengo los ojos cerrados y nuestras respiraciones relajadas están sincronizadas.

—Es bastante tarde, debes tener hambre —comenta en tono bajo.

—¿Eso es una clara invitación? —Apoyo la barbilla sobre su pecho que vibra con su carcajada.

—La respuesta es muy tentadora, pero no me refería a comer lo que está tapado por la manta —me agarra con fuerza de una nalga.

—Yo soy la única que no ha tenido un tentempié de ese tipo —sonrío de medio lado.

—No me tientes… —susurra—. Como he dicho es muy tarde y… Gladis.

Pronuncia mi nombre alargándolo, pero yo ya estoy muy entretenida buscando la parte de su cuerpo que es mi objetivo en la oscuridad de la manta.

—Joder… —Se tensa cuando nota mi aliento sobre su miembro.

Me encanta que ya esté erecto y preparado. Lo envuelvo con la mano, justo en el mismo momento en el que Duncan tira de la manta y nos destapa.

—Necesito verlo —sisea—. No quiero perderme nada.

—Te prometo que después nos iremos —suelta el aire de golpe.

—Encontraremos algún lugar para…

Lo interrumpo cuando paso la lengua por la punta, atrapando las primeras gotas de excitación. Sus ojos son como dos llamas ardientes observándome. Me agarra del pelo, sujetándolo con firmeza en una coleta improvisada. Ya se me ha secado, tampoco es que terminara muy mojado, solo ciertas partes, pero desde que llevamos fuera del agua Duncan se ha encargado de utilizar una toalla en mi melena.

Ver sus músculos tensarse cuando poco a poco, deslizo la boca llenándola con su virilidad, es un gustazo y más sabiendo que se lo provoco yo. Lo acojo todo lo que puedo, moviéndome despacio, subiendo y bajando, desesperándolo mientras de sus labios salen gemidos y palabras que me calientan más de lo que ya estoy.

Pierdo la noción del tiempo, disfrutando del momento y de él, hasta que toma el control y mueve mi cabeza como necesita, a lo que lo igualo con gusto, mientras su cadera se eleva para ir a mi encuentro. Después de varias maldiciones y de otros tantos gruñidos, me aparta de golpe para colocar una de las toallas sobre su pecho, donde se corre estremeciéndose.

—Ahora sí que tengo hambre —digo mientras me acarició los labios.

Sus ojos todavía desprenden la misma intensidad, mientras deja pasar unos segundos en los que no puede hablar, por la respiración

desacompasada.

Aparta la toalla, la lanza hacia un lado y me agarra de los brazos. Me deslizo sobre su cuerpo empujada por él y lo beso, la unión de nuestros labios es suave y calmada, pero no por ello menos impresionante que en las que nos desborda la pasión.

—Vamos a vestirnos —susurra acariciándome con su aliento.

—Sí —le sonrío deslizando los dedos por su mandíbula—. ¿Tienes que trabajar más tarde?

—No. He hecho lo más urgente esta mañana temprano, ya tenía pensado tener el resto del día libre.

—Perfecto.

Me siento sobre mis piernas y sus ojos se deslizan en una caricia sensual por mi cuerpo, demorándose en mis pechos.

Con un largo suspiro se incorpora y empezamos a vestirnos. La experiencia ha sido única y espero volver a repetirla durante los días que me quedan en Escocia. Pensar en ello me crea un poco de ansiedad, pero acallo mi mente mientras voy colocándome la ropa, haciendo esfuerzos para que no me cambie el ánimo.

—¿Hay algún lugar cerca para comer por aquí? —le pregunto doblando la manta, él está enrollando la toalla manchada con la otra, para guardarlas en la mochila.

—Tranquila que la hora que es no nos impedirá encontrar un sitio donde parar.

—Vale —me agacho a su lado para meter la manta en la mochila.

Cuando lo tenemos todo recogido me agarra la mano y no pasa mucho tiempo hasta que la oscuridad vuelve a rodearnos.

—¿Estás más segura ahora para hacer el camino?

—Sí —río—, aunque sigo sin ver.

—Quédate cerca de mí y asegura los pies en cada paso.

—Ya podrían tener preparados algunos candelabros o algo parecido —me quejo a los pocos minutos.

—No estaría mal —noto la diversión en su voz—. Lo tengo en cuenta para la próxima vez.

—¿Volveremos? —la ilusión en la mía es evidente.

Por unos segundos se queda callado y temo que esté pensando en que mi estancia en Escocia va a acortándose sin que ninguno de los dos podamos hacer nada. Agradezco la oscuridad porque no ve mi cara de alivio cuando me contesta.

—Todas las veces que quieras —dice convencido.

—Gracias —hago un poco de presión con los dedos en su mano.

El resto del recorrido lo hacemos en silencio, yo concentrada en el suelo resbaladizo de la cueva, rezando por no escuchar el sonido de alguno de los bichos salvajes que quiero bien lejos de mí. Duncan ríe con ganas por el suspiro que suelto al ver la entrada de la cueva.

Aparta con cuidado la roca que cuando accedimos no estaba en el centro del paso y libera una rama, la que enseguida se coloca en su posición original.

—Todavía queda un poco hasta el coche —me informa.

—No pasa nada —le sonrío cuando gira la cabeza hacia mí.

Mientras caminamos lleva la mochila colgada de un hombro y es increíble poder verlo tan relajado, parece incluso más joven.

—Tendrías que tomarte más días como este —le sugiero.

—Hacía mucho que no lo pensaba siquiera.

—Entiendo que tienes muchas responsabilidades y personas que dependen de ti, pero el primero por el que tienes que mirar eres tú.

—Muchas veces no es fácil, la rutina absorbe.

—Lo sé, pero te pierdes demasiado y el tiempo pasa muy rápido. No se puede recuperar, y cuando te des cuenta Hope ya no será una niña y Maisie lo mismo ha encontrado a alguien con el que formar una familia, lo que no quiere decir que se vaya a apartar de ti, pero ya me entiendes. Es ley de vida y no quiero…

—¿Qué? —Tensa la mandíbula.

Podría decirle que no es nada, que estoy hablando por hablar, pero necesito que entienda que, si no hace algo por cambiar, sus hermanas evolucionaran, mientras él se mantiene protegiéndolas hasta que se alejen de él. ¿Y entonces qué? ¿No tendrá a ninguna de las dos?

—No quiero que te quedes solo —digo en tono más bajo—. Eres un hombre impresionante Duncan, y no hablo solo en apariencia. Cualquier mujer se sentiría dichosa y feliz por tenerte a su lado, una mujer buena que te acompañe.

—No tengo planes de futuro a largo plazo, vivo el día a día.

—Y está muy bien, pero sin olvidarte de ti y tus necesidades —insisto.

—¿Estás intentando darme una especie de lección? —Me mira de reojo.

Acabamos de llegar a la zona de las pequeñas colinas, hemos sorteado la zona de los árboles. Mientras me dejo guiar por él para llegar hasta su coche, pienso en su situación y me desespero más, a la par de que me entristezco por estar incitándolo a vivir experiencias sin mí.

Aunque dentro de la cueva ha conseguido que me olvide, soy muy consciente de que nosotros dos tenemos fecha de caducidad y el pellizco que siento en mi interior me recuerda lo mal que lo voy a pasar.

—Quizás no soy la mejor para darla —me encojo de hombros—. Olvídalo.

—¿Por qué no eres la mejor? —Gira la cabeza hacia mí, con el ceño fruncido.

—Porque hubo una época en la que estaba muy perdida y no escuchaba a nadie. Ahora sí que disfruto de mi libertad, voy de camino a los cuarenta y tengo a buenos amigos junto a mí y hasta que inicié este viaje era todo lo que necesitaba.

Espero que interprete la puntualización de “hasta que inicié este viaje”. No dice nada al respecto, se queda callado, por lo que lo imito al ser consciente de que está pensando. ¿En qué? No tengo ni idea, pero el

silencio nos rodea hasta que llegamos al vehículo, después de un tiempo caminando por la hierba.

Lo abre con el mando cuando nos acercamos y deja la mochila en el maletero. Ocupamos los asientos delanteros y Duncan no tarda en arrancar.

—¿Te ha molestado lo que he dicho? —le pregunto porque está muy serio.

—No.

—Lo siento, ahora ya no estás hablador —miro hacia delante.

—Me jode pensar en ciertas cosas, solo es eso.

Suelto el aire despacio cuando coloca la mano en mi muslo y no desaprovecho la oportunidad, cubro su mano con la mía, provocando que sus labios se tensen un poco hacia arriba, en un principio de sonrisa.

Duncan circula por una zona diferente al trayecto que recorrió Keir al traernos en el minibús, por lo que me dedicó a admirar el nuevo paisaje. Pasamos por varios pueblos, pero continúa hacia delante, como si supiera donde quiere ir.

—En estos pueblos no hay mucha actividad —me dice como si me leyera los pensamientos—. Pararemos en el siguiente, conozco al dueño de uno de los hoteles del centro y no tendremos problema para comer.

—Vale, no hay prisa —le acaricio la mano que no ha apartado de mi pierna.

—¿Estás bien?

—Claro, estupendamente —le dejo claro.

—Gladys, no quiero que te preocupes por mí, ¿de acuerdo? —Noto su mirada de reojo— Y te agradecería que no sacaras de nuevo el tema de encontrar a una mujer cuando ahora mismo estoy contigo, cuando he pausado todas mis responsabilidades para aprovechar el tiempo junto a ti —trago saliva—. Como comprenderás no quiero pensar en nadie más, ni mucho menos plantearme un futuro.

—Entonces… ¿hoy no será el único día? —Me siento de lado, hacia él.

—A no ser que tú lo quieras, no.

Sonrío apoyando la cabeza en el respaldo, mientras observo su perfil.

—No sabes cómo me gusta escuchar eso y lo tranquila que me dejas.

—¿Habías pensado que solo estaríamos juntos hoy? —Arquea una ceja y frunzo los labios.

—No tenía ni idea de lo que querías porque puedo intuir por donde van tus pensamientos.

—Desde ayer te equivocarías.

—¿De verdad?

—Prefiero que lo compruebes por ti misma. Hemos llegado.

Iba tan concentrada en él que no me he dado cuenta de que se ha desviado de la carretera principal. Gira a la derecha y aminora la velocidad para encontrar aparcamiento.

—Bienvenida a Kyleakin. Pasasteis por aquí el primer día, es el primer pueblo que hay al acceder por carretera a la isla de Skye, por eso es conocido por los turistas como la puerta de entrada a la isla. Es una localidad muy pequeña, pero vas a descubrir en poco tiempo y espacio el encanto singular que desprende. Aquí se respira tranquilidad en cada zona o rincón, como en pocos lugares vas a encontrar.

—Es muy bonito —digo fijándome en las casas por las que pasamos.

—Hay tres pequeños y coquetos hoteles. Vamos a uno de ellos, como te he dicho el dueño es un buen amigo y hace bastante que no nos vemos.

—Perfecto, me va a encantar.

—No lo dudo.

Capítulo 28



Duncan

—La mayor parte de los habitantes se dedican a la pesca, no suelen dejarse ver hasta que llega la noche, donde se reúnen en los *pubs* que hay —continúo explicándole, mientras caminamos por una calle—. Es un lugar muy acogedor y como muestra de ello, debido a que los hoteles se llenan muy pronto, a lo largo de la calle principal de la localidad se extienden hileras de pequeñas viviendas en las que los vecinos ofrecen alojamiento. También hay algún albergue. Ubicado cerca del puerto hay un castillo en ruinas del siglo XIV.

—Cada sitio de la isla sobrecoge, sea por un motivo u otro —dice observando las fachadas de las casas.

—Todo tiene su encanto, sí —le agarro la mano.

No he tenido problema para aparcar, he ido directo a la zona en la que sabía que encontraría estacionamiento. Guio a Gladys por el centro, no

hemos tardado en llegar. Me hace gracia y disfruto viendo como dirige la mirada hacia todas las direcciones, mientras observa con atención.

—Es ese —le señalo el hotel.

—Oh, que mono —frunzo los labios, conteniendo la risa.

—Por dentro te va a gustar más —digo convencido.

Abro la puerta para darle paso y veo en su expresión la confirmación, en cuanto recorre el interior con la vista.

—Pero ¿qué ven mis ojos? —me giro a la derecha, hacia la voz animada de mi amigo Braden.

Es unos años mayor que yo. Nos conocemos desde hace mucho y da igual el tiempo que transcurra sin vernos, en cuanto nos encontramos es como si no hubiese pasado.

—Duncan, viejo amigo —se acerca con los brazos abiertos.

Acepto encantado su abrazo fuerte, el que le devuelvo.

—¿Cómo estás?

—Ya me ves —responde dándose un golpe en el pecho y sonrío de medio lado.

—Perfecto.

—Tú lo has dicho —ríe—. Perdón por mis modales —dice cuando fija la atención en Gladys—. Mi nombre es Braden.

—Encantada. Me llamo Gladys.

Se acerca a ella y solo por estar conmigo, la abraza como si la conociera de toda la vida. Gladys le corresponde sin dudar, con una gran sonrisa y no hace falta que le pregunte, sé que le ha caído bien.

—Es un placer. ¿Qué os trae por aquí? —Coloca una mano sobre mi hombro y hace un poco de presión.

—¿Sería posible comer? Cualquier cosa estará bien —comento y Gladys asiente.

—Hombre, eso no se pregunta —niega con expresión divertida—. Venís a la hora perfecta, estaréis solos —nos hace un guiño.

—No queremos molestar mucho, podemos ponernos en cualquier lugar que no sea el salón —se dirige a él, Gladys.

—No es ninguna molestia, es una satisfacción. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos —se dirige a mí con expresión de afecto y asiento—. Acompañadme.

Lo seguimos mientras nos guía por el interior del hotel, hasta el salón y la mesa a la que nos lleva, en la que retira una silla para que Gladys la ocupe. Ella se lo agradece con una gran sonrisa.

—Enseguida vengo con el mantel.

—Me ha gustado —me dice Gladys cuando nos quedamos solos, inclinada sobre la mesa.

—¿El sitio o mi amigo?

—Los dos —ríe y sonrío de medio lado.

—Es un buen hombre.

—Lo transmite —asiente.

—Y su comida es espectacular.

—¿Es el cocinero?

—Que no te escuche referirte a él de esa forma porque entonces empezará a contarte todas sus aventuras hasta llegar a hoy, para que entiendas que según él no se considera el gran jefe de la cocina, sino un artista con la comida que llega a sus manos.

—Ah, vale —se ruboriza.

—Ya estoy de vuelta —dice Braden cargando con el mantel, las servilletas y los cubiertos.

Lo coloca todo rápido y nos pregunta qué queremos de beber.

—¿Vino de la casa? —le pregunto a Gladys.

—Perfecto —acepta.

—¿Te unes a nosotros? —le propongo— ¿O te ibas ya?

—No quiero interrumpiros y sí, en cuanto salga de aquí voy a descansar para el turno de noche. Los chicos se encargan de los huéspedes, hasta la hora de la cena —se refiere a sus trabajadores.

—Hace mucho tiempo que no os veis, sería un placer que nos acompañaras —le dice Gladys.

—De acuerdo, te agradezco la consideración —le sonríe Braden—. Pues ahora vuelvo con tres copas y la botella de vino, así vais pensando qué os apetece comer.

—Duncan me ha hablado muy bien de lo que ofreces, por mi parte lo dejo a tu elección —comenta Gladys.

—Vaya, es un honor.

—Me uno a sus palabras —añado.

—Pues ahora pido que preparen la comida.

Cuando se aleja de nosotros Gladys dirige la vista hacia la cristalera, desde donde se ve una imagen cercana y perfecta del puerto.

—Enamora, ¿verdad?

—Sí —susurra—. Me encantaría vivir en cualquier parte de estas tierras.

—¿Te atreverías al cambio? —La tanteo.

—Lo que me une a España son mis amigos y el trabajo, pero lo último no me preocupa y no me frenaría.

—Estáis muy unidos.

—Sí —su expresión refleja el cariño que le provoca hablar de ellos—. Sobre todo, Nael y yo, nos conocemos desde niños, desde los ocho años. Ha sido un pilar muy importante para mí.

—¿En qué trabajas? —Tamborileo los dedos en la mesa.

—Estoy dentro del departamento de márquetin de una empresa.

—¿Te gusta lo que haces?

—No está mal.

—No lo dices muy convencida.

—Me permite vivir bien y me siento muy a gusto con mis compañeros y con mi jefe más directo.

—Pero no es un trabajo que te apasione.

—A veces he pensado en cambiar, en dirigir mi vida a la programación. Desde pequeña me llamó mucho la atención, pero no tuve la oportunidad de centrar mis estudios por ese camino.

—Nunca es tarde.

—Ya, pero cuando nos acomodamos cuesta mucho cambiar, y más si el salario es bueno.

—Lo entiendo, pero la felicidad de encaminarte hacia lo que deseas no es comparable.

—¿Tú lo hiciste con la arquitectura? ¿Es lo que te gusta? Hope me dijo que diseñaste el castillo con los pasadizos y los escondites para ella.

—Ya veo —niego con expresión divertida—. Sí, siempre tuve claro que la arquitectura iría por delante de cualquier otra cosa, aparte de dedicarme a ello, también tengo otras empresas que gestiono. Estoy muy pendiente de todo.

—Me alegro de que consiguieras lo que querías —asiente.

—¿Y por qué tú no puedes hacer lo mismo?

—Quien sabe, quizás algún día.

—El trabajo de programadora tiene muchas salidas, incluso sin la necesidad de moverte de casa.

—Lo sé. En algunas ocasiones he creado páginas *web*, pero solo lo he hecho como entretenimiento y pasatiempo para personas de confianza —se encoge de hombros.

—No creo que necesites muchos estudios para completar o añadir conocimientos.

—Siempre hay cosas interesantes para aprender, pero no me lo he planteado.

—¿Dónde vives exactamente?

Me comenta la ciudad y que está de alquiler en un piso un poco apartado del bullicio, pero no tanto como para estar alejada del centro.

—Quizás puedas ayudarme.

—¿En qué?

—Me gustaría que le echaras un vistazo a las páginas *webs* de mis empresas, incluida la de turismo. No tiene por qué ser estos días, estás de vacaciones, pero…

—Me encantaría —me interrumpe con los ojos brillantes.

No tenía pensado hacerle esa propuesta, me vale perfectamente como están, pero he tenido la necesidad de darle un empujón en lo que la hace ilusionarse como en este instante. Lógicamente se lo retribuiré.

—Perfecto, pues ya lo hablaremos —le hago un guiño.

—Vale —dice animada.

—Perdón por el retraso, estaba en la cocina —giramos las cabezas hacia Braden que camina hacia nosotros con una gran sonrisa.

—Tranquilo —comento.

Deja las copas en la mesa y descorcha la botella. Después de servir el vino en las tres, ocupa una silla y las cogemos para brindar.

—Porque esta inesperada sorpresa vuelva a repetirse pronto y a menudo —dice mi amigo y chocamos las copas.

—Esperemos que sí y que estemos los tres —comento mirando a Gladys por encima del borde de la copa.

—¿Cómo están Maisie y Hope? —me pregunta Braden— La princesita debe haber crecido bastante desde la última vez que la vi —hace una mueca.

—La próxima vez vendremos con ella.

—Joder, pues avísame con tiempo para prepararle dulces, espero que no haya cambiado en eso.

—No lo ha hecho, no —río—. ¿Cómo está Vika? Es su mujer —le aclaro a Gladys.

—Cuando se entere de que has venido voy a tener que aguantar durante una semana sus protestas —comenta con tono de humor—. Se fue hace unos días, ¿te acuerdas de su hermana Catriona?

—Claro —asiento.

—Pues está en el último mes de embarazo y no lo está llevando muy bien. Vika se quedará con ella en la última etapa.

—Joder, sí que ha pasado el tiempo —sacudo la cabeza.

—Tranquilo, bastante tienes con la rutina y las responsabilidades que te absorben —levanta la copa hacia mí y miro de reojo a Gladys, precisamente por la conversación que hemos mantenido sobre lo que acababa de decir Braden—. ¿Cómo os habéis conocido? —Nos mira a los dos, con curiosidad— Si me he pasado de confianzas te pido disculpas, Gladys. No hace falta que me lo digáis.

—No pasa nada y lo sabrás igualmente —le responde ella, con un poco de diversión en la voz—. Vine de viaje a Escocia y estoy en el grupo de Maisie.

—Ah, joder —se sorprende—. Hablas tan bien el idioma que no he pensado en ningún momento que fueras extranjera.

—Gracias.

—Es española —le aclaro.

—Me encantó tu país, fui con Vika hace un par de años.

—Me alegro, a mí me encanta el vuestro —reímos.

La conversación queda pausada cuando un camarero se acerca con una bandeja. Nos saluda mientras coloca los platos en la mesa, a mí con más confianza porque lo conozco, es uno de los primeros trabajadores que contrató Braden.

Cuando termina se despide deseándonos buen provecho y volvemos a quedarnos los tres solos en el salón.

—A ver qué te parece —le habla Braden—. Duncan ya sabe lo que se va a encontrar.

—Tiene una pinta exquisita todo —comenta ella.

—Adelante —la anima mi amigo.

—Yo ya me las apaño solo —digo provocando que él se ría.

La expresión de Gladys lo dice todo, cuando se lleva el primer bocado a la boca.

—Está delicioso —casi gime y tanto mi amigo, como yo, sonreímos.

—Gracias.

Mientras nosotros comemos Braden nos acompaña bebiendo de su copa. La conversación es amena y divertida, mientras nos ponemos al día. Hasta este momento no me he dado cuenta de cuánto echaba de menos estos ratos.

Braden se interesa por todo lo que ha visto hasta ahora Gladys y con las explicaciones de ella, deja más evidente la pasión que siente por nuestra tierra y lo que le enamora cada mínima cosa que descubre. Es tanta la pasión que le pone al hablar que mi mente vuela hacia donde no debe, porque la posibilidad que imagino, a la que en este instante quiero aferrarme, por sorprendente que me resulte, es demasiado tentadora.

Sé que supone mucho pensar en ello, como también que Gladys y yo solo llevamos unas horas juntos, increíbles esos sí, pero es tan breve el tiempo que no tengo más remedio que retener y acallar mis pensamientos, por mucho que quiera dejarlos en libertad.

Todo ha cambiado entre nosotros, ha sido inesperado y mejor me vale estar centrado, ya que me he decidido a dejarme llevar por ella y por la experiencia de los días que esté en Escocia.

¿Qué pasará después? No tengo ni puñetera idea y tampoco voy a perder el tiempo en analizarlo, por mi salud mental y porque sé que también afectará a mis hermanas, aunque sea de una forma diferente.

Capítulo 29



Gladys

—Voy —grito.

Estoy en el baño, acabo de salir de la ducha. Salgo a la habitación cubriéndome el pelo con una toalla, mientras camino hacia la puerta.

—Hola —saludo a Nael.

—¿Se puede? ¿Estás sola?

Me río cuando mira por encima de mi cabeza, buscando a cierto hombre que me ha apartado del grupo hace horas.

—Pasa —le pido.

Me sigue hasta el baño, es donde tengo la ropa, pero continúo con la toalla alrededor del cuerpo cuando me quito la que me rodea el pelo, para

peinarlo. Cuando lo tengo desenredado enciendo el secador y empiezo a secármelo.

—¿Cómo ha ido? —le pregunto mirándolo a través del espejo.

—Muy bien, después de comer nos separamos para ir a las habitaciones a descansar. También acabo de darme una ducha para espabilarme, pero esa pregunta tengo que hacértela yo —arquea una ceja.

—No creo que hayas descansado mucho —sonrío con picardía, pensando en Maisie.

—Se ha hecho lo que se ha podido —reímos.

—Duncan me ha llevado a un lugar que parece sacado de un cuento de hadas.

—Estábamos en el valle —frunce los labios, con expresión divertida.

—Ya, pero nos hemos alejado de la zona y a ese sitio solo acceden los lugareños. Es una cueva preciosa que está oculta para quien no la conoce, donde hay una laguna de agua caliente rodeada por vegetación y rocas, con árboles pequeños.

—Suena muy bien —asiente.

—Ha venido a buscarme preparado.

—¿Eso qué quiere decir?

—¿No te lo ha contado Maisie?

—Lo único que nos ha dicho es que estarías con Duncan, que había aparecido para buscarte y que pasaríais el día juntos. Después, cuando me he quedado a solas con ella en la habitación nos ha faltado tiempo para hablar —río.

—Nos hemos bañado en la laguna —me mira con picardía—. Sí, deja volar la mente que no te equivocas —le lanzo la toalla que coge al vuelo.

—O sea, que entre tú y él todo parece que ha terminado por encajar perfectamente, ¿no?

—Más que eso —suelto un pequeño suspiro, mirando mi imagen en el espejo.

—Me alegro mucho, Gladys.

—Lo sé, igual que yo por lo de Maisie —sonrío.

—Pensaba que continuaríais juntos.

—Nada más llegar al castillo uno de sus trabajadores ha salido a su encuentro —hago una mueca—. Le ha informado de que tenía una visita,

por lo visto hacía poco tiempo que había llegado y quien sea ha preferido esperar por si Duncan aparecía. Por su expresión he sabido, antes de que me lo dijese, que iba a atenderlo. Ha pasado una hora, todavía debe estar liado.

Apago el secador, lo guardo y me paso el cepillo de nuevo por el pelo.

—¿Y Maisie? —le pregunto.

—Ha ido con Hope —asiento—. Termina tranquila, voy al balcón.

Se separa del marco de la puerta y me visto rápido, por lo que enseguida estoy junto a él.

—Esto es una maravilla —comenta con la vista fija en el mar.

—Sí.

Apoyo la cabeza en su brazo y lo levanta para rodearme los hombros. Sonrío por el beso que me da.

—¿Estás feliz? —habla en tono bajo.

—Mucho. Hoy ha sido un día maravilloso, sorprendente y totalmente inesperado. ¿Y tú?

—Sabes que sí.

—Los dos lo sabemos hacia el otro, pero igualmente me has preguntado.

—La costumbre —reímos.

—Me gustaría parar el tiempo —susurro.

—Va a ser duro, ¿verdad?

—Sí —murmuro—. Mucho —coge una bocanada de aire.

—¿Habéis comido aquí?

—No, Duncan me ha llevado al pueblo de Kyleakin. Es muy pequeño, pero lo que transmite es increíble. Pasamos por él cuando llegamos a la isla, es el primer pueblo. Un amigo de Duncan tiene un hotel, en él hemos comido con la compañía de Braden. Te gustaría, me ha caído genial.

—Es una mierda que no podamos encontrar un, pero a algo —bufa y sonrío.

—No creo que lo hagamos —digo convencida.

Nos quedamos en silencio, cada uno nos metemos en nuestros pensamientos y ya os digo que son muchos y enfocados en una sola dirección, para los dos.

—¿Aroa y Leire se lo han pasado bien hoy?

—Como dos niñas pequeñas —me confirma—. Seguramente esta noche Maisie nos lleve otra vez al bar, las dos le han pedido que hable con sus amigos para un nuevo encuentro —se está refiriendo a Ramsey y a Calem —. Según ellas, no es justo que nosotros dos tengamos "mambo escocés" y ellas se queden mirando la vida pasar en estas tierras —soltamos una carcajada—. Todavía deben estar descansando.

—¿Gladys?

La voz infantil a nuestras espaldas hace que nos giremos. Hope está en el centro de la habitación, abrazando a una de sus muñecas. Ni idea si es Pit o Pat, para mí son idénticas.

—Eh, hola —digo al separarme de Nael, quien me sigue al interior.

—¿Tienes tiempo para jugar conmigo?

Le sonrío al ver la timidez con la que hace la pregunta.

—Claro —le acaricio la cara, antes de darle un beso.

—¿Cómo…? —Habla Nael y sé perfectamente lo que está pensando.

La puerta del armario está cerrada, Hope ha tenido cuidado en cerrarla antes de hacerse notar, y por la de la habitación no ha podido entrar.

—Ya tienes el camino libre para buscar a Maisie —le digo y por el giro que doy interpreta perfectamente que no es el momento.

—Mai se iba a duchar.

—Lo que he dicho —comento antes de reír.

—Os dejo para que juguéis, preciosas —dice mi amigo y Hope le regala una sonrisa precisa mellada, cuando él le hace un guiño.

—¿Pit o Pat? —le pregunto cuando Nael se va.

—Pat —ríe porque no las reconozco.

—Ah, vale. ¡Es que parecen gemelas! —continúa riendo— ¿Quieres que la peinemos?

—No —niega varias veces—. He venido a enseñarte los pasadizos.

—Oh, no puedo con la emoción —doy una palmada, provocando que vuelva a reír—. ¿Te has despertado bien esta mañana? —asiente— Perfecto. Voy a calzarme.

Hope se sienta en el borde de la cama y camino hasta el lateral donde dejé las deportivas, las que me pongo rápido.

—Ya estoy —me giro hacia ella.

—¿Te has divertido hoy? —me pregunta cuando va hacia el armario.

—No te lo imaginas, me he sentido como un hada en un mundo de fantasía. Ha sido increíble.

—Habéis ido al valle —deduce—. A mí me gusta mucho —se le iluminan los ojos.

—Sí. Te hace soñar despierta, ¿a qué sí? —asiente varias veces.

Me fijo en cómo desbloquea la lámina trasera del armario, pero lo hace tan rápido que me dejo algunos detalles sin comprender.

—A ver, repítelo —le pido.

—Es así —dice.

—Lo tengo —digo convencida.

Sale con cuidado por el hueco, hasta la escalera y la sigo observando maravillada lo que esconde el castillo.

—Hacia arriba solo se llega a mi habitación.

—Ok.

—Antes de llegar al final de la escalera están los pasadizos. Hay varios en diferentes direcciones, recorren todo el interior, hasta las cocinas.

—Guau, es una pasada. Ten cuidado.

—Yo voy bien, ten cuidado tú —ríe tapándose la boca con una mano.

—Tienes razón —la imito.

—¿Ves? —Señala hacia la izquierda, cuando llegamos a donde inician los pasadizos— No puedes perderte, todos terminan en esta escalera.

—Vale —le acaricio el pelo.

—¿Vamos a espiar a Can a su despacho? No está en su habitación.

Frunzo los labios al ver el brillo en sus ojos.

—¿A eso te dedicas? ¿Lo espías mucho?

—Alguna vez —contesta distraída y contengo la risa—, pero siempre me pilla.

—¿En serio?

—Sí —suelta una risilla—, siempre sabe cuándo estoy al otro lado, en el escondite.

—Vamos —digo decidida.

Tengo muchas ganas de verlo, aunque sea de esta forma. No estaremos mucho tiempo, será un visto y no visto para que no nos pille cotilleando porque doy por hecho que estará con la visita en su despacho. Espero que sí porque el castillo es muy grande y si Hope ha ido a su habitación y no lo ha encontrado…

Bajamos en silencio los escalones, con la cabeza de Hope, girando cada pocos pasos hacia mí. Tengo que hacer un esfuerzo para no reírme, tiene expresión pícara, como si fuese a cometer una travesura. En realidad, las dos vamos directas, pero sinceramente no creo que a Duncan le importe, y más cuando siempre sabe cuándo su hermana está al otro lado de las paredes gruesas de piedra. No entiendo cómo, pero dejo de pensar en eso cuando llegamos al final.

—Shhh… —Me pide silencio, con un dedo en los labios.

Asiento, divertida, y veo cómo toca la pared, en la que por cierto yo no veo ni distingo nada, pero ella consigue como por arte de magia encontrar y deslizar una minúscula tapa que le queda a la altura de los ojos. Hope lo hace con mucho cuidado, sin hacer ruido. Me pide que me agache para que vea lo que hay al otro lado. El espacio que ha abierto es muy pequeño.

—La entrada está ahí, a pocos pasos —susurra, señalando hacia la derecha, donde solo hay oscuridad—. Siempre miro antes, por si está trabajando.

—Eso está muy bien —imito su tono de voz.

Pegamos las cabezas y solo nos da para mirar con un ojo el despacho de Duncan. Es suficiente para verlo sentado en su silla, frente al escritorio. Contengo un suspiro, está tan perfecto como cuando nos despedimos, aunque su expresión es seria.

—¿Se te ha ocurrido de qué forma vamos a hacerlo? —dice el hombre que está sentado al otro lado de la mesa.

—Tengo que pensar bien en ello, para llevarlo y solucionarlo de la mejor forma —comenta Duncan, inexpresivo.

—¿Sabes quién es? ¿Del castillo? —le susurro a Hope en el oído. Como respuesta niega moviendo la cabeza.

Vuelvo a fijar la atención en el despacho.

—No entiendo cómo ha sucedido, es una de las posesiones más valiosas que teníamos. En cuanto se corra la voz…

Frunzo el ceño pensando en lo de valiosa y agrando los ojos. ¿Ese hombre se está refiriendo al jarrón que yo personalmente me encargué de romper en el Castillo de Dunvegan? De repente noto el sudor frío del miedo, ante la posibilidad de estar en lo cierto y de que mi metedura de pata pueda perjudicar a Duncan. Él le quitó importancia, pero ¿lo hizo solo para calmarme? Mierda…

—Por el momento solo lo sabemos tú y yo —le interrumpe Duncan—. Evita que nadie más se entere.

Se levanta despacio de la silla y empieza a caminar por el despacho. Parece pensativo y estoy tan concentrada en él y las vueltas que da, que no soy consciente de lo que está haciendo hasta que se para frente a nosotras.

Me tapo la boca para retener el grito de sorpresa.

—¿Puede vernos? —le pregunto a Hope y hablo tan flojo que por unos segundos dudo de que me haya escuchado.

—Sí, nuestros ojos —responde de la misma forma.

Una de las cejas de Duncan se arquea y las dos retrocedemos, para mirarnos.

—Pues sí que es verdad que siempre sabe cuándo alguien está aquí —murmuro.

—Te lo he dicho —dice Hope y se tapa la boca para no reír.

Después de un carraspeo por parte de Duncan, Hope empieza a cerrar la tapa con el mismo cuidado.

—¿Sucede algo? —le pregunta el otro hombre.

—Nada —es la respuesta tajante de Duncan.

De nuevo nos quedamos rodeadas del más absoluto silencio entre los muros internos del castillo, iluminadas por la tenue luz que hay a unos metros de nosotras. Pegadas a la pared de piedra, agradezco que Hope no note mis nervios, ella sonríe y me tranquiliza un poco verla.

—Vamos a continuar —dice animada.

Pasa por delante de mí, como si no pasara nada y empieza a subir la escalera.

Capítulo 30



Inquieta, así estoy, mientras doy vueltas por la habitación. Desde que escuché la pequeña parte de la conversación de Duncan con el hombre con el que estaba reunido, no he podido quitarme de la cabeza que yo soy la responsable del problema que tengan.

Hope me llevó por los pasadizos y junto a ella descubrí todas las zonas a las que dan. Lo disfruté, pero no tanto como me hubiese gustado.

Han pasado veinte minutos desde que se fue directa a la ducha, para prepararse para ir a cenar, y yo no he tenido ganas de salir de la habitación. Duncan no ha venido a buscarme, aunque espero que no continúe en su despacho a estas horas.

¿Cuánto dinero valdrá el jarrón que rompí? O mejor aún, ¿cuánto valor sentimental tendría para el clan MacLeod? Menuda pregunta la última, suelto un bufido, agobiada.

No he visto a mis amigos todavía, supongo que piensan que continúo con Hope. El único que puede deducir que no es así es Nael, si estaba con

Maisie y ella ha ido a ayudarla con el baño. A pesar de lo grande que es la habitación, en este momento me falta espacio y me siento enjaulada. Una tontería porque puedo salir a que me dé el aire, pero…

Fijo la vista en la puerta del armario, suelto un suspiro y tomo la decisión de aventurarme por mi cuenta en las zonas que me ha enseñado Hope. Necesito una distracción en la que esté sola, por lo que camino hasta el armario y lo abro.

Me meto dentro y una vez que me he asegurado de dejar bien encajada la puerta de madera, tanteo a oscuras la lámina trasera, recordando los movimientos que siempre hace Hope. Consigo desbloquearla y deslizarla, por lo que sonrío, pero la alegría me dura poco cuando salgo al primer escalón.

Coloco la lámina sin cerrarla del todo y empiezo a bajar. Las tenues luces se iluminan conforme voy pasando cerca de ellas. Voy directa al final, donde está al otro lado el despacho de Duncan. Cuando llego palpo la pared donde me parece que tocó, aunque me lleva bastante tiempo al final doy con algo que sobresale de la piedra y empujo hacia la derecha.

La tapa se desliza y soy lo más cuidadosa posible al moverla. De lo primero de lo que me doy cuenta es de que el despacho está en completo silencio. Miro hacia el interior, comprobando que la luz está apagada, pero que hay suficiente claridad gracias a la que entra por las dos ventanas.

No sé cuánto tiempo hace que Duncan se ha despedido del hombre con el que estaba reunido, quizás ahora se esté duchando. Pensando en eso miro

hacia donde Hope me ha dicho que está la entrada para acceder al despacho. No tengo la intención de entrar y tampoco sabría cómo hacerlo porque no tengo ni idea de cómo se abre, ni de dónde está exactamente. Quizás si me lo tomara con calma encontraría el mismo mecanismo que tiene la entrada a mi habitación, pero no voy a comprobarlo porque eso sería meterme más en la intimidad de Duncan y ya es bastante con que esté aquí escondida.

No sé cuánto tiempo paso observando el interior del despacho de nuevo, en completo silencio, pero todo cambia cuando suelto un grito, sobresaltada.

—Veo que le has cogido el gusto a hacer de espía, como mi hermana.

—¡Joder! —jadeo girándome hacia Duncan. Su cuerpo ocupa casi todo el espacio entre las dos paredes— ¿Cómo has llegado tan sigiloso?

—Flotando —dice tan tranquilo y agrando los ojos.

Mi imaginación va por libre, pero cuando veo el inicio de una sonrisa en sus labios me hace poner los ojos en blanco por la tontería que se me ha pasado por la cabeza.

Su expresión es relajada, tiene un hombro apoyado en una de las paredes del pasillo y las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Estaba en lo cierto con lo de la ducha porque debe hacer poco que ha salido de ella. A pesar de que no hay mucha luz, el pelo se le ve húmedo y está igual de impactante mirando hacia abajo, hacia mí.

—¿Cómo sabías que estaba aquí, o solo estabas dando una vuelta?

—Tus amigos están en el jardín, Maisie con Hope, he ido a buscarte a tu habitación y he visto mal colocada la entrada del armario desde esta escalera.

—Ah —cambio el peso del cuerpo de un pie al otro—. Lo siento —noto un calor intenso en las mejillas.

—¿El qué? —Arquea una ceja.

—Mmm… ¿Todo? —Me da por reír por los nervios y esta vez sí que tensa los labios en una sonrisa.

—No sabía que eras tan curiosa.

—Jo, ya te he pedido disculpas —hago una mueca—. Sé que no debo y que sería mejor no sacar el tema, pero… ¿Te he ocasionado algún problema?

—¿A qué te refieres exactamente?

Trago saliva cuando se aparta de la pared y empieza a bajar los escalones que nos separan.

—Cuando he venido con Hope, lo poco que he escuchado es que hay algún problema. El hombre con el que estabas te ha dicho que no entiende

cómo ha sucedido con una de las posesiones más valiosas que teníais. Parecíais preocupados —termino en un susurro.

Levanto la cabeza cuando se para delante.

—Olvídalo —me pide.

Eleva un brazo para apoyar la mano a un lado de mi cabeza y acorta toda la distancia entre nosotros. Inspiro con fuerza y el aroma de su perfume lo inunda todo.

—Pero… ¿es por el jarrón que rompí? —trago saliva— No creo que la vitrina importe, la verdad.

—Todo está bien —susurra sobre la piel de mi cuello.

—Duncan…

—¿Sabes lo que siempre he querido?

—Eh, no —carraspeo.

—Follar aquí —suelto un jadeo y noto sus labios tensarse sobre mi oreja —. Ahora no hay peligro, Hope no va a aparecer.

Me muerdo el labio inferior cuando coloca la otra mano en mi nalga y me empuja hacia su cuerpo. Su erección se clava en mi estómago y noto

pequeños escalofríos recorrerme.

—Esto… ¿Me estás distrayendo? —susurro.

—¿Voy por buen camino?

—Sí, la conversación puede esperar.

Dirijo una mano al bulto que tensa su pantalón y el pequeño gruñido que suelta me excita.

—No pares —me pide con la voz ronca, cuando empiezo a acariciarlo.

Apoya su frente en la mía y nuestros ojos se miran fijamente. Bajo la tenue luz que hay los suyos destacan porque vuelven a desprender tanta intensidad…

—Así que tu sueño, por así decirlo, es follar aquí.

—Sí —aprieta la mandíbula cuando presiono su erección.

—Pues es una suerte que me hayas encontrado a mí —arquea una ceja y frunzo los labios, conteniéndome para no reír—. Por cierto, todo lo que esconde este castillo es igual de impresionante que lo que se ve. Enhorabuena por el trabajo que hiciste, me ha encantado. Hope me ha hecho un recorrido por todos los pasadizos y también hemos espiado a Maela y a Effie en la cocina, mientras preparaban la cena —sonríe—. Por

cierto, ¿cómo te has dado cuenta de que estábamos aquí? No hemos hecho ruido.

—Pensaba que solo era Hope, hasta que he visto al otro lado de la apertura dos ojos de tonalidades diferentes.

Con una facilidad asombrosa me desabrocha el pantalón y cuando me doy cuenta lo tengo arremolinado en los tobillos.

—Solo íbamos a ver si estabas, no quedarnos a escuchar.

—Pero lo has hecho —me muerdo el labio inferior cuando aparta con varios dedos la goma de la braga.

—Sí, pero solo han sido unos segundos —jadeo por el primer contacto de la yema de sus dedos en el clítoris.

—Has sido mala, no se escuchan conversaciones ajenas.

—¿No? —niega— ¿Vas a castigarme? Si es como lo estás haciendo me dejo feliz.

—Me encanta lo mojada que estás ya —aprieta la mandíbula.

Me agarra de atrás de la cabeza y baja la suya. Sus labios caen sobre los míos con fuerza, acelerando aún más mis pulsaciones, mientras sus dedos acarician, frotan y se deslizan entre mis fluidos. Mis sonidos de placer

quedan amortiguados en su boca y tengo que agarrarme con fuerza a sus hombros al notar el temblor en las piernas.

Me aprieta contra la pared y me muero del gusto cuando sus dos manos se centran en mi zona íntima. Una tensa mi piel, abriéndola para volverme loca con el clítoris; los dedos de la otra entran y salen de mi interior. Arqueo la espalda clavándome su erección con más fuerza, mientras nuestros labios y lenguas se igualan en movimientos, intensidad y necesidad.

El orgasmo me arrastra con él sin remedio, mientras me estremezco entre los brazos de Duncan. Solo cuando la explosión de sensaciones desaparece, finaliza el beso. Me lame los labios, observándome fijamente.

—¿Me he ganado el perdón? —mi voz suena entrecortada.

—Vas por buen camino, pero todavía no.

Me da otro beso, este más rápido, pero igual de duro y fuerte que me deja jadeando.

Lo sigo con la mirada cuando se agacha. Me quita una deportiva y saca el pantalón de esa pierna. Desde abajo, arrastra la braga para que siga el mismo camino y cuando me besa el pubis y más abajo, demasiado al límite, suelto un gemido añorando su boca y su lengua en la zona que tantea.

No me lo da, se incorpora rápido, de la misma forma que se abre el pantalón y lo baja un poco, junto al bóxer, liberando su miembro duro, erecto y brillante. Vuelve a pegarse a mí y el calor que desprende esa parte

de su cuerpo y las palpitaciones que siento cuando da alguna sacudida contra mí, encienden toda mi piel.

Duncan no pierde el tiempo, me agarra de las nalgas y me impulsa hacia arriba. Le rodeo la cadera con las piernas y el cuello con los brazos y los dos jadeamos la punta de su miembro se desliza por mi humedad. Suelto un grito cuando entra en mi interior de una embestida fuerte, hasta el fondo. Su cuerpo está completamente en tensión, cada parte de él, y es una maravilla sentirlo de esta forma.

Durante unos largos segundos se mantiene quieto, llenándome, pero cuando empieza a moverse, con un ritmo frenético, con mi espalda apoyada en la fría pared de piedra y su cuerpo impulsándose desesperado, sé que no voy a durar mucho más porque todo es demasiado.

Y así es, vuelvo a dejarme llevar, con estremecimientos. Todo lo que se acumula en el centro de entre mis piernas estalla de una forma que me deja sin respiración, mientras Duncan continúa con su baile, embistiéndome con más intensidad y fuerza, alargando las oleadas de mi placer.

Nuestros sonidos hacen eco en la zona en la que estamos, envolviéndonos completamente. Después de unos minutos que disfruto todavía sintiéndolo, se corre con gemidos y algún gruñido, con la cara pegada a mi cuello. Cuando noto que se tranquiliza le acaricio la espalda, al menos la parte a la que llego en la postura en la que me mantiene sujeta.

Nos mantenemos unidos, mientras su respiración se normaliza. Pasados unos minutos separa la cabeza y acepto encantada sus labios suaves, en un

beso lento y largo.

—Es casi la hora de la cena —susurra—. Yo… —traga saliva.

¿El motivo? Se ha quedado parado al retroceder, con el miembro a mitad de abandonar mi interior. Parece que se acaba de dar cuenta de que no se ha puesto protección.

—No pasa nada —le digo para tranquilizarlo—. Llevo unos meses tomando anticonceptivos, por unos problemas con el periodo, aunque en unos pocos más los dejaré.

—Vale —suelta el aire de golpe—. Joder —sacude la cabeza—, con razón ha sido…

—¿Más increíble por la sensación de contacto directo?

—Vamos a dejar el tema porque cabe la posibilidad que no llegue a apartarme —carraspea.

Me muerdo el labio inferior al notar cómo su miembro ha vuelto a tensarse en mi interior.

Capítulo 31



Me estiro en la cama con una gran sonrisa. Noto en todo el cuerpo los efectos de haber pasado una noche increíble, aunque no he dormido casi nada. Duncan me ha mantenido despierta hasta altas horas de la madrugada.

Cuando nos separamos en las escaleras secretas, después de hacer realidad su deseo y de disfrutarlo ambos, me acompañó hasta la entrada de mi habitación. Me colé por el armario para asearme y cambiarme de ropa interior. No tardé mucho en reunirme con mis amigos antes de entrar al salón donde sirven la cena y tuve que aguantar las bromas de Aroa y de Leire, mientras Nael reía con ganas por sus ocurrencias.

Ocupamos la misma mesa de siempre y les expliqué el día tan mágico que había vivido, en todos los sentidos. A esas alturas ya no hacía falta que les contara como fue mi primer encuentro con Duncan, el que no salió muy bien y provocó que terminara llorando en los brazos de mi amigo. Entre unas cosas y otras todas las veces que tuve la intención de hablar con ellas, lo dejé pasar por algún motivo y ya ha perdido importancia el inicio que tuvimos.

Duncan entró en el salón pocos minutos después. No miró en mi dirección, fue directo junto a Maisie. Ya me había comentado que evitaría lo máximo posible el contacto desde la distancia, por el resto del grupo. A mí me dio igual porque sabía que en cuanto terminara la cena, volveríamos a estar juntos.

Durante el tiempo que duró, nuestras miradas se encontraron en bastantes momentos. Creo que las únicas que se dieron cuenta fueron Chiara y Greta, normal, estuvieron tan pendientes de Duncan que al final sumaron dos más dos y acertaron, aunque yo no les di a entender nada, ni siquiera por sus gestos divertidos para que se lo confirmara.

Quise respetar la decisión de Duncan porque lo entendía, lo único que hice hacia Greta y Chiara fue mirarlas con expresión divertida y añadir algún encogimiento de hombros, indicándoles que no comprendía lo que querían hacerme entender. Poco más. Mis amigos y Maisie se fueron al terminar la cena, se dirigieron al bar para encontrarse con Ramsey y Calem. Al final Aroa y Leire se salieron con la suya y no dudo de que consiguieron hacer algún avance con ellos.

Aun no lo sé porque todavía no he salido de la habitación. Duncan vino al poco tiempo, elegimos quedarnos y separarnos de ellos. Él habló con Maela para que se quedara con Hope en su habitación, aceptó encantada porque tanto ella, como Effie, adoran a la pequeña. Bueno yo creo que todos los que trabajan y viven en el castillo lo hacen, es imposible que Hope no enamore.

Igualmente, antes de irse Maisie, me aseguró que podíamos estar tranquilos porque cuando regresara del bar, en cuanto Nael la dejara libre, ella sustituiría a Maela y se quedaría con Hope el resto de la noche.

Me he despertado sola en la cama y el baño está vacío, por lo que Duncan ha debido irse temprano. Supongo que, con el día anterior libre, se le habrá acumulado el trabajo y hoy no lo veré hasta el final de la tarde.

Me incorporo y compruebo la hora en el móvil. Hace pocos minutos que ha sonado la alarma y tengo tiempo de sobra para darme una ducha rápida, como me gusta para espabilarme y empezar el día. Maisie nos informó durante la cena de que a las ocho nos veríamos en el jardín de la entrada del castillo, como siempre, para ir directos a disfrutar de los juegos de las *Highlands* en la ciudad de Portree, así que me levanto de un salto, animada por la experiencia que nos espera.

Ha llegado el día y me río sola mientras saco la ropa que voy a ponerme. Nael no tiene ni idea de la sorpresita que he preparado junto a Maisie, os la imagináis, ¿verdad? Estoy deseando que llegue el momento y ver las caras que pone mi amigo, durante mucho tiempo.

Cuando hablé con ella apartada del resto y le expliqué lo que quería conseguir, se le iluminaron los ojos de una forma… Si ya sé yo lo que un *kilt* es capaz de conseguir y provocar, y Maisie se creó la imagen al instante. Poco le faltó babear, motivo por el que nos reímos bastante.

Todo está en marcha, pero esperaremos a que Nael desayune tranquilo, para que no se le indigeste la comida antes de tiempo. Vuelvo a reírme

debajo del agua y me doy prisa para terminar, evitando mojarme el pelo porque lo tengo limpio.

Cuando me he secado el cuerpo me pongo frente al espejo, hacía mucho tiempo que no me devolvía el reflejo de la felicidad y es que así me siento desde que completé de una forma maravillosa con Duncan mi viaje a Escocia.

Me sonrío a mí misma y voy a la habitación a vestirme. He dejado la ropa encima de la cama. Me pongo la ropa interior, un pantalón cómodo y un jersey que combina perfectamente. Compruebo la hora mientras me calzo, quedan cinco minutos para las siete, hora en la que me reúno con mis amigos para desayunar con calma, menos el anterior que Maisie nos llevó a desayunar a mitad del recorrido.

Cuando estoy lista me pongo la chaqueta acolchada y me guardo el teléfono y el monedero en los bolsillos. No sé para que he traído varios bolsos y la mochila, a este paso no utilizaré los dos primeros y la última sí, pero cuando tenga que viajar de regreso a España. Al pensar en ello mientras salgo de la habitación se me forma un nudo en la garganta, pero la voz de Nael consigue que me distraiga.

—¿Hambrienta?

Caminó hasta él y me cuelgo de su cuello, haciendo que ría.

—Mucho —le doy un beso sonoro en la mejilla.

—Eso significa que la noche ha dado para mucho.

—No te lo imaginas —reímos.

—La mía también estuvo muy bien —acompaña a sus palabras con un guiño.

—¿Y qué tal…?

No llego a terminar la frase para preguntarle por cómo les fue a Aroa y a Leire, la respuesta me llega de golpe cuando las dos puertas de las habitaciones de mis amigas se abren al mismo tiempo, como sincronizadas. Por ellas salen Calem y Ramsey y frunzo los labios cuando nuestras miradas se encuentran.

—Ahí tienes la respuesta —dice con humor Nael, sabe perfectamente qué iba a preguntarle.

—Buenos días —Calem es el primero en hablar—. Hola, Gladys. Me alegro de verte de nuevo.

Se acerca a nosotros y se inclina para darme un beso en la mejilla, el que le devuelvo encantada. Nael y él se dan la mano.

—Buenos días —digo—. Igualmente, chicos.

Ramsey también nos saluda con palabras e imitando a su amigo.

—¿Os quedáis a desayunar? —les pregunta Nael.

—No puedo retrasarme mucho, tengo varias cosas pendientes —responde Ramsey.

—Yo estoy libre durante toda la semana —comenta Calem, sonriente—. Aunque después de desayunar también tengo un par de cosas que hacer.

Las puertas vuelven a abrirse. Primero aparece Aroa con una imagen radiante, al cabo de pocos segundos sale Leire, con otra casi idéntica. Contengo la risa al ver los gestos que hacen a las espaldas de Ramsey y de Calem, acaban de dejarnos claro a Nael y a mí, cómo les ha ido la noche. Genial, maravillosa y excitante, por si os lo preguntáis.

Los seis recorremos el pasillo y bajamos las escaleras mientras me explican lo bien que les fue la noche en el bar. No hacía falta, solo hay que verlos y las miradas que intercambian mis amigas con los amigos de Duncan y Maisie. Al final la noche ha sido movida para todos y mi felicidad aumenta.

Cuando entramos en el salón Ramsey, para a tomarse un café rápido con nosotros, pero en menos de diez minutos se despide de Leire con un beso en los labios que lo dice todo, por si no nos había quedado claro.

—¿Hoy qué vais a hacer? —nos pregunta Calem.

—Vamos a Portree, a disfrutar de los juegos de las *Highlands* que se realizan allí —le responde Nael.

—Hemos tenido mucha suerte al coincidir con la fecha —dice Leire, dando varias palmadas, animada.

Aroa se ríe con ganas y el resto la miramos divertidos.

—Interesante, os va a gustar la experiencia —comenta Calem.

Después de tomarnos el primer café nos levantamos todos para llenar nuestros platos con comida consistente, para aguantar las horas que tenemos por delante hasta el mediodía.

Maisie no nos comentó si comeremos en Portree, ya que estaremos allí o si lo haremos cuando lleguemos al castillo. No tengo ni idea de cuánto tiempo durarán esos juegos.

Coloco en mi plato una tostada, un poco de embutido, una pieza de fruta y vuelvo a la mesa.

—Imagino que tú has estado allí —me dirijo a Calem, cuando regresa con su comida.

—Sí, muchas veces —sonríe—. Hacen varios espectáculos: de danza típica y de música. El ambiente es festivo, uno muy bueno y animado.

—¿Cuánto duran los juegos? —le pregunta Nael.

Ya estamos otra vez todos sentados a la mesa.

—Un poco más del mediodía, pero depende, puede alargarse si hay empates.

—O sea que es como una competición —dice Aroa.

—Sí, entre algunos de los que representan a los clanes —afirma Calem y Leire silba.

—¿Se ven muchos *kilts*? —Pregunta como si nada Aroa.

—¿Te interesa de una forma especial? —La mira con picardía Calem.

—¡No me digas que tienes uno! —jadea.

—Podría ser, o siempre puedo conseguirlo. Te recuerdo que estamos en Escocia —ríe él.

—Joder… —Hace un puchero.

—Buena cosa le has dicho —frunzo los labios.

—Vamosss… ¿Me vas a decir que no te gustaría que Duncan se pusiera uno? —sonríe con picardía Aroa.

—Es su elección, pero sí, me tendría rendida a sus pies —aclaro y todos reímos.

Maisie entra en el salón con una gran sonrisa y nos saluda con la mano. Antes de unirse a nosotros va por un café.

—Buenos días —ocupa una silla entre Nael y Calem.

Le devolvemos el saludo matutino y Aroa y Leire no pierden el tiempo para hacerle preguntas sobre el día que nos espera.

—No voy a deciros nada —niega—, prefiero que lo descubráis poco a poco —les hace un guiño al ver los pucheros que ponen las dos.

—¿No quieres desayunar algo más? —le pregunto al ver que no tiene la intención de comer, solo de tomarse el café.

—No, Effie me ha preparado un sándwich para el camino. He venido a estar un rato con vosotros antes de irnos, pero ahora subiré con Hope.

—¿Cómo ha pasado la noche? —Me intereso.

—Muy tranquila —sonríe—. Cuando sustituí a Maela me dijo que no se había despertado desde que se durmió. Conmigo tampoco, esta noche ha sido buena para ella.

—Me alegro —le devuelvo el gesto.

—Creo que Maela y Effie van a tener que intercalar las noches para cambiar de habitación —comenta con tono de humor Calem, refiriéndose a que los hermanos van a estar muy ocupados.

—Les tendré que hacer un regalo —comento y río.

No sé si Duncan ha hablado con sus amigos del día de ayer que pasó conmigo, pero si no ha sido él, mis amigos o Maisie se habrán encargado de ponerlo al día, al igual que a Ramsey. Supongo que se extrañaron al no vernos en el bar y una cosa llevó a la otra.

—Ni a hablar, si ellas lo hacen encantadas —me quita la intención Maisie —. Más de una vez tengo que frenarlas porque nos piden a Duncan y a mí, que descansemos en nuestras habitaciones —niega sonriente.

—Son como unas madres para los tres —añade Calem, con satisfacción.

—Tú no te escapas, ni Ramsay tampoco, recuerda la última vez que hiciste una trastada y Maela te persiguió por los pasillos del castillo con una sartén en alto.

Todos reímos con ganas al imaginar la situación que acaba de comentar Maisie.

—Bueno, me voy ya —comenta levantándose.

En el salón solo estamos nosotros, el resto del grupo suele aparecer poco a poco cerca de las siete y media, pero todavía faltan unos minutos.

Nael la agarra de una mano y tira de ella, para sujetarla de la nuca y besarla. El beso puedo calificarlo de pasional, mi amigo no se corta, pero no tiene por qué hacerlo si es lo que desea, y es precisamente lo que deja ver ante todos. No puedo evitar ilusionarme al mirarlos y cuando Maisie se separa y veo el rubor en la mejilla que queda hacia mí, mi sonrisa no puede ser más grande.

Ella le da otro beso, rápido, y él le susurra algo acariciándole los labios, antes de que se aparten. De repente, ante la escena, me entran unas ganas irrefrenables de llorar y tirarme al suelo para retorcerme. En cambio, cojo la taza de café y doy varios sorbos, porque la otra imagen de mí no tendría desperdicio.

Me encantan, son tan perfectos y encajan tan bien. Y no porque los dos sean guapísimos, aquí no entran las apariencias que tengas, sino los sentimientos que transmiten y empiezan a desbordarlos.

Mi amigo sigue con la mirada a Maisie y cuando desaparece por la puerta se encuentra con la mía. Me hace un guiño, gesto que le devuelvo, por lo que los dos sabemos sin necesidad de palabras que todo está y va perfecto.

También me doy cuenta de la cara de satisfacción que muestra Calem y teniendo en cuenta que adora a Maisie y que la considera de su familia…

Capítulo 32



—No os separéis del grupo —nos pide Maisie antes de bajar del minibús —. Habrá mucha gente, si por cualquier motivo os despistáis, justo enfrente de la gran explanada donde realizan los juegos hay un bar con terraza. Quedaos ahí, será el punto de encuentro. ¿Vale?

Todos afirmamos con gestos y palabras.

—Pues vamos, toca disfrutar de otra forma de la esencia del país —nos hace un guiño.

Nos levantamos de los asientos y río por la impaciencia de mis amigas. Cogen la delantera pasando entre nuestros compañeros de viaje, sorteándolos, los que las miran divertidos. Si no son las primeras en bajarse del minibús, después de Maisie, poco les falta.

—Menudo día me espera —se lamenta Nael, pero en su voz se nota el humor.

—No lo sabes bien —suelto una carcajada.

Me mira desconfiado, con una ceja arqueada, por lo que me callo para no delatarme. Ay que ver, es como si lo guiara siempre una intuición especial hacia mí, aunque me pasa lo mismo con él, así que…

Keir, el conductor, en esta ocasión nos acompaña. Se pone a nuestra espalda cerrando el grupo.

—¿Sueles venir? —le pregunto, cuando me pongo a su lado.

—Sí —asiente y su sonrisa lo dice todo—. Cada año. Es un evento que mueve a mucha gente, os daréis cuenta enseguida de la cantidad de personas que hay hoy en Portree. Ni punto de comparación con lo que os encontrasteis la primera vez que vinimos.

Mi percepción de que es un bonachón, una buena persona, hace unos días que lo confirmé con mis amigos.

—Imagino que es un acontecimiento especial —comenta Nael, desde su otro lado.

—Correcto, es motivo de celebración y los clanes encuentran la oportunidad perfecta para retarse —sonríe de medio lado.

—¿Tú te vas a poner un *kilt*? —me da por preguntar.

Me mira como si hubiese escuchado la barbaridad más grande de su vida y no puedo evitar reír.

—En público no —dice tajante—. En casa es otro tema, mi Grace siempre me reserva muchas cosas cuando me lo pongo.

Nael y yo intercambiamos una mirada pícara, pero no decimos nada para no poner nervioso a Keir.

—Así que tienes uno —continúo.

—Todo escocés que aprecie sus raíces es propietario de un *kilt* o de varios —asiente con satisfacción.

Aceleramos un poco el paso, al quedarnos retrasados. Seguimos al grupo con Maisie a la cabeza, la que gira de vez en cuando, buscándonos. Leire y Aroa van junto a ella.

—¿Por qué te ha sonreído de esa forma? —Pregunta Nael.

—¿Quién? ¿Yo? —habla Keir.

—No —le aprieta un hombro mi amigo—. Desde que hemos salido del castillo he visto más de una miradita y sonrisa entre Maisie y Gladys, y me pregunto cuál será el motivo.

—Muchacho, hay cosas que es mejor no saber hasta que suceden —río por las palabras de Keir.

Tiene tanta razón, si es que me lo comería a besos de forma paternal.

—Estoy de acuerdo —dice mi amigo, pensativo—. Es mejor hacerse el tonto y que no lleguen a suceder nunca —me mira de reojo.

—¿No quieres vivir aventuras fantásticas? —Lo tanteo.

—Estoy perfectamente así, gracias —entrecierra los ojos.

—Mmm… Yo creo que la recompensa sería muy, pero que muy satisfactoria.

—¿Qué estás tramando? O, mejor dicho, ¿qué estáis tramando?

—¿Yo? ¿Nosotras? ¿Qué dices? —Me hago la sorprendida.

—Muchacho, no tienes nada que hacer —comenta Keir, con una pequeña sonrisa de medio lado.

Mi amigo suelta un bufido, Keir una carcajada y yo voy felizmente al lado de ellos, dando pequeños saltitos al caminar. Nael no me pierde de vista, alertado ya por lo que es muy posible que se encuentre. ¿Cuándo? Pues en cuanto lleguemos y Maisie saque de su pequeña mochila lo que tan bien guarda y le va a quedar a Nael.

Recorremos las calles de la ciudad, mientras Keir nos comenta que el lugar en el que se celebran los juegos está a las afueras. Vamos directos a una gran explanada de tierra, rodeada por árboles y algunas vallas. Conforme nos acercamos la vemos, o más bien a todas las personas que están concentradas en la zona.

Se me va la vista mirando de unos a otros, de la cantidad que hay. Con razón Maisie ha remarcado un punto de encuentro por si alguno nos despistamos, punto que localizo al instante. La terraza del bar se distingue perfectamente y que no hay ninguna mesa libre, también.

Al llegar junto a la gente empezamos a sortear a mujeres, hombres y niños, siguiendo al grupo. Keir no se separa de nosotros y nos pide que vayamos delante de él, para tenernos controlados. Sonrío porque parece un padre protector y Nael y yo, dos pequeños a los que no se les puede quitar la atención de encima.

Me agarro del brazo de mi amigo y hacemos una pequeña barrera para avanzar, hasta que nos paramos cuando llegamos donde están todos.

—Tenemos reservados asientos en esa grada —la señala—. Está cerca, vamos.

Volvemos a movernos, pero esta vez es Nael el que me guía, mientras yo me distraigo mirando hacia la gran explanada. Hay varias superficies de madera y artilugios encima y colocados en línea sobre la tierra. La gran

mayoría no los he visto en mi vida, otros me suenan, pero no tengo ni idea del nombre que reciben. Por el momento no hay nadie dentro del espacio.

Me fijo en los altavoces que están repartidos estratégicamente por la zona, en alto. De ellos sale una música típica y tradicional de Escocia, al menos así la identifico. Todo el conjunto me pone los pelillos de punta.

—Estás disfrutando, ¿eh?

Giro la cabeza hacia Nael.

—Sí, ¿tú no?

—También, solo con lo que transmite todo el conjunto es digno de ver —asiente.

—Te quiero —apoyo la cabeza en su brazo.

—Yo te lo diré cuando acabe el día, ¿ok? Ya veremos si sigo queriéndote para bien o para mal.

Suelto una fuerte carcajada, risas que le contagio y terminamos los dos riendo. Hasta Keir parece que se ha enterado y escuchamos su risa a nuestras espaldas.

Después de varios minutos subimos una plataforma de madera y varios escalones, los que nos llevan a dos hileras largas de asientos. Ahora es

cuando me lanzaría a mis amigas para darles besos porque al ir en cabeza con Maisie se han sentado en primera fila con ella y tienen nuestros asientos reservados. Keir nos sigue, dirigiéndose hacia el asiento libre del otro lado de Maisie. Ella también se lo habrá guardado. El resto del grupo se reparte entre los que quedan en la primera fila y en la segunda.

—Aún quedan unos quince minutos para que empiece —comenta Maisie, girándose en el asiento para mirarnos a todos—. Detrás de las gradas hay varios baños móviles, también encontraréis repartidos por la zona. Están alejados del bullicio. Ahora vengo —dice levantándose—. Keir, te quedas al mando.

—Aquí me encontrarás —asiente él y se gana un beso en la mejilla de Maisie.

A pesar de que debe hacer mucho tiempo que se conocen y que él trabaja para Duncan, se sonroja por el gesto cariñoso de Maisie.

—¿Me acompañáis? —nos pide a Nael y a mí, pasando la mirada de uno a otro.

—¿Dónde? —Pregunto para hacerle ver a mi amigo que no tengo ni idea.

—Quiero enseñaros una cosa —dice en tono bajo, inclinada hacia nosotros.

Nael no dice nada, simplemente mueve los ojos de una a otra, desconfiado.

—¿Nael? —le insiste Maisie, cuando yo estoy de pie junto a ella.

Le ofrezco una mano, como si no pudiese levantarse por sí mismo. Dirige la mirada a mi palma y se queda observándola, la que por cierto está muy bien. Ya solo se ven las marcas de los cortes que me hice con los cristales, menos uno de la otra mano que todavía no está cerrado del todo, pero poco le falta.

—¿A qué esperas? —le pregunta Leire, observándonos con curiosidad.

Cuando nuestros ojos se encuentran se tapa la boca al intuir que tramamos algo, pero corrige rápido la postura, justo cuando Nael gira la cabeza hacia ella.

—¿Qué? ¿Le has cogido el gusto al asiento? —Le insiste ella.

—Que sepáis que sea lo que sea, vais a pagar todas.

—¿Con unos azotes sensuales y cariñosos? —suelta Aroa, para después reír junto a Leire.

Al final Nael deja de resistirse y se levanta, sin ayuda de mi mano. Pasamos por delante de Keir, quién le levanta el pulgar a Nael, provocando que mi amigo bufe y resople varias veces, pero al menos nos sigue en silencio.

Vamos detrás de Maisie, hasta que llegamos a la parte trasera de las gradas. En esta zona no hay nadie, todos están por delante y cerca de las vallas que separan la zona de los juegos.

—¿Ahora qué? —pregunta Nael, cruzando los brazos.

—Tengo una cosa para ti —dice Maisie mientras se quita la mochila que lleva colgada a la espalda.

Nael me mira fijamente, con una ceja arqueada.

—Va a ser divertido —hago un puchero con los labios.

—Para vosotras, ¿no? Dudo que para mí lo sea —eleva la otra ceja.

Nos centramos en Maisie cuando se agacha para apoyar la mochila en la poca hierba que hay en esta zona. Es automático, Nael empieza a maldecir cuando ve el estampado de la tela que coge Maisie. Cuando la saca, él se está pasando las manos por la cabeza.

—Vas a estar divino —dice ella, ofreciéndole el *kilt*.

—No me fastidiéis —se queja sin cogerlo.

—Nos vas a hacer muy felices, sobre todo a Maisie —le digo, lo último capta su atención—. No sabes cómo se puso cuando le expliqué mi idea —levanto las cejas varias veces, de forma graciosa.

Nael dirige la vista hacia ella. Se ha ruborizado y por la forma en la que lo mira…

—¡Joder! —dice sacudiendo la cabeza, pero le quita el *kilt* de la mano— Espero que merezca la pena.

—Te lo aseguro, me voy a encargar muy bien de ello —le asegura Maisie —. Aquí, donde podamos.

—¿Aquí?

—Conozco varios escondites perfectos —se muerde el labio inferior.

Da igual lo que le digamos a partir de ahora, ya lo ha convencido. Río y aplaudo cuando se coloca el *kilt* por encima del pantalón, mostrando por fin una expresión divertida. A mí, dándome por perdida, por si os interesa la puntualización. Maisie está como yo, así que terminamos los tres riendo.

Nael se baja el pantalón y se lo quita. Lo guarda en la mochila de Maisie y las dos lo miramos con admiración y emoción.

—¿Qué tal? —nos pregunta no muy convencido.

—Impresionante, ahora te quiero infinitamente más —jadeo, provocando que vuelva a reír.

—Estás…

Maisie no hace falta que termine de decir las palabras que ha dejado en el aire, solo hay que verla y Nael lo hace perfectamente. En el momento en el que la agarra del brazo y tira de ella, para pegar su pecho al de él, paso por el lado de ambos, justo cuando sus bocas se devoran.

Suelto una carcajada cuando mi amigo suelta un gruñido, después de darle una palmada en el trasero. Nael puede mezclarse entre los escoceses que irán vestidos de la misma forma que ya os digo que nadie notará la diferencia entre unos y otros.

Más que satisfecha, regreso a los asientos de la grada y en cuanto me siento al lado de Leire, para dejarle el que ocupé al principio a Nael porque sé que las manitas de Maisie van a volar al *kilt* de mi amigo, les cuento a Aroa y a Leire cómo aparecerá Nael. Sueltan varios jadeos y se quedan impacientes por verlo, mientras la fuerte carcajada de Keir al escucharme me hace reír, uniéndome a él.

En cuanto nuestro amigo aparece junto a Maisie todo el grupo le silba, le aplaude y le dice piropos, lo que provoca más risas.

De repente se escuchan varios sonidos fuertes y repetitivos por los altavoces, los que nos dice Maisie que dan comienzo a los juegos. Todos prestamos atención hacia la explanada, expectantes por ver cómo se desarrollarán.

En dos hileras de uno, hombres vestidos con *kilt* entran marcando el paso y desde donde estamos no vemos el final de cuántos son.

Capítulo 33

—Madre mía. ¡Son muchos! —dice Aroa, sorprendida.

Todos los hombres que representan a los clanes ocupan gran parte de la explanada, vestidos con sus *kilts*.

—He perdido la cuenta y la vista, hay varios de un mismo clan —comenta Leire, recorriendo con la mirada el espacio inmenso que tenemos delante.

Nuestra posición central en un lateral y el estar sentados en primera fila es un privilegio. Todos estamos esperando a que inicien los juegos, mientras la música se escucha por encima de los murmullos de las personas.

Frunzo los labios cuando miro de reojo hacia Nael y Maisie. Ella tiene la mano colocada en la pierna de él, sobre la piel al final de la falda. A mi amigo no parece que le afecta el cambio de temperatura al no llevar el pantalón, más bien diría que ahora mismo está encantado, sobre todo, cuando Maisie empieza a mover la mano en pequeñas caricias.

Ya mismo lo que Nael sentirá será fuego, uno por el que desaparecerán los dos en cualquier momento, para saciarlo de una forma muy placentera. Desvío la atención cuando dejo de ver la mano de Maisie y solo se aprecia cómo asciende por debajo de la falda. Mi amigo se tensa conforme ella va avanzando, al mismo tiempo que él le quita la mochila y se la coloca sobre el regazo para que pase inadvertida la situación, señal de lo que quieren los dos.

Van a disfrutar de unos juegos espectaculares, y ahora no me estoy refiriendo a los de las *Highlands*, sino a los suyos particulares. Nael va a besar el suelo por el que piso durante un tiempo, por mi idea del *kilt* y por haberme empeñado en que se lo pusiera, a pesar de sus protestas.

Retengo una carcajada por ese motivo y en cambio me centro con una gran sonrisa en todos los miembros del clan que esperan en la explanada. La distancia que me separa de los más alejados es bastante, los que son la mayoría, por lo que me entretengo en observar los diferentes estampados y colores de sus *kilts*.

—Ya empieza —dice impaciente Aroa.

Un grupo de hombres y mujeres aparecen caminando en fila de dos hacia el centro, vestidos todos con ropas tradicionales escocesas. Cuando se detienen, la música de los altavoces cambia y empieza a sonar otra melodía distinta, mucho más fuerte. Los murmullos se acallan de golpe y por unos mástiles se alzan poco a poco las banderas de cada clan.

En el momento en el que todas llegan al mismo tiempo arriba y se ondean en el aire, nos damos cuenta de que los hombres y las mujeres que esperan en el centro de la explanada son bailarines. Empiezan a interpretar una danza, coordinados, provocando aplausos y silbidos entre los asistentes a la celebración.

Los participantes se mantienen haciendo un círculo grande alrededor de ellos, erguidos, serios y concentrados en lo que ven, orgullosos de las banderas que los representan. La escena es emocionante y consigue ponerme el vello de punta. Es increíble la pasión, el respeto y la admiración que transmiten por sus orígenes.

—Joder, joderrr… —dice Aroa, con un pequeño grito ahogado.

Nos sobresaltamos todos, incluidos Maisie y Nael que dejan de hacer manitas por debajo del *kilt* mágico que lleva mi amigo.

—¿Qué? —le pregunta Leire.

—Mierda, ¿aquel no es Calem? Ay, que me da, ¡qué me está dando! —Se abanica con las manos y por lo que se refleja en su expresión no queda mucho para que suceda lo que ha dicho.

Tiene las mejillas rojas y la respiración un poco alterada, mientras mueve las manos señalando hacia donde cree que ha visto a Calem e intercalando los movimientos para darse aire con fuerza.

—Es muy difícil encontrar a alguien aquí, como no seas más específica diciendo la zona en la que crees que está… —digo, haciendo un recorrido por todos los espectadores, pero es imposible dar con uno en concreto por los que hay.

—Joder, delante, en la explanada —jadea.

Arrugo el ceño y la miro.

—¿Cómo?

—¡Qué es un participante! Ay, que no se va a librar de que pase hoy para que salte sobre él con el puñetero *kilt* —vuelve a jadear.

Todos, sorprendidos, buscamos en el lugar correcto. Agrando los ojos al encontrarlo a lo lejos, desplazado un poco hacia la izquierda. Como ha dicho Aroa, Calem va vestido con un *kilt*. Está en silencio y serio, honrando la danza.

La risa nerviosa de Maisie provoca que todos giremos las cabezas hacia ella, por lo que Nael aprieta la mochila sobre su falda, aprisionando la mano que no saca Maisie. Apuesto a que ya ha llegado a la parte interesante caliente y dura y la tiene muy bien colocada por encima del bóxer. A no ser que Nael se lo haya quitado… Nota mental, tengo que saberlo sí o sí, por simple curiosidad de las costumbres, no penséis mal.

Keir se mantiene en silencio, observando el espectáculo frente a él, lo único que me hace saber que también está disfrutando del que estamos

dando nosotros es la curva de sus labios.

—Sí. Calem participa cada año en los juegos representando a su clan, el MacLean —nos aclara Maisie.

Aroa suelta otro jadeo, tan fuerte que no dudo de que la han escuchado todos los que ocupan la grada y gran parte de las personas que la rodean. Al menos no estamos llamando la atención de los participantes, siguen concentrados y no desvían la vista de lo que se desarrolla cerca de ellos.

—La virgen —susurra Leire—. Esta noche vas a dormir muy feliz —le da un codazo a Aroa, la que todavía no ha podido cerrar la boca por la sorpresa.

—No es el único, Ramsey está posicionado hacia la derecha. Los separan once hombres —continúa Maisie.

Esta vez es a Leire a la que se le salen los ojos, buscándolo. Cuando lo ve se lleva una mano al pecho, pero no es capaz de pronunciar ni una palabra.

—¿A qué clan pertenece Ramsey? —le pregunta Nael, observando divertido la escena.

—Al MacDonald —responde ella y todos volvemos a asombrarnos.

—Oh, ¡qué bonito! Su clan y el vuestro fueron enemigos durante vete a saber cuánto tiempo y ahora sois inseparables —lloriquea Aroa,

dirigiéndose a Maisie.

Ella suelta una carcajada y le cuesta parar de reír, antes de hablar de nuevo.

—Agradecemos que hace muchos años que los tiempos cambiaron —le contesta con un guiño.

—Entonces… —Trago saliva prestando más atención desde la distancia a las caras de los participantes, que son muchos.

—Duncan está a siete posiciones de distancia de Ramsey —confirma Maisie en tono más bajo, aclarando mi duda.

—Madre mía —dice Leire, y se tapa la boca ante el espectáculo nuevo que se presenta ante nosotras.

Cuando lo localizo tan imponente o más, en apariencia y seriedad, me recorre de todo por el cuerpo. Bueno, buenísimo, aunque no creo que haga falta la aclaración.

—Hay tres participantes de cada clan, Duncan es uno de los que representan cada año al nuestro, el MacLeod.

—¡Qué fuerte! Y ninguno nos ha dicho nada —comenta Aroa sin alzar mucho la voz, pasando la mirada de unos a otros, dando saltos entre los tres.

—No les gusta hablar de ello, para nosotros es un día importante y ceremonial. No sé cómo explicarlo mejor, e igualmente los tres sabían que estaríamos aquí, así que…

—Por eso Ramsey no se ha quedado a desayunar con nosotros y Calem ha estado el tiempo justo —comenta pensativa Leire.

—Sí —confirma Maisie.

—Está impresionante —susurra Aroa, con la vista fija en Calem.

Lo mismo piensa y le sucede a Leire, no puede dejar de admirar a Ramsey, aunque no haga ningún comentario. Yo no me quedo atrás, solo me falta babear mientras contengo las ganas de saltar la pequeña baranda de la grada para correr hasta Duncan y subirme encima de él. Entonces sí que se formaría un gran espectáculo, uno muy diferente.

—Está increíble, ¿verdad? Impacta —se dirige a mí, Maisie, entre susurros al referirse a su hermano.

—Sí —susurro—, pero lo van a reconocer y Duncan no quiere que los turistas lo asocien al clan —miro disimuladamente a los de nuestro grupo que están sentados en la fila de atrás, por suerte hay bastante espacio de separación y por lo que veo todos están entretenidos con el espectáculo.

—Es difícil que desde aquí lo distingan si no saben lo que buscan, hay mucha distancia —dice Maisie tranquila y tiene razón.

Busco con la mirada a Greta y a Chiara, es evidente que están emocionadas. Se tapan las bocas, ríen, cuchichean, pero no lo hacen por alguien en concreto, sino por todo en general.

Los siguientes minutos alterno la atención entre la danza y Duncan, hasta que los bailarines dan por finalizada la actuación y a nuestro alrededor estallan aplausos que inundan toda la zona. Después de desearles suerte a los participantes de los clanes se marchan como aparecieron, dejando el lugar en completo silencio porque la música de los altavoces ha parado con el final.

Los hombres de la explanada sueltan un grito al unísono que retumba en todo el espacio abierto y seguidamente se movilizan, rompiendo el círculo que habían formado. Hacen pequeños grupos por clanes y sigo con la vista a Duncan, continúa con semblante serio y por lo que aprecio es el único que habla, mientras sus dos compañeros de equipo lo escuchan con atención.

Al final intercambian varios comentarios y justo cuando caminan hacia una esquina, la música vuelve a sonar por los altavoces, pero esta vez como al principio. El volumen es medio tirando a bajo, imagino que para no desconcentrar a los participantes.

Las camisetas que cubren la parte alta de los cuerpos de todos varían en colores, eso sí, combinados perfectamente con los de los *kilts* para que estos sean los que destaquen. Duncan lleva una lisa de color blanco, por lo que su atuendo resalta aún más.

No puedo apartar la vista de él, cuando se mueve para realizar la primera prueba, junto a otros competidores. Supongo que se repartirán entre los tres de cada clan e irán alternándose, eligiendo las pruebas que mejor se les dé para conseguir la victoria.

Las personas empiezan a animar el ambiente, con gritos y palabras de ánimos, mientras se desarrolla un ejercicio de fuerza y precisión, delante de todos. Aplaudo por el resultado de cada uno, pero con el que obtiene Duncan mis manos se mueven más rápido, aunque me contengo para no llamar mucho la atención y que sobresalga por encima del resto.

Y, aunque no me lo esperaba, justo cuando llega caminando junto a sus compañeros del clan, después de que lo feliciten por cómo ha realizado la prueba, gira la cabeza hacia la grada, hacia el punto exacto donde estamos nosotros.

¿Me ha hecho un guiño? Ay, que no lo sé, por la distancia que nos separa no tengo claro si ha sido mi imaginación o una realidad cuando me ha localizado. Da igual, me quedo con el guiño imaginario y le regalo una gran sonrisa que espero que él si pueda ver con claridad.

Si algo está latente desde el principio es que tanto los espectadores como los participantes se toman la celebración como algo festivo y nadie, sin excepción, arremete con un mal comentario ni ponen malas caras haciendo diferencias entre los clanes. Hay competitividad porque es lógico que busquen la victoria, pero en un entorno sano y de respeto, y lo transmiten perfectamente.

Capítulo 34



Duncan

—Hasta que no finalicen los juegos te tengo mucha manía —dice Calem, a unos pasos de distancia de que llegue junto a ellos.

Ramsey está a su lado y suelta una carcajada por las palabras de nuestro amigo, risas a las que me uno.

—Debes trabajar más en el mal perder que tienes, todos los años te sucede lo mismo —comento con tono de humor.

—Es que eres muy rabioso, tío, podrías fallar en alguna prueba, ¿no? —se queja, pero su voz y su expresión no se corresponden con el significado de sus palabras.

—Quizás me lo plantee algún año —le hago un guiño.

Por el momento, a falta de cuatro pruebas, mi clan MacLeod va en cabeza con una diferencia de tres puntos. Aun es demasiado pronto para

adjudicarnos la victoria, pero mis amigos ya se lo ven venir y como cada año, se meten conmigo. En plan de broma, sobra decirlo.

—Hoy has estado mucho más motivado —Ramsey se dirige a Calem, antes de beber un sorbo de agua de la botella.

—Yo también he visto el cambio, tu *kilt* danzaba de un lado al otro, más de lo normal —cojo la botella que me ofrece Ramsey y bebo un buen trago.

—¿Qué puedo decir? Me he venido arriba al saber que hay una espectadora en particular disfrutando de mi espectáculo —nos hace un guiño.

—Vas a tener *kilt* para rato —ríe Ramsey y nos unimos a él en las risas.

—Espero darle más uso que una vez al año —comenta animado Calem—. Y no creo que sea el único —sonríe con picardía.

Apoyo el final de la espalda en la valla y dirijo la vista hacia la granda. Está justo enfrente de nosotros, a bastante distancia, y ahora completamente vacía. Estamos en el último descanso y todos los espectadores se han movilizado, algunos para comprar alguna bebida refrescante o comer algún tentempié, y otros para mover las piernas.

No falta mucho para que el día de los juegos finalice, eso si no hay ningún empate que lo alargue. Bebo otro trago de agua, recorriendo con la mirada los grupos de personas que caminan a lo lejos. Sé que Maisie ha llevado al grupo al único bar que hay próximo a esta zona, para que compren bebidas

o coman lo que quieran, aunque tendrán que hacerlo de pie o desde la misma grada que han abandonado.

Es imposible encontrar hoy una silla libre en la terraza del bar, y menos durante los descansos en los que muchos hacen cola para comprar al menos una botella de agua.

Me pregunto que habrá pensado Gladys al saber que yo participaba en los juegos y qué ideas se le habrán pasado por la cabeza.

—Voy a moverme para no enfriarme —les digo, colocando la botella a los pies de Ramsey.

—Te acompañamos, nos vendrá bien —se anima Calem, pero sé cuál es su propósito, el de seguir contoneando el *kilt* por si Aroa lo ve.

Lo miro con expresión divertida y sacudo la cabeza. Ya me han explicado lo bien que les fue anoche en el bar y en las habitaciones de las amigas de Gladys, donde se han despertado esta mañana.

Salimos de la explanada saltando la valla y nos mezclamos entre los espectadores y algún participante. No nos paramos con nadie, simplemente nos dedicamos a saludar a cierta distancia a los que conocemos de vista o un poco más en profundidad.

A la primera que localizo es a mi hermana Maisie, pero no está sola, abraza a Nael.

—Se nos ha enamorado —comenta Ramsey, al fijarse en ella también.

—Espero que no llegue a tanto —susurro.

Su sonrisa radiante y sus gestos hacia Nael en vez de provocarme alegría consiguen todo lo contrario. Noto una punzada interior porque sé cómo va a terminar la aventura a la que no ha podido resistirse. No es la única.

Me he prometido a mí mismo no pensar en ello, ni en el después de cuando se vayan todos, o más bien me he impuesto bloquear todo tipo de pensamientos negativos que me llevarían por un camino muy distinto. Yo mismo lo voy a vivir y a enfrentar, una vez pasen los días hasta que Gladys y sus amigos se vayan de la isla de Skye y de Escocia, definitivamente.

—No le des vueltas a la cabeza —me pide Calem, serio de repente.

—No soy el único que piensa en ello —lo miro de reojo.

Los tres sabemos de lo que hablamos, así que sobran los detalles.

—Vamos a centrarnos en cómo mueve el *kilt* para llamar la atención de Aroa —dice Ramsey, señalando a Calem.

—Yo prefiero imaginar lo que sucederá dentro de unas horas —ríe el aludido.

—¿Cómo lo lleváis? —Me intereso y tampoco hace falta que les aclare a qué se debe mi pregunta, lo captan al instante.

—Demasiado bien en tiempo récord —responde Ramsey, con la vista hacia delante.

—Si lo hubieses visto anoche… no podía apartar las manos de Leire —carraspea Calem.

—No hables solo por mí, que tú te igualabas con Aroa —arquea una ceja —. Y por si no te diste cuenta, fue cosa de dos, de Leire también.

—Estamos jodidos —confirma Calem, con una mueca entre la diversión y la realidad.

—Duncan más que nosotros, ¿me equivoco? —Se dirige a mí.

—No quiero hablar del tema —corto de raíz, para no cabrearme y que me cambie el carácter.

—No lo pongas nervioso que como falle en alguna prueba de las que quedan nos echará la culpa por boicoteárselas —ríen los dos.

Me quedo en silencio, mientras ellos aprovechan para hacer varios comentarios más, a cada cuál más divertido, pero en este momento, aunque los escucho, no me apetece sonreír ni reír. Me paro de golpe y mis amigos hacen los mismo, a la vez que siguen la dirección de mi mirada.

—Ve, tienes tiempo de sobra —me anima Ramsey.

Gladys está apartada, entre dos árboles. Tiene la atención puesta en el móvil. Observo a su alrededor buscando a alguna de sus amigas cerca, pero no veo a ninguna.

Empiezo a moverme en dirección recta hacia ella, dejando a mis amigos atrás. Los últimos metros me desvío del camino que he tomado para no llegar de frente y camino sigiloso, hasta que me paro a su espalda. Le rodeo la cintura con un brazo y pego su cuerpo al mío, al mismo tiempo que camino hacia atrás, llevándola conmigo.

Su primera reacción es soltar un jadeo por la sorpresa, pero se recompone rápido al saber quién la arrastra para salir de la vista de los demás.

—Hola —le susurro al oído.

—Hola —suelta un suspiro.

Gira la cabeza y nuestras caras quedan separadas por pocos centímetros.

—Enhorabuena —me felicita.

—Aún no ha terminado —sonrío de medio lado.

—Pero vais ganando y no has fallado en ninguna prueba hasta ahora —se muerde el labio inferior.

—¿Sorprendida de encontrarme aquí?

—Mucho, no me lo esperaba.

Suelto una carcajada cuando echa hacia atrás un brazo y palpa con la mano el *kilt*. Inspiro el aroma de su perfume combinado con el de ella, era todo lo que necesitaba para aplacar todas las dudas que me han asaltado en unos segundos. Solo con sentir el calor de su cuerpo, lo bien que encaja contra el mío, a pesar de la ropa, mirar directamente y tan cerca a sus ojos, consigue que me calme y que vuelva a encontrar el sentido a lo que estamos haciendo.

Ahora mismo no podría apartarme de ella, aunque me forzara a ello, a pesar de que lo tendré que hacer en breve, pero no sin antes…

Giro su cuerpo entre mis brazos y la alzo, para caminar sorteando algunos árboles. Busco tener un poco más de privacidad y cuando encuentro el lugar perfecto la bajo al suelo, pero no separa los brazos alrededor de mi cuello, por lo que me inclino hacia ella cuando toca el suelo con los pies.

—Estás impresionante —susurra casi rozándome los labios con los suyos.

—Tú también.

—¿Yo? —ríe.

—Sí —gruño, antes de buscar su boca.

Estoy seguro de que percibe el beso como enfurecido, pero es por la desesperación y la necesidad fuerte que siento de querer hacer algo que en este instante no puedo permitirme. Nuestros labios y lenguas se mueven al compás, con la misma intensidad y desenfreno, hasta que nos separamos con las respiraciones agitadas.

Apoyo la frente en la suya, viendo todos los pequeños detalles de sus ojos, los que no se aprecian a una distancia normal. Aprieto la mandíbula cuando siento sus manos a ambos lados de la cadera y curva la espalda, pegando su pecho al mío.

—Como no paremos voy a ser el gran espectáculo de este año —susurro.

—¿Tú crees? —me besa la mandíbula y suelto el aire de golpe.

—¡Tú dirás! Voy a presentarme ante todos y a las siguientes pruebas con el *kilt* abultado donde tiene que estar liso.

Sonrío por la carcajada que suelta. Me retiro un poco, deslizando un mechón de su pelo hacia atrás.

—¿Te está gustando?

—Mucho —asiente.

—Me alegro —me inclino para darle un beso rápido en los labios, demasiado para mi gusto.

—¿Cómo ves el final? ¿Crees que ganareis? La situación os favorece.

—Por ahora vamos ganando, pero puede cambiar con algunos resultados negativos en las pocas pruebas que quedan hasta el final. No apuesto por nada, pero tengo la esperanza de que continuemos como estamos —hago una pausa—. ¿Qué haces? —Arqueo una ceja.

Parece, no, está palpándome el trasero, pero de una forma como si buscara algo.

—Es curiosidad —dice entre risas.

—Curiosidad… Que yo sepa sabes muy bien lo que se esconde debajo del *kilt* —ladeo un poco la cabeza.

—Estupenda y maravillosamente —sonríe con picardía—, pero hay una duda universal que está relacionada con esta faldita tan mona que llevas, la que te queda de infarto, por cierto —se muerde el labio inferior.

—Sí, ¿eh? —frunzo los labios— ¿Puedes compartir conmigo esa duda?

—Estaba intentando notar las gomas del bóxer —dice, haciendo esfuerzos para no reír—. Quería saber si vas cubierto, o lo llevas, ya sabes, al aire —suelta una carcajada.

—¿En serio?

—No sé cuáles son las costumbres cada vez que lo lleváis puesto.

Jadea cuando doy los pocos pasos que nos separan del árbol más cercano y su espalda se encuentra con dureza del tronco, con mi erección presionando en su barriga.

—Depende —susurro sobre el lado de su cuello.

—¿De qué? —Se estremece.

—Mete las manos.

—¿Estás seguro? Has dicho que…

—Ahora —la insto para que lo haga, aunque no va a encontrar lo que espera.

Le rozo el cuello con los dientes, mientras noto como cuela las manos por debajo del *kilt*. No paro de acariciar su piel con los dientes, hasta que llego al lóbulo de su oreja y me paro.

—Vaya decepción —suelta un suspiro y río con ganas.

—¿Qué esperabas, que no llevara ropa interior en un torneo en el que tengo que moverme mucho? —le susurro al oído— No sería muy cómodo, ¿no te parece?

—Ya —me aparto para ver su expresión y sonrío.

—En otras ocasiones puede que no lleve nada.

—¿De verdad? —Agranda los ojos.

—Tal vez —le hago un guiño y reímos—. Vete ya, necesito recomponerme y contigo cerca no puedo —le pido.

—Vale —me acaricia la mandíbula con los dedos—. Mucha suerte para la última parte.

—Gracias.

La beso de nuevo porque no puedo contenerme ni resistirme, pero me separo rápido, acomodándome la erección por encima del *kilt*. No se pierde ni un detalle de los movimientos de mi mano y ante mi gruñido sale corriendo, riendo. Mientras se aleja de mí me quedo como un tonto, sonriendo, siguiéndola con la vista, hasta que se mezcla con las personas que ya empiezan a llenar otra vez la zona.

Cojo una bocanada de aire y lo expulso de golpe. Me tomo unos minutos en soledad, hasta que por debajo del *kilt* todo se normaliza y me dirijo hacia una zona por la que, rodeando a la multitud, llego antes a la explanada. Les sonrío a mis amigos mientras me acerco a mis compañeros y me río solo, por los gestos que hace desde la distancia Calem, para pedirme que afloje en lo que queda de la competición.

No voy a hacerlo, lo sabe de sobra, al igual que Ramsey. No por nada, si alguno de los clanes de ellos estuviese cerca del mío en la clasificación, no me importaría cederles de forma disimulada la victoria, pero no es el caso y el clan que nos pisa los talones no quiero que nos gane.

No me llevo mal con los tres que participan representándolo, pero como decirlo, tampoco son de mi agrado total. Así que, es lo que hay.

Capítulo 35



Gladys

—Ha sido una pasada —dice Leire, todavía emocionada.

Caminamos por el camino central del jardín que nos lleva hasta el castillo. Ya estamos de vuelta, pero solo tengo cerca a mis amigos, el resto del grupo ha entrado. La gran mayoría están en el salón preparados para comer porque han ido directos, algunos han subido a sus habitaciones un momento, como han informado antes de bajarnos del minibús.

Maisie se ha separado de nosotros porque nada más llegar se ha quedado hablando con Keir, el conductor, y hemos visto como un hombre del personal del castillo se acercaba a ella. Se ha ido con él, así que en cualquier momento aparecerá en el salón, hacia el que nos dirigimos.

—Totalmente de acuerdo —confirmo las palabras de Leire, con una sonrisa.

El clan de Duncan ha sido el vencedor, por lo visto un año más en el que acumulan una nueva victoria. Me he emocionado y he gritado, animando junto a todos los demás el esfuerzo que los ha llevado a ganar. Estoy deseando felicitarlo en persona, a poder ser en la intimidad. Los juegos han finalizado con otra actuación, en la que los mismos bailarines del principio han hecho gala de una maestría espectacular de danzas de tiempos pasados.

También ha sido muy emocionante, con el retumbar de los tambores y el sonido de las gaitas en directo. En esa ocasión no ha sonado música por los altavoces. Todos los participantes se han estrechado la mano y han felicitado a los tres ganadores, antes de abandonar la explanada. Es la última vez que he visto a Duncan, mientras caminaba junto a Ramsey y a Calem.

—Ha sido una buena experiencia —comenta Nael y lo miro de reojo.

—¿Cuál de todas? —le pregunto con picardía.

Todavía lleva el *kilt* puesto, parece que le ha cogido el gusto o más bien diría que está esperando a quitárselo en presencia de Maisie, aunque también cabe la posibilidad, una muy grande, de que sean las manos de ella las que tiren de esa faldita tan mona que le queda perfecta a mi amigo.

—¿Quieres que te responda? —Arquea una ceja, con expresión divertida.

—No hace falta —suelto una carcajada.

Riéndonos todos traspasamos la puerta del castillo y nos dirigimos directos hacia el salón. Leire y Aroa dan por hecho a lo que nos referimos, así que no necesitan aclaración. La risa se me corta de golpe y frunzo el ceño al escuchar un sollozo fuerte de alguien que está llorando. Todos mis amigos reaccionan de la misma forma, lo que provoca que nos paremos y observemos la zona de la entrada y de la escalera.

—¿De dónde ha venido? —pregunta en tono bajo Aroa.

—No lo sé —digo pensativa.

Volvemos a escuchar el lloro de la persona, o más bien de una personita porque al prestar atención la diferencia es notable. La sangre me hierve al instante al saber que es Hope la que está llorando, es la única menor del castillo, y ahora sí que sé de dónde vienen los sonidos.

—¿Qué mierda…? —Dice Nael, al identificarla también.

Empiezo a caminar con paso ligero hacia el pasillo que lleva al despacho de Duncan, pero me paro de golpe cuando el cuerpo menudo de Hope aparece corriendo. Mueve las piernas tan rápido y se aferra a lo que tiene contra el pecho con tanta fuerza, que cocha con mi cuerpo.

—Eh —me pongo de rodillas, para quedar a su altura—. ¿Qué pasa, cariño? ¿Por qué lloras así?

—Gladys —hipa, hablando entrecortada por el llanto.

—Tranquilízate, ¿qué pasa? —Insisto, nerviosa.

Noto la presencia de mis amigos detrás de nosotras. Se mantienen en silencio, observándonos.

—Me ha roto a Pit —llora más.

Bajo la mirada a lo que abraza con fuerza. La cabeza de su muñeca no está donde debería, la sujeta apartada del cuerpo.

—¿Quién? —Me tenso.

Levanto la cabeza y miro fijamente hacia la puerta del despacho de Duncan. Hope la ha cerrado de golpe al salir corriendo, no tengo ni idea de quién está dentro, lo que supone un gran problema. Primero porque Duncan no está aquí y no ha invitado a quién sea para que entre en su lugar privado, y segundo porque le ha hecho daño a Hope, a través de su muñeca, y a saber con qué más.

—No lo sé. Es malo —hipa.

—Cariño, cuéntame bien que ha pasado —le pido hablándole con la voz lo más calmada posible.

—He terminado de comer con Maela —susurra—. Me ha dicho que subiera a mi habitación, que en un rato venía.

—Sí —le sonrío, mientras le retiro las lágrimas de las mejillas, aunque no sirve de nada, enseguida se le mojan de nuevo.

—Estaba subiendo las escaleras, pero he visto a un hombre entrar en el despacho de Can —frunce los labios, con mucha tristeza—. Tendría que haber avisado a Effie o a Maela, no sé porque he abierto la puerta solita.

—Shhh… —La abrazo y esconde la cara en la curva de mi cuello.

—Cuando he abierto he visto al hombre caminar por el despacho de Can y le he dicho que no estaba, y que no deja que nadie esté ahí sin él. Me ha dicho cosas feas y me ha quitado a Pit. Le ha arrancado la cabeza —llora con más intensidad, desconsolada.

—Te prometo que vamos a curar a Pit y va a quedar como nueva. Se va a recuperar —le susurro.

—¿Sí? ¿Puedes salvarla? —me pregunta con esperanza, cuando se separa para mirarme a la cara.

—Déjame ver —alargo las manos para que me dé las partes de la muñeca, lo que hace al instante, confiando en mí—. Mmm… —digo después de observar que no será difícil conseguirlo—. Tenemos que trabajar las dos en las curas, pero sí, vamos a hacer que se ponga bien —se le agrandan los ojos húmedos—. Nael…

—¿Sí?

Giro la cabeza hacia él. Está tenso y su expresión refleja la rabia que siente, aunque no es el único, Aroa y Leire lo igualan.

—Lleva a Hope y a Pit a mi habitación, no sé cuánto tardará Maisie —le pido.

—Por supuesto. ¿Qué vas a hac…?

—Llévala —lo interrumpo—. Ve con Nael, cariño, enseguida voy a curar a Pit —le doy un beso en la frente, todavía está temblando.

—Vale —me sonríe.

Su sonrisa es una mezcla entre la tristeza y el miedo que todavía siente, y la alegría que le he dado por su muñeca.

—Ven aquí, pequeña —le dice Nael.

Se agacha para cogerla en brazos y Hope se acurruca, conozco perfectamente la sensación que transmite la protección de mi amigo, por eso Hope se aferra a él con fuerza, con su muñeca escondida entre sus cuerpos.

—Ten cuidado.

Esa advertencia la leo de los labios de Nael, porque la dice sin voz. Asiento para que se vaya tranquilo.

—Nos quedamos contigo —dice con decisión Leire, con los puños apretados a los lados de su cuerpo.

—Podéis ir al salón a…

—Cállate —me corta Aroa y sonrío, a pesar del mal cuerpo que se me ha quedado por Hope y por la situación.

Me incorporo y camino por el pasillo decidida, sin perder de vista la puerta del despacho de Duncan. Leire y Aroa lo hacen junto a mí, formando las tres una barrera. Agarro el pomo con una rabia increíble y abro la puerta de golpe, lo hago con tanta fuerza que choca con la pared, sobresaltando al desgraciado que está dentro.

—¿Quién eres? —pregunto con brusquedad, dando varios pasos en el interior.

—¿Quién lo pregunta? —utiliza un tono despectivo que me gusta menos que él.

Recorre mi cuerpo con los ojos, pero no es el único, me paro unos segundos a observarlo bien, con desprecio. Calculo que tiene entre cincuenta y cincuenta y cinco años, aproximadamente, puede variar, pero no es un dato que me importe lo más mínimo. Aunque tuviese ochenta saltaría sobre él con la misma mala leche, por la maldad que ha utilizado contra una niña pequeña.

Su ropa se ve de calidad, tanto el pantalón como el abrigo, incluyendo el calzado. Tiene el pelo de color castaño, engominado y peinado hacia tras. Varios mechones canosos salteados destacan, mientras sus ojos me miran con desconfianza y con algo más que sé interpretar perfectamente. Ahora mismo se siente acorralado, pero todavía tiene la suficiente confianza de que va a salir bien de esta situación. Un gran error por su parte pensar eso.

—No te importa ni lo vas a saber —respondo con una sonrisa de medio lado—. Eres tú el que tienes que contestar porque estás allanando una propiedad privada que no te pertenece. Este despacho tiene dueño y me pregunto qué haces aquí cuando él no te ha invitado a entrar. ¿Quién mierda te crees que eres para asustar a una niña y hacerle daño? —siseo dando otro paso— Suelta esa puñetera carpeta sino quieres perder la mano.

—¿Me estás amenazando? —pregunta en tensión.

—Si eres un poco inteligente lo interpretarás de esa forma.

—No he hecho nada —dice lanzando la carpeta encima de la mesa.

—Lo has hecho todo —lo señalo y vuelvo a acortar la distancia—. Me pregunto si el dueño del despacho y de este castillo te conoce, o has aprovechado para venir un día en el que sabías que no estaría, para hacer las mierdas que querías. Has tenido mala suerte porque los juegos han terminado antes, nos han dicho que a veces se alargan varias horas más. ¿Quién narices eres? —escupo con rabia.

—Estás haciendo demasiadas conjeturas —sisea.

—Y tú me pareces repugnante y no te lo suelto a la cara.

—Acabas de hacerlo —aprieta la mandíbula, tensando la espalda.

—¿En serio? Ups, mala suerte —ladeo un poco la cabeza—. ¿Vas a hablar? Me estoy cansando de esta situación.

Lo veo venir antes de que suceda, pero no logro anticiparme lo suficiente. De un movimiento rápido coge algo contundente de la mesa y me lo lanza. Consigo esquivarlo a tiempo, pero Aroa no, a pesar de que aviso a mis amigas con un grito, al instante. Escucho su fuerte quejido y me giro rápido, viendo cómo le sangra la ceja y se tambalea. El líquido rojo resbala rápido por su mejilla.

Leire suelta otro grito, alarmada, y se lanza hacia Aroa, al igual que yo. Nuestra amiga está a punto de caerse al suelo, pero la mantenemos en pie entre las dos.

—¿Cómo estás? —le pregunto nerviosa.

—Muy mareada y con dolor —susurra llevándose la mano a la cara.

Se la agarro para que se no toque.

—¿Qué está pasando?

Effie aparece en el hueco de la puerta, con expresión asustada y desconcertada al ver la escena. Justo en ese momento de distracción escucho el cierre de la ventana abrirse y giro rápido la cabeza. Maldigo al ver a ese tío saltar por el hueco y no me lo pienso, salgo corriendo para seguirlo.

—¡Gladys! —grita Leire, preocupada.

—¡Cuidad de Aroa! —les pido.

Espero que no necesite puntos, pero si es el caso tienen que buscar a Maisie para que la lleve a algún centro médico para que la atiendan.

Salto por la ventana y caigo en la hierba de pie, la distancia es mínima. Miro hacia todos los lados del jardín, buscando a mi objetivo. Cuando lo localizo corriendo hacia un lateral, entre los árboles, muevo las piernas todo lo rápido que puedo, en una carrera desesperada para que no se me escape.

Por suerte o por desgracia he vivido las suficientes situaciones y cosas malas como para saber defenderme y atacar, durante muchos años de mi vida adulta me he preparado para ello. No estoy indefensa, así que no me preocupa enfrentarme cara a cara con ese desgraciado, con el que voy acortando la distancia.

Mi respiración se vuelve pesada por el esfuerzo, hace más de un mes que dejé apartado el deporte, pero no me freno. Salto varios arbustos, sorteo árboles y rocas que hay salteadas sobre el terreno y cuando dejo atrás la arboleda, salgo con más velocidad hacia donde ese hombre corre hacia un

coche. Maldigo, al mismo tiempo que me paro y agarro una piedra mediana que llena la palma de mi mano.

Continúo mi carrera, calculando que me va a dar tiempo llegar hasta él antes de que se esconda en el vehículo y huya de aquí. No he conseguido ni un mísero nombre para poder advertir a Duncan, pero la cara de ese desgraciado no se me va a olvidar en la vida, lo que será algo insignificante con lo que Duncan no podrá hacer nada.

Quizás Effie… Lo ha visto, lo mismo lo ha reconocido o yo qué sé. Aparto todos los pensamientos de la cabeza y me centro en lo que tengo por delante.

Unos metros más, me digo casi sin respiración. Unos metros más para lanzar la piedra con todas mis fuerzas al cuerpo del impresentable que va por delante de mí. Sé que puedo alcanzarlo y si la suerte está de mi lado, no fallaré. Tengo muy buena puntería, pero dada la situación y las pocas opciones que tengo, el desenlace puede ser diferente al que deseo.

—¡Gilipollas! —le grito con todas mis fuerzas, para que sea muy consciente de que voy detrás de él y de que no se va a librar tan fácilmente de lo que ha hecho y provocado.

Para mi sorpresa obtengo una reacción de su parte, se para en seco y empieza a girarse lentamente. El destello de algo metálico en una de sus manos hace saltar mis alarmas por completo, por lo que con la facilidad que me ha dado al pararse, y antes de que se vuelva del todo hacia mí, posiciono el cuerpo y me impulso, lanzando la puñetera piedra hacia él.

Capítulo 36



Su fuerte quejido llega hasta mí alto y claro, y cuando empiezo a correr de nuevo sonrío satisfecha. He conseguido darle con la piedra en un hombro, el del brazo contrario con el que mantiene el arma blanca sujeta.

Acorto los últimos metros que me separan de él y dejo las palabras para otro momento, en este me centro en lanzarme hacia él. Justo cuando lo hago se pone rígido, olvidándose del dolor que le ha provocado la piedra y adelanta la navaja, posicionándola entre los dos.

Me paro a tiempo y la esquivo, y cuando tengo bien asentados los pies lanzo una patada a su costado.

—Mierda… —sisea entre el dolor y la rabia, desde el suelo— ¿Quién cojones eres?

—Continúas sin entender que eres tú el que tienes que responder.

Se levanta de golpe y lo que sucede a continuación se resume en una pelea de puños, golpes a traición y patadas, mientras yo esquivo en cada

uno de los movimientos el arma que mantiene firme. Le doy un golpe fuerte en el hombro dolorido, con el que consigo que se tambalee hacia atrás, con varios pasos inestables.

Lanzo otra patada, esta vez directa a su mano. La navaja sale despedida, a unos metros de nosotros.

—A ver si eres tan valiente ahora —suelto con rabia, preparada para volver a atacar.

—No tienes ni puñetera idea en el problema que te acabas de meter —grita.

—Estoy deseando escucharlo —sonrío de medio lado—. ¿Te piensas que con esas palabras me vas a intimidar o a asustar?

La pelea continúa, se lanza hacia mí con una fuerza que cuando su hombro impacta en mi pecho me deja sin respiración. Durante unos segundos, los que tardo en caer de espaldas, se me nubla la vista y me quedo fuera de juego. El golpe seco contra el suelo me deja peor, con su cuerpo aplastándome.

Suelto un quejido cuando me aprieta el cuello con el antebrazo, mientras forcejeo para apartarlo de mí. No me doy por vencida, aunque por unos instantes él crea que ha ganado. Consigo recomponerme, impulsada por la adrenalina de la desesperación y la agitación al no poder respirar, por la fuerza que ejerce sobre mi garganta. Impulso la cabeza y la levanto, dirigiéndola directamente a la suya.

Con una maldición y alarido de dolor cae hacia un lado, pero los segundos que me tomo para recuperarme, cogiendo grandes bocanadas de aire, él los utiliza para levantarse y correr hasta la navaja. Siendo muy consciente del momento en el que vuelve a sostenerla en la mano, me incorporo lo más rápido que puedo, pero vuelvo a lanzarme al suelo.

—Joder… —siseo agarrándome el brazo con la mano— Me cago… —bufo.

Cierro los ojos con fuerza cuando escucho el motor del coche, pero los abro para girar la cabeza, para ver cómo el vehículo sale disparado de aquí.

—¡¡Gladys!! —suelto un suspiro al escuchar la voz nerviosa de Nael.

—¡Estoy bien! —grito mientras me pongo de pie.

Bajo la mirada hacia el brazo y aprieto la mandíbula. He conseguido evitar un mal mayor cuando me ha lanzado la navaja, pero me ha cortado la ropa y la carne.

—¡Estás herida! —jadea, al frenar frente a mí.

—No es nada —suelto un suspiro.

—Para ti nunca es nada, ¡mierda! —dice enfurecido—. No ves el peligro —sacude la cabeza.

—He dicho que estoy bien, tendrías que haber visto cómo tiene la cara ese tío y su cuerpo no ha quedado mejor. ¡Claro que veo el puñetero peligro! ¡Estás hablando conmigo! Pero no iba a consentir…

—Vale —me agarra de la nuca y me acerca a su cuerpo—. Tranquilízate —susurra. Hace una pausa, hasta que vuelve a hablar, esta vez en tono bajo —. Hope no deja de llorar, quiere que vayas —habla sobre mi cabeza, la que mantiene inmóvil en su pecho.

Suelto un suspiro tembloroso, pero ninguno de los dos nos movemos. Me rodea la cintura con el otro brazo, en silencio, mientras cada uno digerimos como podemos lo que ha sucedido.

—Vamos —murmuro sobre su chaqueta.

—Tengo que ver la herida antes.

—Después. ¿Cómo está Aroa?

—Leire ha venido a tu habitación para decirme que Maisie ha aparecido justo cuando iban a subir la escalera. Se han ido con Aroa para que la atiendan. Por lo visto se ha formado un revuelo y todos los del grupo se han quedado preocupados, preguntándose qué narices ha sucedido para que Aroa tuviese una ceja partida y estuviese llorando —hace una pausa—. Effie se ha ofrecido a quedarse con Hope, para que yo las acompañara, pero estaba muy nerviosa y yo no quería alejarme de ti. Maela está ahora con la pequeña, esperando a que vayamos.

—Gracias —susurro apretando con fuerza los párpados.

—Por lo visto te has llevado más de un golpe en la cabeza, por la tontería que acabas de soltar —sonrío.

Me separo despacio, pero no aparta el brazo de mi cintura.

—Estoy bien —aprieta la mandíbula, con la vista fija en mi brazo—. Dame tu sudadera, no quiero entrar así.

Me ayuda a quitarme la chaqueta, sin prestar atención a las muecas que cubren mi expresión. Sé que no quiere verlo, sé que le perturba y le aterroriza verme con dolor, así que se centra solo que sacarme la chaqueta con cuidado, con la vista perdida en algún punto. Se quita la sudadera rápido y me la coloca con el mismo mimo.

—Mejor —digo con un suspiro.

—Vamos, la sangre enseguida calará la manga. Ahora le pregunto a Maela donde puedo llevarte para que te atiendan.

—Espera a que vea bien la herida, quizás…

—Cállate —me corta, en tensión.

Su reacción se contradice en cómo me abraza con cariño. Obedezco para no alterarlo más y me dejo guiar por él, hasta el castillo.

—Vas a coger frío con la camiseta de manga corta —susurro.

—Estoy bien, preocúpate por ti.

Ahora mismo por cómo va vestido, podría pasar perfectamente como uno de los participantes de los juegos a los que hemos asistido. Joder, me parece que ha pasado una eternidad, cuando solo hace horas que estábamos felices observando cómo los clanes querían hacerse con la victoria.

Con mi chaqueta colgando de un brazo, y el otro manteniéndome pegada a él, caminamos hacia el castillo.

—¿Duncan ha llegado?

—Que yo sepa, no.

—Ok.

—He querido arreglarle la muñeca a Hope, pero se ha negado. Me ha dicho que tienes que ser tú su médica, que le has asegurado que quedará perfecta —sonrío.

Después de sus palabras nos vuelve a rodear el silencio y cuando accedemos al castillo, agradezco que la puerta del salón esté cerrada, donde

imagino que estarán nuestros compañeros de viaje. Vamos hacia la escalera y subimos los escalones a pasos ligeros, hasta que llegamos a la primera planta y recorremos el pasillo de la misma forma.

Nael se para junto a la puerta de su habitación y me hace entrar.

—Lávate la cara, tienes sangre —me pide de espaldas a mí.

Voy hacia el baño y pongo una mueca cuando me miro en el espejo, aunque la borro de la expresión al notar molestias. Tengo un lado del labio inferior partido y me aferro al consuelo de que una vez que limpie la sangre no se apreciará mucho, al menos por ahora. La mejilla derecha la tengo enrojecida y la frente, esta última está un poco peor por el golpe que he lanzado con la cabeza. Ya es visible que se me ha hinchado, pero igualmente me la palpo.

—Necesitas hielo, a ver si con suerte los hematomas no son escandalosos.

—Voy a estar monísima.

—Mientras que estés, lo demás no importa.

Evito mirarlo por el significado de sus palabras. Abro el grifo y me lavo con una mano la cara con cuidado, al igual que empiezo a secármela.

—Déjame a mí —me pide.

Me giro para quedar frente a él y lo miro a los ojos, mientras desliza la toalla con delicadeza por mi piel.

—Estoy aquí, contigo y bien —susurro.

—Sí —aprieta la mandíbula—. Lo siento —suelta un suspiro—. Es que… joder, ya tendría que haberse evaporado esta sensación con los años que hace, pero no puedo…

—No pasa nada —le agarro de las muñecas.

Lanza la toalla a un lado y me abraza, pero con poca fuerza porque da por hecho que estoy dolorida. Es como si hubiésemos dado un salto en el tiempo, como si ambos… Aparto de la cabeza esos recuerdos, no es el momento y no voy a consentir que me afecten ahora mismo.

—Vamos a ver a Hope, no quiero que siga triste —susurro—. ¿Estoy presentable?

—Necesitarías mucho maquillaje para que pueda decirte la respuesta que quieres escuchar —arquea una ceja, pero en lo que desprenden sus ojos no hay ni una chispa de humor.

Después de que Nael se ponga otra sudadera, salimos al pasillo y abro rápido la puerta de mi habitación.

—Eh —digo.

—¡Gladys! —me llama Hope, con un pequeño grito.

Todavía tiene las mejillas humedecidas y los ojos brillantes. Salta de la cama y corre hasta mí. Nael se aparta para dejar que ella me abrace por la cintura, lo que me hace apretar la mandíbula, pero no impido su contacto por el dolor. Hope hunde la cara en mi barriga, mientras veo de refilón cómo mi amigo coloca mi chaqueta encima de una silla.

—Ya está, cariño —le acaricio el pelo.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Maela, con expresión preocupada.

Imagino que por unos o por otros ya está al tanto de lo que ha sucedido, bueno, al menos hasta donde han visto en el despacho. Mi apariencia le da la respuesta, pero por el momento lo peor, el corte del brazo que todavía tengo que mirarme y me arde, me lo reservo para mí. Nael no va a decir nada hasta que yo no lo haga.

—Sí —le sonrío.

—¿Qué te ha pasado? —me pregunta Hope, levantando la cabeza.

—Me he caído al tropezar con una piedra —le hago un guiño.

—Oh —hace un puchero.

—No pasa nada —le sonrío.

—¿Puedes ayudar ya a Pit?

—Claro, dame unos minutos. Ve a la cama con ella, enseguida voy.

—Vale —me suelta al momento y corre para subirse de un salto.

Maela camina hasta nosotros, mientras se frota las manos en las caderas.

—No tienes buen aspecto, Gladys. Estás muy blanca y tu cara…

—No te preocupes, de verdad —le froto un brazo y espero de corazón tranquilizarla.

Suelta un largo suspiro y nos mira a Nael y a mí, indecisa.

—Ve a la cocina, Effie te necesita —le pido en tono bajo—. Nosotros nos encargamos de Hope.

—Vale —sonríe, pero es un gesto forzado—. Cualquier cosa… —Asiento.

Cuando se va me dirijo al baño y cierro la puerta. Con dolor, libero el brazo de la sudadera y de mi jersey, para observar en el espejo el gran corte que tengo.

—Joder —susurro.

Frunzo los labios cuando palpo la piel enrojecida y dañada de alrededor y maldigo en silencio porque necesito puntos. Cojo una toalla pequeña y tapo la herida, rodeándome el brazo. No quiero que Hope vea ningún resto de sangre y con la cantidad que sigue saliendo y cubriendo la zona de la herida, es lo que sucederá en muy poco tiempo.

Cuando me coloco bien la ropa, manteniendo firme la posición de la toalla, suelto un largo suspiro. Qué mala suerte que la hoja de la navaja estuviera tan afilada, está claro que este viaje para mí es el de los cortes: primero en las palmas de las manos y ahora en el labio y en el brazo.

Me limpio con un trozo de papel el labio, con pequeños toques y lo mantengo durante un rato haciendo presión en la herida. Cuando he hecho todo lo que he podido salgo a la habitación. Nael y Hope están sentados en la cama, mientras ella le cuenta una de sus aventuras con Pit, Pat y Motitas.

—Gladys —me llama Hope.

—Ya está, cariño —me subo a la cama con cuidado, notando todos los músculos doloridos, y, sobre todo, cómo me late la herida del brazo.

Los ojos de mi amigo no se apartan de mí. Me observa con atención, por lo que evito mostrar el dolor y las molestias en la expresión.

—¡Manos a la obra! —digo cogiendo el cuerpo de Pit.

—¿Será rápido? —me pregunta, mientras se acerca con la parte que falta.

—Ahora lo vas a ver —le sonrío—. Pit se merece hoy un buen baño y una sesión de belleza —le hago un guiño.

—Sí —aplaude.

Me trago el dolor al mover el brazo, centrada en colocar en su sitio la cabeza de su muñeca, mientras le pido que la agarre con suavidad de la cintura, para que colabore en la "cura".

—Oh, ¡ya está! —Agranda los ojos—. Una vez le pasó lo mismo a otra muñeca que tenía y nadie pudo curarla. Can lo intentó, pero me dijo que no era posible.

—No todas son iguales, hemos tenido suerte —se la acerco.

La abraza con fuerza y le da un beso en la cabeza.

—Ahora lo más importante es que Pit te vea bien, feliz. ¿Vale? —asiente —. Baja a comer —le pido a Nael.

—No tengo hambre —niega y suelto un suspiro.

Los tres nos sobresaltamos cuando golpean con fuerza la puerta, insistentemente. La voz de Duncan se escucha al otro lado.

—Can está enfadado —dice Hope, con los ojos muy abiertos.

—Pero no con nosotras, te lo aseguro.

—¿De verdad?

—Sí.

Es Nael quien va a abrirle y por cómo entra Duncan en la habitación, y por cómo nos observa fijamente, alternando la mirada entre su hermana y yo, mi amigo carraspea antes de hablar.

—Bueno, ahora sí que me ha entrado hambre —dice y frunzo los labios, conteniendo la diversión.

Un gesto del que me arrepiento al instante, por la punzada que siento. Nael me hace un guiño antes de dejarnos solos y cierra la puerta despacio a la espalda de Duncan.

Capítulo 37



Duncan

—¿Queréis pararos a tomar algo o vamos directos al castillo? —nos pregunta Ramsey.

—Como digáis, pero yo opto por ir ya a comer. Estoy hambriento —comenta Calem.

—Necesitamos aclaración sobre eso, ¿exactamente qué tienes en mente para comer? —Le pica Ramsey.

—De todo lo que se os pase por la cabeza —contesta Calem y suelta una carcajada.

—Yo también prefiero ir directo, allí podemos tomarnos una copa antes de comer, o después, como os apetezca, pero estaremos tranquilos y a un paso de poder descansar —doy mi opinión.

—Pues no se diga más, yo también tengo ganas de llegar —ríe Ramsey.

Nos separamos para ir cada uno en nuestro coche y tomamos la dirección del castillo, con mis amigos siguiéndome.

Ya nos hemos retrasado bastante conversando con unos y otros, sobre cómo ha ido el día. He aguantado las ganas de desaparecer porque de lo único de lo que tengo ganas es de encontrarme de nuevo con Gladys, y ya de paso sentirme en casa y estar con mi familia.

El trayecto de veinte minutos desde la zona de los juegos hasta el castillo transcurre tranquilo y apenas sin tráfico. En cuanto accedo al jardín y me desvío a la derecha, para meter el coche en el garaje, Calem y Ramsey me siguen de cerca, para dejar estacionados sus coches en línea, frente a la gran puerta del garaje.

Salgo a darles encuentro y caminamos hacia la entrada. No hay nadie fuera, pero dado que Maisie y su grupo deben estar en el salón comiendo, y parte del personal estará atendiéndolos, es lo más normal.

Accedemos al interior y me sorprende el silencio que hay, mientras me dirijo hacia la puerta del salón, junto con mis amigos. Ya nos hemos cambiado, la ropa que hemos utilizado está guardada en las mochilas donde hemos llevado una muda. Las de mis amigos están en sus coches, la mía la llevo colgada del hombro.

Tranquilo al ir vestido sin *kilt*, abro la puerta del salón y me sorprendo al ver solo dos mesas ocupadas, el resto están vacías. Frunzo el ceño, no hemos tardado tanto como para que el salón esté así.

—Joder, ¿cuánto nos hemos retrasado? —Calem expresa mi pensamiento en voz alta.

No, es lo que quiero responder, pero las miradas nerviosas de las dos chicas jóvenes llaman mi atención.

—¿Dónde está mi hermana? —hago la pregunta en general, refiriéndome solo a Maisie, porque la respuesta que me den me llevará a Gladys y sus amigos.

—Ha habido un accidente —responde una de las chicas, adelantándose a los demás.

—¿Un accidente de qué tipo y de quién? —pregunto en tensión.

—*Laird* —escucho la voz baja de Blaine a mi espalda y me giro al instante, ignorando a los del salón.

—¿Qué ha pasado? —Acorto la distancia con él.

—Maela nos ha pedido a todos que cuando llegaras te dijéramos que fueras a la cocina, quiere hablar contigo.

Aprieto la mandíbula, intuyendo que no me va a gustar oír lo que tenga que decirme.

—Gracias —digo y asiente—. ¿Estás bien? —Su nerviosismo es evidente.

—Sí, *laird.* Solo es que no había vivido una situación parecida, todos estamos nerviosos —frunzo el ceño.

—En cuanto termines aquí ve a descansar —le pido, para que se olvide del jardín y los alrededores, cuando acabe de atender a los huéspedes.

—Gracias, *laird*.

Paso por su lado apretándole un hombro y tomo la dirección del pasillo de la izquierda, el que lleva directamente a la cocina. Ramsey y Calem me siguen en silencio, por sus expresiones estoy seguro de que tienen las mismas sensaciones que yo.

—¿Qué mierda ha pasado? —pregunta en tono bajo Calem, sin poder contenerse.

—Estamos a punto de enterarnos —digo abriendo de golpe la puerta de la cocina.

Effie y Maela que están sentadas a la mesa, con dos tazas entre las manos, las sueltan y se levantan de golpe. Camino hasta ellas, con mis amigos a los lados.

—*Laird* —dice Effie, apretando el delantal con las manos, nerviosa.

—¿Alguien me puede decir qué narices está pasando? El salón está casi vacío y a esta hora no es normal, las caras de los que he visto es mejor que ni las interprete y Maisie no está, cuando normalmente es la última en salir del salón —me cruzo de brazos.

—Ha habido un incidente —comenta Maela, antes de coger una bocanada de aire.

—Algo parecido ha dicho Blaine —habla Ramsey.

—No sabemos cómo ha pasado, la puerta del castillo estaba cerrada, como siempre que se van los grupos. Los que trabajamos y vivimos aquí nunca la dejamos abierta al entrar y salir —continúa Maela.

—He escuchado gritos —dirigimos la atención a Effie. Maela le acaricia la espalda, para intentar tranquilizarla. No surte efecto.

—¿Gritos de quién? —arrugo el ceño— ¿Aquí?

Cada vez me gusta menos la dirección que está tomando la conversación.

—Sí, *laird*. Me he acercado corriendo a su despacho, de ahí venían, y he encontrado dentro a las amigas de Maisie.

—Nombres —le pido, aunque lo tengo claro necesito una confirmación antes de que mis nervios se disparen.

—Gladys, Aroa y Leire.

Desde el principio han sabido reconocerlas. Maisie se encargó de hablarles de ellas y de Nael, y si sumamos los encuentros que han tenido personalmente con ellas desde que llegaron, no hay margen de error.

—¿Se estaban peleando? —Me sorprende mucho, directamente no lo creo, pero…

—No —niega—. Había un hombre dentro.

—¿En mi despacho? —Me sorprendo.

—Sí, por eso Maela ha dicho que no sabemos cómo ha sucedido —la mira nerviosa.

—¿Quién era y quién gritaba?

—No lo he presenciado, pero eran Gladys y ese hombre. Era una voz masculina y otra femenina, y Leire me lo ha confirmado al contármelo acelerada. He llegado tarde, cuando he aparecido en la puerta abierta, sorprendida, Aroa sangraba y estaba mareada.

—¿Qué mierda le ha pasado? —pregunta Calem, con la cara desencajada, dando un paso hacia ella.

—Su amiga Leire me ha dicho entre lágrimas que ese hombre le ha lanzado a Gladys la figura que utilizas de pisapapeles —Effie se dirige a mí, pero nos mira a los dos—. Ella la ha esquivado, pero a Aroa no le ha dado tiempo y ha impactado en su cara. Le ha partido la ceja, el impacto ha debido ser fuerte porque es muy pesada.

—Voy a su habitación —dice Calem, con voz seria y cortante, girándose al mismo tiempo que habla.

—No está —le informa Maela—. Maisie ha llegado cuando iban a subir a Aroa a su habitación, para que se recompusiera. Al verla se ha alarmado, al igual que Blaine. Han llegado juntos, nuestro chico le quería enseñar unas cosas a Maisie y han aparecido más tarde.

—La ha llevado a que la atiendan —digo dándolo por hecho porque es lo más normal dada la situación.

—Sí —confirma Effie—. Antes de hacerlo Leire nos ha explicado con un poco más de calma lo que ha pasado y yo se lo he contado todo a Maela —traga saliva.

—¿Qué? —Entrecierro los ojos.

—El problema es que la pequeña Hope ha sido quién ha descubierto a ese hombre y la ha hecho llorar —continúa Maela.

—¿Qué mi hermana pequeña…? ¿Qué la ha hecho llorar? —siseo.

—Joder —maldice Ramsey, con las manos sobre los hombros de Calem. No sé si parar retenerlo o para consolarlo.

—Por lo que ha dicho Leire —vuelve a hablar Effie, un poco más recompuesta—, Hope ha salido de tu despacho corriendo y llorando, y sus amigos y ella, al escuchar su llanto, han ido enseguida a ver qué estaba sucediendo.

—Resulta que Hope ha aparecido con una de sus muñecas rotas, temblorosa y desconsolada —aprieto la mandíbula al escuchar a Maela, no puedo estar más rígido—. Gladys ha hablado con ella, para intentar calmarla y para saber qué había pasado, entonces le ha pedido a su amigo Nael que la subiera a su habitación. Él se la ha llevado en brazos y Gladys, junto a Aroa y Leire han ido a tu despacho. Según Effie, por cómo lo ha contado Leire, está claro que Gladys ha acorralado a ese hombre. Las tres estaban furiosas y preocupadas por la pequeña, pero Gladys más.

—El caso es que cuando yo he aparecido, después del golpe que ha recibido Aroa, ese hombre se ha escapado por una de las ventanas del despacho, ante nuestros ojos, aprovechando la distracción, mientras Leire y Gladys sujetaban a Aroa, al estar mareada e indispuesta —añade Effie.

—¿Qué más? —pregunto con impaciencia.

Se miran unos segundos, hasta que Maela nos cuenta la última parte.

—Gladys ha salido detrás de él —dice en tono bajo.

—Qué ha hecho ¿qué? —Me paso una mano por el pelo.

—Leire ha intentado detenerla, llamándola, pero no ha dudado en seguir a ese hombre, pidiendo que se ocuparan de Aroa —traga saliva.

—¿Dónde está? ¿Qué más ha pasado? —pregunta Ramsey y lo agradezco, porque ahora mismo no puedo ni hablar.

—Se encuentra en su habitación, con su amigo Nael y Hope, esperando a que lleguen Maisie, Aroa y Leire —nos aclara Maela.

—¿Por qué lo dices con esa expresión? —mi voz suena demasiado floja, un detalle que todos los que me conocen bien saben lo que representa: que estoy al límite.

—Por lo visto se ha enfrentado a ese hombre y ha salido lastimada. Tiene un corte en el labio, la mejilla enrojecida y la frente un poco inflamada.

—Mierda —bufa Ramsey—. ¿Cuánto hace que se ha ido Maisie con Leire y Aroa?

—Una media hora, quizás un poco más.

—¿Mi hermana pequeña…?

—Está bien, solo estaba disgustada y triste. He estado con ella mientras Nael ha ido a buscar a Gladys. Han llegado juntos y los he dejado con la

pequeña. Era la hora de la comida y…

—No tienes que justificarte —le pido con la vista fija detrás de su espalda, sin ver nada en realidad—. Confío plenamente en ellos.

—Lo sabemos, sino no nos apartaríamos de Hope —susurra Maela y asiento.

—Avisadme en cuanto llegue mi hermana, quiero saber cómo está Aroa —les pido y me lo confirman rápido—. Effie, ¿sabes quién es ese hombre? —Fijo la mirada en ella.

—No, *laird*. Nunca lo había visto —responde con una mueca.

—¿Adónde vas? —me pregunta Ramsey, al darles la espalda a todos.

—Comed y descansad, nos vemos luego —esa es la contestación que les doy, la que va dirigida a todos porque ya saben hacia donde me dirijo, así que, sobra una aclaración.

¿Quién mierda era ese tío? ¿Cómo cojones ha tenido acceso al castillo y a mi despacho? ¿Cómo sabía hacia dónde dirigirse? ¿Cómo estará Aroa? Espero que no sea nada grave, ¿y Gladys? Freno las preguntas que se me amontonan unas tras otras, mientras llego a la escalera y subo los escalones casi corriendo, temiendo ver el aspecto de Gladys.

Por la descripción que ha dado Maela… ¿La habrá minimizado? ¿Voy a perder los puñeteros nervios por completo cuando la vea?

Recorro el pasillo de la primera planta caminando rápido y me paro frente a la puerta de Gladys. Con la mano en alto, cojo varias bocanadas de aire, intentando calmarme. Estoy seguro de que entre Nael y ella han tranquilizado a mi hermana, y no quiero alterarla otra vez, pero no puedo evitar golpear la puerta con los nudillos, con fuerza e insistencia, y en decir en alto que soy yo, con voz cortante y severa.

Al cabo de pocos segundos Nael abre y me da paso. Cuando veo la cara de Gladys la rabia se apodera de mí y faena tengo para controlarla. Paso la mirada de mi hermana pequeña a ella, como suponía Hope parece tranquila y su muñeca está perfectamente, pero Gladys… Fijo los ojos en ella. Tiene el lateral del labio inferior partido, el pómulo derecho enrojecido y es evidente el golpe que ha recibido en la frente.

—Bueno, ahora sí que me ha entrado hambre —dice Nael a mi lado y con esas palabras se va, dejándonos solos.

No me pasa desapercibido el intento de sonrisa de Gladys hacia su amigo, intento porque en su cara aparece una mueca de dolor que provoca que me hierba más la sangre.

Maela ha descrito sus heridas tal y como son, pero eso no quita que la imagen sea mucho peor al tenerla frente a mí. Vuelve a intentar sonreír, esta vez hacia mí, como si no pasara nada, pero noto una pizca de tensión en

ella, ya sea por vergüenza o porque piense que estoy enfadado por lo que ha pasado y ha hecho.

Joder, ¡claro que estoy cabreado! ¿Cómo se le ocurre…?

—Can, mira —la voz suave de mi hermana me hace parpadear varias veces, rápido, y fijarme en lo que me enseña.

Capítulo 38



Consigo moverme para caminar hasta la cama y me paro antes de tocarla con las piernas.

—Pit se ha puesto malita, pero Gladys la ha salvado y curado —la mantiene en alto y me inclino para acariciarle la cara a Hope.

—Y estás muy contenta.

—Sí —asiente varias veces.

Suelto el aire despacio al ver sus ojos enrojecidos, no soporto verla llorar o saber que lo ha hecho.

—Me alegro mucho, cariño —le doy un beso en la cabeza.

—¿No estás enfadado con nosotras? —Me tantea de una forma que me derrite interiormente.

—¿Por qué tendría que estarlo? Acabo de llegar —arqueo una ceja.

—Es que Gladys se ha caído y se ha hecho daño —la señala y la miro de reojo, pero es una mala idea porque me tenso—, y yo me he puesto triste por Pit.

—¿Estás segura de que no es Pat?

—Claro —ríe con ganas y sonrío.

Da igual el tiempo que pase, creo que nunca voy a saber diferenciar a Pit y a Pat, para mí es imposible porque son idénticas, aunque mi hermana no duda nunca al hablar con ellas cuando juega. Si acierta o no es un misterio.

—Ven conmigo.

—Pero quiero jugar con Gladys —hace un puchero.

—Creo que necesita más descansar, ¿no te parece? Como has dicho, se ha hecho daño.

La mira con expresión triste y asiente. Se acerca a Gladys y le da un beso tierno y delicado en la mejilla que no tiene lastimada, ella se lo devuelve.

—Descansa y mima mucho a Pit —le pide.

—Sí, tú también.

Mi hermana se pone de pie en la cama, abrazando a su muñeca y la cojo en brazos.

—Ahora vengo, te traeré hielo —me dirijo a Gladys.

—Gracias —dice en tono bajo.

Hope le lanza un beso al aire, mientras camino hacia la puerta.

—¿Se pondrá buena como Pit? —me pregunta cuando recorremos el pasillo.

—Claro, cariño.

—Que mala caída —hace un puchero.

—Sí —aprieto la mandíbula—. Hoy necesita descansar mucho, ¿vale? No utilices la escalera del pasadizo para entrar en su habitación —agranda los ojos y frunzo los labios—. ¿Pensabas que no iba a enterarme? —Arqueo una ceja.

—A Gladys le gusta mucho, como a mí.

—No estoy enfadado.

—¿No?

—No —le sonrío y me devuelve el gesto, antes de abrazarme el cuello y acomodar la cara sobre mi pecho.

—Eres el mejor, Can —susurra.

Le doy un beso en la cabeza, antes de bajar las escaleras. Tomo la dirección de la cocina y cuando entramos Maela se acerca rápido a nosotros.

—Pequeña, ¿no tienes sueño?

—Sí. Ahora va a dormir y Pit también —digo.

Hope asiente y le agradezco a Maela con un gesto que mi hermana cambie de brazos para que se encargue de ella. Antes de que salgan de la cocina me informa de que Maisie no ha llegado y de que Calem y Ramsey han comido rápido con Nael, y después han subido a sus habitaciones a descansar. Mis amigos tienen las suyas propias, están reservadas para ellos en la segunda planta con algunas pertenencias que dejan siempre, por lo que ya se habrán dado una ducha y estarán descansando, o al menos intentándolo.

Effie no está, por lo que me muevo en silencio por la estancia para sacar hielo del congelador, y coger una bolsa de plástico en la que lo meto y un trapo de cocina. Cuando lo coloco todo en una bandeja voy a la despensa, donde en una esquina hay un gran botiquín del que cojo lo que creo que Gladys necesita para una pequeña cura en el labio.

No tardo mucho y una vez que termino salgo de la cocina cargando con la bandeja. Subo los escalones de dos en dos y en la primera planta me dirijo hacia la habitación de Gladys, en la que golpeo con los nudillos la puerta.

Cuando me abre noto que está más pálida que hace unos minutos, pero no hago ningún comentario.

—¿Por qué no te has puesto cómoda?

—No he tenido ganas.

Me paro a unos pasos de ella y me giro. Ha dudado al responderme.

—Ahora te ayudo —le digo para ver su reacción.

—Yo…

—¿Qué pasa? —Frunzo el ceño.

—Es que…

Desconecto por completo de lo que dice, cuando algo capta mi atención, algo que provoca que me tense y deje la vista fija en la mancha rosada de la manga de la sudadera. Hasta este momento no me había dado cuenta de que es la que llevaba Nael, sería un dato insignificante, pero claro, lo que estoy viendo no lo es, ni el motivo por el que creo que se la ha puesto tampoco.

—Quítate la sudadera —mi voz suena ronca.

—No es nada.

Dejo la bandeja en la cama y camino hasta ella. Suelta un suspiro cuando me pongo delante, pero su expresión se cubre de dolor cuando le agarro la muñeca y le levanto el brazo.

—¿Qué estás escondiendo? —siseo.

—Me he cortado —susurra.

—¿Y me lo dices ahora? —Busco su mirada.

No me creo su "no es nada", imposible porque la piel de su cara está más blanca que la pared. Con más cuidado que al agarrarla de la muñeca, le saco la sudadera del brazo con movimientos lentos. Suelto el aire de golpe cuando veo la toalla con la que se ha cubierto la herida, está empapada de sangre.

—¿Cómo te has hecho esto? —Silencio— Gladys…

Al no obtener respuesta le retiro despacio la toalla.

—Con una navaja que he esquivado, podría haber sido mucho peor —responde en tono muy bajo, con la vista enfocada en el suelo.

—Joder…

A pesar de lo que veo y de que sus palabras son claras y las entiendo perfectamente, me cuesta asimilar que el hombre con el que se ha enfrentado le ha lanzado o cortado con una navaja, para obtener un resultado muy diferente al que tengo delante. ¿Quién cojones era ese tío? Lo voy a saber, de eso no tengo duda, y cuando disponga de la información…

En silencio voy al baño con la bolsa de hielo y la toalla manchada. La última la lanzo al cubo de la ropa sucia y después vuelco el hielo en la pica del lavamanos, para que se deshaga. Cuando cojo una toalla limpia regreso junto a ella, le rodeo el brazo tapándole la herida de nuevo, y se lo coloco pegado al pecho, para evitar que tenga que moverlo para meterlo en la manga porque le provoca dolor.

—Nos vamos. ¿Quieres ponerte algo más de abrigo?

—Así estoy bien —susurra.

Le giro el cuerpo y la empujo delicadamente, para salir de la habitación.

—¿Estás muy enfadado? No ha sido mi culpa —dice mientras bajamos las escaleras.

La llevo sujeta de la cintura, sus pasos son lentos e inestables, y me da miedo que se caiga en cualquier momento o que se maree. La palidez de su cara continúa.

—¿Qué no ha sido tu culpa? La versión que me han dado es que has salido corriendo detrás de un desconocido, el que incomprensiblemente estaba en mi despacho e hizo llorar a Hope. ¿Cómo se te ocurre hacerlo? ¿Para qué? ¿Qué querías conseguir? Te has enfrentado a él y este es el resultado.

—Ese tío no ha quedado mucho mejor que yo —susurra.

—¿Tiene un corte profundo que le cruza todo el brazo?

—No.

—Pues entonces no hay punto de comparación con unos rasguños —aprieto la mandíbula.

—¿Effie te ha dicho si lo conoce?

—No sabe quién es. Deja de hablar, ahora no es el momento —le pido.

Cuando salimos por la puerta del castillo me agacho para cogerla en brazos. No dice nada al respecto, en cambio se acurruca en mi pecho y cierra los ojos. Sé que ha estado utilizando la pocas fuerzas que le quedaban, y me he dado cuenta perfectamente de cómo se ha tensado al cogerla, por lo que tiene el cuerpo dolorido en partes que no se ven.

Maldigo en silencio y acelero los pasos para ir al garaje. Me encuentro a Boyd a medio camino, uno de los trabajadores de mantenimiento y le pido ayuda, para que abra la puerta. Se adelanta para hacerlo rápido y se queda esperando a que salgamos.

—¿Gladys? —le pregunto cuando la acomodo en el asiento del copiloto.

No me responde, ni reacciona, por lo que mis nervios aumentan. Le abrocho el cinturón y después de colocarle bien la cabeza, la que le cae hacia un lado, cierro de un portazo la puerta y rodeo el coche, para ponerme al volante. En cuanto arranco acelero marcha atrás.

—Que vaya bien *laird* y que no sea nada —comenta Boyd.

—Gracias.

Cambio de marcha y giro el volante, para no perder más tiempo. Tengo muy claro dónde voy a llevarla, a un amigo médico que tiene su propia consulta, así que tomo esa dirección, sin dejar de mirar de reojo a Gladys, pero no hay ningún cambio en ella. Piso el acelerador saltándome el límite de velocidad.

✣ ✣ ✣

—Duncan…

Me giro en la silla, para ver entrar a su despacho a Cameron, donde llevo esperando bastante tiempo.

—¿Cómo ha ido? —le pregunto levantándome.

—Bien, tranquilízate —me aprieta un hombro—. Me alegro de verte, aunque sea en estas condiciones.

—Igualmente —nos damos un abrazo rápido.

Nada más llegar con Gladys no hemos tenido tiempo para saludarnos, solo intercambiamos unas palabras sobre ella, cuando la entré en brazos dormida o inconsciente.

—Ahora mismo está adormilada por el calmante. Tiene varios golpes por el cuerpo, pero no son preocupantes, más allá de que le molestarán los hematomas durante unos días —comenta mientras se sienta en la silla de al lado, yo hago lo mismo—. Todo lo demás es lo que ya has visto, le he dado puntos en la herida del brazo y poco más. Puedes relajarte.

—Gracias —me paso una mano por el pelo—. ¿Por qué se ha desmayado?

—Por el cansancio, por la pérdida de sangre, por el dolor… puede haber muchos motivos, pero ninguno importante. Sus constantes son estables, la analítica ha salido bien, solo tiene que descansar para recuperarse. Mañana estará mucho mejor, dolorida, pero ya está.

—Ok.

—¿Qué ha pasado? Porque el corte que tiene en el brazo no es normal y te aseguro que he visto muchos a lo largo de mi profesión.

Le explico quién es Gladys y lo que me une a ella, como también la situación a la que se ha enfrentado, sin saber los detalles porque hasta que no me los cuente bien no tengo ni idea.

—Joder, ¿y qué quería ese tío? ¿Qué buscaba en tu despacho?

—Nada bueno —digo pensativo—, si lo supiera…

—Dale estoy a la princesita de mi parte —dice levantándose.

Rodea la mesa para abrir un cajón y sonrío al ver el puñado de piruletas que deja encima.

—Con razón siempre me pregunta cuando le toca la siguiente revisión —comento mientras niego con la cabeza. Cameron suelta una carcajada.

Mi amigo no es pediatra, su especialidad son las urgencias y las operaciones, pero siempre que Maisie o yo traemos a Hope a sus revisiones, o por cualquier otro motivo que lo necesite si se pone mala, Cameron nos hace una visita para darle atenciones a la pequeña. Entre esas atenciones

está la de complacerla con dulces de todo tipo, por eso Hope sale de su centro médico feliz, esperando regresar, sin importar por qué hemos venido.

—Ha sido muy valiente —dice refiriéndose a Gladys.

—Yo diría imprudente.

—Mira quién habla —se deja caer en la silla, con una sonrisa de medio lado—. Te recuerdo la época en la que no podías contenerte sobre según qué cosas.

—Han pasado años —arqueo una ceja.

—Sí, pero me encanta sacar el tema —ríe con ganas—. Imprudente o no, ha mostrado mucha valentía para proteger a tu hermana y a ti, por lo que ha intuido ante el allanamiento de tu despacho.

—Lo sé —digo pensativo.

—Cuando os vayáis te daré todo lo que necesitas para hacerle las curas, aunque si empieza a cicatrizar bien y no se complica, en unos días no hará falta.

—Gracias.

—No hay de qué —me hace un guiño—. Así que, española, ¿eh?

—Ya ves —recuesto la espalda en la silla.

—Hacía muchísimo tiempo que no te veía así —estira las piernas y cruza los tobillos.

—¿Cómo? ¿Enfadado, rabioso, preocupado y alterado? —Sacudo la cabeza.

—No —frunce los labios—. La lista que acabas de hacer es muy habitual en ti —suelta una carcajada por mi expresión—. Me refiero a lo que he identificado cuando la mirabas, no querías soltarla para que los enfermeros la pusieran en la camilla. Te ha costado mucho y he dicho que hacía muchísimo tiempo que no te veía así, pero no sé si he llegado a presenciar alguna vez algo parecido, a no ser que fuese hacia tus hermanas. Es interesante, ¿no crees?

—Estoy jodido —me presiono el puente de la nariz.

—Jodido, pero feliz.

—Con el tiempo en contra.

—Para cada problema hay una solución, tú eres experto en encontrarlas, así que, no me preocupa en absoluto —sonríe de medio lado.

—No puedo pedirle a Gladys que…

—No se trata de pedir, Duncan, se trata de hacer lo que se desea, aunque la solución nos parezca imposible. ¿Cuándo llegue el momento le preguntarás a ella qué quiere hacer? ¿Si quiere separarse de ti? Ahí tendrás la respuesta rápida y sin complicaciones, y si no son las que quieres y necesitas oír, a partir de ese momento sabrás a lo que atenerte. No hay más, pero lo que sí te digo, es que este Duncan me gusta mucho más que el de la última vez que nos vimos. Nosotros mismos somos expertos en complicarnos las cosas, lucha por mantener lo que sientes y confía.

Capítulo 39



Gladys

Me estiro en la cama y suelto un suspiro al notar las molestias en varias partes del cuerpo.

Aún no he abierto los ojos, a pesar de que he dormido y me he despertado por mí misma, todavía estoy cansada.

No sé cuánto tiempo hace que regresamos al castillo y Duncan me entró en brazos, para traerme a mi habitación a descansar. Lo que sí sé o más bien noto, es que tengo hambre, pero teniendo en cuenta que solo comí el desayuno hace muchas horas…

Levanto despacio los párpados y lo primero que veo es la poca luz que se cuela por la ventana y la puerta del balcón, la que está abierta. El atardecer está a punto de darle paso a la noche.

Me incorporo despacio, quedándome sentada en la cama. Cuando me acostumbro y se me pasan las molestias de los movimientos, saco las

piernas del nórdico y me levanto con cuidado. El calmante que me dieron en el médico, y el que Duncan me puso en la mano al llegar, están dejando de hacer efecto.

Cojo una manta que está a los pies de la cama y me la echo por los hombros, para caminar hacia la puerta del balcón. Duncan me da la espalda, tiene apoyadas las manos en el muro de piedra y la vista fija en algún punto del mar.

—Hola —susurro para hacerme notar.

Se gira al instante, al igual que se acerca.

—Hace nada que te he dejado sola.

Se refiere a que ha estado haciéndome compañía en la cama, así me quedé dormida, con él a mi lado.

—Estoy bien.

—Parece que son unas de las palabras que más te gusta decir —arquea una ceja.

—Puede ser —frunzo los labios.

—Ahora dime la verdad, ¿cómo te encuentras? —ignora lo que le he dicho.

—Empiezo a sentir dolor.

—Voy a por comida para que cenes y te tomes otro calmante.

Acorta la distancia, pero no me toca. Se inclina para darme un beso en la cabeza.

—¿Cómo tengo la frente? —Arrugo la nariz.

—Por ahora no ha variado mucho, las toallas frías parece que están frenando que vaya a más.

—¿Has estado todo el tiempo pendiente de mí?

—Lo necesitabas. Entra, hace frío.

Voy un momento al baño, mientras él cierra la puerta del balcón. La imagen que me devuelve el espejo no es tan mala como imaginaba, lo que es de agradecer. Palpo alrededor del corte del labio, pero ya no noto tanto dolor. La mejilla es soportable, la frente es otro tema aparte. Al menos no se me ha abultado más, los cuidados de Duncan han surtido efecto.

Después de soltar un suspiro deslizo la manta y la coloco a un lado de la pica del lavamanos, para hacer lo que necesito. Me lavo las manos con cuidado porque lo que peor llevo es el dolor del brazo y cuando salgo a la habitación Duncan me espera de pie, en el centro.

—Voy a por la comida ya, ¿te apetece algo en especial? Effie o Maela pueden preparártelo rápido.

—Cualquier cosa estará bien, con el hambre que tengo…

—Lo imagino —dice serio.

—¿Te quedarás a acompañarme? ¿Cenarás conmigo?

—No voy a dejarte sola.

—Gracias —tenso un poco los labios, hacia el lado que no me molesta.

—No vuelvas a dármelas por ese motivo —se inclina hacia mí, su cara se queda a la altura de la mía.

—Vale.

Busco sus labios, pero se mantiene inmóvil cuando se los rozo con los míos.

—No quiero hacerte daño —susurra, calentándome con su aliento.

—Lo sé —le acaricio el pecho, por encima de la sudadera que en algún momento se ha puesto.

No lleva la misma ropa, en algún momento del tiempo que yo he estado dormida se ha cambiado, y está igual de impresionante con ropa deportiva que con cualquier otra.

—Ponte cómoda en la cama.

—Me gustaría ir a ver a Aroa —hace una mueca.

—Ok —se pone recto—, pero solo hasta que yo regrese. Ya has escuchado a Cameron, te ha pedido que lo que queda de día estés el máximo tiempo posible en la cama.

—La habitación de Aroa está aquí al lado, aunque no sé si habrá bajado al salón para cenar.

—Ya te digo que no, Calem no se ha separado de ella desde que llegó y no va a dejar que se mueva mucho hoy. Fui a verlos hace un rato.

Me ayuda a colocarme de nuevo la manta sobre los hombros y salimos de la habitación. Es su amigo el que abre la puerta.

—Gladys, ¿cómo estás? —me pregunta cuando entramos— Me alegro de verte en pie.

Desde que salté por la ventana del despacho de Duncan nadie aparte del propio Duncan, de Nael, de Maela y de Hope me han visto, porque cuando

regresamos del médico Duncan fue directo a mi habitación. Por ese motivo Aroa suelta un jadeo.

—Gracias. Mejor de lo que aparento —le respondo, añadiendo un guiño —. Eh… —Me acerco a la cama donde está mi amiga—. ¿Te duele mucho? ¿Qué te ha dicho el médico?

—Muy poco, me he ganado tres puntos —se señala la ceja.

—¿Habéis cenado? —pregunta Duncan.

—Todavía no —responde Calem.

—Voy a bajar por la cena, comeremos en la habitación. ¿Queréis que os suba algo?

—Voy contigo para cenar también aquí —le dice Calem, mirando a Aroa.

La sonrisa de ella nos da a entender a todos que está más que encantada con sus cuidados, su presencia y en compartir tanto tiempo con él, sin nada más alrededor.

Calem le hace un guiño y Duncan y él nos dejan solas.

—Cuéntame qué te ha pasado con detalles —me pide—. Duncan ha venido hace ya rato y nos lo ha explicado, pero me ha dado la impresión de que se ha guardado datos para no preocuparme.

—Imagino que Nael no está en su habitación —digo pensativa.

—No, ha bajado al salón con Leire y Ramsey. Se ha pasado por aquí para ver si nos apetecía acompañarlos —asiento—. No te preocupes, está informado. Cuando Duncan ha venido nos ha dicho que ha sido con el primero que ha hablado, así que ya sabe cómo te ha ido todo. Se ha quedado muy nervioso cuando se ha enterado de que Duncan te había llevado al médico.

—Vale —suspiro—. Estoy más tranquila sabiendo que todos estáis al día —hago un intento de sonrisa.

Me siento con cuidado en la cama y le cuento mi versión. Conforme voy avanzando en su expresión se refleja el miedo y la tristeza.

—¿Cuántos puntos te han dado en el brazo? —susurra.

—La verdad es que no lo sé, tengo la herida tapada y no he caído en preguntárselo a Duncan. Es él el que ha hablado con Cameron, el médico que me ha atendido. Son amigos.

—Menuda mierda —hace una mueca—. ¿Y el resto del cuerpo cómo lo tienes?

—Lo siento como si me hubiesen aplastado con algo muy pesado —pongo los ojos en blanco—. El tío sabía luchar —encojo el hombro del brazo bueno.

—No tendrías que haber salido corriendo detrás de él, y que conste que yo no he sido consciente de ese momento —suspira.

—Bastante tenías con mantenerte en pie —le agarro una mano—. Y no lo he pensado, he actuado por un impulso y por la rabia. Primero Hope y después tú —sacudo la cabeza.

—Pero podrías haber terminado mucho peor —traga saliva.

—No es el caso, así que no tiene sentido pensar en eso —le hago un guiño.

—¿Quién será ese tío? —dice pensativa— Duncan nos ha dicho que Effie no lo conocía.

—Así es, y la pregunta correcta no es esa, sino, ¿qué buscaba y qué quería del despacho de Duncan, como para entrar sin ser visto?

—Vaya mierda —bufa—. Duncan nos ha pedido que no fuéramos a verte porque el médico ha sido muy claro, necesitas descansar mucho.

—Lo imagino, pero se ha preocupado en hablar con todos.

—Sí —me sonríe—. También estaba muy afectado.

—Ya, la he liado —digo pensativa.

—Tú no tienes la culpa —se acerca para rodearme los hombros con cuidado—. Cariño, solo querías encontrar respuestas y defendernos a Hope y a mí. Sí, has corrido demasiado riesgo, pero los que te conocemos sabemos cómo reaccionas cuando te sientes amenazada —me da un beso en la mejilla.

—Ya te ha salido un morado en la frente —susurro.

—Tengo la cabeza muy dura —ríe y sonrío, aguantando el dolor del labio —. Desde que Maisie nos ha traído de vuelta al castillo, Calem no se ha separado de mí.

—Y estás encantada.

—Ya te digo —dice con picardía—. Le he pedido varias veces que vaya a buscar el *kilt*, pero no me hace caso —hace un puchero y frunzo los labios.

—Si se parece un poco a Duncan, ve haciéndote a la idea de que el *kilt* tendrá que esperar.

—Bueno… —Suspira.

Continuamos hablando y agradezco que no sigamos con el tema anterior. Cuando Duncan y Calem regresan con dos bandejas grandes nos comentan que han hablado con nuestros amigos, así que me quedo mucho más tranquila. Mientras bajaban las escaleras la puerta del salón estaba cerrada,

pero en el momento en el que iban a subirlas se encontraba abierta y los han visto, por lo que Maisie, Nael, Ramsey y Leire han salido.

Sé que Nael estará deseando verme en persona, que no se quedará tranquilo del todo hasta que lo haga, pero también sé que no me "molestará", según él, mientras Duncan esté conmigo.

Nos despedimos de Aroa y de Calem y volvemos a mi habitación.

—Ponte cómoda en la cama —me pide Duncan, nada más entrar.

Voy directa porque lo necesito, me pesa todo el cuerpo y la cabeza ha empezado a dolerme, otro malestar a sumar.

Duncan todavía no conoce por mí lo que ha pasado, no ha sacado el tema por motivos obvios, pero por la expresión que tiene ahora mismo doy por hecho que no tardará en preguntarme.

Coloca la bandeja encima de otra destinada a comer en la cama y se acomoda a mi lado, con la espalda apoyada en el cabecero.

El olor de la comida provoca que mi estómago se queje y que Duncan se ría.

—Qué bien huele —digo al destapar el cuenco con sopa que me ofrece.

—Tómala lo primero, está caliente y te sentará bien.

Se dedica a observar cómo como, por lo que…

—¿No tienes hambre? —le pregunto, después de limpiarme los labios con cuidado.

—Sí.

—¿Y por qué no comes?

—Ahora empezaré. ¿Te gusta?

—Claro, Effie y Maela tienen unas manos increíbles para la cocina.

—La sopa es obra de Maela, pero nunca le hagas un comentario a Effie como que lo sabes, siempre se enfada porque no consigue que le salga como Maela le enseñó —niega con la cabeza, con una media sonrisa—. Es de las pocas cosas que se le resisten.

—¿Les has dicho que estoy bien?

—Hablé con ellas al poco de que llegáramos. En cuanto te quedaste dormida salí de la habitación para informar a todos.

—Vale.

—Te han puesto triple ración de postre y me han prohibido que lo toque —comenta divertido.

—Son las mejores —río.

A pesar de la tirantez del labio, a pesar de las punzadas que me da el corte, continúo riendo al ver el cambio en las facciones de Duncan. He conseguido que se relaje y me encanta, es precisamente lo que necesitamos los dos.

A partir de ese momento nos quedamos en silencio y nos dedicamos a dar buena cuenta de toda la comida. El primer plato, la sopa, me sienta genial y al final el postre nos lo tomamos los dos, alternando las cucharadas en las bocas del otro. Nos damos de comer en una intimidad que me encoje el corazón, porque quiero seguir viviéndola y sintiéndola, no quiero que nunca termine.

¿Duncan estará como yo? ¿Querrá lo mismo? ¿Y si para él no es tan especial este instante? ¿Y si…? En mi cabeza se acumulan las preguntas a las que no puedo responder porque no está en mi mano hacerlo, por lo que hago todo lo posible para acallar mis pensamientos y las dudas, para centrarme solo en él.

Capítulo 40



Duncan

—¿Estás cómoda?

—Sí. ¿Qué hora es?

—Casi las diez. ¿Tienes sueño?

—Todavía no. ¿Y tú? No has parado, entre las pruebas de esta mañana en los juegos y todo lo que ha venido después…

—Desde que llegamos del médico he pasado más tiempo en esta cama que fuera de ella —le retiro con cuidado un mechón de pelo.

—Pero no has dormido.

—Estoy bien, Gladys. Tengo toda la noche para hacerlo.

—¿A qué hora te levantarás para trabajar?

—Mañana tengo otros planes, así que hasta que no te despiertes y desayunemos no me iré. Me da igual la hora.

—Te estoy haciendo variar mucho la rutina.

—¿Me has oído quejarme?

—No —en esa corta negación se distingue la diversión en su tono de voz.

Estamos tumbados en la cama, Gladys está echada sobre mí y es todo lo que necesito porque su cuerpo y su cercanía me reconfortan. Le acaricio la espalda deslizando los dedos en círculos, con cuidado, directamente sobre la piel.

Después de cenar la ayudé a darse una ducha, mientras ella mantenía el brazo de la herida en alto. Desde entonces está desnuda, desde que no permití que se secara ella, pero no es la única porque yo me metí debajo del nórdico sin ropa. Necesitaba sentirla de esa forma.

—¿Qué vas a hacer con lo que ha sucedido? ¿Vas a avisar a la policía?

—Precisamente es una de las cosas a las que me quiero dedicar mañana —le confirmo—. Tengo un amigo policía, iré a verlo. Él se encargará.

—Si Effie no lo conocía será muy complicado que encuentren a ese hombre. ¿Y si vuelve a acercarse aquí? Me dijo que…

Me tenso al escuchar la última parte. Hasta ahora no he querido agobiarla para que me cuente cómo vivió ella lo que nadie más vio, aunque tampoco hemos tenido un respiro desde que descubrí la herida de su brazo y la llevé al médico. Al volver al castillo estaba tan adormilada por el calmante que lo más importante era que descansara.

—¿Qué? ¿Qué mierda te dijo?

—Aparte de que estaba haciendo muchas conjeturas, después de decirle que me preguntaba si el dueño del despacho y del castillo lo conocía, o si había aprovechado para venir este día en el que sabía que no estarías, para hacer vete a saber qué, y de añadir que había tenido mala suerte porque los juegos este año no se han alargado tanto como otros… también me ha dicho, cuando me he enfrentado a él fuera del castillo, que yo no tenía ni puñetera idea en el problema que me acababa de meter. He dado por hecho que ese hombre sabía muy bien que tú participabas en los juegos, y, aunque no fuese así, es una celebración que reúne a muchas personas de espectadores, no sé.

—Te ha amenazado… —siseo.

—Me da igual, Duncan. Nos estábamos pegando, es lo más normal, lo que más rabia me da es que no puedo darte ningún nombre —suelta un suspiro.

—¿En serio solo te preocupa eso? —Paro las caricias en su espalda y coloco la mano extendida sobre su piel.

—Pues sí, ojalá hubiese conseguido sacarle alguna información —levanta la cabeza, para apoyar la barbilla en mi pecho.

—Cuéntamelo todo desde el principio, necesito saberlo por ti.

—Cuando llegamos aquí mis amigos y yo nos quedamos retrasados en el jardín, el resto del grupo entró antes en el castillo, mientras Maisie se quedaba hablando con Keir. Después un chico que trabaja aquí se acercó a ella y se fue con él, no sé su nombre, pero nos hemos cruzado otros días. Al entrar escuchamos varios sollozos y supimos rápido de quién provenían y de dónde —aprieto la mandíbula—. Hope salió corriendo y llorando de tu despacho y chocó conmigo. Estaba muy alterada e intenté tranquilizarla para que me dijera lo que le pasaba —hace una mueca—. Tenía miedo, ese hombre le dijo algo que la asustó y encima le rompió la muñeca. Al principio no tenía consuelo, pero se calmó cuando le dije que entre las dos curaríamos a Pit, que se pondría bien. Le pedí a Nael que la llevara a mi habitación y que se quedara con ella, cuando se fueron, Aroa y Leire me acompañaron a tu despacho. Puede que el pomo de dentro se haya abollado porque por la fuerza con la que abrí la puerta, chocó con la pared de piedra. Ese hombre estaba al lado de tu mesa, con una carpeta que le pedí que soltara si no quería perder la mano —arqueo una ceja y frunce los labios—. ¿Qué? Estaba rabiosa por lo que le había hecho a Hope y porque estuviera en tu despacho, sin permiso. En ese momento me dio igual si cabía la posibilidad de que lo conocieras, aunque ya había sacado mis propias conclusiones, por sus reacciones a mis palabras. Lanzó la carpeta a la mesa y después sucedió lo de Aroa. Cogió algo pesado y lo lanzó hacia mí, yo pude esquivarlo, pero mi amiga no reaccionó a tiempo. Cuando Leire y yo

sujetábamos a Aroa, apareció Effie y ese hombre aprovechó la distracción y la confusión para escapar por la ventana.

—El chico con el que se fue Maisie seguro que es Blaine. Lo que acabas de decirme más o menos lo sabía, cuéntame el resto —le pido en tono bajo.

—Lo seguí, corría por el jardín, alejándose. Mientras lo perseguía cogí una piedra mediana, la verdad es que en ese punto ya solo reaccionaba por impulsos —suelto el aire despacio—. Iba hacia un coche y no quería que se fuese como si nada, pero cuando lo insulté con un grito, se paró para girarse. En ese momento vi el destello de la hoja de la navaja que llevaba en una mano y entonces le lancé la piedra. Conseguí darle en un hombro y aproveché su dolor y su desconcierto para llegar hasta él. El resto te lo puedes imaginar, puñetazos, patadas… Perdí la cuenta. La advertencia o la amenaza que te he dicho me la dijo antes de atacarme y lanzarme al suelo. Me inmovilizó, pero esta me ayudó para quitármelo de encima —se señala la frente, ahora entiendo la hinchazón que tiene—. Aprovechó mientras me recomponía un poco para ir por la navaja y fue ahí cuando me la lanzó. Intenté esquivarla lanzándome al suelo, pero estaba aturdida y no fui lo suficiente rápida.

—Gladys, conozco a muchas personas que ni siquiera hubiesen podido anticiparse —susurro.

—Ya, bueno… El caso es que después de eso se largó en el coche y yo me levanté al escuchar a Nael. Venía corriendo hacia mí. Después de ver mis heridas me dio su sudadera para entrar en el castillo y me llevó a mi

habitación, donde Hope estaba con Maela. Curamos a Pit y al poco tiempo apareciste tú, el resto ya lo sabes.

—¿Por qué?

—¿A qué te refieres?

—¿Qué porque tuviste el impulso de seguirlo y de enfrentarte a él? Aunque salieras corriendo detrás podrías haberte parado en cualquier momento, manteniendo la distancia. Tenía una navaja, Gladys, lo que me lleva a pensar que es raro que solo tengas el corte del brazo y encima no te lo hizo durante la pelea cuerpo a cuerpo.

—Porque no puedo controlarme cuando me siento amenazada, o le hacen algo malo a alguien a quién quiero —susurra—. Es superior a mí y siempre voy a reaccionar igual, sin pararme a pensar en las consecuencias. Esquivé todos sus ataques con la navaja, menos el desafortunado del final —suelta un suspiro—. Sé pelear y defenderme.

—Lo último lo tengo claro a estas alturas —la agarro por detrás de la cabeza—, pero me pregunto si aprendiste por voluntad propia porque te gustaba, o si fue por necesidad. Cuando estuvimos en el bar, cuando me senté en tu mesa y hablamos, me quedé con las ganas de preguntarte por algo que me dijiste.

—¿El qué? —murmura.

—Necesito comprenderte y que confíes en mí, Gladys, para llegar dentro de ti, a lo que no es palpable y visible. Sé que en las situaciones que se salen de nuestro control es difícil determinar con antelación cómo vamos a reaccionar, pero cualquier otra persona hubiese actuado de una forma muy diferente a como lo hiciste tú. La primera vez que nos vimos te enfrentaste a mí, por Hope. Te alteraste y me reprochaste que estuviese sola jugando, y después, cuando mi hermana se hizo notar, vi lo mal que te sentiste por su tristeza. Por la forma en la que Nael te alejó de nosotros sé que llorabas, que no estabas bien, y es algo que también me afectó, aunque me lo guardé para mí. En el bar, cuando Bonnie se acercó a nuestra mesa tuviste la necesidad de ayudarme, para protegerme en cierta manera. Cada palabra, cada gesto y movimiento que hiciste aquella noche tuvo una clara finalidad, la de enfrentarla y la de reconfortarme por su presencia, para que no me alterara por alguien del pasado que no se lo merecía. Y hoy has vuelto demostrar lo mismo, en cada ocasión ha sido diferente, no se pueden comparar, pero la esencia dentro de ti es la misma.

—Confío en ti, Duncan. No quiero que lo dudes. Si hay alguien con el que me siento segura y protegida es contigo, después de Nael.

—En realidad no lo dudo, pero entiendo que hace muy poco tiempo que estamos juntos.

— No importa el que haga que conoces a alguien, sino lo que te transmite. ¿Qué quisiste preguntarme aquella noche en el bar? —Apoya de nuevo en mi pecho la mejilla que no tiene golpeada.

—¿A qué te referiste con lo de las maldades de las personas, si me dejaste claro que las experiencias con tus exparejas, o lo que fuesen, las superaste y asumiste? ¿Qué has vivido y enfrentado que sea tan doloroso como interpreté al escucharte? Me dijiste que hay ciertas maldades que son más difíciles de digerir que otras, me lo aseguraste por la crueldad que suponen. Entonces Maisie nos interrumpió para que fuéramos con nuestros amigos y ya no encontré el momento para continuar con la conversación.

—Prefiero lo que sucedió después en el pasillo. Gracias a eso estamos aquí, en mi cama.

—Sí, pero lo otro también es muy importante.

—Vale —suspira—. Me cuesta mucho hablar de esto, con Aroa y Leire lo he hecho solo en contadas ocasiones. Con Nael es diferente, él estuvo conmigo, lo vivió con amargura y dolor, mientras intentaba protegerme a su forma cuando éramos pequeños. No podía hacer gran cosa, hasta que nos hicimos adultos, claro. Mi amigo era el único consuelo que tenía, cada mañana que amanecía me sentía feliz por ir al colegio porque estaría con él —hace una pausa, como reordenando sus pensamientos. Mientras tanto me mantengo callado porque se percibe en el aire que es algo muy doloroso para ella, y porque mi imaginación ya va por libre y no me gusta nada lo que estoy intuyendo, interpretando y sintiendo—. Mis padres murieron en un accidente cuando yo tenía cuatro años. Eran mi única familia, fueron hijos únicos y mis abuelos ya habían fallecido años atrás. Me vi sola a los cuatro años y pasé a la tutela del estado. Durante los dos siguientes años no viví mal en un edificio donde había más niños como yo, de diferentes edades. Dos de las cuidadoras que nos atendían eran muy cariñosas, aunque

tengo muy pocos recuerdos de esa época, las sensaciones y los detalles de ellas, sí que se quedaron grabados en mi memoria. El tiempo pasó y a los siete años pasé a estar bajo la tutela de una pareja que tenían acogidos dos niños más. Yo no sabía lo que me esperaba, era pequeña, mis sentimientos iban de la tristeza de dejar lo conocido a la alegría de tener una familia para mí. La inocencia de querer tener unos padres, aunque no fueran los míos —hace otra pausa en la que empieza a acariciarme el pecho con la yema de los dedos—. Al cabo de poco tiempo me di cuenta de que el sueño que esperaba vivir era en realidad una pesadilla.

—¿Qué pasó? —la voz me sale en un tono tan bajo que no sé si me escucha.

—Los gritos eran constantes, al igual que las palabras destinadas a hacer mucho daño. Me agarraban con fuerza de cualquier parte del cuerpo y tiraban de mí, sin importarles que me cayera o si me hacían daño. Eso es lo mínimo que sufrí, sufrimos porque los dos niños de acogida con los que conviví vivieron mí misma situación. Cuando conocí a Nael encajamos perfectamente, en el mismo momento en el que se acercó a mí a pedirme que fuera su amiga nos convertimos en inseparables.

Me explica cómo fue esa conversación y, a pesar de todo lo que me recorre por el cuerpo por lo que me está contando, al imaginarlos a los dos de pequeños hablando sobre *highlanders* sonrío, al igual que hace ella. La veo de refilón.

—Siempre has tenido devoción por estas tierras.

—Sí —ríe y me encanta oír ese sonido que vibra sobre mi cuerpo—. Venir a Escocia siempre ha sido mi sueño.

—Lo has logrado —asiente en silencio.

—Nael se dio cuenta de que me pasaba algo cuando el primer verano que pasamos juntos me negué a ir a la casa de sus padres. Ir allí para mí era un desahogo y una ilusión porque sus padres, me trataron desde el primer momento con mucho cariño, como si fuera una hija más. Pero yo no quería ponerme un traje de baño porque tenía muchos hematomas y se haría visibles para todos. Tenía miedo de dar explicaciones y que tuviese peores consecuencias cuando volviera a mi casa. Me dormí llorando cada noche, durante muchos años, y con hambre porque racionaban mucho la comida. Lo único que no me faltaba nunca eran los bocadillos para desayunar en el colegio y a la salida de él, pero porque los que me tenían acogida, solo querían aparentar para que los profesores no detectaran que pasaba algo. Igualmente, siempre lo compartía con Nael, al igual que hacia él con toda su comida. Nunca di muestras de nada. Mi salvación también fue una vecina con la que pasaba todo el tiempo que podía. Era mayor, pero me mimaba y cuidaba, con comida y cariño. Ella fue la que me habló por primera vez de los *highlanders* y de estas tierras, me leía historias y yo me quedaba embelesada al escucharla. Siempre que yo sacaba ese tema con alguien, me refería a mi vecina como si fuera mi madre de acogida, porque deseaba que lo fuese. Crecí con miedo, con rabia y con mucha desesperación, rezando cada noche porque todo cambiara.

—¿No hacían controles sobre los niños? —pregunto en tensión.

Capítulo 41



Gladys

—Hicieron varios controles presenciales los dos primeros meses, después pasaron a ser llamadas de teléfono entre los que nos habían acogido y la persona encargada de realizarlas. Ninguno de los tres que vivíamos con ellos dimos indicios de que pasaba algo, nunca. Teníamos demasiado miedo de que cumplieran todas las amenazas que nos hacían.

—¿En qué momento se dio cuenta Nael?

Le doy un beso en el pecho, necesito que el cuerpo de Duncan pierda la rigidez que tiene debajo de mí. Consigue relajarse un poco, pero no del todo.

—Me vio —hago una mueca que no ve, por la posición que tenemos.

—¿Cómo?

—Después de una clase de deporte en el colegio, era la última de la tarde. Me retrasé mucho porque tenía que esperar a que un baño se quedara vacío, tenía pánico de quitarme la ropa delante de nadie, por rápido que me cambiara de ropa. En esa ocasión me quedé la última y mi amigo se coló en el vestuario de las chicas, cuando solo estaba yo. Lo hizo porque estaba preocupado y como me encontraba sola, no fui a desvestirme a un baño, lo hice en un banco y ahí vio mi cuerpo —suelto un suspiro—. Empezó a hacerme muchas preguntas, nervioso, porque, aunque éramos pequeños, era consciente de que todo lo que cubría mi cuerpo no era normal. Intenté esquivar las respuestas, pero cuando me pidió llorando que le contara la verdad, no pude negarme a la única persona que era mi salvación la mayor parte de las horas del día. Le rogué que no se lo contara a nadie porque me dijo que iba a hablar con sus padres para que me ayudaran. Me puse tan mal que terminó prometiéndome que se callaría por el momento, pero que estaría conmigo mucho más, que nos separaríamos solo cuando fuera estrictamente necesario. Los años pasaron y mi amigo no lo pudo soportar más, estaba atormentado, a pesar de que intentaba disimularlo hacia mí. Cuando teníamos quince años habló con sus padres sin que yo lo supiera y se armó un revuelo en la casa en la que yo vivía, cuando los padres de Nael presentaron una denuncia sobre lo que vivíamos dentro de la vivienda. Por suerte no fue tan mal como pensé durante tantos años, la policía intervino y me separaron de los que fueron mis hermanos de acogida. Los padres de Nael lucharon por mí y consiguieron unos meses más tarde que fuera a vivir con ellos. A partir de ese momento mi vida cambió radicalmente, rodeada de cariño, amor y amistad. Nael para mí, fue un ángel siempre y se convirtió en uno muy real. Se lo debo todo, a él y a sus padres —apoyo la barbilla en el pecho de Duncan—. Me sentí tan indefensa durante tanto tiempo que por eso aprendí a luchar, para que nunca más nadie se atreviera

a hacerme daño sin que yo no pudiese defenderme. No soporto ver a los niños tristes, me supera de una forma que no puedo explicar. Por eso conecté tan bien con Hope la primera vez, por eso quería estar con ella sentada en la hierba, y por eso me encaré a ti. No sabía cómo era su relación contigo, aunque vi con el cariño que le hablaste, a pesar de que estabas enfadado por mi presencia. Hay situaciones que se salen de mi control y actúo por impulsos, como hoy, cuando salí corriendo detrás de ese hombre. Le había hecho daño a Hope y solo con ver sus lágrimas… Regresé al pasado, me vi a mí misma en ella, aunque la situación no tuviera nada que ver. Cuando algo me altera es como reacciono y no veo más allá que lo que me ciega. Sé que hoy he sido imprudente, que podría haber terminado mucho peor porque ese hombre no estaba indefenso, también sabía luchar, pero ya no podía frenarme. No soporto el abuso, sea del tipo que sea.

—Lo siento mucho, Gladys —traga saliva.

—Por eso dije que hay maldades que cuesta mucho digerirlas, la verdad es que nunca desaparecen del interior de uno, y menos cuando las sufres desde que eres un niño inocente y que lo único que puedes hacer es sobrevivir en un mundo lleno de odio, dolor y rabia. Es incomprensible a ciertas edades, pero por suerte no se puede generalizar. Lo que nos sucedió a nosotros tres en las manos de aquellos que supuestamente tenían que cuidarnos fue una excepción, conozco a muchísimos con los que conviví en el primer edificio de acogida del estado al que me llegaron tras la muerte de mis padres, y ellos tuvieron buenas vidas desde que los reubicaron. Encontraron a cuidadores a los que consideraron como unos verdaderos padres en poco tiempo. No quiero que estés triste por mí —le acaricio la mandíbula, está apretando los dientes—. Conseguí hacerme fuerte, más que

cualquier niño a esas edades. Maduré más rápido de lo normal y nunca me di por vencida. Desde que me fui a vivir con Nael y sus padres, conocí la felicidad y hasta hoy que hago mi vida por mi cuenta, no me he alejado de ella. No concibo una vida sin mi amigo, es mucho más que eso para mí. Somos dos mitades de un todo, él siente lo mismo.

—Y aún, a pesar de todo lo que viviste, eres capaz de perdonar y de olvidar, en cierta forma.

—Ya te lo comenté, quizás no con las mismas palabras. Sé cómo la rabia y el rencor pueden llegar a hacer sentir a una persona, matan desde dentro. No es sano, por eso aprendí a soltar lo que no me gustaba ni quería, y a abrazar lo bueno. No es fácil, pero con esfuerzo y si se trabaja en ello y en uno mismo se consigue. Por muy mal que nos vaya en ciertas etapas de la vida, las situaciones son un sube y baja, y esas etapas siempre llevan a otras en las que todo se estabiliza. Sobreviví a mi infancia porque me aferré a lo que quería y a lo que necesitaba, aunque no fuese consciente, y conforme fue creciendo sabía que una vez que cumpliera la mayoría de edad mi vida sería muy diferente y mía, únicamente. Si que es verdad que tuve la ayuda de mi amigo, de sus padres cada vez que pasaba tiempo con ellos cuando aún no sabían nada, y de mi vecina que siempre me acogía en sus brazos, pero mis dos hermanos de acogida también lucharon con uñas y dientes para soportar el dolor y la amargura, y ellos no tenían tanto como yo fuera de la vivienda. Sobrevivir es necesario, pero sanar mucho más, es vital para poder continuar en paz. Todavía tenemos contacto los tres, la unión que creamos en un entorno desfavorable no se rompió. Los dos son felices, tienen parejas e incluso uno, una niña preciosa.

—Admiro tu fortaleza, la de los tres —susurra, retirándome el pelo sobre el hombro.

—Gracias, pero todos la tenemos. Reside en nuestro interior, solo hay que encontrarla.

Me deslizo hacia arriba. Necesito más contacto con él, por lo que beso sus labios, moviendo los míos despacio.

—No me duele —digo porque se resiste a besarme bien.

—Gladys…

Eso es una advertencia porque estoy dispuesta a conseguir lo que deseo y ahora mismo es a él. Me he subido a horcajadas sobre su cuerpo.

—Estás dolorida —dice en tensión de nuevo, pero esta vez por un motivo muy diferente.

Roto la cadera sobre su miembro, el que en cuestión de segundos se ha puesto erecto.

—Mmm… ¿Qué decías? —suelto un pequeño jadeo.

Deslizo mi sexo con la punta resbaladiza y me agarra de los muslos.

—No sé dónde tocarte sin que te duela.

—Aquí te aseguro que no —lo guio con la mano sobre mi clítoris y me doy placer con sus roces y contacto—. En este punto tampoco —cierro los ojos unos segundos, al notar cómo se ha adentrado unos centímetros.

—¿Dónde más? —su voz suena ronca por el deseo.

—Aquí —jadeamos a la vez, cuando bajo la cadera de golpe y su miembro llega hasta el fondo de mi interior.

—Mierda… —Aprieta la mandíbula y las manos en mis muslos— Si supieras cómo me gusta sentir lo húmeda que estás y el calor con el que me envuelves… —Echa la cabeza hacia atrás.

—Me hago una idea.

—¿Cómo tienes la herida del brazo y los golpes? ¿Te duelen? —Busca mis ojos.

—El calmante de después de la cena ha hecho efecto, ahora mismo lo único que siento es esto.

Elevo el cuerpo y vuelvo a bajar, notando cada centímetro que tensa mi piel y me llena.

Duncan aparta el nórdico, retirándolo de mi espalda y fija la mirada en mis pechos. Me llevo las manos a ellos y empiezo a acariciármelos, como

también a tirar de los pezones. La mirada ardiente con la que me observa y lo que me hago a mí misma, consiguen que gima y me balancee, buscando más placer.

Se incorpora y el movimiento consigue que, entre más en mi interior cuando pensaba que no podía más. Echo la cabeza hacia atrás al sentir pequeños escalofríos ante la succión de sus labios en un pezón. Empieza a jugar con él y acelero los movimientos de la cadera, de forma desenfrenada, cuando me pide hablando sobre el pecho que lo folle, que yo tengo el control.

Y lo hago, me vuelvo loca, olvidándome del malestar que siento en ciertas zonas del cuerpo. Eso queda en un segundo plano, o incluso deja de existir, cuando varios de sus dedos me frotan el clítoris, con movimientos rápidos y certeros. La habitación se llena de jadeos y de gemidos, y de nuestras respiraciones entrecortadas.

Coloco las manos en sus hombros y posiciono bien las piernas, para tomar un ritmo frenético, en el que hago desaparecer deliciosamente a su miembro duro en mi interior. Las sensaciones son tan intensas que enseguida siento cómo se concentran entre mis piernas y se acumulan en una oleada que me lleva directa a un orgasmo tan fuerte e intenso, que me hace gritar su nombre varias veces, con desesperación, mientras me aferro a sus hombros y le clavo las uñas.

Duncan me abraza con tanto cuidado que termina por derretirme, igual que cuando me gira con delicadeza, sin salir de mi interior. Me gira en la

cama y entra y sale, una y otra vez. Suelto un suspiro y me tenso cuando sus dedos vuelven a estar sobre mi clítoris.

—Síii… —jadeo, recompuesta y dispuesta a todo lo que me ofrezca.

—Dime si te duele algo, por mínimo que sea —me pide con la voz entrecortada, levantándome una pierna con la que le rodeo la cadera.

—Estoy perfectamente. Puedes besarme.

—No voy a hacerlo, tienes un corte profundo en el labio —arquea una ceja y sonríe de medio lado al ver el puchero que hago—. Mañana, te prometo que acumularé todos los de hoy para dártelos mañana —jadea, al embestirme con fuerza y yo le sigo.

—Más… —lo aprieto a mí con la pierna, provocando que gruña.

Mi invitación surte efecto, Duncan se mueve encima y dentro de mí, con embestidas duras y profundas, dándonos lo que los dos necesitamos, mientras sus dedos hacen magia sobre mi punto inflamado y excitado. Me dejo llevar otra vez, curvando la espalda, en tensión, momento en el que él acelera tanto la velocidad a la que va a mi encuentro que me deja sin respiración. Con varios gemidos se corre en mi interior, con varias embestidas fuertes y profundas.

Se inclina sobre mí, manteniendo su peso con un brazo. Suspiro al notar su respiración en el cuello, donde me da varios besos.

—Ya lo has conseguido, por hoy se terminó —susurra con la respiración agitada.

Sonrío porque no se lo cree ni él. Bueno, él sí porque es lo que quiere para que yo descanse y me recupere lo antes posible, pero yo no, y estoy dispuesta a demostrarle que no le quedará más remedio que sucumbir a lo que tengo en mente hacerle.

Cuando se tumba a mi lado me acurruco en su cuerpo, de esa forma cierro los ojos, disfrutando de todo lo que me transmite su cercanía.

Si algo ha quedado claro desde el principio es que me encanta Escocia y que estoy enamorada de todo lo que ofrece este país, pero ahora tengo que añadir todo lo que ya siento por las personas que han conquistado mi corazón, cada uno a su forma. Duncan tiene un lugar que nadie más puede ocupar.

Ya no solo estoy enamorada de este lugar, mi amor se ha expandido y en este punto empiezo a replantearme muchas cosas con las que no contaba antes de emprender este viaje, ni siquiera cuando pise estas tierras. Dentro de unos días tocará ser clara y concisa, como también esperar a saber cómo se dará todo, una vez que de mis labios salgan las palabras que en este momento contengo.

Tengo que hablar con mis amigos, pero sobre todo con Nael, ese es el último pensamiento consciente que tengo antes de dejarme atrapar por la oscuridad.

Capítulo 42



Duncan

Pensativo, no puedo apartar la vista del suelo, mientras intento controlar la rabia. Así llevo desde hace largos minutos, apartado del castillo y observando lo que reposa sobre la hierba.

Son las nueve y media de la mañana, me he despedido por el momento de Gladys, después de desayunar en la habitación. Ya me ha dejado claro que se terminó el encierro, de nada han servido mis intentos de acallarla con la comida que le metía en la boca, cada vez que pronunciaba esas palabras. En realidad, sí que han servido de mucho, en todas esas ocasiones se ha reído con ganas y yo he disfrutado del sonido de sus risas, mientras ella daba buena cuenta de la fruta o de los dulces que yo acercaba a sus labios.

En ningún momento he detectado que le doliera el corte del labio inferior, pero aún no he conseguido que desparezca el cúmulo de sensaciones negativas que me provocó conocer su pasado la noche anterior, y necesito desesperadamente verla feliz. Nada más abrir los ojos me ha asaltado la

idea de querer encontrar a las dos personas que le causaron tanto dolor, a ella y a los que considera sus hermanos de acogida.

Gladys ha notado enseguida que me sucedía algo porque mi cabeza ya estaba maquinando para viajar a España, y cuando le he dicho mi intención, para que me facilitara los datos que necesitaba para llegar hasta ellos, sus palabras me han traído al mismo tiempo paz y rabia. Por lo visto el matrimonio falleció hace unos años, con pocos meses de diferencia entre uno y otro, por la mala vida que llevaban.

Gladys me ha asegurado que era verdad. No es que haya dudado de ella, pero supongo que, al escucharla, en mi expresión se ha reflejado un poco de desconfianza. Por un momento he pensado que intentaba aplacar mi malestar para frenarme y que no me involucrara. Pero no, es una gran verdad que esas dos personas murieron, ella se enteró por uno de sus hermanos de acogida.

Gladys ha decidido estar tranquila hoy para recuperarse lo antes posible, decisión con la que han estado de acuerdo sus amigos y se han unido a ella. Sobra decir que yo estoy encantado. Se han quedado todos en el castillo, el resto del grupo se ha ido con Maisie para visitar la zona que toca en el itinerario. Mi hermana se ha debatido entre las ganas de quedarse con ellos y en su responsabilidad hacia las demás personas que guía y su trabajo.

Tengo en mente hacerles a los cuatro una propuesta que no cansará a Gladys, pero por el momento aquí sigo, frente a la puñetera navaja que tiene la hoja manchada de la sangre de Gladys. Cuando terminamos de desayunar quiso bajar ella misma para encontrarla y cuando le pregunté cuál era el

motivo de querer salir de la habitación en pijama y con una chaqueta, porque en un principio no me lo dijo, le pedí que me orientara sobre la zona en la que tuvo lugar el enfrentamiento, para venir yo a por ella.

El pitido repetitivo de un claxon me saca de mis pensamientos. Levanto la cabeza dirigiéndola hacia la dirección en la que el coche circula por el camino asfaltado de la parte trasera del castillo.

Desde que dejé a Gladys en la habitación han pasado unos veinte minutos, en los que he estado buscando la puñetera arma que la hirió. Lo primero que hice al quedarme solo fue llamar a Logan, mi amigo policía que conduce el vehículo que cada vez se aproxima más.

En cuanto se baja del vehículo consigue contagiarme la sonrisa.

—Duncan…

Nos damos un abrazo cuando llega frente a mí.

—¿Qué tal va todo?

Hace dos semanas y media que se unió al final del día a tomarse una copa con Ramsey, Calem y yo, en el bar de siempre. Y una que hablamos por teléfono.

—Bien, liado con unas cosas y con otras, pero ahora mismo disponible por entero para ti —me hace un guiño—. Explícame qué es tan urgente, no

me has dado muchos datos en la llamada.

—Ayer sucedió algo y te necesito —digo pensativo—. Un tío entró en el castillo y terminó en mi despacho, sin que nadie lo viera.

—¿Cómo es posible con toda la gente que se mueve por aquí? —Frunce el ceño.

—Era el día de los juegos, ¿dónde estabas? —Arqueo una ceja.

Para todos los de la zona es una celebración especial, por lo que cada uno elige si asistir o no. A Effie y a Maela nunca les ha llamado la atención porque a ambas las agobian las aglomeraciones, creo que han ido una o dos veces y porque participamos mis amigos y yo, pero bastantes de los trabajadores del castillo se toman libres las horas que dure. Es una tradición.

—Joder, es verdad —ríe—. Ni me acordé, llegué por la noche de Fort William.

—Fuiste a ver a Kenna —me refiero a su hermana.

—Sí, de vez en cuando tengo que continuar haciendo el papel de hermano mayor —sonríe de medio lado.

—Estaría encantada los primeros minutos y después esperando que te fueras —reímos.

—No vas desencaminado. ¿Otro año de victoria?

—Sí —le confirmo y me aprieta un hombro, mostrando satisfacción.

—Enhorabuena. A ver, continúa contándome la intrusión del tío ese. ¿Si nadie lo vio cómo te has enterado?

—Pasó desapercibido hasta que Hope lo vio.

—No me jodas —aprieta la mandíbula—. ¿La pequeña está bien? ¿Qué intenciones tenía ese tío?

Le explico cómo se dieron todas las situaciones, sin dejarme ningún detalle. Me baso en la versión de Gladys, que contiene hasta los más mínimos detalles, mientras Logan me escucha atento y serio.

—¿Quién es esa chica?

—Una turista del grupo de Maisie —me mira con suspicacia—. Eso al principio, pero pasó poco tiempo hasta que ella y yo…

—Entiendo —frunce los labios.

—No es lo que estás pensado —pongo los ojos en blanco.

—¿Yo? Mi mente es muy pura, tío.

—Tú tendrás muchas cosas puras, pero la mente no es una de ellas —ríe y sacudo la cabeza, con expresión divertida—. Gladys es importante para mí —digo pensativo.

—¿Cuánto?

—¿Me estás interrogando? —Arqueo una ceja.

—Es un defecto de profesión —reímos.

—Mucho —le respondo al final—. Es…

—Ya me ha quedado claro, desde antes de que me lo aclararas —me hace un guiño—. Por cómo has hablado con ella y por la rabia e impotencia que has mostrado al contarme la situación que vivió y enfrentó ayer, no me ha quedado ninguna duda de que es alguien especial para ti.

—¿Y para qué me lo has preguntado?

—Porque quería escuchártelo decir —me da una palmada de un hombro —. Vamos a dejar eso para otro momento, centrémonos en lo preocupante.

—Sí. Esto es para ti —muevo el mango de la navaja con el pie.

Logan baja la mirada y ve lo que hasta este instante le ha pasado desapercibido. El largo de la hierba hace de barrera a primera vista.

—Bien, tenemos el arma. Esperemos que sirva de ayuda. Ahora vengo.

Camina hasta el coche y saca del maletero una bolsa de plástico, con la que recoge la navaja, sin tocarla.

—Ya es mía, con esto no es necesario avisar a un equipo para que saque huellas de tu despacho.

—Ok —digo pensativo.

—Haré todo lo que esté en mi mano para saber quién atacó a Gladys, Duncan.

—Lo sé, es que todavía estoy asimilándolo —sacudo la cabeza.

—Es comprensible, pero ella supo enfrentarse muy bien a ese tío.

—No tendría que haberse acercado a él —digo en tono bajo, todavía con miedo por lo que pasó en este mismo sitio horas atrás.

—Ya está hecho, tío. Deja de martirizarte, ella está de vuelta contigo. ¿Tienes idea de quién puede ser? ¿De qué buscaba en tu despacho?

—La verdad es que no, me pilló de sorpresa todo —dirijo la vista hacia la arboleda.

—¿Te ha surgido algún problema en estos últimos días?

—Las únicas cosas destacables son dos, sin contar lo de ayer. Hace unos días vino al castillo un tal Bram, buscándome. Yo no estaba, pero creo saber quién es por el nombre. La verdad es que se me había olvidado —hago una pausa—. Bryson también vino hace unos días, me reuní con él en el despacho —no hace falta que le diga quién es, sabe perfectamente que forma parte del consejo del clan MacLeod, el mío, el que llevo dirigiendo durante años—. Estaba alterado, me informó que una de las posesiones más valiosas que había en el Castillo de Dunvegan ha desaparecido, aparte quería saber cómo iba a llevar el tema. Le pedí que se mantuviera tranquilo y callado, para que no corriera la voz. Aún no he tomado ninguna decisión.

—¿Qué ha desaparecido? —cuando se lo digo hace el mismo gesto de siempre que indica que está intentando enlazar las piezas con los datos que tiene— Eso debe de valer una pasta.

—Bastante —carraspeo—, si no se sabe vender puede valer millones, imagínate si lo hacen bien.

—¿No querrán culparte? —Frunce el ceño.

—¿Por qué? No tiene sentido, aparte, tengo muy buena relación con el actual jefe del clan y sé que tendrá en cuenta mi palabra antes que la de cualquier otro. Ya son varios años que estoy al frente de todo y me he ganado su respeto y confianza.

—Lo sé, tío, pero sabes las ambiciones que se mueven en la sombra. El puesto que tienes es muy jugoso y no hace falta que me confirmes todo lo

que se esconde detrás.

—No he pensado en esa posibilidad —me paso una mano por el pelo.

—Alguien de aquí tuvo que dejarlo entrar.

—Confío en todos los que están a mi cargo en el castillo —aprieto la mandíbula—. Son leales a mí.

—Pues en algún lado tiene que haberse abierto una brecha —dice pensativo—. No te agobies, vamos a empezar por el principio —levanta la bolsa que contiene la navaja—. Intenta despejar la mente, ¿tienes que ir a trabajar ahora?

—No, voy a tomarme el día libre —sonríe de medio lado—. ¿Qué?

—Estoy muy impresionado e inmensamente agradecido a Gladys, porque jamás hubiese esperado escuchar esa respuesta.

—Todavía está dolorida y en cuanto vuelva con ella, le haré la primera cura en el brazo. Le he pedido que no haga nada.

—¿Cuántos días más estará aquí?

—Aún falta para que se vaya —lo miro a los ojos.

—Pues aprovecha todo el tiempo que puedas con ella. Desconecta de las responsabilidades y de las obligaciones lo máximo. Yo voy a ponerme con lo que sucedió ayer en cuanto llegue a mi despacho, así que una cosa menos de la que preocuparte.

—Gracias.

—No digas tonterías —me aprieta con la mano el hombro—. Ve con Gladys ya, a mí me tienes muy visto —reímos—. La conoceré otro día en el que esté recuperada del todo, no quiero molestar y sí darme prisa con este trabajo.

Nos despedimos con otro abrazo, pero antes de que se aleje de mí para ir a su coche le pido de que me informe en cuanto tenga los resultados de las huellas de la navaja. Espero que sea útil que ese tío la dejara tirada aquí.

Camino hacia el castillo, pensando en sí tendrá algo que ver lo que pasó ayer con lo del Castillo de Dunvegan. Lo mire por donde lo mire no le encuentro sentido ni lógica. Sacudo la cabeza y me centro en lo que tengo por delante, un día tranquilo disfrutando de la compañía de Gladys, al que se unirán sus amigos y Calem.

Me acabo de acordar de que mi amigo no se ha ido, que continúa con Aroa, así que doy por hecho que nos acompañará. No podría haber elegido mejor los días libres que se ha cogido. Ramsey, sé que se fue bastante temprano, hoy no podía ausentarse del trabajo. Me lo confirmó cuando fui a verlos a él y a Leire, cuando regresamos del médico y Gladys se quedó dormida. Después de explicarles cómo estaba ella, Ramsey me comentó que

hoy aprovecharía para adelantar trabajo, para así tener mañana disponible y dar paso a un fin de semana largo.

Es jueves, por lo que estaremos el grupo completo desde el viernes hasta el domingo, sin responsabilidades de ningún tipo, aunque mis horas y momentos a solas con Gladys no son negociables.

Capítulo 43



Gladys

Me llevo la taza de café a los labios y miro a mis amigos y a Calem por encima del borde, están conversando tranquilamente. Aroa tiene mejor cara que el día anterior, a pesar de que el color del hematoma de su frente es más intenso. Destaca más que los pocos puntos que tiene en la ceja, pero ni una cosa ni la otra parecen molestarle. Cuando nos hemos encontrado hace un rato ha vuelto a remarcar que tiene la cabeza muy dura, con lo que Calem ha estado de acuerdo, lo que ha provocado risas.

Al poco tiempo de irse Duncan, Nael ha venido a mi habitación a buscarme y nos hemos reunido con el resto en el salón. Estamos solos en la gran estancia, Blaine nos ha abierto la puerta con gusto y nos ha servido cafés. La mesa alargada que cada mañana está llena de comida y bebida se encuentra vacía, pero igualmente Blaine nos ha comentado que si nos apetece cualquier cosa solo tenemos que decírselo.

—Ramsey me ha dicho que hará todo lo posible para llegar a primera hora de la tarde —comenta Leire.

—Si se da tanta prisa es porque lo mimas muy bien —dice Calem, con tono de humor.

—Hago lo que puedo —ríe ella.

—¿Te has tomado el calmante? —me pregunta Nael.

—Síii… —Exagero la respuesta, provocando que me lance sin fuerza una servilleta de tela.

—Mirad a quién traigo —al escuchar a Effie giramos las cabezas hacia la puerta y sonrío.

Hope va agarrada de su mano y se suelta enseguida, para entrar corriendo. De esa forma llega a nuestra mesa, mientras Effie la sigue sonriente.

La pequeña hace un círculo completo dando un beso en la mejilla como saludo, hasta que se para delante de mí.

—¿Cómo estás? —me pregunta, nerviosa por la respuesta.

—Bien cariño —le acaricio la mejilla—. ¿Para mí no hay beso?

—No quiero hacerte daño —dice bajando el tono de voz.

—Tus besos nunca podrían hacérmelo —le hago un guiño y para que se quede tranquila, le acerco la mejilla en la que no recibí ningún golpe, donde me da un beso sonoro que hace reír a todos.

Cuando nos separamos tiene una sonrisa preciosa y le pido que se suba a mi pierna, para sentarse. Lo hace encantada, con las manos sobre la falda de su vestido para no tocarme. Supongo que Maisie le ha dicho que tenga cuidado.

—¿Qué tal Pit? —le pregunto, retirándole el pelo del hombro.

—Muy bien, ha dormido como un bebé con Pat y Motitas —dice satisfecha y sonrío.

—¿Y tú?

—Me desperté una vez, pero Maela estaba a mi lado —me lo cuenta entre susurros.

—Muy bien, cariño.

—¿Estás malita?

—No, ya te he dicho que estoy bien. ¿Por qué?

—Estáis aquí —balancea las piernas.

—Hoy nos apetecía descansar.

—Mai se ha ido.

—Sí, con el resto.

—¿Quieres acompañarnos? —le pregunta Nael a Effie que se mantiene de pie.

—Os lo agradezco, pero tengo trabajo en la cocina con Maela.

—Es pronto, podéis tomaros un descanso —intervengo.

—¿Tentando a mis empleados para que desatiendan sus obligaciones? —la voz de Duncan resuena en el salón.

En su tono de voz se ha reflejado la diversión, igualmente, aunque no hubiese sido así, todos sabemos, incluida Effie, que está de broma.

—Can —grita Hope.

Se baja de un salto de mi pierna y corre hasta su hermano, quien la coge en brazos al vuelo, cuando se lanza a él.

—Buenos días, cariño —le da un beso en la cabeza.

—Buenos días —lo abraza con fuerza del cuello—. No sabía que estabas.

—Quería darte una sorpresa. ¿Lo he conseguido?

—Sí —ríe.

Aunque no nos hemos separado desde ayer y hemos dormido juntos, desnudos, y lo he visto vestido antes de separarnos, vuelvo a quedarme prendada de su imagen. Está espectacular. Me hace un guiño al darse cuenta de cómo lo observo, ha descifrado perfectamente lo que estoy pensando, que toda la ropa que lleva le sobra, aunque no delante del público que hay en el salón.

Camina hasta nosotros, pero no coge una silla.

—¿Vamos un momento a la habitación? —se dirige a mí.

Sé lo que espera, después de desayunar en la habitación me ha dejado claro que quería curarme la herida del brazo, por lo que eso es lo que me está pidiendo sin dar detalles por Hope. Ella sigue pensando que los daños que tengo en la cara son los únicos de la caída, como le conté. No queremos ponerla nerviosa.

—Quédate aquí, ahora venimos —le dice a su hermana, que acepta encantada quedarse con los demás.

Ocupa la silla de la que me levanto y Nael la acerca a él, con un guiño.

—Había pensado una cosa, a ver que os parece —se dirige a todos—. Como hoy os habéis perdido la excursión que había programada, me gustaría llevaros a los acantilados de Kilt Rock. En coche el recorrido se hace mejor, es una zona tranquila que ofrece una vista de la costa como veréis en pocos lugares.

—Como van a decir que depende de mí, me adelanto —comento—. Me encantaría ir.

Duncan asiente y mira al resto, los que le confirman que les parece genial la idea.

—Can, ¿yo puedo ir? —Miramos a Hope.

Se retuerce las manos en la falda del vestido, mientras espera nerviosa e impaciente la respuesta de su hermano. Le sonrío con cariño, es tan bonita.

—Por supuesto. No iba a irme sin ti, cariño —le dice Duncan con un guiño y los ojos de la pequeña se iluminan—. Pero tienes que cambiarte de ropa, así tendrás fresco. En un rato voy a buscarte a tu habitación.

—Vale —grita bajándose de la silla de un salto y corre por el salón, directa a la puerta—. Vamos Effie, tengo que quitarme el vestido —le mete prisa desde la escalera.

Todos reímos y la mujer se despide de nosotros con una gran sonrisa, antes de caminar ligera siguiendo a Hope. Duncan y yo dejamos a nuestros amigos en el salón y tomamos el mismo camino.

—¿La has encontrado? —le pregunto en tono bajo, a pocos pasos de la escalera.

Al darle el buen repaso cuando ha aparecido en el salón he buscado algún indicio de que llevara la navaja, pero no he distinguido nada.

—Sí —me pone una mano al final de la espalda para empezar a subir los escalones.

—¿Y dónde la has guardado?

—La he dejado en buenas manos.

—¿Se la has dado a alguien? —Agrando los ojos.

—A Logan, mi amigo policía. Al salir de la habitación lo he llamado, he estado con él.

—Ah, vale. ¿Qué te ha dicho después de explicarle lo que sucedió ayer?

—Se va a poner a trabajar en ello, poco más puedo añadir.

—Esperemos que sirva de algo.

—Sí.

Terminamos de subir la escalera en silencio, de la misma forma que recorremos el pasillo, hasta la puerta de mi habitación.

Al entrar voy directa al baño, donde me saco con cuidado el jersey. Duncan que me ha seguido de cerca se para junto a mí y empieza a quitarme las gasas que me tapan la herida.

—¿Quieres sentarte?

—Estoy bien, no voy a marearme.

—De acuerdo. Tiene buena pinta.

Bajo la mirada y veo por primera vez los puntos que me dieron. Me inclino hacia el espejo, para observarlos con más atención.

—Me va a quedar una buena marca —suelto un suspiro.

—Insignificante —le quita importancia, mientras coge lo que le dio su amigo Cameron para hacerme las curas.

Se lava las manos y los siguientes minutos se concentra en el trabajo que tiene por delante. Su toque es muy cuidadoso y delicado, apenas noto alguna molestia cuando me cubre la herida con el antiséptico y la deja tapada con nuevas gasas.

—Ya está —dice apoyándose en el armario del lavamanos—. ¿Cómo tienes la cara?

Desliza varios dedos por mi frente, haciendo un recorrido a la mejilla y, por último, por el labio inferior, en el que recibo más caricias.

—Lo único que siento de vez en cuando es la tensión de la frente.

—Aun la tienes bastante inflamada.

—Por lo demás nada —encojo un hombro.

Alarga los brazos para agarrarme de la cadera y tira de mi cuerpo, para acercarme a él, entre sus piernas abiertas.

—¿Tenemos tiempo?

—¿Tú que crees? —susurra sobre mi cuello.

Con una sonrisa de medio lado bajo las manos al botón de su pantalón y lo libero. Le acaricio la piel por debajo de la goma del bóxer, mientras sus ojos no se apartan de los míos. Cuelo una mano y rodeo su miembro, encantada al sentirlo duro, caliente y suave.

—Me debes muchos besos —susurro pegándome a él, notando en mi barriga cómo mi mano sube y baja por todo el largo de su erección.

—Se me ocurren muchos lugares donde dártelos —me agarra de la nuca.

—Estoy deseando recibirlos —le rozo los labios al hablar, disfrutando de su respiración irregular, mientras mi mano se mueve por debajo de su bóxer.

—Quítate el pantalón.

Esas simples palabras provocan que mi humedad aumente, por la anticipación. Antes de sacar la mano le acaricio el glande, retirando las primeras gotas de excitación. Doy un paso atrás, llevándome los dedos a la boca y la mirada incendiada de Duncan observa detenidamente cómo los lamo, mientras degusto despacio su esencia. Aprieta la mandíbula y se contiene, sin moverse.

A medio camino de agacharme me agarra de la nuca, impidiéndomelo.

—Me encantaría, pero no tienes el labio tan bien como para tensarlo tanto —dice con la voz ronca por el deseo—. Es cuestión de tiempo para que te llene la boca, hoy no.

Con una mueca me apresuro a sacarme el pantalón y la braga por una pierna y contengo la respiración cuando nos mueve rápido. Me gira invirtiendo las posiciones y me quedo con las manos apoyadas en el mueble del lavamanos, frente al espejo mirándonos a través de él. Duncan libera su miembro mientras se inclina contra mi espalda y me da un beso en la mejilla. Empieza un recorrido de besos, pasando por mi cuello, hasta el hombro, mientras me abre las piernas con un pie y se posiciona donde lo necesito.

Suelto un jadeo y él un gruñido, cuando entra en mi interior con una embestida fuerte y profunda. Estoy más que preparada para recibirlo.

—Es una puñetera locura —sisea retrocediendo e impulsándose de nuevo.

No puedo llegar a decir que estoy totalmente de acuerdo, por sus movimientos me olvido de las palabras, cuando dos de sus dedos se aprietan sobre mi clítoris y su otra mano me eleva la cadera para tener una mejor posición. Gimo al sentir las sensaciones electrizantes que me provocan sus dedos en el punto que presiona y acaricia en círculos, alternando los movimientos, mientras me llena con su miembro, cada vez más con más fuerza e insistencia. Es tan placentero y desesperante a la vez…

Me hace terminar rápido, con varios gritos, en los que voy a su encuentro desesperada. Después de unos minutos en los que su ritmo se vuelve más frenético, se corre elevándome la cabeza hacia el cristal. Disfruto viendo su imagen, es increíble e indescriptible presenciar cómo se deshace de esta forma, por mí.

El baño se queda en completo silencio, mientras continuamos mirándonos a través del espejo. Ninguno nos movemos, no quiero que se separe de mí y dejar de sentirlo en mi interior, pero el momento llega demasiado pronto cuando se aparta.

—¿Estás bien? ¿Te he hecho daño?

—Me has hecho muchas cosas, pero daño no es una de ellas —le respondo, y sonríe de medio lado.

Me agarra de la nuca y me acerca a su cuerpo, para abrazarme. Disfruto de nuevo de su contacto, con la mejilla apoyada en su pecho, por encima del jersey. Cierro los ojos cuando me acaricia la piel de la espalda y me quedo expectante cuando juega con el cierre del sujetador. Para mi mala suerte aparta rápido la mano evaporando de golpe las nuevas ilusiones que me he hecho en cuestión de segundos.

Suelto un suspiro cuando nos separamos. Nos dedicamos a adecentarnos, hasta que nuestra ropa vuelve a estar en su sitio y nos dirigimos hacia la puerta de la habitación para ir a buscar a Hope a la suya, para reunirnos con los demás.

Cuando dejamos la habitación sonrío por la ilusión que le hace a la pequeña venir con nosotros para pasar el día, la misma que me produce a mí estar en su compañía. Va a disfrutar mucho y con el disgusto que se llevó ayer…

Capítulo 44

—Esta es otra de las maravillas de la isla de Skye —dice Duncan dirigiéndose a todos, mientras tiene a Hope en brazos—. El acantilado de Kilt Rock es muy famoso y un lugar que es imprescindible visitar, ofrece una belleza natural impresionante y una visión de la historia geológica de la región. Es un escenario único a orillas del inmenso océano desde donde se avistan diferentes tipos de aves, cetáceos y otras especies de animales. Estamos en el estrecho que separa las islas de Raasay y Skye —Hope señala hacia delante y todos sonreímos, se ha metido en el papel para ayudar a su hermano con la explicación. Se gana un beso de Duncan—. Históricamente hace millones de años esta costa de Skye se vio afectada por la actividad volcánica, debido a ello se creó este acantilado, como consecuencia de la formación de montañas y miles de capas de rocas fundidas que dieron origen a los pliegues de la Kilt Rock. El nombre que se le otorgó tiene una explicación, como ya os habéis dado cuenta.

—Sí, mirad —dice Hope, emocionada, cambiando la dirección de su dedito hacia las paredes de rocas que dan al mar.

—Las formas impresionantes de sus columnas verticales de basalto se asemejan a los *kilts* tradicionales del país —continúa Duncan, mirando a su hermana con expresión divertida—. El efecto visual te hace pensar en ellos, por sus pliegues y la variedad de colores, con líneas de granito negro formando patrones que parecen imitarlos. Este lugar, a una altura de noventa metros, brinda unas vistas panorámicas fascinantes. Se mire hacia donde se mire todo el paisaje es pura naturaleza, en medio de un entorno verde de montañas y lagos. Hace muchos años en el interior de la zona se hallaron restos fosilizados de dinosaurios y sus huellas. Aquí se encuentra en primer plano la cascada de Mealt que se vierte directamente al mar, alimentada por las frescas aguas del lago que recibe el mismo nombre: Mealt. La cascada se precipita por la pared del acantilado, sobre la costa rocosa a más de sesenta metros de profundidad.

—Es maravilloso todo el conjunto —habla Leire, mientras admira el paisaje.

Estamos muy cerca del acantilado que está protegido por una valla metálica. La explicación que acaba de dar Duncan es perfecta y se corresponde con la realidad. Es increíble el parecido de las paredes de las rocas a los *kilts* escoceses, cualquiera pensaría que está hecho a propósito y no por causas de la naturaleza.

Una vez terminada su explicación, cuando baja a Hope, la pequeña se lanza a la carrera por la verde hierba, yendo de un lado para el otro. El resto se separa de nosotros para investigar por la zona.

—¿Te gusta? —sonrío cuando Duncan me rodea la cintura por la espalda.

—¿No lo notas? Me he quedado sin palabras —ríe.

Calem y Aroa caminan abrazados, muy despacio, sin prisa, mientras él le susurra al oído. Leire ahora mismo está entretenida con Hope y con Nael, la pequeña los está llevando hacia cada cosa que le llama la atención. Debe haber algunos bichitos sobre la hierba porque no deja de señalar hacia varios puntos y las miradas de mis amigos van de unos a otros, siguiendo la dirección de su dedo.

—¿Esta es la excursión que tenía programada Maisie?

—Sí, y a otros lugares, pero este es el más impresionante. No quería que os fuerais sin verlo.

Noto una punzada en mi interior por sus últimas palabras, pero me contengo en expresar ninguna reacción.

—Es maravilloso todo el conjunto de las *Hihglands*, cada lugar tiene un encanto tan especial…

—Así es, y existen muchísimas zonas a las que no llega el turismo.

—Lo imagino. Sería increíble poder disponer del tiempo necesario para recorrer todo el territorio que abarca Escocia, hasta las islas, yendo de localidad en localidad, a cada rincón sin prisa para descubrir todo lo que ofrecen.

—Para hacerlo bien llevaría bastante, pero es un sueño accesible. Se puede hacer por rutas concretas, centrándose en ellas, eso sí, si te decides yo seré tu guía. Me conozco toda Escocia como la palma de la mano. Me gustaría enseñarte el Castillo de Eilean Donan, se halla antes de acceder a esta isla.

—Mmm… Esa posibilidad me tienta mucho más, es irresistible —levanto la cabeza y veo como sonríe de medio lado—. ¿Podrías dejar tus responsabilidades durante tanto tiempo? —Le acaricio las manos que tiene entrelazadas en mi barriga.

—Por ti, sí.

Lo confirma con tanta determinación que la punzada anterior regresa con más intensidad.

—Cuéntame más sobre ese castillo.

—El Castillo de Eilean Donan es uno de los lugares más emblemáticos de Escocia y también uno de los más visitados, recibe el mismo nombre que la isla en la que se encuentra. En la confluencia de tres lagos de agua salada, el Duich, el Long y el Alsh, un estrecho puente conduce hasta la fortaleza. Se puede acceder por él o por el lago. En la isla, rodeado de agua, montañas y espejismos, emerge la construcción oscura: el castillo. A finales del siglo XIII se convirtió en la fortaleza principal del clan MacKenzie de Kintail, que lo atesoraba con la compañía de los MacRae y MacClennan, clanes amigos. Las leyendas del clan MacKenzie cuentan que fue precisamente en

esta época cuando sus defensores repelieron un ataque del conde Ross que quería hacerse con el castillo para su expansión por las islas Hébridas. Los enfrentamientos continuaron hasta el siglo XIV. Más leyendas ancestrales del clan afirman que, a principios de este siglo el mismísimo rey Robert The Bruce pasó un invierno entre los muros del castillo. Por la posición privilegiada del Eilean Donan, durante siglos, fueron continuos los enfrentamientos con diferentes clanes. Incluso el propio rey James IV intentó hacerse con la propiedad y el territorio a principios del siglo XVI, en uno de los rifirrafes entre los MacKenzies. Este fue uno de los siglos más turbulentos de la historia de la fortaleza, que acabaría siendo la sede del clan MacRae, sus actuales dueños, quienes celebran bodas, y fiestas familiares y sociales. El principio del fin para la fortaleza llegó en el 1688 con la Revolución Gloriosa, y el levantamiento jacobita de 1715 que propició la destrucción del castillo hasta sus cimientos. Quedó en la más absoluta ruina durante cientos de años, hasta que en 1919 comenzó su reconstrucción para devolverle su esplendor, a manos del Lt. Col. John MacRae-Gilstrap, jefe del clan MacRae. La construcción tardó años en alzarse imponente, siendo diferente a la original y se incorporó el puente arqueado que hoy día es popular. No pudieron calcar el castillo porque fue en 1932 cuando se descubrió un antiguo dibujo de 1714, de un año antes de su destrucción. Ya sabes que es una ubicación que ha aparecido en varias películas —asiento.

—Quiero hacerlo —susurro—. Me refiero a recorrer toda Escocia, sin importar el tiempo que se tarde.

—¿De verdad? —Baja la cabeza para mirarme a los ojos.

—Sí, tengo que organizarme bien, pero…

Me gira entre sus brazos, con cuidado, y me agarra de la barbilla para elevarme la cabeza.

—Quédate aquí, Gladys. No te vayas, o si tienes que hacerlo, lo que comprendo, regresa lo más rápido posible junto a mí, junto a nosotros —me pide con voz ronca y trago saliva—. Sé que es una locura, que tienes tu vida en España, que te esperan muchas cosas allí, pero… —coge una bocanada de aire.

—Duncan… —murmuro con un nudo en la garganta y viéndolo borroso — ¿De verdad quieres que me quede? ¿A tu lado?

—Sí —vuelve a confirmar con decisión, mientras me retira un mechón de pelo para colocármelo detrás de la oreja—. Esto, lo nuestro, ha sido totalmente inesperado y sé que puede parecer precipitado por los pocos días que hace que estamos juntos, pero tenía que decírtelo porque nunca me perdonaría dejarte ir sin que supieras lo que siento y quiero. Jamás me he sentido de esta forma y todo es por ti, necesito saber adónde nos lleva y si te vas…

—Yo estoy igual —apoyo la mejilla en su pecho y cierro los ojos, mientras varias lágrimas resbalan por mis mejillas.

—Piénsalo, ¿vale? —me pide en tono muy bajo— No me respondas ahora.

Nos quedamos en silencio, uno cargado de emoción y de muchos sentimientos, mientras el sonido de la naturaleza y las risas lejanas de Hope se escuchan a nuestro alrededor.

Ahora mismo no puedo hablar, aunque lo intentara no lo conseguiría. Solo tengo ganas de continuar llorando, por muchos motivos.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que nos recomponemos, Duncan me da todo el que necesito mientras me abraza, hasta que mi cara está seca. Perdida en la noción del tiempo, al final me separo de él y me pongo de puntillas, para besarlo. Lo necesito y me lo da, sin resistirse por el corte de mi labio. Por fin vuelvo a disfrutar del roce de los suyos, de un beso que empieza tranquilo y moderado, hasta que toma la dirección opuesta y nos encendemos sin remedio.

Una risilla a nuestro lado consigue apartarnos y cuando bajamos la mirada, porque tenemos claro la altura de quién se ha reído, nos encontramos con Hope. Tiene una gran sonrisa, radiante, mientras pasa la mirada de uno a otro. Es la primera vez que ve esta intimidad en nosotros y por su reacción y su expresión está más que encantada y feliz.

—¿Sois novios? —pregunta al final, nerviosa por obtener la respuesta.

Frunzo los labios cuando se señala los labios, diciéndonos sin palabras que nos hemos besado en los labios. Duncan se mueve rápido, se agacha para cogerla, provocando que su hermana suelte una carcajada y no pueda parar de reír, cuando la coloca sobre su hombro, bocabajo.

Yo los sigo sonriendo, queriendo escuchar de Duncan la respuesta a la pregunta de la pequeña. Digo yo que algo seremos, ¿no? Me ha pedido que me quede con él, en su vida, que no me vaya para no volver. Todavía estoy en una nube por su propuesta, la que me presiona el pecho porque lo deseo tanto, pero a la vez…

Busco con la mirada a Nael. Lo encuentro apartado, observando hacia el mar con las manos en los bolsillos del pantalón. Parece concentrado, metido por completo en sus pensamientos. Me desvío del camino que he tomado y me dirijo hacia él.

—¿Qué tal? —le pregunto al llegar a su lado. Lo miro de reojo.

—Bien y mal —contesta.

Sé a lo que se refiere, a lo que acabo de vivir con más intensidad hace unos minutos.

—¿Qué va a pasar, Gladys? —Quiere saber, sin apartar la mirada de las vistas.

—¿Contigo y Maisie? —Lo tanteo.

—Esa es una de las razones de mi pregunta, sí.

—Lo que tú quieras y desees, no me cabe duda. No te olvides de que nosotros elegimos nuestros caminos. Quiero que seas feliz, Nael, y Maisie

es una mujer increíble.

—Lo sé de sobra, todo. Sabes que, para mí, una de las cosas que más deseo con fuerza es que tú también lo seas —susurra.

—¿Te atreverías a un cambio radical de vida? —Me agarro de su brazo y apoyo la cabeza.

—Sí, siempre y cuando obtenga lo que quiero —habla con la misma determinación que Duncan.

—Maisie se ha enamorado de ti —susurro—, y no es la única. Tú sientes lo mismo, no la dejes escapar porque te arrepentirás y te amargará la situación.

—No he hablado con ella de este tema, no sé lo que piensa o quiere.

—Yo no necesito hacerlo para saberlo —busca mi mirada, con una pequeña sonrisa.

—Eres una sabelotodo, ¿eh?

—Hago lo que puedo —río—, pero hay cosas que son muy evidentes —me encojo de hombros.

—¿Qué opción crees que es más factible? ¿Si le propongo lo que deseo me echará a patadas del castillo, se desmayará, o me dará una noche

inolvidable? —Frunce los labios.

—Mmm… No tengo que pensarlo, la última opción: la noche inolvidable, la que se alargará a muchas más —hago un poco de presión en su brazo.

—Tú te vas a quedar —no lo pregunta, lo afirma.

—¿Cómo lo tienes tan claro? —Me muerdo el labio inferior, por el lado contrario al corte.

—Porque Duncan no va a permitir que te vayas. Solo hay que veros juntos e incluso por separado. Lo que desprendéis es especial y no puedo estar más feliz porque es un hombre de los pies a la cabeza, aunque el primer día quisiera partírsela por hacerte llorar —río con ganas y lo contagio.

—Acaba de pedirme que me quede con él —susurro.

—Lo sabía —sonríe de medio lado.

—¿Te lo había dicho? Su intención, me refiero.

—No, pero sabía que más pronto que tarde sucedería —me da un beso en la sien—. Y si tú te quedas aquí…

—No quiero alejarme de ti —murmuro.

—Para que sucediera eso tendría que estar a muchos metros bajo tierra —me rodea los hombros con el brazo.

Vuelvo a emocionarme por sus palabras, está claro que hoy es el día de las lágrimas, pero todas son por motivos bonitos que llenan mi corazón.

—Te quiero.

—Te quiero —me corresponde.

Durante unos largos segundos nos quedamos en silencio, admirando y disfrutando de las vistas del mar y de las paredes de rocas del acantilado.

—¿Nos imaginas viviendo en el castillo para siempre? —pregunta con tono de humor.

—Sí —le hago un guiño—. Y más con todos los escondites y los pasadizos secretos que esconde —agranda los ojos y asiento, confirmándoselo con el gesto.

Terminamos riendo cuando me revuelve el pelo. Hacía días que no lo hacía, manda narices que lo echaba de menos, cuando hasta hace poco me irritaba tanto.

—¿Qué harías con el trabajo? —le pregunto.

—Eso es sustituible, la felicidad no.

—Me encanta escuchar eso —le sonrío.

—Así que… Tenemos mucho en lo que pensar.

—Muchísimo.

—Aunque en realidad, por mucho que la mente nos haga dudar, en el fondo tenemos las cosas muy claras, ¿no? —Busca mis ojos, apartando los suyos del paisaje.

—Clarísimas —le confirmo y me sonríe con cariño.

—Mis padres se van a quedar congelados en el sitio si al final nos quedamos.

—¿Ayudará si le llevamos a tu madre una bandeja de sus dulces favoritos y a tu padre una botella de güisqui de aquí?

—Puede ayudar —habla entre risas—, pero yo creo que será mejor soltarles la bomba cuando la botella esté medio vacía por ellos —soltamos una carcajada—. Eso si Maisie…

—No pienses en lo que no va a suceder —le froto el pecho, por encima del abrigo—. Confía en lo que te hace sentir cuando estás con ella, en cómo se ruboriza cuando te mira. Es todo lo que necesitas para saber el resultado que tendrá la conversación que mantengáis. ¿Hablarás con ella hoy?

—Esta noche, mientras la mantengo inmovilizada en la cama.

—Oh, ese detalle sobraba —agrando los ojos, provocando que se ría más.

—Hay que saber elegir los momentos —me hace un guiño—. No tengo ni puñetera idea de dónde terminaremos.

—Todo va a salir bien —le doy un beso en la mejilla—. Tú y yo, siempre.

Levanto el meñique para que enlace el suyo con el mío, como hacemos desde pequeños.

—Siempre.

Capítulo 45



Sonrío mientras termino de secarme el pelo con el secador. Duncan se ha ido a regañadientes de la habitación, ha recibido una llamada y ha bajado al despacho, para atenderla frente a una documentación que tiene archivada.

Hace media hora que nos hemos despertado de una pequeña siesta. Cuando nos fuimos del acantilado Duncan nos llevó a un par de lugares más, pero esas visitas fueron mucho más rápidas. Calem y Aroa nos seguían en el coche de él, en uno no cabíamos todos.

Por último, nos dirigimos a la localidad de Kyleakin para ir directos al restaurante del hotel de su amigo Braden. Mi encuentro con él ha sido como el del primer día que Duncan me llevó y ha recibido a mis amigos con la misma amabilidad y cercanía. Calem y Braden se han saludado con un fuerte abrazo y enseguida han empezado a intercambiar bromas.

La pequeña Hope estaba encantada, Braden la ha tratado como a una princesa y como Duncan avisó a su amigo horas antes de que ir, a este le dio tiempo a preparar los dulces favoritos de Hope.

Sobre las tres de la tarde regresamos al castillo y nos encontramos con Maisie. Nos separamos para descansar en las habitaciones y entre unas cosas y otras, ya son las cinco y media de la tarde.

Duncan no ha vuelto a sacar el tema de la última conversación que tuvimos en el acantilado, él no me ha preguntado, mientras yo le he estado dando muchas vueltas a la situación. Saber que me quiere a su lado es todo lo que necesito, soy consciente. Me he enamorado de él, aunque parezca precipitado como dijo hace unas horas. ¿Quién puede controlar los sentimientos? ¿Quién puede determinar el tiempo para que suceda? Yo no y a la vista está que Duncan me ha conquistado, quizás antes incluso de empezar a darme cuenta.

Habría sido muy doloroso despedirme el último día como dos personas que han mantenido relaciones durante unas vacaciones, sin más. Hablo por mí, Duncan tiene aquí su vida, ¿y la mía?

Sinceramente no me importa abandonar mi trabajo, puedo buscar otro en cualquier lugar. Es un tema que nunca me ha preocupado y quizás, como me dijo Duncan, es lo que necesito para no renunciar a mi sueño y poder orientar mi futuro hacia el camino que siempre he querido. Mi piso tampoco es un obstáculo, en realidad, solo mis amigos me unen al lugar en el que vivimos.

¿Lo demás? Carece de importancia. Pero ¿y si me he equivoco al suponer lo que quiere Maisie con mi amigo? Sé que por mucho que yo quiera a Duncan nunca voy a alejarme de Nael. Él no lo hizo cuando tenía muchos

motivos para apartarse de mí, por miedo cuando éramos pequeños. Siempre se ha mantenido a mi lado, es mi pilar, mi salvavidas en la oscuridad.

No sé si Nael habrá hablado ya con Maisie, pero espero que todo vaya bien. Primero por él, porque quiero y necesito que sea feliz, y después por mí. Me rompería el corazón que fuese de otra forma. Dejar mi trabajo y el lugar donde vivo supone sortear un pequeño obstáculo, pero todo lo relacionado con Nael… Imposible, en mi cabeza no cabe la opción de no tenerlo a mi lado y en mi corazón es imposible esa posibilidad.

Pero Duncan… Joder, dejarlo a él atrás y la peor opción para mi amigo me van a romper de la misma forma.

Sacudo la cabeza frente al espejo y suelto un suspiro, al darme cuenta de que me he quedado ida. Guardo el secador y me cepillo el pelo. No vamos a salir del castillo, por lo que he elegido ropa cómoda. Me apresuro a vestirme y a calzarme, con la idea de ir a buscar a Duncan a su despacho. Si no ha terminado me pasaré a hacerles una visita a Effie y a Maela, por la hora que es ya debe hace un rato que están liadas en la cocina con los preparativos de la cena. Quizás también encuentre a Hope.

Decidida salgo de la habitación. El pasillo está en completo silencio. Hoy todavía no he visto a nadie del grupo, imagino que la mayoría estarán descansado, quizás haya alguno en el jardín de la entrada. Recorro el pasillo y bajo las escaleras, rodeada del mismo silencio.

Al final del último escalón giro a la derecha y me dirijo al despacho de Duncan. Golpeo la puerta con los nudillos, pero no obtengo respuesta.

Vuelvo a hacer otro intento con el mismo resultado. Dejo pasar unos segundos y giro el pomo despacio, de la misma forma que abro lo justo para asomar la cabeza.

No hay ninguna luz encendida y Duncan no está. Debe haber ido a la segunda planta, a su habitación, para ducharse antes de ir a buscarme. Pensando en eso me dirijo hacia la cocina.

—¿Effie? ¿Maela? —las llamo en alto después de dar varios pasos dentro — Jolín, ¿dónde está todo el mundo? —suelto un suspiro.

En la encimera hay varias verduras repartidas y preparadas en el fuego, sin encender, esperan dos ollas para ser utilizadas. Me acerco y compruebo que están vacías, lo que me resulta raro porque como he pensado a esta hora, Effie o Maela, tendría que estar aquí pues la cena no se sirve muy tarde. Fijo la vista en las verduras, hay un cuchillo al lado, pero es como si lo hubieran sacado todo y se hubiesen olvidado de ello.

Me encojo de hombros, seguramente les habrá faltado algo y habrán salido, aunque la última vez que vi la despensa estaba a rebosar y no hace tanto de eso.

Salgo de la cocina y cuando llego cerca de la puerta principal, camino hasta una de las ventanas. Después de observar hacia todos los lados del jardín compruebo que tampoco hay nadie. Definitivamente todos están en sus habitaciones, la excursión de hoy habrá sido más agotadora.

De repente, mientras subo los escalones para regresar a mi habitación, sonrío por la idea que se me ha ocurrido. Una vez llego a la estancia voy al armario y me cuelo dentro, cerrando la hoja de madera. Desbloqueo la lámina trasera y accedo a la escalera secreta. Me encantan estos escondites, disfruto tanto o más que Hope. Ha sido todo un descubrimiento.

Desciendo despacio, con ganas de reír porque voy a buscar la habitación de Duncan, a ver si puedo espiarlo. La travesura me acelera las pulsaciones, por las ganas incontrolables que tengo de volver a verlo. Su habitación está en la planta de arriba, pero cuando Hope me hizo el recorrido por todos los pasadizos, me enseñó varios accesos más que dan a la segunda planta.

La pequeña me contó que muchas veces accede a las habitaciones de sus hermanos por los pasadizos, para no caminar a ciertas horas sola por el castillo, a la vista de cualquiera. Así se lo piden Maisie y, sobre todo, Duncan, para tranquilidad de ambos.

Tomo la dirección por donde creo recordar que Hope me dijo, aunque cabe una gran posibilidad de que me lleve dando vueltas hasta que me canse, sin encontrar lo que busco. Intento no reírme cuando pienso que lo mismo después no sé llegar a mi habitación, espero que si sucede alguien se dé cuenta de que falto y los hermanos sepan donde buscarme.

Cuando llego al final de otra escalera no tengo ni idea de hacia dónde dirigirme. Joder, estaba tan nerviosa cuando Hope me hizo el recorrido, después de escuchar una pequeña parte de la conversación que mantenía Duncan con el hombre con el que estaba reunido en su despacho, que no

estaba centrada como para quedarme con los datos que la pequeña me iba diciendo.

No me atrevo a probar suerte en algunos de los accesos que encuentro, pueden dar a cualquiera de las habitaciones de los trabajadores y si me cuelo les puede dar algo si están dentro. Estoy desorientada completamente, esta parte secreta del castillo no sigue la misma línea que lo que todo el mundo conoce. El sube y baja de las escaleras, y las diferentes direcciones ya me han mareado.

Con un suspiro recorro el pasadizo, hasta que llego a otra escalera. Esta es más estrecha, pero no es agobiante. La bajo y paso de largo la primera planta. Continúo descendiendo y me dirijo hacia la zona de la cocina. Esa estancia sí que me acuerdo dónde está, por lo que camino decidida, mientras las tenues luces se van encendiendo a mi paso.

Cuando llego frente a la tapa por la que Hope y yo espiamos a Maela y a Effie, para hacer la gracia, la deslizo y observo la zona. La cocina continúa vacía y me fijo que tanto las verduras como las ollas siguen de la misma forma. Nadie las tocado todavía. Mi excursión por esta zona secreta debe haberme llevado más de quince minutos, por lo que dentro de poco serán las seis, y menos entiendo que la zona siga desierta.

Justo cuando voy a deslizar la tapa para irme, para regresar a mi habitación a esperar a Duncan, escucho un ruido y me muevo para mirar desde otra posición. No tengo mucho margen, pero consigo ver la puerta abrirse y sonrío al ver a Effie entrar en la cocina. Sonrisa que desaparece de

golpe de mi expresión y la sustituyo por el ceño fruncido, cuando tropieza y está a punto de caerse, al liarse con sus propios pies.

Pero no, no tardo en darme cuenta de que mi interpretación es errónea. No se ha tropezado, la han empujado. Contengo un jadeo cuando un hombre entra justo detrás de ella, tirando con fuerza del brazo de Hope. Agrando los ojos, notando como la sangre me hierve y las pulsaciones se me aceleran.

—¿Qué mierda…? —siseo.

Estoy a punto de perder los nervios, pero me contengo para enterarme de lo que está pasando. Necesito saber a lo que atenerme antes de aparecer por la entrada secreta. Por suerte da a la despesa y puedo salir como si no me hubiese dado cuenta de quién ha entrado en la cocina.

—Deja a la niña —dice Effie, nerviosa.

Ya se ha recuperado y está apoyada en la mesa donde ella y Maela comen y cenan con Hope. Lugar en el que se reúnen el resto de los trabajadores para hacer lo mismo.

No tengo ni puñetera idea de quién es el hombre que continúa agarrando a Hope, no es el mismo al que me enfrenté.

—Mierda, con lo grande que es esto y todas las personas que hay… ¿No va a aparecer nadie? —susurro.

Frunzo los labios al ver las lágrimas de Hope que llora casi en silencio, imagino que intimidada por ese hombre. Algo le ha tenido que decir. Dios mío, Duncan se va a volver loco….

—Ve hacia la puerta —le pide ese tío de malas formas a Effie.

—No, sino sueltas a la pequeña —levanta la barbilla, encarándolo—. No sé qué pretendes, pero ella es una niña inocente y…

—Cállate —sisea—. Tengo que salir y voy a hacerlo ahora mismo. Esa puñetera puerta es la única que queda fuera de la vista, en el lateral, así que ábrela con la jodida llave.

No puedo creerme lo que está pasando, de lo que estoy siendo testigo. Ya he visto y escuchado demasiado, no voy a esperar más, mientras siento la rabia apoderarse de mí. Camino hasta el fondo del pasadizo secreto y una vez llego a la pared, me giro y cuento cuatro pasos pequeños, los que daría Hope. Cuando creo que estoy en la posición correcta me pongo frente a la pared de piedra y la palpo, buscando dónde tengo que presionar para que se abra.

Suelto un suspiro de alivio al escuchar cómo cede bajo mis manos y asomo la cabeza con cuidado. Esta entrada es como una puerta, todo el bloque de piedra se desliza, con una estantería colgando en el otro lado. Forma parte de la despensa. En cuanto estoy dentro cierro con cuidado y me pego a las estanterías de enfrente.

—¿Quieres que le haga daño? ¿Es eso? —dice el hombre, nervioso.

—No —llora Hope.

—Por favor. Aparta el cuchillo, voy a abrirte la puerta.

Al escuchar lo del cuchillo me pongo rígida y maldigo, no queriendo creer ni imaginar porque Effie le ha rogado utilizando esas palabras. Busco por las estanterías algo de utilidad, aunque sé que aquí no hay nada que pueda servirme, todo es comida.

—Oh, Dios mío, ¡Blaine! —jadea Effie y el llanto de Hope se escucha más intenso—. ¿Qué le habéis hecho? —pregunta asustada y me cago en todo.

Cojo una manzana de un frutero y una lata de conserva de lo primero que encuentro en mi camino. Suelto el aire de golpe y hago varias respiraciones profundas, antes de empezar a caminar para salir de mi escondite.

—Hola Effie —digo cuando me hago visible, dándole un mordisco a la manzana.

Ella suelta otro jadeo y abre los ojos al máximo. Hope dice mi nombre en alto, asustada. Me paro en medio de la cocina, pasando la mirada de unos a otros. Blaine está tirado en el suelo, bocabajo, no es visible si está herido.

Ahora, aparte del hombre que he visto desde el pasadizo hay otro hombre que lleva varias carpetas debajo de un brazo. Entrecierro los ojos, reconociéndolo al instante. El segundo hombre que ha debido traer a Blaine

es el mismo que vi en el Castillo de Dunvegan, el que estaba reunido con Duncan cuando me tropecé con la vitrina y la rompí, con jarrón incluido. Aún recuerdo perfectamente su expresión de tristeza con la vista fija en las partes rotas, al igual que sus palabras que sonaron preocupadas hacia mí.

Todos los ojos están puestos en mí. Le hago un guiño a Hope, para intentar tranquilizarla. Lógicamente no surte efecto, por la hoja del cuchillo que tiene cerca. Me muevo muy despacio, yendo hacia la encimera.

—¿Quién eres tú y qué haces aquí? ¡Quédate quieta! —me habla el que sujeta a Hope.

—Una huésped y tenía hambre —me encojo de hombros.

—¿Hambre? —Se fija en la lata de conserva que tengo hacia abajo, mi otra mano está ocupada con la manzana, a la que le doy otro mordisco.

Entrecierra los ojos, mientras el segundo que ha aparecido, el del Castillo de Dunvegan, mira hacia atrás, nervioso e inquieto.

—¿Acaso te gusta comer la verdura de la lata? —sisea.

—Me encanta, es mi debilidad. ¿Nunca la has probado? —La levanto.

—Abre ya la puerta —le pide con tono amenazante a Effie.

—Suelta a la pequeña.

—Se viene conmigo y vosotras también.

Effie se tapa la boca, al mismo tiempo que se cae hacia atrás. Se queda casi tumbada en la mesa, temblorosa.

—No vas a salir de aquí y menos con la niña —digo lo más tranquila que puedo—. Creo que hoy es el primer día de tu vida que vas a probar estas verduras enlatadas.

—¿Perdona? ¿Quién te has creído que eres para…?

—Me suena de algo —dice el segundo que ha aparecido.

—Ah, ¿sí? —ladeo la cabeza, para verlo bien porque el cuerpo del otro lo tapa un poco—. ¿De qué? Sorpréndeme.

—Qué mierda da que te suene o no —se gira hacia él su cómplice—. Nos largamos ya —dice con rabia, apretando el agarre en el brazo de Hope.

Busco la mirada de ella y me pongo un dedo en los labios, al mismo tiempo que doy varios pasos hacia atrás, hasta que toco la encimera con el final de la espalda. Es todo lo que necesito, bueno, necesitaría muchas cosas más, pero no voy a quejarme con la distracción de esos dos que han empezado a pelearse entre sí.

Suelto la manzana y palpo la encimera, sin quitarles la vista de encima, hasta que encuentro la hoja del cuchillo que han dejado para cortar las verduras. Lo giro despacio y lo agarro con firmeza del mango. Hope ya no llora, tiene las mejillas mojadas, pero está atenta a todos mis movimientos.

Capítulo 46



—¿Qué estás haciendo? —Se dirige a mí de nuevo.

—Comerme la manzana —mastico el último bocado que he dado, de forma exagerada—. ¿Necesitas gafas? —Entrecierra los ojos.

—La puerta —brama al límite de perder por completo los nervios.

Y eso no es buena señal, por el cuchillo que mantiene demasiado cerca de Hope. Effie es incapaz de moverse, se mantiene en pie por el apoyo de la mesa.

—¿Sois huéspedes? No os había visto —hablo como si nada, pasando la mirada de uno a otro.

—¿Te estás quedando conmigo? —sisea.

—¿Yo? ¿Por qué? —Me hago la sorprendida.

—¿Esta situación te parece normal para dos huéspedes?

—No, tienes razón —sonrío de medio lado—. Tú eres un descerebrado que te has colado en este castillo, en una propiedad privada, lo que parece que no sabéis ninguno de los dos —lanzo hacia arriba la lata de conserva y cae de nuevo en mi mano. Afianzo la posición, mientras preparo la otra mano—. Le estás haciendo daño a una niña pequeña e inocente, algo de lo que muy pronto te vas a arrepentir —aprieta la mandíbula y me adelanto antes de que vuelva a hablar—. Y tú —me dirijo al otro que he reconocido y que interrumpe su atención a su espalda para centrarse en mí—, me gustaría saber qué llevas en esas carpetas. ¿Son tuyas Boyd o le estás robando a Duncan?

Al pronunciar su nombre agranda los ojos y entreabre los labios, por la sorpresa. Lo recuerdo perfectamente porque mientras Duncan me curaba las manos en el Castillo de Dunvegan, retirándome los cristales de las palmas, él lo mencionó al hacer alusión al comentario de los restauradores que se encargarían de dejar como nuevo el jarrón que rompí.

—¿Cómo sabe quién eres? —le pregunta el otro, con rabia.

Al girarse hacia él, para obtener la respuesta, veo la oportunidad que necesito cuando aleja el cuchillo de Hope. Doy varios pasos hacia delante, sigilosa, y no me lo pienso más. Le hago un gesto a Hope, que interpreta perfectamente y lanzo con fuerza la lata de conserva.

A continuación, todo pasa muy rápido. La lata impacta de pleno en su cabeza, Hope se lanza al suelo en cuando se ve libre del agarre de la mano, el hombre suelta un grito de dolor y se tambalea hacia atrás, mientras Effie

consigue moverse para tirarse al suelo junto a Hope y la arrastra hasta la pared, protegiéndola.

Para mi mala suerte ese tío tiene la cabeza demasiado dura porque se recupera rápido, sin llegar a caerse al suelo. Igualmente aprovecho su aturdimiento para correr la poca distancia que me separa de él y lanzo una patada hacia su mano. El cuchillo sale volando y cae fuera de su alcance.

Escucho de fondo las maldiciones del tal Boyd, pero solo me centro en el tío que se alza sobre mí.

Duncan

Salgo del baño al escuchar varios golpes en la puerta de la habitación y me dirijo hasta ella para abrir.

Me encuentro a Maisie al otro lado y pasa por mi lado. Se pone a buscar algo en mi habitación. ¿El qué? Ni idea.

—Hope no está contigo —dice al cabo de unos segundos largos. Arrugo el ceño.

—No, debe estar con Maela o con Effie, o con las dos.

Niega con la cabeza, a la vez que se gira hacia mí.

—Ninguna de las tres están en las habitaciones, lo he comprobado. También he ido a la cocina y he tenido el mismo resultado. Llevo un rato recorriendo todo el castillo, no las encuentro.

—¿Por qué estás tan nerviosa? Pueden estar en el jardín o por los alrededores de las casas de fuera.

—¿Las tres? En la cocina está todo como si hubiesen empezado a preparar la cena y la hubiesen dejado olvidada. Son casi las seis, Duncan, a esta hora Effie y Maela ya tendrían que estar liadas con la comida.

—¿Dónde está Nael?

—Me ha acompañado, ha ido a la habitación de Gladys.

—Hay una gran posibilidad de que Hope esté allí.

Vuelven a escucharse varios golpes en la puerta y al estar cerca abro enseguida. En cuanto veo la expresión de Nael sé lo que va a decir.

—¿Estaba con Gladys? —le pregunta Maisie y aprieto la mandíbula.

—No, la habitación también está vacía —confirma lo que ya he intuido.

—Joder. ¿Dónde se han metido? Le había dicho a Hope que iría sobre esta hora para jugar con ella, y sabes que no renunciaría a eso —me mira fijamente.

—Ve a tu habitación y quédate ahí —le pido.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Maisie, no te quiero rondando por el castillo. ¿De acuerdo? Nael ¿puedes venir conmigo? —Me giro hacia él.

—Claro —asiente con decisión.

—Perfecto. ¿Sabéis si Ramsey ha llegado?

—Sí, hará una hora —responde mi hermana.

—Ok. Voy a buscarlo y también a Calem.

—Can, ¿qué pasa?

—No lo sé y por eso quiero que te encierres en tu habitación, ¿de acuerdo? —Hace una mueca, pero asiente.

Salimos los tres de la mía y mi hermana entra en la suya.

—¿Estás pensando en lo que creo? —me pregunta Nael, mientras recorremos el pasillo.

—Sí.

No hace falta que entremos en detalles, estamos hablando de lo que pasó en mi despacho y lo que le sucedió a Gladys. En tensión, bajamos rápido las escaleras hasta la primera planta. En cuestión de minutos Calem y Ramsey se unen a nosotros. Me da tiempo a darles una explicación rápida de todo, justo antes de pararnos a la mitad de la escalera que da a la planta principal.

Todos giramos las cabezas hacia el pasillo que lleva a la cocina.

—¿Eso ha sido un grito? —pregunta en tono bajo, Calem.

—Sí —contesto apretando la mandíbula.

Bajamos corriendo el resto de los escalones y caminamos rápido por el pasillo. Reconozco los sonidos de dos de las voces que se hacen nítidas conforme nos acercamos, por lo que la rabia y los nervios se apoderan de mí. Hay otra voz que no distingo, nunca la he escuchado.

—Preparados y estad atentos —susurro a pocos pasos de la puerta abierta.

Ninguno me responde, pero el mensaje está claro. Nos paramos antes de hacernos visibles y a una señal de Ramsey entramos al mismo tiempo a la cocina, pero nos paramos de golpe al ver la escena que se presenta delante de nosotros.

Hay un hombre tirado en el suelo, está inconsciente y con un cuchillo clavado en el muslo. Separadas a unos pasos, cerca de la pared, están Effie que tiene la cara blanca y Gladys, quien tiene en brazos a mi hermana

pequeña. Cuando me encuentro con la mirada de Gladys se muerde el labio inferior.

Blaine está recostado contra la pared, con los ojos cerrados. Boyd que pertenece a la administración del clan MacLeod, el mío, está más pálido que Effie y arrodillado. Fijo la vista en el único hombre que está de pie, aparte de nosotros que acabamos de llegar. Se le ve tranquilo, mientras mantiene a Boyd en esa posición.

—Duncan MacLeod, ¿verdad? —Se dirige a mí.

—¿Qué mierda ha pasado aquí?

—Creo que esto es tuyo —lanza varias carpetas sobre la mesa—. Te las iba a robar —señala a Boyd que baja la mirada hacia el suelo, sin poderla mantener en la mía.

—¿Qué cojones has hecho? —mi voz suena ronca.

Boyd no responde, por lo que me centro en las mujeres. Camino hasta ellas.

—¿Estáis bien? —les hablo en tono bajo, frotándole la espalda a Hope.

No se mueve y tampoco afloja la fuerza de sus brazos alrededor del cuello de Gladys.

—Sí —es Gladys la que responde.

Asiento con muchas dudas y preguntas, pero me urge que se vayan para que se tranquilicen.

—Salid de aquí —les pido—. Maisie está en su habitación.

—*Laird*… —susurra Effie.

—Tranquila, olvídate de todo. ¿Dónde está Maela? —Frunce los labios.

—La han dejado encerrada en el almacén.

—Id a buscarla.

Effie también está agarrada a Gladys, a su sudadera, y por la apariencia que tiene está claro que necesita el apoyo para mantenerse en pie.

—Estamos bien —vuelve a hablar Gladys y busco sus ojos—. Esta vez la herida no me la he llevado yo —me hace un guiño y sacudo la cabeza.

Está claro que se refiere al cuchillo que tiene clavado en la pierna el tío que continúa inconsciente en el suelo, y más claro aún que es obra de ella. La sujeto de la nuca y me inclino, para besarla en los labios.

—Marchaos ya —susurro antes de incorporarme.

Las tres pasan por mi lado y cuando me giro, me doy cuenta de que Hope tiene los ojos cerrados. Con razón no se ha lanzado a mis brazos, está dormida, pero la tensión de su cuerpo no se ha aflojado por el miedo que ha pasado. Cojo una bocanada de aire.

Gladys y Nael intercambian varios gestos antes de que ellas desaparezcan.

Camino hasta Blaine y me acuclillo a su lado, agarrándole la barbilla.

—¿Qué le pasa?

—Le han inyectado un sedante, se pondrá bien —responde el que parece que ha mantenido la situación controlada.

—¿Quién eres? —me encaro a él al incorporarme—. ¿Cómo has entrado aquí?

—Vine hace unos días para reunirme contigo, pero no estabas. Mi nombre es Bram, hablé con ese chico —señala a Blaine—. Llevo un tiempo detrás de este —zarandea a Boyd que no se queja.

—¿Y por qué yo no sabía nada? ¿Tiene que ver con el clan al que pertenecemos los dos? —Arrugo el ceño.

Mis amigos y Nael se han acercado a la mesa, están entretenidos escuchándonos.

—Es el jefe del clan el que me contrató hace unos meses —sonríe de medio lado—. Llevaba un tiempo oyendo rumores y quería asegurarse. Ya le he informado de que esos rumores son ciertos. Por si te sirve de algo, el propio jefe de tu clan me pidió que te mantuviera al margen, hasta que ya no tuviera más remedio que hablar contigo. Te aprecia y te respeta, por eso vine a verte. Ya tenía las pruebas en mi poder y por orden del jefe debía ponerte al corriente. He seguido de cerca a este tío los últimos días —vuelve a mover el cuerpo de Boyd—, se empezó a poner demasiado nervioso y sabía que actuaría rápido. Durante años se ha estado lucrando a escondidas, más de lo que puedas imaginarte. Hoy se ha atrevido a venir con ese —señala al del suelo—, porque el primer intento que hizo para hacerse con la documentación importante que tú guardabas le salió mal.

Intento que frustró Gladys. Fijo la mirada en el hombre con el que me he reunido incontables veces por el bien del clan MacLeod. Supuestamente claro, al menos hablo por mí.

—Gracias —me centro en Bram.

—La verdad es que no he hecho mucho, la mujer joven, Gladys, por cómo la han llamado, tenía la situación más que controlada. Cuando me he colado aquí ella estaba encima de ese —señala al suelo—, en el estado en el que está ahora. Supongo que pasó unos segundos antes y entonces aparecí.

Me siento sobrepasado con todo, con el miedo bien asentado por lo que han tenido que pasar todos los que me importan. ¿Qué hubiera pasado si Gladys no supiera actuar en consecuencia en situaciones límites? Joder, Bram ha llegado más tarde y…

Freno mis pensamientos e intercambio varios comentarios más con Bram. Vuelvo a agradecerle su intervención e incluso que se colora en el castillo, al saber que los otros dos ya habían accedido a él. Nota mental, tengo que reforzar la puñetera seguridad.

Le hablo a Bram de mi amigo Logan. Le comento que es policía, mientras busco su número de teléfono y marco. Una vez hecho, solo nos queda esperar a que llegue y Bram le proporcione toda la información de la que dispone.

En cuestión de veinte minutos la cocina se queda despejada. El equipo de Logan se lleva a Boyd y al otro que ha empezado a reaccionar y mi amigo ya está al tanto de todo.

—Hablamos más tarde —me dice Logan, apretándome un hombro.

—Sí —asiento.

—Ve con Hope y con Gladys —me pide y le doy un agradecimiento silencioso.

No hace falta que me lo repita, él se encargará de todo, incluso de Blaine para llevarlo al médico y así asegurarnos que realmente solo está sedado. Bram lo acompaña y se van juntos.

Salgo de la cocina con mis amigos y con Nael y subimos las escaleras, yendo directos a la habitación de Maisie. Cuando nos abre la puerta nos

encontramos a todas las chicas dentro, Aroa y Leire también. Le sonrío a Maela, devolviéndole su gesto.

—Can —grita Hope, ya despierta.

Baja de un salto de la cama y corre hasta mí, con los labios fruncidos.

—Ya está, cariño —le susurro apretándola a mi cuerpo y se estremece.

—Gladys nos ha salvado —murmura sobre mi hombro.

—Sí —le froto la espalda, con la mirada fija en Gladys.

—Vamos todos a tomarnos un buen helado al salón, nos lo hemos ganado —dice Maisie—. El de mi pequeña será doble.

—¿Sí? —le pregunta Hope, mientras se cambia a sus brazos.

—Por supuesto.

—¿Antes de cenar? —insiste sin creérselo.

—Ahora lo vas a ver —ríe Maisie, por la cara de felicidad de nuestra hermana pequeña.

Me hace un guiño y sale de su habitación, seguida por el resto. Gladys se queda sentada en el borde de la cama y cuando la puerta se cierra a mi

espalda y nos quedamos solos, camino despacio hasta ella.

—¿Cómo tienes la herida del brazo? —Me arrodillo frente a sus piernas.

—No la he mirado —encoje un hombro.

—Te duele —lo tengo claro porque lo está intentando ocultar.

—No tanto como para no quererte encima de mí ahora mismo —susurra, agarrándome de la nuca—. Después tenemos todo el tiempo que nos apetezca para hablar y para que me cures la herida.

—Gracias —digo y trago saliva.

—No es eso lo que quiero oír —se muerde el labio inferior, mientras los dedos de una de sus manos sueltan el botón de mi pantalón.

—Mejor dicho, no es así como quieres que te las dé, ¿no? —sonrío de medio lado.

—Veo que lo has entendido —ríe.

En cuestión de segundos nuestra ropa vuela y estoy encima de ella, embistiendo con fuerza y tan profundo en su interior como es posible. La habitación de mi hermana mayor se llena de jadeos, de gemidos y de gritos, y me prometo a mí mismo que este momento va a repetirse a lo largo de mi

vida, con Gladys en esta posición o en cualquier otra, mientras sea en su cuerpo en el que me pierda con desesperación.

Epílogo



Nueve años después…

Gladys

—Deja de mirarme así si quieres terminar con lo que estás… —me advierte Duncan.

Mantengo la expresión seria, pero me cuesta mucho controlar la risa.

—¿Cómo puedes saber que te miro si estás tan concentrado? —Le pincho.

Despacio, levanta la cabeza de la documentación que está revisando. Gira la silla hacia mí, con una ceja arqueada.

—Desde que has llegado no has dejado de mirarme, no sé cómo puedes trabajar, a no ser que lleves más de media hora sin hacer nada —recuesta la espalda.

—¿Y cómo estás tan seguro? —Insisto, satisfecha porque él también ha estado muy pendiente de mí.

Recorre con la mirada la parte de arriba de mi cuerpo que sobresale por encima de mi mesa. He llegado por el pasadizo secreto, con un camisón de raso, corto y de tirantes. El escote es muy pronunciado y la tela tan fina no es barrera para mis pezones erizados, por la temperatura entre tantas paredes de piedra. Precisamente en los dos puntos duros que se marcan en el raso es donde tiene la vista fija ahora mismo.

—Ven aquí —me pide con voz ronca.

—¿Ya has terminado de trabajar? —Ladeo un poco la cabeza, jugando con uno de los tirantes.

—No, por eso no quería mirarte, pero ya es tarde —sonríe de medio lado.

Encantadísima por haberlo conseguido, me levanto de la silla. Camino hacia él, mientras dejo caer un tirante y luego el otro. Me paro a un paso, cuando la tela lisa resbala por mi cuerpo y cae a mis pies, dejándome completamente desnuda ante sus ojos.

—¿Dónde está la ropa interior? —pregunta con voz rasposa.

Contengo la respiración al sentir sus dedos separarme los labios inferiores y muevo las piernas, para darle mejor acceso.

—Donde mejor puede estar, en el cajón —jadeo por el primer roce de sus dedos sobre mi sexo.

—Estoy completamente de acuerdo —acerca la silla, al mismo tiempo que me separa más los pies con los suyos—. No puedes venir así a trabajar.

Suena a advertencia, pero no lo es en absoluto. Me muerdo el labio inferior con fuerza, mientras sus dedos arrastran mi humedad. Me agarro de sus hombros cuando cuela dos de ellos en mi interior, estoy más que preparada para él y su gruñido de satisfacción provoca oleadas de placer en mí. Gimo cuando me apresa el clítoris entre varios dedos y antes de que pierda el control sobre mi cuerpo, sin que separe la mano de lo que me está haciendo, me siento a horcajadas sobre él.

—Me encanta —me aprieto y me froto contra el bulto de su pantalón de deporte, importándome poco que se manche con los fluidos.

En cuestión de segundos Duncan se ha liberado del obstáculo de su ropa que nos separa y está dentro de mí, llenándome deliciosamente. Soltamos un jadeo al unísono, cuando llega hasta el fondo.

Tuve una grandísima idea cuando le propuse colocar una mesa para mí en su despacho, para trabajar los dos en el mismo sitio. No soy la única en aprovechar cada ocasión que puede para terminar sintiendo su miembro bien dentro de mí, encajado, o para estar sobre su mesa o la mía, en cualquier postura, pero con nuestras bocas, lenguas y sexos en contacto con el cuerpo del otro. Duncan la mayoría de las veces no puede contenerse y disfruto al provocarlo y calentarlo. Las sesiones de sexo ardientes y

húmedas que tenemos en el despacho son el motivo por el que las ventanas hace años tienen contraventanas de madera, para impedir que se vea nada desde el exterior.

Os voy a poner un poco al día de cómo han ido los años que han pasado…

Nuestras vidas dieron un buen giro, quizás uno de los más importantes. En el castillo viven todas las personas que nos importan y queremos, junto a nosotros. No, como comprenderéis no me alejé de Duncan. Sí que viajé a España cuando tenía previsto, pero con él, con Maisie, con Hope, con mis amigos y con los suyos. Ramsey y Calem se apuntaron para visitar nuestro país de origen, pero ellos dos tampoco regresaron a Escocia solos. Un poco más adelante entro en detalles.

Dejé mi antiguo trabajo en el departamento de márquetin y me despedí de mi jefe y de mis compañeros. Pensando en ese momento, no me costó nada dar el paso. Antes de irnos de Escocia ya le había confirmado a Duncan que quería empezar una nueva vida con él, y ya sabéis lo que eso significa, en varios sentidos.

El caso es que me fui del trabajo rápido, lo que me costó un poco más es hacer la mudanza para trasladarme definitivamente a Escocia. Una vez que estuve instalada en la habitación de Duncan, en la segunda planta del castillo, la que es incluso más grande que la que Maisie me reservó en mi visita turística, Duncan me animó para que ampliara mis conocimientos en la programación. Y de esa forma conseguí llegar a alcanzar mi sueño, el que dejé en un segundo plano demasiado tiempo. Hoy día me dedico a ello y soy feliz, apenas tengo que moverme de delante de mi ordenador para

realizar mi trabajo y obtener beneficios. Duncan continúa con todos sus negocios hacia delante y me encanta estar a su lado cuando trabaja en algunos proyectos de arquitectura.

Nos casamos aquí al año de estar conviviendo, en el mismo castillo. Fue una celebración íntima, la que quisimos compartir con todas nuestras personas más cercanas. No faltaron todos los que hoy día continúan trabajando en el castillo o para Duncan: Maela, Effie, Keir, Blaine y muchos más que como tenga que mencionarlos me alargaré demasiado. Referente a Blaine, os comento que el susto de verlo inconsciente por suerte solo se debió al sedante que le inyectaron, en cuanto se le pasó el efecto estuvo perfecto.

Mi marido me regaló un viaje de novios inolvidable, me sorprendió con rutas por toda Escocia, haciendo realidad otro de mis sueños. Tardamos un mes y medio en visitar todos los rincones, sin prisa y, por si fuera poco, después volvió a sorprenderme con un viaje de cuatro días, a un lugar en el que disfrutamos de estar tumbados en hamacas bajo los rayos del sol, con una bebida refrescante en la mano.

Ava y Brodie son nuestros hijos, de siete y cinco años respectivamente. Sumaron a nuestras vidas más felicidad, ampliando la familia que creamos al unirnos.

Sobre el grupo que nos acompañó en la aventura por Escocia, nos despedimos de todos ellos, mientras Greta y Chiara me decían entre susurros la suerte que había tenido con Duncan. No sabían ellas hasta qué punto eran ciertas sus palabras.

Sobre lo que sucedió en la cocina del castillo, los responsables tuvieron su merecido y pagaron frente a la justicia. Bryson, el hombre que vi con Duncan cuando Hope y yo espiamos el despacho de su hermano desde el pasadizo secreto, pasó a ocupar el puesto que dejó libre el traidor de Boyd. Duncan confiaba en Bryson y después de una reunión con el jefe del clan, le asignaron el puesto. Hasta este momento todo hay ido muy bien y se compenetran de la misma forma, mantengo muy buena relación con él. Duncan me explicó que parte de la conversación que escuché entre Bryson y él, años atrás, mientras estaba escondida, se debió a una pertenencia muy valiosa que Boyd robó, como si no tuviese suficiente con el dinero que había ido acumulando con el tiempo. De esta información, del responsable, se enteraron por Bram, el hombre que fue contratado por el jefe del clan, el mismo que me ayudó con la situación en la cocina, aunque apareció cuando yo ya había dejado KO al que retenía amenazante a Hope.

Sobre Hope, nuestra pequeña, pues ya no lo es tanto. Es una adolescente preciosa de buen carácter. Desde hace tiempo sus muñecas Pit y Pat pasaron a formar parte de la decoración de su habitación, pero Motitas continúa siendo inseparable de Hope. Aun continuamos escapándonos por los pasadizos, sobre todo para observar a Duncan, el que sigue pillándonos en cada ocasión. Todavía no me ha desvelado cómo es posible que se entere siempre, y no es porque no haya intentado sacarle la información de muchas formas excitantes y placenteras. La conexión que creamos Hope y yo desde el primer momento, con el tiempo se ha convertido en una irrompible.

Sobre mi amigo Nael, al final habló con Maisie y me llenó de alegría saber que no me equivoqué en ninguna de mis suposiciones. Tenía claro que

Maisie también estaba enamorada de él, pero no hasta qué punto, la verdad. Ella aceptó emocionada la propuesta de mi amigo, la de iniciar una relación, o más bien, la de continuarla. Nael regresó conmigo a Escocia, cargado con sus cosas, pero, sobre todo, de muchas ilusiones y esperanzas. Desde que se instaló en la habitación de Maisie no se han separado, son felices y es todo lo que necesito ver, para serlo yo también. Nos hicieron tíos de una niña preciosa de seis años, Isla. Se casaron a los pocos meses de su nacimiento. Maisie continúa en el trabajo en el que la conocimos, llevando a los turistas a descubrir las zonas de la isla, con su inseparable Keir, que sigue al frente del minibús, ambos a cargo de Duncan. Nael encontró un trabajo, aunque en realidad, el trabajo lo encontró a él. Duncan se encargó de ofrecerle un puesto en una de sus empresas y lo puso al mando, confiando plenamente en mi amigo. Para Duncan se convirtió en una persona muy especial, debido a la conexión que tenemos él y yo.

Mi amiga Aroa se aferró al *kilt* de Calem como si le fuese la vida en ello. Ja, ja, ja… Me río y puede a sonar a broma, pero es una gran representación de lo que sucedió, os lo aseguro. El resumen es que ambos viven en el castillo, en otra habitación más amplia que la que utilizó Aroa al principio. La vivienda de Calem la reservan para hacer escapadas cuando quieren tirarse todo un fin de semana sin separar sus cuerpos, mientras se pasean desnudos con la tranquilidad de estar solos, (palabras textuales de mi amiga). Tienen un niño de cinco años, Ian, y en unos meses celebraremos la boda de ambos, por lo que estamos ocupados con todos los detalles, para que sea preciosa y emotiva.

Y ahora voy con Leire y Ramsey que vivieron una situación muy parecida a la de Aroa y Calem, aunque sin *kilt* de por medio. La verdad es que ni en

un caso ni en el otro nos pilló de sorpresa, me refiero a mis amigas. Ramsey estaba encantado con Leire y se notaba que ambos estaban en un inicio de enamoramiento. Esos sentimientos se afianzaron y crecieron en cuanto dejaron las cosas claras. Leire rompió con todo lo que la unía a España y se quedó en Escocia, Ramsey se desvió por ella y continúa haciéndolo. Tenemos tres *highlanders* impresionantes a nuestro lado, de esa forma nos referimos a ellos entre nosotras. Nuestro amigo Nael no se queda atrás, así que, todas estamos más que felices. Ramsey alquiló la casa donde vivía y se trasladó al castillo, como sucedió con Aroa y Calem, eligieron otra habitación más amplia. Todos estamos en la segunda planta, la que es privada para los visitantes. Ramsey aceptó el cambio con agrado, la verdad es que no perderse nada del crecimiento de Hope y de la compañía del resto, por las responsabilidades, fue algo que le llenó. Tienen una niña de seis años, Ella, y mi amiga está embarazada de siete meses.

Sobre los amigos de Duncan, Calem y Ramsey, sobra decir que se convirtieron también en los del resto. Me estoy refiriendo a Braden, el dueño del hotel de la localidad de Kyleakin y uno de los mejores cocineros que nos sigue deleitando con sus creaciones culinarias. Su mujer Vika es un encanto, hace muchísimo tiempo que la conocí. También están Cameron, el médico que me atendió después de recibir el corte en el brazo y Logan, el policía que se ocupó de lo que sucedió en el clan MacLeod. Todos nos llevamos muy bien y compartimos muchísimos momentos, tanto especiales como improvisados.

Me encanta sentirme rodeada de las personas que he mencionado, y de los que más quiero, mis más allegados. Vivir cerca de ellos, tenerlos al alcance, es como un tesoro para mí. Son mi familia, la que la vida ha ido

regalándome con el paso de los años, y no puedo estar más agradecida por ello. Tengo la gran suerte de no haberme despedido de ninguno de mis amigos, y las dos únicas personas que nos unen a España, a Nael y a mí, lógicamente, son los padres de él, y tanto ellos, como nosotros, hacemos viajes constantemente.

Si algo supe desde bien pequeña, aunque en realidad por aquella época no fuera realmente consciente, es que la vida está diseñada para luchar. Es lo que he hecho siempre, porque cada logro supone subir un peldaño en el recorrido que estamos destinados a vivir. Ser fuerte se hace duro, en ocasiones es asfixiante, pero de verdad, merece la pena continuar porque la recompensa que espera al final del camino se puede convertir en una felicidad plena, en todos los sentidos.

Esta es mi experiencia, una que comenzó siendo muy dura y precaria, lo que se alargó durante años, pero que desde hace otros tantos es más que gratificante. Siempre voy a quedarme con lo bueno, por lo que sonrío entre los brazos de Duncan, una vez saciados los dos en su despacho.

Mi sonrisa está llena de paz y de armonía porque él lo es todo para mí. No existe nada que se pueda comparar a tener al lado a una persona que acaricia, besa y mima cada cicatriz que tenemos, ya sea visible o no, y él lo hace continuamente.

RRSS:

Facebook: Carlota Manzano

Instagram: @carlotamanzanoautora

Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano

Twitter: @ChicasTribu